
LOS McENTRIE 4
El honor
de un Escocés
JANA WESTWOOD

El honor de un escocés

Los McEntrie 4

© Jana Westwood. Abril 2024
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



El honor de un Escocés

JANA WESTWOOD

LOS McENTRIE 4

Prólogo

Carta de la señorita Bonnie MacDonald, a su hermano Chisholm. Verano de 1814.

Queridísimo Chisholm,

Te escribo esta carta esperando que te encuentres bien de salud y feliz con tu nueva vida en la corte.

De lo que me preguntas sobre la trágica muerte de nuestro hermano, y a tenor de la declaración de las personas con quienes había estado bebiendo, abandonó la taberna que frecuentaba totalmente ebrio. Padre lo había echado de casa y vivía alojado con uno de sus amigos, pero lo cierto es que ya le habían pedido en varias ocasiones que se buscara otro lugar en el que residir, al parecer no soportaban sus borracheras y salidas de tono.

El deterioro de esta familia no parece tener límites. Nuestra madre se oculta a veces en la sala de música y la he encontrado más de una vez sumida en la oscuridad y sin hacer nada, como si sus pensamientos fuesen suficientes para entretenerla. Diría que incluso, la he escuchado hablar sola, pero se calla en cuanto percibe mi presencia.

Por suerte puedo ausentarme la mayor parte del día para ayudar a Elizabeth y a Enid con los bebés. ¡Son tan adorables! No imaginaba que pudiera quererlos tanto.

He disfrutado mucho de la partitura que me mandaste. La he tocado tanto al piano que los McEntrie ya la tararean mientras trabajan. Estoy sonriendo, hermano, y es gracias a ti. Me hizo muchísima ilusión que adjuntaras también el retrato que dibujó Colin para mí, estás guapísimo. Te confieso que me arrancó alguna lagrimita porque me hizo darme cuenta de lo mucho que te echo de menos. Aun así, me alegro cada día de que no estés aquí.

Brodie te llevará algunas cosas de mi parte, además de esta carta. Te dejaste unos gemelos que sé que te encantan, y algunos bocetos de obras

inacabadas. Ya, ya sé que con tu nueva labor en la corte apenas tendrás tiempo para dedicar a tus propias composiciones, pero después de escuchar esa pieza tan maravillosa me he sentido en la obligación de tratar de influirte para que las termines.

Yo, por mi parte, he descubierto que sí me gusta bordar, me relaja y me divierte. He aprendido una técnica que está causando furor, me la enseñó la señora O'Sullivan, a la que se la había enseñado la señora James, que la aprendió de su hermana Beatrice que vive en Ayrshire. Elizabeth y yo bordamos juntas y ¡es tan agradable! Podría pasarme la vida con ella y sería inmensamente feliz.

Desde la boda de Kenneth y Rowena la tranquilidad se ha visto un poco alterada en *Slioscreige*. ¡Son terribles! Tan pronto se quieren sin ningún recato como se convierten en dos basiliscos capaces de matar con una sola mirada. No quiero ni pensar cómo serán sus hijos.

Con tanto ajetreo mi tiempo de lectura ha mermado considerablemente. Además de cuidar de los niños, bordar y ayudar en lo que puedo, también salgo a montar todos los días para respirar aire fresco. Pero todavía saco tiempo para leer y te sorprenderá saber que he encontrado un compañero de lecturas, tan amante de los libros como yo. Se llama Mungo Fairweather y te hablaré de él más extensamente en mi próxima carta, porque Brodie está esperando esta carta y ha comenzado a pasearse por la biblioteca impaciente. Solo te diré que Mungo es, de las personas que conozco, la que más libros ha leído. Y, añadido a que los relatos sobre su vida son de lo más emocionantes, no me extrañaría que algún día cuenten sus aventuras en un libro como ese de la familia Robinson del que todo el mundo habla. ¿Ya lo has leído? Aquí todavía no tenemos un ejemplar, pero Kenneth me ha prometido conseguirlo.

Acabo de decirle a Brodie que ya termino, así que toca despedirme. Como ves estoy bien, a pesar de los sucesos terribles que hemos vivido. Tú sabes que no había cariño entre Carlton y yo y no voy a fingir estar triste. Lamento que tuviera una vida tan vacía y tan corta, pero hizo daño a mucha gente y su corazón era negro como un tizón.

Escríbeme pronto, tus cartas son siempre una alegría para mí. Da recuerdos a Colin y a los Wharton.

Con todo mi cariño.

Tu hermana que te quiere,

Bonnie.

Pd.: Me reí mucho con tus ocurrencias sobre los despistes de Ewan en la celebración de Carlton House. Eres malvado, hermanito.

Capítulo 1

Ewan hizo pie y se irguió para salir del agua caminando hasta la orilla. Las gotas caían desde su pelo deslizándose por su torso desnudo hasta sus empapados pantalones.

—Qué gusto, Ruadh —dijo llegando hasta su caballo.

El sol no calentaba tanto a esa hora de la tarde y su piel se erizó al notar la brisa, pero la sensación le resultó muy agradable y sonrió satisfecho.

—Lo echaba de menos.

Miró a su alrededor, elevó la vista hacia lo alto de los acantilados y dejó de respirar. Aquella mujer estaba demasiado cerca del borde y su vestido se agitaba por el viento avisando del peligro que corría. Pensó gritarle, pero se contuvo a tiempo consciente de que eso podría sobresaltarla. Cogió la camisa, se la puso rápidamente y subió al caballo con la mayor celeridad. Una vez arriba saltó del animal y se acercó a ella despacio desde atrás. No podía arriesgarse llamando su atención, sus pies estaban literalmente en la cornisa y un simple giro de su cabeza podría hacer que cayera al vacío.

A esa distancia identificó a Rosslyn MacDonald y su ceño se frunció con preocupación al tiempo que miraba a su alrededor en busca de uno de los suyos. ¿Qué narices hacía en tierras McEntrie? ¿Y por qué estaba en el borde de...? Detuvo sus pensamientos y su avance. ¿Quería meterlos en un lío? ¿Era eso? Si se acercaba y ella caía todos creerían que había sido culpa suya. Negó con la cabeza respondiéndose a sí mismo, no podía ser tan retorcida como para inmolarse con intención de dañarlos. La observó unos segundos, estaba completamente abstraída. Su mirada, desde ese ángulo, le resultó inquietante, pues parecía muy tranquila. ¡Y sonreía!

El corazón de Ewan se aceleró entonces y sus músculos se tensaron de manera espontánea. No estaba allí para contemplar el paisaje. Iba a saltar. Su mente se activó de manera mecánica y trazó un montón de líneas frente a él marcando las acciones que podía emprender antes de que ella se percatase de su presencia y diese un paso al frente. Su profunda abstracción jugaba a su favor, y la mantenía en algún lugar lejano y recóndito de su memoria. Aunque no emitía sonido alguno su boca se movía todo el tiempo por lo que dedujo que estaba hablando con alguien que debía de estar flotando, ya que allí no había suelo.

Dejó escapar el aire muy despacio mientras sus pies se movían situándose en la

perpendicular de su espalda para apartarse de su visión periférica antes de aproximarse. No tenía más opción que alcanzarla y rezó mentalmente pidiendo ayuda al Altísimo en tan ardua y poco ingeniosa tarea. Si saltaba, ya pensaría en las consecuencias más tarde. Y si lo arrastraba con ella…

Cuando estuvo a una distancia desde la que sus brazos podían alcanzarla, contuvo la respiración y con un movimiento rápido la agarró y tiró de ella con tal fuerza que ambos cayeron hacia atrás dándose un fuerte golpe en el omoplato. Enseguida se levantó llevándola con él y sin soltarla la miró con preocupación.

—¿Está bien? —preguntó.

Rosslyn lo miraba confusa y después fijó la vista en el lugar en el que estaba hacía solo un instante. Su rostro se transformó lentamente en una mueca de terror.

—Yo… ¿Qué? —Puso sus ojos en él como si no encajara en el cuadro—. ¿Cómo…? Eres… Ewan. Ewan McEntrie.

—Está en nuestras tierras, señora MacDonald.

—No… —negó con la cabeza y dio un pequeño paso atrás soltándose de su agarre—. No… yo… no pretendía. Él no…

—Me ha dado un buen susto —dijo Ewan tratando de poner una voz lo bastante calmada para no acrecentar su evidente desorientación.

Rosslyn miró de nuevo hacia el acantilado y luego a él con expresión asustada.

—No iba a… Él… Es… ¿Cuándo…?

—Tranquila —dijo él cogiéndola de los brazos, no quería arriesgarse a que volviese a intentarlo—. Vayamos al camino, la acompañaré hasta la linde y podrá regresar a casa después de su… paseo.

Ella lo miró agradecida y asintió. A Ewan le resultó extraño que no lo insultara o le hiciese algún comentario hiriente, pero lo achacó al estado de confusión en el que se hallaba. Caminó a su lado llevando las riendas de Ruadh en la mano y sin perderla de vista. Rosslyn arrastraba los pies, como si no tuviera fuerzas para cargar con su propio peso. Su aspecto era demacrado y parecía más… vieja.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Bonnie está bien? —preguntó de pronto con el estómago encogido.

—¿Bonnie? —Rosslyn lo miró aún más confusa—. ¡Ah! Ella es tan inocente… Mi pequeña…

Caminaron un trecho más y Rosslyn empezó a murmurar para sí. De pronto se

detuvo y miró a su alrededor confusa.

—Creía… ¿Dónde está Moira? Debería haberme acompañado. Siempre hace lo mismo, se escabulle cuando menos te lo esperas. Tengo que contarle… No me creerá, pensará que me he vuelto loca, pero no estoy loca, no lo estoy…

Ewan la vio centrar su mirada en él, una mirada que parecía traspasarlo y que le erizó el pelo de la cabeza.

—Tienes que regañarla, Gabriel, solo a ti te hará caso.

Se agachó a coger una dedalera rosa y se giró para dársela a Ewan con una enorme sonrisa.

—¿Te has bañado en el río sin mí? —preguntó fijando la vista en su pelo mojado—. No deberías ir a ninguna parte sin mí.

Ewan entornó los ojos sin saber qué decir. Rosslyn aceleró el paso tarareando una canción mientras iba cogiendo flores del camino. El McEntrie la siguió de cerca, pero no lo bastante como para que volviera a incluirlo en su fantasía. La observó caminar hacia el castillo de los MacDonald, con un ramillete de dedaleras rosas abrazadas contra su pecho. Ya no cantaba y sus pasos volvían a arrastrarse como si algo tirase de ella dificultándole el avance. Ewan permaneció a una prudencial distancia hasta que estuvo seguro de que había entrado y volvió sobre sus pasos con un sentimiento de tristeza del que no se pudo desprender.

—¡Ya está aquí! —exclamó Enid al verlo desde la ventana—. ¡Ewan ha llegado!

Elizabeth sostenía a Daniel en sus brazos y levantó la mirada un momento para sonreírle a su cuñada. Enid sonrió también y se acercó a Lachlan que tenía la misma expresión que Elizabeth al mirar a su delicada y preciosa Nessa. Unas carantoñas y halagos después, la puerta se abrió y apareció Ewan con expresión sonriente y el pelo mojado.

—¿De dónde sales? —se burló Kenneth palmeándole la espalda—. ¿Te ha chupado el pelo una vaca?

—Se ha dado un baño en el mar —dijo Caillen apartando al otro para darle un abrazo—. Huele a sal.

Los demás lo saludaron también y por fin el recién llegado pudo conocer a sus sobrinos.

—¿No quieres cogerla? —preguntó Enid mostrándole a su pequeña.

—No, por Dios —dijo él levantando las manos.

—¿Quieres ver a tu preciada niña estampada en el suelo? Es demasiado torpe para sujetarla.

Ewan dirigió la mirada a aquella voz y su corazón se detuvo un instante mientras su expresión se quedaba suspendida entre la sorpresa y el más absoluto desconcierto.

—¿Bonnie? —preguntó con voz incrédula.

La joven sonrió abiertamente y lo saludó con cariño.

—¿Traes carta de Chisholm? Espero que no te la hayas olvidado encima de algún mue… —Enmudeció al ver su expresión culpable y a punto estuvo de darle un manotazo —. ¡Ewan!

El otro la dejó sufrir un poco más y finalmente se echó a reír entregándole la misiva de su hermano.

—Chisholm quería cosérmela a la chaqueta —dijo entre risas.

Bonnie se apartó inmediatamente para abrir la carta y leerla y Ewan la observó aún un momento antes de responder al millón de preguntas que tenían que hacerle los demás.

—¿Cómo has dejado que Rowena y Kenneth no vivan aquí, padre? —preguntó el veterinario, ya sentados en el comedor para disfrutar de la cena.

—¡No, por Dios! —exclamó Dougal y los otros asintieron conformes.

—¿Tan malo es? —preguntó Ewan sonriendo.

—Peor —corroboró Craig.

—Ya lo descubrirás —dijo Lachlan—. Sin vivir aquí son todo un espectáculo.

—¿Y Bonnie viene todos los días? —siguió preguntando mientras se esforzaba en que no se percibiese en su rostro el interés que sentía.

—Desde luego —afirmó Elizabeth—. Yo la necesito.

—Y yo —corroboró Enid—. Ojalá la dejasen vivir aquí.

—¿Cómo están las cosas en casa de los MacDonald? Brodie me contó lo de Carlton. ¿De verdad pensáis que el vizconde pudo tener algo que ver? —preguntó mirando a sus hermanos presentes y a su padre.

—Tuvieron un encontronazo en casa de los McEachern y el vizconde dijo que

acabaría en una zanja —comentó Lachlan encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hizo, empujarlo para que se cayera del caballo? ¿Alguien vio algo raro?

—El caballo apareció a varias millas de distancia de donde lo encontraron —dijo Caillen.

—Qué raro. —Ewan frunció el ceño.

—Carlton pudo pasarse horas agonizando tras la caída —siguió Caillen—. Cuando lo encontraron estaba fuera del camino, como si se hubiese arrastrado hasta allí.

—O como si alguien lo hubiese apartado para que no lo encontraran hasta que fuese completamente de día —apuntó Dougal.

—No es la manera en la que actuaría el vizconde —dijo Ewan cogiendo su copa—. Él lo habría retado a un duelo.

—Eso es cierto —dijo Dougal—, pero seguramente Carlton no habría aceptado.

Ewan dejó de nuevo su copa después de beber un sorbo y asintió.

—En eso tienes razón.

—Si alguien lo hizo —intervino Craig—, es alguien mezquino, retorcido y cobarde.

—Desde luego.

—¿Y su madre está muy afectada? —preguntó Ewan al fin llevando la conversación adonde quería.

—Bastante —asintió su padre—. Esa mujer debe estar al límite de lo que se puede soportar.

Ewan sopesó la idea de contarles lo que le había ocurrido en los acantilados, pero finalmente optó por guardárselo para él.

Bonnie miraba a su hermano Duncan sentado al otro lado de la mesa. Ni siquiera de él esperaba tanta falta de compasión.

—Es lo mejor para todos, padre —siguió el primogénito—. Ya la has visto, al final acabará por hacer daño a alguien.

Bhattair miraba a su hijo con una ceja levantada y expresión cínica.

—¿Tienes miedo de tu madre? ¿Qué crees que va a hacerte, estrangularte mientras duermes? Si hubiera querido hacer eso lo habría hecho cuando naciste, no dejabas de berrear. ¡Mira! Igualito que ahora.

Duncan apretó el cuchillo en su mano, pero no dijo nada.

—Rosslyn no está muy bien, es cierto —siguió Bhattair mirando la silla vacía de su esposa—, pero no creo que sea un peligro para nadie. No voy a encerrarla en una habitación para que tú no tengas que verla.

—¿Alguien sabe lo que ha pasado? ¡Se ha puesto como una fiera y solo eran unas flores silvestres, por Dios! Creía que iba a sacarme los ojos. No podremos traer invitados a casa con ella en este estado y es indispensable a la hora de establecer negocios con…

—¿Negocios? —lo cortó su padre mirándolo con desprecio—. ¿De qué negocios hablas? Lo único que tú haces es encargarte de cobrar las rentas. Negocios, dice… ¿Cuándo te has preocupado tú por nuestras ovejas? ¿O porque las granjas funcionen? Menuda panda de inútiles estáis todos hechos.

—Padre —intervino Annabella señalando a su esposo—. Finlay está pensando en dedicarse al arte. Quiere…

—¿Al arte? —se burló Bhattair riéndose de su yerno—. ¡Al arte de no hacer nada!

—Estoy en contacto con varios artistas que…

Bhattair dio un golpe en la mesa para hacerlos callar y enseguida posó sus ojos en Bonnie que había estado callada toda la cena esperando que nadie reparase en ella.

—Tú eres la única que tiene algo que ofrecer —dijo su padre con voz contenida y mirada penetrante—. Dentro de unos días es la boda de Alistair Fraser y Georgina McEachern, en el baile que su familia ha organizado te asegurarás de que el vizconde se fije en ti.

—Ya ha visto que no tiene ningún interés, padre —dijo ella esquiva—. En ninguno de los eventos a los que he asistido se me ha acercado siquiera.

—¿Te crees que tu padre es imbécil? ¿Es eso? —dijo poniéndose de pie, apartando la silla de muy mala manera—. Sé perfectamente que te has escabullido cada vez que intentaba hablar contigo y, si lo he tolerado, era porque quería darle tiempo para que se olvidase de Rowena McEntrie.

—Pues ya lo han visto varias veces con la hija de Douglas McLeod —apuntó Duncan con muy malas intenciones.

Bhattair miró a su hijo con el rostro crispado. Debía mucho dinero a Douglas McLeod y el banquero no había tenido la menor consideración con él.

—Si el vizconde se casa con una McLeod convertiré tu vida en un infierno —advirtió mirando a Bonnie con fijeza—. Ni te imaginas lo mucho que te haré sufrir.

Salió del comedor dejando un silencio espeso tras él. Alice cogió la botella de vino

y rellenó su copa por tercera vez ante la despreciativa mirada de Annabella.

—No pararás hasta convertirte en una borracha, ¿verdad? —preguntó su cuñada moviendo la cabeza—. Qué vergüenza, ¡por Dios!

Duncan miró a su esposa y ella dejó sobre la mesa la copa que viajaba hacia sus labios. Después posó sus ojos en su hermana.

—Ocúpate de tus asuntos —advirtió—. No te gustaría convertirte en mi próximo objetivo.

Bonnie lo miró inquisitiva.

—¿Tu próximo objetivo?

Cuando Duncan la miró, una malévola sonrisa curvaba sus labios.

—Soy el primogénito y no voy a manteneros el resto de vuestras vidas —dijo ignorando su pregunta—. Si es lo que esperas, ya puedes ir quitándotelo de la cabeza. Deberías hacer caso a padre y conseguirte un marido pronto.

Bonnie seguía mirándolo interrogadora, pero Duncan había terminado de cenar. Dejó la servilleta en la mesa, se levantó y con una ligera reverencia abandonó el comedor dejando a las tres mujeres solas con Finlay. La más joven miró a su hermana y su cuñada que tenían la cabeza baja y expresión asustada.

—¿Qué ha querido decir con lo de «próximo objetivo»? ¿A quién se refería? —preguntó directa.

Annabella la miró incrédula.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? ¿Es que no lo entiendes? Duncan se libra de todo aquel que le estorba y hará lo mismo con nosotras si no tenemos cuidado.

Alice cogió su copa y bebió un largo sorbo mientras Bonnie las miraba sin dar crédito.

—Carlton tuvo un accidente de caballo —musitó la joven—, esas cosas… ocurren.

—¿Accidente? —Annabella se rio nerviosa—. En tus novelas, es posible que fuese así, pero no en la vida real. Las cosas siempre pasan por algo.

—Annabella… —Su marido intentaba hacerla callar, pero la mirada de su esposa lo hizo enmudecer a él.

—Cásate cuanto antes —advirtió su hermana mayor mirándola con fijeza—. Sal de esta casa antes de que sea demasiado tarde para ti.

Se levantó para abandonar el comedor y su esposo la siguió inmediatamente. Alice apuró el contenido de su copa y volvió a llenarla con lo poco que quedaba ya en la jarra.

Bonnie la observó un momento más y finalmente se dio por vencida.

—Me retiro —anunció a lo que la otra respondió encogiéndose de hombros.

Subió las escaleras, pero una vez arriba se dirigió al cuarto de su madre para ver si necesitaba algo. La habitación estaba en penumbra, una solitaria vela en una mesilla era toda la iluminación que su madre toleraba cuando estaba en el lecho. Bonnie se acercó despacio para no despertarla, pero su madre no dormía, tenía los ojos abiertos y fijos en la butaca que alguien había colocado junto a la cama. Cuando su hija hizo ademán de sentarse en ella, Rosslyn le indicó con la mano que lo hiciese en el colchón.

—¿No quieres comer algo, madre? —preguntó solícita—. La sopa estaba muy buena, ¿te traigo un poco?

—Pero si ya he comido —dijo Rosslyn sonriendo—. Hemos cenado en el gazebo, hacía una noche magnífica. Padre ha contado una de sus anécdotas y madre…

Su expresión se fue contrayendo y lo que era una sonrisa se convirtió en una mueca desquiciada.

—… lo ha estropeado todo, como hace siempre que estamos felices. Quiere que me case, ¿te lo puedes creer, Moira? ¡Con un MacDonald! Padre le ha dicho que ni pensarlo, que esa familia no le gusta nada. Pero ella insiste e insiste, nunca se cansa.

Bonnie se mordió el labio con preocupación. Moira era la hermana de su madre y no se veían desde antes de que ella naciera.

—Le he visto… Está triste y me mira de un modo… —siguió Rosslyn con la mirada extraviada en su mundo imaginario—. Yo no quería, pero soy tan débil. Tan cobarde… Si papá… Él no lo habría consentido…

Bonnie sintió una profunda tristeza. Desde que había vuelto había notado el deterioro en el espíritu y la fortaleza de su madre, pero lo que había pasado esa tarde escapaba por completo a su entendimiento. Sus gritos desgarradores y desquiciados al ver las flores en la basura… Nunca la había visto así. Después de eso, se había sumido en un profundo letargo y ahora, esa mirada perdida y el modo en que entrelazaba los dedos con evidente tensión hacían que pareciese desvalida y frágil. Pero lo que más alteraba a Bonnie era escuchar sus incongruentes palabras carentes de sentido.

—Gabriel ha ido al río sin mí, ¿te lo puedes creer? —se quejó frunciendo los labios —. Ya le he dicho que no vuelva a hacerlo. ¿Has visto las dedaleras? Están preciosas, ¿verdad? Son sus flores preferidas. Y las mías, claro, por eso siempre me las trae cuando viene a…

El rostro de Rosslyn se contrajo de repente y se incorporó en la cama mirando a su alrededor.

—¿Donde están?

Bonnie señaló las flores que ella misma había colocado en un jarrón después de recuperarlas de la basura. Habían perdido por completo su frescura, pero a su madre no pareció importarle. Se recostó de nuevo con aquella expresión de felicidad en su rostro que a ella le ponía el vello de punta.

—Buenas noches, madre —musitó con tristeza.

Cuando abandonó el cuarto se quedó unos segundos parada delante de la puerta. Se sentía mal por huir de aquel castillo en cuanto le era posible, pero es que estar allí era un suplicio cada vez más insoportable. Suspiró y se dirigió a su habitación, pero al pasar por delante de la que había sido la de su hermano Carlton y su esposa volvió a detenerse. Pensó en lo que le había dicho Blanche al despedirse después del funeral: *«sal de esta casa cuanto antes»*. La mujer de su hermano parecía otra después de haber vivido lejos de ellos unos meses. Sus mejillas tenían color y sus ojos sonreían a la par que sus labios. Ni un comentario ácido, sarcástico o cínico. Hablaron de la academia de la señorita Robertson y se mostró realmente interesada por ella. Sacudió la cabeza.

—Señorita…

La voz de Fionna a su espalda la hizo dar un respingo. Se volvió hacia la vieja criada y se topó con una expresión preocupada.

—Señorita, no deje que la encierren, por favor.

Se había acercado más de lo que Bonnie querría, pero la mujer estaba realmente angustiada.

—Su madre no está bien, pero solo necesita un poco de tranquilidad. Se recuperará. Siempre ha conseguido salir adelante, a pesar de… todo.

—No se preocupe, haré lo que esté en mi mano para que la dejen tranquila.

Capítulo 2

Bonnie se acercó sigilosamente a Ewan por detrás y le dio un susto. El McEntrie giró la cabeza enarcando una ceja sin inmutarse.

—Suerte la próxima vez.

Ella se encogió de hombros.

—Pienso seguir intentándolo hasta que lo consiga.

Ewan siguió examinando a Ceò por su embarazo y Bonnie lo dejó trabajar en silencio hasta que fue a lavarse la manos.

—¿Está bien? —preguntó ella entregándole la toalla.

—Perfectamente —dijo él sonriendo satisfecho.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me toca limpiar las cuadras —dijo con desgana—. Parece que en mi ausencia han decidido que debo unos cuantos días de trabajo.

—Es lo justo —dijo ella fingiendo ponerse seria.

—Cualquiera diría que he estado de vacaciones.

Lo acompañó a coger la horca y lo siguió hasta la cuadra vacía de Ciaran, que Lachlan se había llevado hacía un rato.

—Enid quiere montar ya —dijo Bonnie apoyándose en el marco de la entrada.

—Lo sé.

—¿Qué opinas?

—¿Yo? Ni se me ocurriría meterme en eso. Lachlan es el único que tiene algo que decir al respecto.

—Además de ella, supongo.

Dio una patada a la paja que fue a caer donde Ewan trabajaba. Él no se inmutó y continuó limpiando, por lo que Bonnie lo miró ceñuda.

—Estás distinto —dijo comenzando a pasearse por la cuadra.

—¿Distinto en qué?

—No sé… menos… divertido. Antes me habrías cubierto de paja y boñigas.

Ewan levantó la mirada y la posó en ella con esa expresión tan característica en la que sus labios permanecían serios mientras sus ojos chispeaban burlones.

—¿Quieres que te cubra de boñigas? —Señaló la paja que sujetaba con la horca—.

Puedo complacerte.

Ella le sacó la lengua y el corazón del escocés se aceleró incomprensiblemente.

—Supongo que me hago mayor —dijo él como si hablase para sí.

—¡Dios! Menos mal que lo has dicho. —Lo miró con cara de susto—. Pareces un anciano.

—Gracias. —Volvió a su tarea.

—Deberías estar ya casado y con hijos. Supongo que no es fácil encontrar una incauta que acepte semejante saldo, pero deberías empezar a buscar cuanto antes. Dicen que en las bodas se fraguan relaciones y la de Alistair y Georgina es inminente. Menuda rapidez la de esos dos…

—Teniendo en cuenta que iba a ser en julio y estamos a finales de agosto… —Ewan ladeó la cabeza burlón.

—No podían casarse estando su madre enferma. Esas cosas pasan.

—Desde luego —afirmó él con indiferencia.

—¿Qué te parece Isobel, la hermana de la novia? Es una mujer muy hermosa y no es tonta. Aunque quizá eso sea un problema, en realidad. Te gustaría que fuese tonta, ¿verdad? —preguntó con burlona inocencia.

—Preferiría que no, si puedo decir algo al respecto, claro.

—¿No? ¡Vaya! Está claro que has pensado en ello.

—Pues no, no he pensado en ello.

—Ya, seguro. —Siguió deambulando por la cuadra entorpeciendo su trabajo—. ¿Y Sheena Fraser? Es menos guapa que Isobel y también menos inteligente, y yo creo que eso la hace más apropiada para ti. En cuanto a su hermana Ceit… No, esa no.

Ewan detuvo la horca y la miró burlón.

—Supongo que ahora debería preguntarte por qué Ceit no.

Bonnie asintió satisfecha.

—Es demasiado.

—¿Demasiado? —Apoyó una mano en la cintura mientras la otra sostenía la herramienta de trabajo—. ¿Demasiado qué?

—Oh, demasiado, en general. Demasiado guapa, demasiado lista, demasiado divertida… —Negó con la cabeza disfrutando de volver a meterse con él—. Se aburriría mortalmente contigo. Quizá con Brodie…

—Sabes que no vas a conseguirlo, ¿verdad?

Bonnie entornó los ojos sin disimular la rabia que le daba su autocontrol.

—No estoy intentando molestarte —mintió—. Tan solo trato de ayudarte en un tema que sé, a ciencia cierta, que te resultará muy complicado resolver. No me extrañaría que tus hermanos estuviesen planeando una intervención ahora mismo. Brodie está en Londres y ya sabes lo que va a pasar con él…

—Pues no, ilústrame con tus dotes de adivinación.

—Pues está claro, conocerá a una jovencita debutante de buena apariencia y rancio abolengo y se enamorará. Brodie está destinado a vivir como un inglés, supongo que eso sí lo sabes. Lleva preparándose toda su vida.

Ewan se encogió de hombros y volvió a empuñar la horca para continuar limpiando, sin dejar de preguntarse por qué no la mandaba a tomar viento.

—Tus hermanos también lo saben y deben tener sus ojos fijos en ti. —Negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua—. Te buscarán una esposa hasta debajo de las piedras. Deberías elegir una por tu cuenta si no quieres verte casado con una más lista que tú. A tus hermanos los ciega el cariño y te tienen en alta estima. ¿Qué harías tú con una mujer inteligente?

La horca se detuvo un instante y Bonnie sonrió malévola consciente de que lo había asustado aunque fuese un poquito. Ewan sabía lo que pretendía, pero lo que había dicho era totalmente cierto. Su vida se convertiría en un infierno si Brodie se enamoraba y estaba claro que iba a ocurrir. Su hermano había conseguido al fin su sueño de vivir en Londres y no parecía que su estancia fuese a ser corta, a juzgar por la tarea que se le había encomendado.

—¿Qué te pareció Harriet, por cierto? —preguntó Bonnie cambiando de tema radicalmente, una vez conseguido su propósito.

—Ya está casada.

Bonnie soltó una carcajada, no se lo esperaba.

—El primer cumpleaños de su hija debió de ser sonado. ¿Estuviste en la fiesta?

Ewan asintió.

—Hizo construir una réplica en miniatura de un barco pirata y la colocó en el jardín para que los niños jugaran. Causó sensación en Londres.

Bonnie abrió los ojos como platos.

—Había demasiados niños —siguió Ewan—. ¿De dónde sacó tantos? No creo que tengan tantos amigos con hijos. Los Burford no son muy dados a organizar fiestas. Al

menos es lo que he visto yo.

—Brodie vive con ellos, supongo.

Ewan asintió, aunque no era una pregunta.

—No aceptaron otra cosa. Joseph y él se entendieron enseguida. A pesar de lo poco que se parece a Dougal, la afinidad fue instantánea. Me da a mí que Burford estaba realmente necesitado de una mano amiga.

—Y tu hermano feliz con ello —sonrió Bonnie.

—Ni te lo imaginas. Nunca lo había visto más satisfecho. Me hizo asistir a todos los eventos que se organizaron durante el mes que pasamos juntos. He ido a más carreras, bailes y cenas en ese mes que en toda mi estancia.

—Eso no es ningún mérito, estoy segura de que antes de que llegase Brodie no participaste en nada que no tuviese que ver con enfermedades y toquetear animales…

—¿Toquetear? —la cortó mirándola con el ceño tan fruncido que su expresión resultaba graciosa—. También iba a conferencias. Y tenía demasiadas clases para perder el tiempo en tonterías.

—Ya.

—¿Ya? —La miró interrogador—. Estaba allí para aprender, no para divertirme.

—Se pueden hacer las dos cosas, Ewan.

Él la miró burlón.

—¿Y lo dices tú?

Bonnie se detuvo frente a él y lo miró con curiosidad.

—¿Crees que yo no me divierto?

—Tu concepto de la diversión se reduce a encerrarte en una biblioteca.

—Cierto. —Ella se encogió de hombros y él volvió a fruncir el ceño.

—¿Entonces? —Esperaba una rendición en toda regla

—No he dicho que me parezca mal —dijo ella—. Solo digo que hay que divertirse.

Ewan resopló, al final había conseguido irritarlo.

—Me vuelves loco con tu cháchara —dijo consciente de que no tenía nada que hacer con ella.

Bonnie escondió su sonrisa y se dirigió a la puerta.

—Tengo que regresar ya. Elizabeth y Enid deben estar preguntándose dónde estoy. Tranquilo, no les diré que me has entretenido. Que tengas una buena mañana.

El escocés la vio desaparecer y aún permaneció un rato con aquella cara de idiota.

—¿Que yo la he entretenido? —masculló antes de volver al trabajo—. Que yo la he entretenido, dice. Será…

Capítulo 3

Agosto llegaba a su fin y la boda no sufrió más retrasos. Siguiendo la creencia popular que decía que los lunes son para la salud, los martes para la riqueza, los jueves para las pérdidas, los viernes para las cruces y que los sábados no tienen suerte ninguna, la boda se celebró en miércoles, el mejor día de todos.

—De verdad que tu hermano es único —dijo Kenneth mirando a Liam que no hacía más que mover la cabeza.

—Y doy gracias por ello. —Apuró el contenido de su copa—. Si tuviera otro como él, me pego un tiro.

—¿De dónde ha sacado el traje? ¿Se lo han traído de París?

—Lo mandó hacer siguiendo una representación de Luis XIV.

—Nunca había visto tantas chorreras y volantes en una sola prenda —siguió Kenneth aguantándose la risa.

—Rowena nos mira —dijo Liam con disimulo.

Kenneth apretó los labios, pero no dijo nada.

—Si viene, me largo —advirtió su amigo—, no quiero ser testigo de una de vuestras… Joder, esa mujer puede leer la mente. Que Dios te ayude.

Kenneth lo fulminó con la mirada, pero a Liam no le hizo ningún efecto y se marchó sin esperar a que ella llegara. Se volvió despacio para recibirla.

—¿Te vas a estar escondiendo toda la velada?

—¿Te parece que estoy escondido?

Rowena entornó los ojos mirándolo con frialdad.

—Tenemos una conversación a medias —le recordó.

—Yo creo que no.

—Es mi conversación y yo digo cuándo está acabada —dijo altanera.

Kenneth ladeó ligeramente la cabeza y después de unos segundos se encogió de hombros.

—Yo dije todo lo que quería decir, pero escucharé tus gritos si es lo que quieres.

—¿Mis gritos? —dijo incrédula—. Yo jamás grito.

—Que se lo digan a nuestros criados —musitó él.

—¿Cómo…? —Se detuvo antes de acabar la frase—. No vas a hacerme caer en tu

trampa.

—No te he puesto ninguna trampa, Rowena. ¿De verdad quieres discutir delante de todos? Ya bastante hablan de nosotros.

—Que hablen de nosotros es culpa tuya, no mía.

—No estoy tan seguro de eso.

Se giró hacia él de nuevo y lo miró con fijeza.

—¿Fue culpa mía que nos vieran en casa de los Murray?

—Que yo recuerde estábamos los dos en la glorieta.

—¡Pero fuiste tú el que me llevó hasta allí!

—Cualquiera que te oyera pensaría que te llevé a rastras.

Su esposa lo miró con inquina.

—Eres odioso. Sabes que no puedo… —No iba a darle el gusto de decírselo.

Kenneth sonrió malévolo.

—Lo sé —dijo suavizando su voz.

—¿Por qué no puedes ser más comprensivo? —preguntó ella.

Su esposo la cogió de la cintura y la sacó del salón para llevarla a un lugar más tranquilo.

—No, Kenneth —advirtió ella sin resistirse.

Él hizo caso omiso y no se detuvo hasta estar en el despacho de Leith McEachern. La había llevado allí porque la puerta tenía llave.

—Hablemos aquí —dijo él con aquella mirada que ella conocía tan bien.

Rowena dio dos pasos para alejarse y lo señaló con el dedo.

—Te quedarás ahí todo el tiempo.

Él levanto las manos mostrando las palmas en señal de aceptación.

—¿Por qué no puedes dejarme ir? Sabes que quiero hacer ese viaje y tú no puedes ausentarte por los Juegos.

—Ya irás. Conmigo.

—Eres un tirano. No tengo por qué hacer lo que tú quieras.

—Yo creo que sí.

—La madre de Julia va a casarse, ¿le digo que retrasen la boda por nosotros?

—A ti te da igual la madre de Julia.

—Siobhan es muy mayor, quién sabe cuánto tiempo más va a vivir. Quiero volver a verla.

Kenneth torció una sonrisa con mirada incrédula.

—Iremos a visitarlas cuando yo pueda acompañarte y sabes que no voy a ceder en esto. No voy a separarme de ti tanto tiempo.

Rowena sintió el calor que la envolvía, pero no quería ceder tan fácilmente.

—Pues déjame ir a París. Napoleón está en Elba, ya no hay excusa para que no me dejes.

—¿Vendrás a mi cama cada noche desde París?

—¡Kenneth!

Él negó con la cabeza.

—Aún no estoy listo para eso, Rowena.

—¿Y lo estarás alguna vez?

—No lo sé.

—Si lo hubiera sabido, no me habría casado contigo —dijo enfadada.

—Entonces me alegro de que no lo supieras.

—Podría irme sin tu consentimiento.

—Pero no lo harás. Porque me amas, ¿recuerdas?

—Lo utilizas como si fuese un salvoconducto.

—Y lo es —afirmó dando otro paso hacia ella.

Su esposa se alejó rápidamente y puso una mesita de por medio.

—No te me acerques.

Kenneth sonrió malvado sin dejar de mirarla.

—Rowena.

—He dicho…

La alcanzó en un descuido y la apretó contra su cuerpo.

—Estás enfermo —dijo con respiración agitada antes de sentir sus labios.

—Estoy completamente loco —dijo él antes de hacerla callar.

Ella rodeó su cuello y él deslizó las manos hasta sus nalgas apretándola con fuerza mientras su beso se volvía puro fuego.

—Tenemos que dejar de hacer esto —dijo ella apartándose lo justo para poder hablar.

Él la miró aterrado.

—Me refiero así, en cualquier parte.

Kenneth sonrió.

—Es culpa tuya. Sigues provocándome.

—No es cierto —dijo tirando de él hasta que su trasero chocó contra un escritorio. Se sentó encima y separó las piernas cuando él levantó su falda.

—No te has puesto… —La miró con una mezcla de asombro y agradecimiento.

Ella sonrió y se tumbó sobre la mesa para sentirlo dentro, muy dentro.

—No puedes pedirme que renuncie a esto —dijo él con voz contenida—. ¿Te crees que soy estúpido?

Rowena gimió impotente, ¿cómo podía tener ese poder sobre ella? ¿Cómo era posible que solo con una mirada o con una palabra susurrada en su oído la encendiese como una antorcha?

Se deslizaba lento, muy lento, quería que fuera consciente de cada centímetro de poder con el que la dominaba. Y Rowena se sintió plena, como siempre que la tomaba, plena y suya por completo, al igual que él le pertenecía a ella. Sus gemidos se acompasaron como una melodía ya aprendida que respondía al deseo del otro. Entonces llegó la vorágine, los movimientos rápidos, las embestidas profundas y Rowena se mordió el labio para no gritar cuando llegó su orgasmo justo antes de que él se descargase exhausto dentro de ella. La levantó sin abandonar su cuerpo aún y la besó sujetándole la cara con las manos. Después la miró con tanto amor que a su esposa le estalló el corazón en el pecho.

—Si me dejas una sola noche, me muero —dijo sincero—. No puedo vivir sin ti. Necesito escuchar tus pasos por la casa, percibir tu aroma fresco y dulce en cada habitación. Necesito tu voz en mi oído y tu furia apasionada. Te amo más que a mi vida, *mo bana-bhuidseach*.

Ella le rodeaba el cuello con los brazos y sonrió complaciente.

—Está bien —aceptó—. No me iré, pero tienes que prometerme que al menos una vez al año viajaremos a algún lugar fuera de Escocia.

—Te lo prometo.

—Cada año.

Él asintió.

—Y un día iremos a ver a la familia Forrester de América —añadió ella.

Kenneth asintió y su esposa entornó los ojos con malicia.

—Aunque no sé si me conviene que me acompañes en ese viaje. ¿No querrás rememorar antiguos placeres?

Él frunció el ceño consciente de que entraba en tierras pantanosas.

—Mi cuerpo ya solo responde a una señora y eres tú, amor mío.

Ella sonrió satisfecha y se bajó del escritorio para arreglarse la ropa.

—Se van a dar cuenta —dijo con resignación.

Kenneth la abrazó por la espalda y la meció con él.

—¿De qué se van a dar cuenta? ¿De que nos amamos?

—¿No te importa que hablen de nosotros?

Él siguió meciéndola divertido.

—Déjalos que se mueran de envidia.

Rowena giró hasta colocarse de frente a él y pasó un dedo por encima de su chaqueta.

—Mis padres ni me miran.

—Mejor. —Sintió una punzada en el pecho cuando ella levantó la vista, pero sonrió con cariño—. Ahora tienes una familia, no les necesitas.

Rowena asintió sonriente aunque sus ojos seguían teniendo aquel velo de tristeza que los enturbiaba siempre que pensaba en ellos. Apoyó la mejilla en su pecho y cerró los ojos un instante para escuchar los latidos de su corazón, mientras él la rodeaba con sus fuertes brazos para decirle que estaba a salvo. Cuando se apartó su rostro volvía a ser alegre y el velo había caído.

—Volvamos a la fiesta —dijo separándose de él para que la mirase—. ¿Estoy presentable?

—¡Dios! —exclamó él mirándola de arriba abajo—. ¿Si te digo que ya te deseo otra vez me aborrecerás?

Ella soltó una carcajada y caminó hacia la puerta con paso decidido.

—No tienes remedio —dijo saliendo del despacho con él siguiéndola de cerca.

—Vaya, vaya, vaya… —Aileen los miraba con una sonrisa perversa—. Lo que me he perdido.

Rowena enarcó una ceja sin borrar su sonrisa.

—Hermana, no sabía que te hubiesen invitado.

—Pues ya ves que sí. —Se acercó a ellos y los miró alternativamente—. Madre mía, sois dos perros en celo. ¿En casa ajena? Ese rubor en tus mejillas ya sería suficiente para delatarte, hermanita… —Bajó la mirada y le señaló el corpiño—. Pero eso es una prueba irrefutable.

Rowena cambió de expresión al ver que se había dejado las cintas por fuera de la falda. Se arregló rápidamente mirando a su alrededor de manera furtiva, habría querido ocultarle a su hermana su turbación, pero enseguida se recordó lo poco que le importaba lo que ella pensara.

—Discúlpanos, Aileen, es todo culpa mía —dijo Kenneth con voz profunda al tiempo que rodeaba la cintura de su esposa—. No puedo contenerme cuando estoy a su lado. Amo tanto a mi esposa que no dejo de demostrárselo.

La otra le lanzó una mirada asesina, pero rápidamente volvió a su expresión sonriente y malvada.

—Demasiado apasionado para conformarte con una sola. Suponiendo que no hayas picoteado ya fuera del nido. ¿Sabe mi hermana de tu afición a las señoritas del Cordero Negro? Lucy se llama tu favorita, si no recuerdo mal.

—¡Oh! Hace mucho que no visito a Lucy —siguió él sin inmutarse—. ¿Para qué iba a querer pan, cuando disfruto de un exquisito manjar en casa… todos los días? Mi afición a otras señoritas provenía del hecho de no haber encontrado una que las superase a todas. Y me refiero a todas la que habitan este planeta, por si no ha quedado claro.

—Al final se cansará de ti, hermanita —masculló Aileen perdiendo la paciencia—. Y cuando eso pase reservaré un palco para disfrutar del espectáculo.

Kenneth soltó a Rowena y se acercó a Aileen hasta resultar amenazador.

—Escúchame bien, Aileen, porque es la última vez que te lo advierto. Deja en paz a mi esposa, finge que no existimos si quieres, pero no vuelvas a dirigirte a ella en estos términos.

—¿Te crees que me das miedo? —Lo retó—. Le diré a mi hermana lo que…

—¿Estás segura de que quieres enfrentarte a mí? Creía que ya te había dejado claro hasta dónde estoy dispuesto a llegar por proteger a aquellos a los que amo. Y deberías saber, que Rowena tiene la primera posición en todas mis listas.

Aileen trató de disimular la rabia que aquella confesión le provocaba, pero era tanta que le salía a borbotones por los ojos y por todos sus poros. Apretó los puños.

—Maldito desgraciado —dijo mordiendo las palabras.

—Estás advertida.

Cogió a su esposa por el brazo y se la llevó de allí.

—Deja de mirarme así —dijo en voz baja sin apartar la vista del camino.

—¿Así cómo? —preguntó ella conteniendo una sonrisa.

—Como si fuese un dios.

—Eres un dios para mí.

Al girar la esquina miró a su alrededor y en cuanto supo que estaban solos la besó con ternura.

—No entiendo cómo puedo quererte tanto —dijo mirándolo extasiada—. De verdad que no lo entiendo. Me duele el corazón de…

Volvió a besarla y esta vez profundizó en su beso hasta que una exclamación los obligó a separarse.

—¡No me lo puedo creer!

Aileen pasó junto a ellos sin detenerse y sus bufidos y los golpes que daban sus zapatos con cada pisada acabaron por hacerlos reír a carcajadas.

Capítulo 4

—¿No vas a invitarla a bailar? —preguntó Bonnie colocándose al lado de Ewan.

Él la miró sorprendido pues no la había oído acercarse.

—Está muy bonita con ese vestido blanco —insistió sin apartar los ojos de Sheena Fraser.

—Para.

Su amiga lo miró elevando la vista.

—Llevas aquí sin hacer nada desde que empezó el baile, digo yo que podrías poner un poco de tu parte.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú, he visto cómo has esquivado a todo aquel que se te ha acercado.

—No sé de lo que me hablas —dijo fingiendo indiferencia—. Ceit te está mirando, ¿por qué no…?

Ewan la cogió de la mano y tiró de ella para llevarla hasta el centro de la pista.

—No me lo puedo creer —dijo con expresión de sorpresa cuando iniciaron las notas del vals—. Eres un auténtico cobarde, Ewan McEntrie.

Él no respondió y comenzó a bailar como si no la oyera.

—¿Bailar conmigo? Esa es la solución fácil, te hacía más atrevido. —Vio que Sheena los estaba mirando y sonrió malévola—. ¡Ah, ya entiendo! Pretendes llamar su atención ignorándola…

—No sé de lo que hablas —dijo el otro con voz de cansancio—. Solo quiero que me dejes en paz.

—Sacarme a bailar es una extraña forma de conseguirlo. ¿Crees que voy a estarme callada?

—No tendré esa suerte.

—Pues con algo me tendré que entretener —dijo ella y empezó a contar mentalmente los vestidos, separándolos por colores—. Gana el azul con diferencia.

Ewan la miró confuso.

—Hablo del color de los vestidos, la mayoría escoge el azul casi siempre.

—Creía que era el blanco.

—No, el blanco es el que más destaca, pero el más usado es el azul.

—Tú llevas un vestido rosa —señaló él.

Bonnie se miró con disgusto.

—No me han dejado elegir.

—¿Cuál habrías escogido?

—El rosa —dijo divertida por marearlo.

—Creía que dirías rojo.

Bonnie sonrió.

—Me conoces bien. Pero a mi padre le daría algo si me vistiese de rojo, así que el rosa está bien.

Ewan la miró con fijeza y Bonnie se sintió desconcertada por aquella mirada, tanto que no supo qué decir y dieron unas vueltas más en silencio.

—No me gusta Sheena —dijo él al fin.

—¿No te gusta? ¿Cómo que no te gusta? ¡Es muy bonita!

—Lo sé.

—¿Prefieres a Ceit? Ya sabes lo que opino, pero te ayudaré si es tu elección.

—No es mi elección.

—¿Entonces quién? —preguntó sin dejar de mirar a su alrededor en busca de más candidatas—. ¿Isobel? ¿Ceana? ¿Kaela? No, Kaela de ninguna manera, me recuerda a Aileen Sinclair. Buchanan, quiero decir.

—Has encontrado un filón, ¿verdad?

—Yo no perdería el tiempo si fuera tú. Por lo de anciano, ya sabes.

—Me haces sentir como si estuviera al borde de la muerte.

—Mientes muy mal, te da exactamente igual todo lo que te digo, como siempre.

Él la miró entre divertido y asombrado.

—Eso no es cierto.

—Oh, ya lo creo que sí. Si quiero que leas un libro solo tengo que decirte que a mí no me ha gustado para que te dignes a mirarlo siquiera.

—Es que tienes muy mal gusto para los libros, Bonnie.

—Eso es falso. —Ahora sí estaba molesta—. Si hay algo de lo que puedo estar orgullosa es de mi voracidad lectora y gracias a eso tengo un criterio mucho más que respetable a pesar de mi edad.

—Sabes que el hecho de que no contemos los libros que leemos no significa que no

hayamos leído tantos o más que tú. Los McEntrie somos buenos lectores.

—En esta familia el único que se me acerca, y a mucha distancia, es Kenneth.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él con curiosidad—. No tienes ni idea de cuántos libros he leído yo.

Ella se puso las manos en la cintura.

—Hagamos una prueba —dijo retándolo—. Vayamos a la biblioteca y contemos cuántos libros de los McEachern ha leído cada uno.

—¿En serio?

Ella asintió.

—¿Y qué nos jugamos? Porque yo no hago una apuesta si no hay premio a la vista.

Bonnie se quedó pensativa, no había tenido eso en cuenta.

—No se me ocurre nada.

—No me hablarás de este tema nunca más —dijo él—. Se acabó lo de buscarme esposa.

—¿Eso me pedirás? ¡Qué desperdicio de deseo! Está bien, el que gane podrá pedirle al otro lo que quiera, pero solo una cosa y solo una vez. Teniendo en cuenta tu absurdo deseo, casi me daría lo mismo perder.

Ewan no disimuló lo mucho que lo divertía la idea.

—No vas a pedirme nada malvado —advirtió ella entornando los ojos.

—Mis hermanos te dirían que no estés tan segura.

—Yo no soy tu hermana.

—Desde luego que no —dijo con excesiva calidez.

Ella sonrió perversa.

—Vas a ensañarte —afirmó él.

—No sé por qué dices eso —mintió con absoluta inocencia.

—De acuerdo —aceptó y vio que Bonnie se daba la vuelta—. ¿Adónde vas?

Ella lo miró desconcertada.

—A la biblioteca. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Ewan miró a su alrededor y encogiéndose de hombros, la siguió.

—¿Has apuntado el del señor Dickens? —Lo miró interrogadora.

—Sí. Llevas cincuenta y cuatro, siete más que yo —dijo él.

—Bien. Solo nos queda ese estante. —Arrugó los labios—. Los McEachern no

tienen muchos libros, pobres.

—¿Pobres? —Se burló Ewan—. Me parece que tienen suficiente dinero como para comprar la biblioteca de los MacDonald.

—Pero no lo consideran necesario, de ahí lo de «pobres» —dijo mientras terminaba de revisar el estante que faltaba—. Son libros de leyes, no los he leído y tú tampoco.

—¿Ahora sabes todos los libros que he leído?

Bonnie lo miró con expresión irónica y Ewan se encogió de hombros.

—Podrías haberte equivocado.

—Bien —lo enfrentó con los brazos en jarras—. Está claro que…

—Has ganado. ¿Qué quieres que haga?

Ella lo miró primero sorprendida y luego permaneció unos segundos reflexiva.

—Pues no se me ocurre nada.

—No hemos estipulado cuánto duraría la apuesta, pero yo creo que lo justo sería que se cumpliese hoy mismo. Si dejamos pasar los días a saber qué se te ocurrirá.

—¿Qué crees que voy a pedirte?

—No me fío de ti. Podrías preguntar a mis hermanos y… ¡Mierda! Acabo de darte una idea, ¿verdad?

La sonrisa en el rostro de su amiga era más que elocuente.

—Si prometo no preguntarles, ¿me das más tiempo para pensar en algo que quiera de ti? Ahora mismo no se me ocurre nada.

Él entrecerró los ojos pensativo.

—¿Tú qué me habrías pedido? —preguntó ella con curiosidad.

—Que me dejaras tranquilo con ese tema, ya te lo he dicho.

—¿Tanto te agobia que quiera ayudarte? No necesitas ninguna apuesta para eso, solo tienes que decírmelo.

—¿En serio? —Sonrió—. Pues, ya sabes.

Bonnie se encogió de hombros y se dispuso a salir del despacho.

—Está bien, te dejo que te guardes la baza —dijo él.

Su amiga sonrió desde la puerta y abandonó la habitación.

—Bonnie… —Annabella la agarró del brazo con muy poca delicadeza en cuanto la vio aparecer—. ¿Dónde narices estabas? Padre está que echa fuego por los ojos.

—Haz como si no me hubieses visto —pidió su hermana.

—¿Te crees que me he vuelto loca? Me ha ordenado que fuese a buscarte y no pienso volver sin ti. Ha intentado retener al vizconde a su lado un buen rato y me da a mí que él no se lo está pasando muy bien con nuestro padre.

—¿Quién podría? —musitó Bonnie para sí.

—Aquí están mis dos hijas —las recibió Bhattair—. Bonnie, querida, el vizconde acaba de mencionar que le gustaría bailar contigo.

Dòmhnall no sentía el menor interés por Bonnie y la miró como se mira a un caballo antes de comprarlo. Bonita cara, buenos dientes, cuerpo… un poco infantil para su gusto. Aquel escote no desvelaba promesa alguna.

—Señorita MacDonald, ¿me concede este baile? —pidió con tono aburrido.

Bonnie casi se echa a reír al escuchar su entusiasmo, pero la mirada de su padre le quitó las ganas al instante y lo siguió hasta el centro del salón con expresión circunspecta.

—¿Qué hace Bonnie con Baxter? —preguntó Kenneth cuando Ewan llegó hasta él.

Su hermano siguió su mirada y los vio bailando.

—Yo diría que están bailando, pero no me hagas mucho caso, no tengo mucha experiencia en estos temas.

Kenneth no varió su expresión y Ewan frunció el ceño.

—Baxter baila con muchas damas. Al parecer a él sí le gusta bailar.

—Estoy seguro de que Brodie te contó todo lo sucedido durante tu ausencia. Incluidas las fechorías del vizconde.

Ewan cambió de expresión y su rostro se tornó serio.

—¿Crees que corre algún peligro en mitad de un salón repleto de gente?

—Es Baxter. No dejaría que se acercase a ninguna mujer, pero es que Bonnie no es más que una niña.

Ewan miró a Bhattair y su expresión de júbilo le erizó el vello.

—Parece que su padre está encantado, en cambio.

Kenneth lo miró también y asintió antes de beber un sorbo de su copa.

—Voy a ver si averiguo algo —musitó Ewan antes de alejarse de su hermano.

Había visto a Rosslyn sentada en un rincón apartado. Tenía la espalda encorvada y una mirada perdida, como si no estuviese realmente allí. Cogió dos copas de una bandeja y se detuvo frente a ella.

—Señora MacDonald —la saludó con una inclinación—. ¿Le apetece un poco de

vino?

Ella lo miró confusa y después fijó sus ojos en la copa. Asintió al tiempo que la cogía y bebió un pequeño sorbo.

—¿Le importa si me siento?

—¿Aquí?

Ewan sonrió y ocupó el lugar a su lado, dejando cierta distancia para no incomodarla.

—Una boda muy interesante, ¿no le parece?

Rosslyn suspiró sonoramente y luego carraspeó.

—A mí marido no le gustará que esté usted aquí.

—Su marido está muy entretenido mirando cómo baila Bonnie con el vizconde de Ardbrock.

La mujer buscó a su hija en la pista y asintió.

—Le gusta el vizconde —musitó.

—¿A Bonnie? —Ewan arrrugó la expresión.

—No —siguió en el mismo tono—, a ella no le gusta nada, pero eso no importa. Eso nunca importa.

Bebió un trago más largo esta vez y Ewan percibió la oscuridad que la envolvía, había visto esa oscuridad en animales que habían sido maltratados. Rosslyn siguió bebiendo en silencio hasta que hubo vaciado su copa y él la acompañó sin molestarla.

—Nadie la escuchará… —dijo sin apartar la mirada de los bailarines—. Gabriel se ha ido y papá también. Está sola, ¿no la ve? Está sola y nadie va a ayudarla.

—Bonnie no está sola —dijo Ewan frunciendo el ceño—. La tiene a usted y me tiene a mí.

Rosslyn movía la cabeza sin cesar.

—Está sola, nadie puede ayudarla. Se la llevará a su castillo y vivirá un infierno. A nadie le importa. Él se fue, la abandonó. No le importaba, no lo bastante como para salvarla. Se la llevará. Se la llevará y nadie hará nada.

—Señora MacDonald, ¿está usted bien?

—No importa lo que ella haga, ni lo sumisa que se muestre, él lo sabrá, lo sabrá y se lo hará pagar. Disfruta viéndola sufrir, solo vive para vengarse, para humillarla, para destruirla. Es lo único que quiere. Lo único que quiere…

Había elevado el tono de voz y Ewan vio que algunas personas se habían vuelto

hacia ellos con expresión reprobadora.

—Señora MacDonald… —susurró.

Rosslyn apretaba la copa con tanta fuerza que el fino cristal estalló en su mano. Ewan la atendió enseguida ignorando los gritos de las damas asustadas por la sangre. Sacudió los cristales de su vestido y extrajo los trozos más grandes que se le habían quedado clavados en la mano.

—Necesito unas pinzas para extraer los más pequeños —pidió al mayordomo cuando se acercó a socorrerles.

—Venga conmigo —pidió el criado.

Ewan la cogió de la cintura sin soltarle la mano que había envuelto con su pañuelo y se dispuso a seguirlo, cuando escuchó la voz de Bhattair a su espalda.

—¿Qué se cree que hace?

Ewan se detuvo para responder.

—Su mujer está herida, como ve está sangrando mucho, así que no hay tiempo para preguntas. Si quiere puede acompañarnos.

—Ve con ellos —ordenó a Annabella.

—¡Odio la sangre, padre! Me desmayaré si…

—Yo iré —dijo Bonnie que había acudido al escuchar los gritos de su madre—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Bhattair miró hacia Dòmhnall que ya se alejaba de ellos y apretó los labios para no exponerse.

Ewan ató el vendaje y le bajó la mano depositándola con cuidado sobre su vestido.

—¿Te duele mucho, madre?

Rosslyn miraba las manchas de su falda y pasó la mano sobre ellas como si quisiera limpiarlas. Su hija la inmovilizó con cuidado.

—No te preocupes, la señora Burns se encargará de eso mañana.

El rostro crispado de su madre se suavizó.

—Sí, Fiona se encargará. Siempre se encarga de todo.

—¿Quieres irte a casa? Yo puedo acompañarte, le diremos a padre que…

Los ojos de su madre la miraron asustados.

—¡No! No le digas nada a tu padre, se enfadará conmigo si estropeo sus planes. Tienes que bailar con el vizconde, es lo único que podemos hacer.

—Ya he bailado con él, madre, podemos irnos…

Rosslyn le acarició la mejilla y Bonnie sintió una punzada en el pecho. No recordaba que su madre la hubiese acariciado jamás.

—Gabriel no va a volver, ¿lo sabes, verdad? Y papá tampoco. Todo ha acabado. Tendrás que aceptar las cosas como vienen y… —Movía la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. A veces te resultará insoportable, pero otras… podrás mirar hacia otro lado.

—Mamá… —susurró conmovida.

Su madre no distinguía ya la realidad de sus fantasías o de sus recuerdos. Miró a Ewan suplicante.

—Yo puedo llevarlas a su casa —dijo él con voz suave para no asustarla—. Las llevaré y regresaré, nadie se dará cuenta.

Rosslyn lo miró sorprendida, como si no se acordase de por qué estaba allí.

—Eres un McEntrie, ¿verdad? Sí, eres el pequeño. ¿Por qué estás aquí? No tienes que acercarte a nosotras. Siempre que estáis cerca pasan cosas malas. Mi hijo está muerto por vuestra culpa. —Su mirada se llenó de odio—. Vosotros lo habéis matado. Mi pobre Carlton, pobre, pobre… —Sollozó—. Él no tenía la culpa de nada. De nada… La culpa es nuestra. Mía. La culpa es mía. Debería haberlo… Debería…

—Será mejor que te vayas, Ewan —pidió Bonnie abrazándola—, nos quedaremos aquí hasta que esté mejor.

—¿Estás segura? De verdad que puedo llevaros y luego…

—No —lo interrumpió—. Es cierto que si mi padre se enfada lo pagará con ella.

Su amigo apretó los puños con disimulo y aceptó la situación. Salió del salón y las dejó solas.

—Mamá —la llamó mientras la acunaba en sus brazos—. ¿Quién es Gabriel?

La espalda de Rosslyn se enervó y se apartó muy despacio mirándola con ojos desquiciados.

—¿De qué conoces tú ese nombre?

—No dejas de mencionarlo.

—Mentira. —Sus ojos lanzaban fuego—. Eso es mentira. Jamás he dicho ese nombre. Nunca.

De pronto su madre la agarró por los hombros y la sacudió completamente aterrorizada.

—No debes decirlo delante de tu padre. ¡Por Dios, te lo pido! Si se entera de que

él… Me matará, me matará… ¡Por favor, hija!

—Tranquila, madre, no se lo diré a nadie.

Rosslyn cerró los ojos un instante y Bonnie creyó que iba a desmayarse, pero en lugar de eso la miró de nuevo tranquila y sonrió.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Quieres contarme algo? —Bajó la mirada a su mano y dio un grito sorprendida—. ¿Qué es esto? ¿Por qué tengo la mano vendada? ¿Esto es sangre?

Bonnie suspiró, si Duncan la veía así acabaría por salirse con la suya.

—Saca a bailar a mi hermana. —Liam se había acercado por detrás y Ewan se giró sorprendido.

—¿Qué?

—Ceit, sácala a bailar.

—¿Por…? —enmudeció al ver la expresión tajante del otro—. En cuanto acabe esta pieza.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan los valses? Este acaba de empezar.

—Pero…

Estaba claro que Liam no iba a ceder así que se encogió de hombros y le entregó su copa antes de recorrer la distancia que lo separaba de Ceit Fraser.

—Mi hermano te ha obligado —dijo la joven cuando ya estaban dando vueltas en la pista de baile.

—Solo me lo ha sugerido —sonrió Ewan con simpatía.

—Es horrible, de verdad. ¿Qué tiene en la cabeza? ¿Cómo se le ocurre que esto puede ser agradable para mí?

—No creo que lo haya pensado tanto.

—Ya, ese es el problema, que no piensa.

Ewan miró a su alrededor distraído.

—Bonnie se ha marchado —dijo Ceit llamando su atención.

—Sí. Su madre no se encontraba bien.

—Cuando se ha cortado estabas hablando con ella, debes ser el único que sabe lo que ha pasado.

Ewan la miró con una sonrisa burlona.

—Eres muy observadora.

Ceit asintió sin disimulos.

—Mucho —afirmó—. Y por eso esta mañana me he dado cuenta de que a Dealan le pasa algo raro.

Ewan frunció el ceño. Dealan era el caballo de Ceit y, por supuesto, había salido de las caballerizas de los McEntrie.

—¿Qué quieres decir con «algo raro»?

—Pues que cabeceaba inquieto y su relincho era lastimoso, como si tratase de decirme algo. No está bien, te lo aseguro.

—Iré a verlo mañana.

Ceit asintió satisfecha y rápidamente desvió la mirada para que él no viese su regocijo. Ewan la observó con disimulo. Era despistado, pero no tonto, hasta él podía darse cuenta de que lo del caballo era una excusa. Miró de nuevo hacia la puerta y se preguntó si Bonnie habría conseguido tranquilizar a su madre. Recordó la dulzura con la que la había tratado mientras él la curaba. Su voz era casi una caricia cuando le hablaba. Se estremeció al imaginar que algún día le hablase así. Sacudió la cabeza deshaciéndose de esos peligrosos pensamientos. ¡Por Dios! Seguía siendo Bonnie MacDonald, ¿en qué narices estaba pensando?

Capítulo 5

—Muchas gracias por lo de anoche.

Bonnie se acercó a la valla y se colocó junto a Ewan, que observaba el trabajo de Lachlan con uno de los potrillos.

—Sabes que no hace falta que me las des.

—Aun así, gracias.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien… —Se agarró al travesaño y se dejó caer hacia atrás balanceándose—. Duncan sigue insistiéndole a nuestro padre para que la encierre.

Ewan la miró sorprendido.

—¿Encerrarla dónde?

Ella se encogió de hombros.

—En uno de esos sanatorios para gente rica. Estoy segura de que si no tuviéramos problemas de dinero, mi padre acabaría cediendo. Parece que le tengan miedo.

El McEntrie siguió mirando al potrillo un buen rato antes de responder a eso. La imagen de Rosslyn en el borde del acantilado se reflejó en sus ojos cuando volvió a mirarla.

—Quizá sea lo mejor para ella.

Bonnie detuvo sus movimientos y se bajó de la valla, molesta.

—¿Mejor?

—Eso la mantendría alejada de tu padre —dijo el McEntrie con una calma aplastante—. Es bueno que piensen que es peligrosa, así no se acercarán a ella y tu madre podrá vivir tranquila. Me parece que es lo único que necesita.

Su amiga lo miró interesada.

—¿De qué hablabais antes de que ella se hiciera daño con la copa?

—No tengo ni idea, la verdad. Decía cosas sin sentido de personas que desconozco y… —Negó con la cabeza—. No sé lo que pasó ni por qué se alteró tanto, pero fue por verte bailando con el vizconde, eso despertó en ella algún recuerdo. Y me temo que no era agradable. Hablaba de su madre y de un tal Gabriel que…

—No le menciones a nadie ese nombre —lo cortó.

Ewan la miró interrogador.

—No sé quién es —siguió Bonnie—, pero mi madre está segura de que mi padre le hará daño si se entera de que nos ha hablado de él.

—Qué extraño.

—Está convencida de ello y quizá sea una locura, pero no me arriesgaré.

—¿Nunca lo había mencionado antes?

Bonnie lo pensó un instante y negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no.

—Quizá solo exista en su imaginación.

Bonnie asintió y se subió al travesaño más bajo. Ewan observaba al potrillo con atención. Le había parecido que una de sus patas mostraba signos de debilidad.

—Si mi abuela aún viviese seguro que podría decirnos quién era. Si es que es alguien de la infancia de mi madre.

—¿Tu madre no tenía una hermana?

—No tenemos contacto con ella.

—¿Por qué?

Bonnie se encogió de hombros y estiró los brazos para columpiarse. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el sol calentase sus mejillas cerrando los ojos. Ewan la observó atento y una ligera sonrisa elevó las comisuras de sus labios. La falda de su vestido caía hacia atrás y se movía con ella, por un instante deseó que sus rizos se desprendieran del recogido y cayeran hasta…

—¿Qué miras? —preguntó ella de pronto.

El joven no pudo disimular su turbación y apartó la mirada bruscamente sin saber qué decir. Bonnie se bajó del travesaño, lidiando con su propia incomodidad.

—¿Por qué bailaste con el vizconde? —preguntó Ewan de pronto.

Su amiga tardó unos segundos en responder, aún confusa por lo que acababa de sentir.

—Mi padre está empeñado en que se fije en mí —respondió con naturalidad—. Por suerte, él no siente el menor interés en complacerlo.

—Es un hombre despreciable, Bonnie, no te acerques a él.

Su amiga sonrió cálida al tiempo que asentía.

—Lo sé. Rowena también me advirtió de ello. Pero no temas por mí, ya te digo que no le intereso lo más mínimo. Solo espero que mi padre se canse y me deje tranquila un tiempo. Aunque parece muy obcecado en conseguirme un esposo —musitó esto último

para sí.

—¿Un esposo? —Ewan la miraba ceñudo.

—Al parecer ha decidido que ya es hora de que aporte algo a esta familia y lo único para lo que estoy capacitada, según él, es para casarme.

—¡No puedes casarte! Quiero decir… eres muy joven.

—Tengo dieciocho años.

—¿Tantos?

Ella se encogió de hombros conteniendo la risa.

—Voy a ponérselo muy difícil, desde luego, aunque no tengo un plan muy estudiado. No saber a quién debo enfrentarme lo complica todo un poco, pero se me ocurrirá algo. Con el vizconde ha sido fácil, no soy la clase de mujer que él busca, por lo que sé le gustan más… contundentes —dijo sin encontrar un adjetivo que no la sonrojara para referirse a su físico—. Y con carácter, cosa de la que carezco. Todo el mundo sabe que soy más bien tranquila y sosegada…

—Y testaruda —dijo Ewan arrugando un poco más su ceño—. Y curiosa. Incansable. Persistente…

—Te repites. Y está claro que me adoras —dijo con ironía—. Pero todas esas virtudes me ayudarán a mantener al vizconde alejado. Y estoy dispuesta a oler mal si es necesario.

—No hagas nada sin decírmelo, Bonnie. —De repente estaba muy serio.

Ella se despojó de su falsa despreocupación y asintió.

—Estoy en un lío, es cierto. Había pensado pedirle ayuda a Elizabeth, pero no se me ocurre qué puede hacer ella. Ya no tiene manera de intervenir en sus asuntos, desde que mi padre dejó a un lado la idea de parcelar la tierra y convertirla en coto de caza para sus ansiados amigos ingleses.

—Algo se nos ocurrirá llegado el momento, no te preocupes. No dejaremos que te obligue a hacer nada que no quieras. Tú mantente alejada del vizconde.

—No quiero preocuparme por eso ahora —dijo ella desviando la mirada para que él no viese lo mucho que el tema la estaba agobiando—. Quiero centrarme en el asunto de Gabriel, me gustaría descubrir quién es. No sé nada de la vida de mi madre, nunca hemos tenido una relación madre-hija muy estrecha, como Augusta y la suya. ¿Está mal tener envidia de algo así? Porque la tengo. Cada vez que veo a la señora O'Sullivan con su hija, me dan ganas de abrazar a alguien. —Sonrió burlona—. Lo único que sé de mi

madre es que adoraba a su padre y que él murió poco antes de que ella se casara. En cambio a mi abuela no le tenía mucho aprecio, siempre que íbamos a visitarla permanecía junto a la ventana sin decir nada hasta que nos marchábamos. Y mi abuela la ignoraba como si no estuviese allí, era muy raro. —Suspiró—. ¿Nunca te preguntas cómo era tu padre cuando tenía tu edad?

Ewan asintió.

—Algunas veces.

—¿No te resulta extraño? ¿Saber que una vez fueron tan vulnerables como nosotros? Yo no puedo imaginar a mi padre así, pero a mi madre sí. Desde que he vuelto es como si fuese otra persona. Siempre fue una mujer sumisa, pero ahora es distinto. No pienses que se lo reprocho, no debe haber sido fácil ser la esposa de mi padre. Y además ella es muy débil, nunca se enfrentó a él ni para protegernos. Sobre todo a Chisholm…

Ewan apretó los labios visiblemente irritado al recordar aquella época.

—¿Aún te…? —No fue capaz de terminar la frase.

—Ya no me pega —respondió ella.

Los puños de Ewan se cerraron apretados y fijó la mirada en el caballo para que no viese el fuego de sus ojos.

—Pero mi madre está… No sé cómo está. A veces la veo riéndose sola como si fuese feliz y me dan escalofríos.

—Quizá recuerda un tiempo en el que lo fue. O quizá se ha inventado esos recuerdos.

—Si descubro quién es ese Gabriel quizá pueda entenderla e incluso ayudarla, ¿no crees? Me gustaría —dijo para sí—. Quisiera conocer a la mujer que fue antes de casarse con mi padre.

—¿Y si descubres que es igual a la que ya conoces?

Bonnie se encogió de hombros y lo hizo sonreír.

—Ahí está esa insaciable curiosidad —dijo con voz suave—. Esa que te hace buscar en los libros de manera incansable.

—¿Buscar? —Lo miró con fijeza—. ¿Qué crees que busco?

Ewan tenía una expresión extraña, sus ojos la miraban con demasiada intensidad y Bonnie frunció el ceño sintiéndose expuesta.

—A ti —dijo tajante—. Te buscas a ti.

—Qué tontería… —susurró, pero sus ojos no se apartaron como si quisiera que él

siguiese hablando.

—Sabes que no encajas, no entiendes qué haces en esa familia que no se parece en nada a ti. Ni tus gustos ni tus deseos ni tu personalidad se asemejan a ninguno de ellos y te preguntas de dónde has salido.

—¿Y los libros van a responder a eso?

—Quizá no, pero, sea como sea, te ayudan a evadirte, conocer otras vidas, otras historias y pensamientos. Y eso te reconforta. Te aísla.

Bonnie había dejado de respirar y por un instante sintió que las palabras de Ewan le tocaban el corazón. Nunca se había sentido tan vulnerable como en ese instante.

—Menudas tonterías dices. —Recuperó una falsa compostura—. Tan tonto como pensar que es buena idea que encierren a mi madre.

Ewan siguió mirándola con fijeza.

—Si de ese modo está lejos de tu padre, sí lo creo.

Bonnie miró de nuevo el trabajo de Lachlan mientras pensaba en ello, para no tener que hacerlo en lo que él había dicho.

—Quizá tengas razón —dijo tras unos minutos de estar en silencio—. Podría trasladarme con ella al ala oeste…

—Elizabeth y Enid te necesitan —se apresuró a decir él temiendo que quisiera dedicarse por completo a cuidar de su madre.

—Tengo que pensarlo bien, ver cómo se lo propongo a mi padre… Y no pienso dejar de venir. Quizá la señora Burns quiera acompañarnos, no lo sé. Podríamos pasar tiempo juntas y quizá así me contase… Tengo que darle vueltas antes de decir nada. Pero ahora debo volver —dijo caminando hacia atrás—. Elizabeth y Enid me estarán esperando.

—Te vas a caer —señaló él.

—¿Vas a llevarle el caballo a los Fraser? —preguntó sin hacerle caso.

Él asintió y Bonnie sonrió perversa.

—Dale recuerdos a Sheena. O a Ceit, tú decides.

Hizo un gesto de burla y se alejó de allí. Cuando Ewan se giró se topó con los ojos de Lachlan que lo miraba muy serio.

—¿Qué? —preguntó el veterinario.

—Es muy mala idea —dijo el otro sacando al potrillo del cercado.

—Déjame que lo examine. —Ewan lo detuvo sin responder a su comentario.

Mientras examinaba la pata del animal sentía la mirada de su hermano clavada en su nuca.

—Deja de mirarme —pidió cuando ya no pudo aguantarse más.

—Aprecio mucho a Bonnie, pero está completamente fuera de tu alcance.

Ewan soltó la pata del potrillo y se incorporó.

—Está un poco descompensado, tenlo en cuenta en el entreno.

—Ewan…

—No sé de qué hablas.

—Lo sabes perfectamente. Y ella no tardará en darse cuenta.

Ewan trató de reírse, pero solo consiguió una mueca muy poco convincente.

—Estás hablando de Bonnie.

—Exacto. Bonnie MacDonald —puntualizó Lachlan.

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no? Explícame lo que es. —Se cruzó de brazos en actitud expectante—. Adelante, te escucho.

—Está preocupada por su madre y estoy tratando de ayudarla.

—¿Y por eso te la comes con los ojos?

—¿De qué hablas? —Frunció el ceño negando con la cabeza—. Yo no hago eso.

—Ya lo creo que lo haces, sobre todo cuando ella no te mira.

—Estás loco.

—Ewan… —bajó los brazos sin dejar de mirarlo—, puedes negármelo a mí, pero no podrás negárselo a ella cuando te pregunte. Y lo va a hacer, es Bonnie.

Su hermano dejó escapar el aire por la nariz.

—Vale, supongamos que siento… algo…

—No puede ser —lo cortó Lachlan rotundo.

—Vale.

—¿Vale?

—¿Qué quieres que diga? Ya has dicho tú suficiente.

Ewan se dio la vuelta para alejarse, pero Lachlan lo agarró del brazo y lo obligó a mirarlo de nuevo.

—Es la hija de Bhattair, ¿qué crees que hará su padre? Te pegará un tiro entre ceja y ceja.

—No pasará nada entre Bonnie y yo.

—Ya lo creo que sí.

—¿Por qué estás tan seguro? Me ve como a un hermano.

—A ti te pegará un tiro, pero no quiero ni pensar lo que ese desgraciado le hará a ella.

La expresión asustada de Ewan le hizo mascullar una maldición y poner los ojos en blanco. Era peor de lo que pensaba. Caminaron juntos hacia las cuadras.

—¿Tú has oído hablar de un tal Gabriel? —preguntó Ewan alejándose del tema que los había dejado mudos.

Lachlan negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

—Por nada.

Kenneth les hizo un gesto desde la entrada a las cuadras para que se apresuraran.

—Voy a ver qué quiere —dijo el veterinario antes de echar a correr, agradecido por poder alejarse de Lachlan.

—Es Gaoth, cuando iba a sacarlo he visto que cojeaba —dijo Kenneth cuando llegó hasta él.

—Tiene una lesión muscular en la región de los glúteos —explicó Ewan después de examinarlo.

—¿No podrá participar en los Juegos? —preguntó Caillen acercándose a ellos.

—Faltan quince días, no sé si será tiempo suficiente, pero haremos lo que podamos —respondió Ewan—. De momento que descanse, nada de entrenos ni carreras. Le pondremos compresas frías y prepararé un ungüento para la inflamación.

—¡Mierda! —Kenneth se sentía culpable—. Le he exigido demasiado estos días. Sé que los Forbes han estado entrenando mucho y no quería que nos confiásemos, pero creo que me he excedido con él.

—Gaoth ya tiene una edad —dijo Lachlan uniéndose a la conversación—, deberías ir pensando en otro caballo para sustituirlo.

—¿Qué dices? —Palmeó el lomo del animal con cariño—. Sigue siendo un campeón, se recuperará y volverá a ser el de siempre.

—Ya sabes lo que dice padre —comentó Caillen—, reconocer cuándo ha llegado el momento de vender es primordial en nuestra profesión.

Kenneth miró a su hermano con desagrado.

—¿Vender a Gaoth?

—Será un buen semental —dijo Ewan apoyando a Caillen—. Dará buenos caballos de carreras. Su tiempo de gloria ha llegado a su fin, hermano.

Kenneth miró al caballo con ojos brillantes y acarició su lomo con ternura.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sensible? —se burló Lachlan—. Hay que ver lo que te ha cambiado el matrimonio.

El otro suspiró consciente de que tenía razón.

—Me estoy volviendo un blando.

—Ya lo creo que sí —confirmó Ewan—. Te he visto pegarle un tiro a un caballo sin que te temblase el pulso y mírate ahora, a punto de echarte a llorar porque Gaoth no va a ganar más carreras.

Kenneth lo miró enarcando una ceja.

—Solo disparé a un animal gravemente herido.

—Pues no estoy seguro de que ahora fueses capaz de hacerlo.

—No te pases. Y, en cuanto a Gaoth, ya veremos si no es capaz de ganar. Pienso competir con él en los Juegos.

Ewan se rio a carcajadas.

—Lo que yo te diga, ¡va a llorar! —dijo saliendo de la cuadra de Gaoth seguido de Caillen.

Kenneth miró a Lachlan y luego al caballo, moviendo la cabeza con pesar.

—Maldita sea —dijo al bajar los brazos—. Tiene razón, soy un blando. No quiero venderte.

Gaoth relinchó como si lo entendiera. Lachlan fue detrás de los otros y sopesó la posibilidad de sacar el tema de Ewan cuando vio que Dougal llegaba con Ciaran. Temía que intervenir demasiado pronto acelerase los acontecimientos. Además, a pesar de ser el pequeño, no era ningún niño y merecía un voto de confianza. Estaba claro que sabía los riesgos que entrañaba un acercamiento de esa índole y las terribles consecuencias que podía acarrearles a todos. Suspiró con las manos en la cintura y expresión preocupada. No le habría gustado que nadie interviniese en sus asuntos y no es que él no se hubiese metido en líos. ¿No debía confiar en él y estar cerca por si lo necesitaba? Eso era lo que hacían, ¿no? Apoyarse incondicionalmente…

—Voy a casa de los Fraser —dijo Ewan sacando a Ruadh de su cuadra—. Ceit me pidió que examinase a Dealan y…

—Ceit ¿eh?… —lo cortó Dougal con tono burlón—. Os vi bailando juntos anoche.

—Es lo que se suele hacer en los bailes —dijo el pequeño colocando la silla de montar.

—Cuidado con Ceit —advirtió Kenneth—. Liam te hará picadillo si te pasas con ella.

—No tengo intención…

—Dejadle en paz —dijo Lachlan, al que le parecía mucho mejor idea Ceit que Bonnie—. Ya es mayorcito.

—¿Mayorcito? Te recuerdo que está sin estrenar —dijo Kenneth señalándole la entrepierna—. Cuando eso explote no quiero tener a Liam tocándome los huevos.

—Mira que eres imbécil —dijo el pequeño terminando de poner las cinchas.

—Tú no has probado sus puños —le advirtió.

Ewan no se molestó en contestar, terminó de ensillar a Ruadh y montó.

—Menuda manera de escaquearte del trabajo —dijo Kenneth dándose la vuelta.

Ewan se alejó de allí con una sonrisa divertida.

—¡Ewan!

Se detuvo al ver a Bonnie que le hacía señas desde la ventana de la biblioteca. Ewan se acercó sin desmontar con paso tranquilo.

—¿Ya te vas?

—¿Qué quieres? —preguntó con fingido cansancio.

Bonnie le tendió una lista mirándolo con una adorable e inocente sonrisa.

—¿Podrías recogerme unas cosas en Lanerburgh?

Miró la lista con evidente desconfianza y enarcó una ceja al ver lo que había apuntado.

—Estoy seguro de que no pretendes que yo te compre estas cosas.

—Solo tienes que darle el papel al señor Cadwell y él te lo preparará.

—No. —Le devolvió el papel dispuesto a marcharse.

—Solo es ropa, Ewan, no… —Al ver que se disponía a irse de verdad, se rindió—. Es broma, tonto, espera…

Saltó por la ventana y corrió para alcanzarlo. Ewan cogió entonces el papel que contenía una lista de libros y la miró con sorna.

—¿Te has divertido?

—No lo bastante —negó ella—, pensaba que te sonrojarías al ver la otra lista, has sido un poco decepcionante. Te habrá sorprendido mi rico vocabulario, es lo que tiene ser la persona presente que más libros ha leído.

—Siento no haber cumplido con tus expectativas, me esforzaré más la próxima vez. O nunca.

—Muy gracioso, pero sabes que soy incombustible, tú mismo lo has dicho. Si puedo esperar cuatrocientas páginas para saber cómo acaba una historia, puedo esperar para verte muerto de vergüenza.

—No me cabe la menor duda. ¿Algo más? ¿Alguna otra broma infantil que hacerme?

—¿A qué vas a casa de los Fraser?

—Ceit me pidió que examinara su caballo.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh!

Ewan negó con la cabeza.

—No empieces.

—¡Ceit! Así que ya te has decidido, ¿eh? ¿Quieres que te dé algunos temas de conversación interesantes? —Caminaba al lado de su caballo—. Aunque no sé si sabrás seguirlos, quizá deberías limitarte a cosas que conozcas. Pero claro, si te pones a hablar de intestinos y dolencias equinas la pobre Ceit se va a aburrir como una ostra. Habla del tiempo, eso está a tu alcance, ¿no? Puedes mencionar la lluvia de hace dos días. O mejor habla de…

—Hablaré de ti —dijo cortándola—. Le contaré esta conversación y la bromita que me has hecho, estoy seguro de que nos reiremos un rato a tu costa.

Bonnie lo miró con suficiencia.

—¿Te crees que me importa? —Se encogió de hombros—. No creo ser un tema de conversación interesante. La tendrás bostezando en menos de dos segundos, pero supongo que ya contabas con ello. Está claro que no te casarás nunca.

—¿Me lo prometes?

Tuvo que reírse y aceptar que no iba a poder con él, así que se detuvo y lo aventó con la mano.

—Vete, anda.

Ewan tiró de las riendas y Ruadh se detuvo.

—¿Qué eres, el espíritu de la contradicción? —se burló ella.

—Vente conmigo.

—¿Qué?

—Así podrás dar conversación a Ceit y evitarás que se muera de aburrimiento.

—Eres tonto.

—En serio. —Estiró el brazo ofreciéndole la mano—. Sube.

—¡No!

Ruadh se acercó a ella y Bonnie dio un paso atrás riendo.

—No voy a ir contigo.

—¿Por qué no? —dijo dando vueltas a su alrededor—. Es evidente que no tienes nada interesante que hacer ahora mismo.

—Están en uno de esos momentos madre-hijo. Estorbo.

—Ya.

—Me siento como una intrusa.

—Ajá.

—No voy a ir contigo. Elizabeth se preocupará si desaparezco.

—Si se preocupara por eso, viviría eternamente preocupada.

Bonnie no pudo rebatírselo, tenía una tendencia natural a desaparecer sin decir adónde iba.

—Siempre sabe dónde estoy. No es que sea un secreto.

Ewan volvió a extender la mano y la animó sin dejar de mirarla.

—Vamos. Te prometo que pararemos en Lanerburgh y podrás comprar todos esos libros. Si no vienes, yo no pienso traértelos.

—Serás…

El escocés se encogió de hombros, pero siguió con el brazo extendido. Bonnie se mordió el labio, le apetecía muchísimo decir que sí. No solo por poder visitar la librería, también le apetecía ver a Ceit Fraser. Sin pensarlo más agarró aquella mano y Ewan la ayudó a subir sentándola delante.

—Lo siento Ruadh —dijo acariciando al caballo—, pero que conste que ha sido culpa de tu amo, yo habría ido a buscar otra montura para mí…

—No creo que note ninguna diferencia, pesas menos que una de sus orejas.

Durante el camino Bonnie no dejó de contar cosas. Y de preguntar cosas que tenían que ver con contar cosas. ¿Sabes cuántos travesaños tiene una valla? ¿A qué no sabes cuántas ramas tiene un árbol promedio? Al principio Ewan se molestaba en responder, hasta que se cansó de que sus respuestas dieran lugar a más preguntas y cerró el pico.

—…y la señorita Robertson me prohibió terminantemente que volviese a comentar

cuántos escalones tenía la escalera, ¿te lo puedes creer?

—¡Aleluya! —exclamó Ewan y entraron en el camino que llevaba a la casa de los Fraser.

Ceit salió a recibirlos y aunque su sonrisa era franca había cierta decepción en sus ojos cuando saludó a Bonnie.

—Perdón por presentarme tan intempestivamente —dijo ella antes de morderse el labio—. No debería haber venido sin avisar.

—¡Oh, no, me alegra que lo hayas hecho —dijo la joven sintiéndose mal. La cogió del brazo y caminaron juntas hacia las caballerizas seguidas por Ewan y Ruadh—. Me vendrá bien alguien que no tenga ganas de hablar del baile de los condes de Sutherland de este año.

—Pero para eso aún falta mucho. —Bonnie se rio.

—Mi hermana y mi cuñada no hablan de otra cosa y mi madre las anima. —Puso los ojos en blanco—. Un horror.

—Bonnie puede explicarle con detalle los libros que caben en una de las nuevas estanterías de la librería del señor Kinkaid.

Su amiga lo fulminó con la mirada y después volvió a sonreír para mirar a Ceit.

—No le hagas caso, es un completo negado para los números.

—Sí, será eso —siguió Ewan burlón.

Cuando llegaron a las cuadras Ewan se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa antes de comenzar a examinar a Dealan. A Bonnie no le pasó desapercibida la turbación de Ceit mientras lo observaba trabajar. Tanto que fijó su mirada en él interrogándose al respecto. Pelo castaño, ojos azules, alto y muy bien proporcionado… Era realmente guapo y tenía un cuerpo flexible y musculoso fruto del trabajo duro que había practicado desde niño, pero también de su afición a nadar en el mar y contra las olas. Él captó su mirada y Bonnie le sonrió. Sus ojos le provocaban ese efecto casi instantáneo cuando la miraban de ese modo. Había complicidad y certeza en ellos. Eran como una mañana de primavera. Como la frescura de los primeros días de otoño…

—¿No estás de acuerdo? —Ceit la miraba interrogadora.

Bonnie se maldijo por no estar escuchando y cuando iba a pedir perdón por ello, Ewan se le adelantó.

—Bonnie es una negada para el dibujo. Si le pide que le dibuje un perro y un caballo, no podrá distinguirlos.

Su amiga lo miró con inquina.

—Tiene que poner el nombre debajo de sus dibujos para que no la abochornen.

—Hace mucho tiempo que no hago eso —dijo irritada.

—¿El qué? ¿Dibujar?

—Augusta es buenísima —musitó para que solo Ceit la oyera—. Nadie se atreve a dibujar desde que ella entró en la familia, es como si temieran que fuese a criticarte, aunque ella jamás hace eso.

—Qué gracia —dijo Ceit, aunque no parecía que su expresión acompañase a sus palabras—. Es como si también fueses una McEntrie. Nadie pensaría que eres una MacDonald al escucharte. Sobre todo alguien que supiera de la enemistad que hay entre vuestras familias. Resulta de lo más…

—Bonnie es como de la familia —la cortó Ewan sin mirarlas—. La adoptamos hace mucho tiempo. En realidad es un alma McEntrie viviendo prisionera en un cuerpo MacDonald.

Su amiga sintió un escalofrío bajando por su espalda y entornó los ojos para mirarlo con más atención. Aquella frase le resultó íntima y profundamente turbadora. Ewan sacó al caballo de las caballerizas y ellas lo siguieron sin decir nada. Lo vieron montar a pelo y guiar al caballo solo con golpecitos en su cuello o palabras concretas. Bonnie miró a Ceit. ¿Había suspirado? Vio en su expresión lo mucho que le gustaba Ewan y frunció ligeramente el ceño preguntándose por qué le molestaba cuando ella misma había insinuado que sería una excelente candidata para…

—No debería montarlo —dijo Ewan explotando la burbuja de sus pensamientos.

El jinete saltó del caballo y miró a su dueña con pesar.

—Está enfermo y me temo que no puedo curarlo.

Ceit abrió mucho los ojos y lo miró apesadumbrada.

—¿Tan grave es?

Ewan asintió.

—Es su corazón. Si lo somete a mucha tensión, morirá.

—Pero…

—Le devolveremos el dinero que pagó por él o lo reemplazaremos por otro ejemplar. Le aseguro que cuando lo vendimos estaba perfectamente.

—¿Entonces es algo que he hecho? —Ceit se llevó la mano a la garganta visiblemente afectada.

—No, en absoluto, lo que quiero decir es que su enfermedad no se había manifestado. Pero eso no es raro en esta clase de dolencias, no se mortifique, no es culpa suya.

—Me quita un peso de encima —reconoció ella—. En cuanto a devolvernos el dinero, no será necesario, Dealan es mío y se quedará aquí hasta que…

—Si lo cuidan y vive tranquilo podría tener una vida muy larga. No sé si a su padre le parecerá bien pagar su alimentación, no siendo de utilidad.

Ceit sonrió con satisfacción evidente.

—Mi padre es incapaz de matar a una mosca, señor McEntrie. No le importará, estoy segura. Además, sabe que lo quiero mucho.

—Necesitarás otro caballo —intervino Bonnie con la sensación de que se habían olvidado de ella.

Los dos se giraron a mirarla.

—Deberías acompañar a Ewan a *Slioscreige* y ver si hay alguno allí que te guste.

—¿Ahora? —preguntó Ceit sin poder disimular la emoción que esa idea le provocaba.

—¿Para qué esperar?

—Pero no puedo montar a Dealan…

—Podéis ir los dos en Ruadh —siguió Bonnie.

Ewan la miraba con el ceño fruncido consciente de lo que pretendía.

—¿Y tú? —preguntó Ceit.

—Yo regresaré a casa.

—Elizabeth cuenta contigo para el almuerzo.

—Ceit puede ocupar mi lugar —dijo resuelta al tiempo que daba lentos pasos para alejarse—. Me apetece mucho dar un paseo, hace un día precioso.

—Bonnie… —Ewan no podía decir en voz alta lo que pensaba al respecto sin ofender a Ceit, que parecía la mar de contenta con la idea de acompañarlo, por más que tratase de disimularlo—. ¿Los libros?

—Eran para vuestra biblioteca, así que puedes dejarlos allí. Los colocaré mañana.

El escocés había empequeñecido sus ojos y ella casi sintió dos agujas atravesándole la piel. Sonrió y se dio la vuelta después de hacer un gesto de despedida con la mano. Ewan miró a Ceit y ella respiró hondo.

—Deberíamos hablar con su padre antes.

La joven asintió y después de dejar al caballo en su cuadra lo guio hasta la casa. Ewan no estuvo muy hablador con ella, tuvo que sacarle las palabras una a una y la mayoría de ellas no fueron más que monosílabos, pero una vez aclarados los términos con su padre respecto a la compra de un nuevo caballo y su aprobación para que ella lo acompañara hasta Slioscreige, montada en la yegua de su madre, por supuesto, el McEntrie se relajó y pudo conversar con ella amigablemente todo el camino.

Capítulo 6

Una semana tardó Bonnie en convencer a todos del traslado de su madre al ala oeste con intervenciones sutiles y comentarios que parecían fruto del azar. Lo que la sorprendió fue contar con un aliado inesperado.

—Me parece una idea excelente —dijo Duncan—. Y que duermas allí, también, así podrás atenderla en caso de que le dé uno de esos ataques.

—Fionna también debería mudarse, entonces —apuntó Annabella—. Madre no puede estar sin ella.

—¿Te parece bien, padre? —preguntó Bonnie sin poder creerse lo bien que estaba yendo.

—No estoy seguro.

—Será bueno para la familia —intervino Duncan—. Así podremos tenerla aislada y nadie será testigo de sus desvaríos.

—Es gracioso ver el miedo que le tienes a madre —dijo Annabella burlándose.

—No le tengo miedo, pero está claro que no está en sus cabales. Una persona así es capaz de cualquier cosa. —Miró de nuevo a su padre—. Podríamos contratar a alguien más, la señora Burns no sería lo bastante fuerte para contenerla en caso de que fuese necesario. ¿Sabes de alguien, padre? Una mujer fuerte y…

—La señora Levi —dijo Bhattair—. Cogía a su marido en brazos cuando ya no podía moverse y se ocupó de él hasta que murió.

—¿Querrá venir a trabajar aquí?

—Con dinero todo se consigue.

—Pues dinero no es que nos sobre —dijo Annabella con amargura—. Este ha sido el primer verano de mi vida que he tenido que arreglar mis vestidos para que no se notase que son los mismos del año pasado.

—¡Qué tragedia! —musitó Bonnie hastiada de estar allí.

Que la obligasen a cenar con ellos todos los días, ya era bastante suplicio, pero escucharlos hablar de su madre con tan poca compasión, superaba con creces los límites de su resistencia.

—La tía Adaira sigue insistiendo en que vayamos a visitarla —dijo Annabella—. Desde que el tío enfermó no para de escribir, ya no sé qué excusa ponerle, padre.

—¿Por qué no vas a visitarlos? —preguntó Bhattair burlón.

—No me gusta aquello, está muy aislado de todo y la gente es muy ruda. Además, la tía no me soporta y yo a ella tampoco. Que vaya Bonnie.

—Bonnie tiene ocupaciones aquí —dijo su padre zanjando el tema.

La pequeña de los MacDonald respiró aliviada, no veía a su tía desde hacía años.

Alice hizo tambalearse una mesita al tratar de ponerse de pie y su marido la miró con desprecio.

—Si sigues engordando no vas a caber en ese sillón.

Su esposa lo ignoró sin esfuerzo, estaba tan acostumbrada a que la insultara que había aprendido a filtrar sus palabras hasta el punto de no oírlas. Se tambaleó hasta la botella y rellenó su copa de vino.

—Vas a tener que hacer algo con ella —advirtió su padre—. Esto está llegando a un punto insoportable.

Duncan la agarró del brazo y con la otra mano le quitó la copa. Después la arrastró hasta la puerta y la empujó fuera del salón.

—Vete a dormir —ordenó.

Alice se frotó el brazo dolorido y lo miró compungida, pero no protestó cuando Duncan cerró la puerta y regresó con los demás. Sabía dónde encontrar lo que necesitaba. Atravesó el hall y fue hasta el pequeño saloncito en el que habían dejado a Rosslyn tras la cena. Entró y se fue directa al mueble en el que tenía escondida una botella y la sacó a hurtadillas junto a un vaso, que llenó abundantemente antes de devolverla a su sitio. No quería que entrase alguien, descubriese su escondrijo y la privase de su preciado alijo. Se sentó en una butaca sin brazos situada frente al sofá en el que estaba su suegra y la observó un momento por encima del vaso mientras disfrutaba del vino afrutado que tanto le gustaba.

—¿Qué hace aquí sola? —preguntó al fin.

Rosslyn pareció darse cuenta entonces de su presencia.

—¿Sola? —miró hacia el espacio vacío a su izquierda en el sofá y sonrió.

Alice siguió su mirada con el ceño fruncido. Realmente su suegra había perdido la razón. ¿Creía que había alguien con ella? Bebió otro trago y se encogió de hombros. Que se volviera loca era lo mejor que le podía pasar en aquella casa. Soportar vivir allí era una ardua tarea que bien merecía ayuda.

—Están hablando de trasladarla al ala oeste —dijo al fin.

Rosslyn la miró confusa.

—¿Al ala oeste? Pero hará frío allí.

—No se preocupe, Bonnie ha dicho que se encargará de todo. Cuando llegue el momento encenderán el fuego. Ahora no hace falta —sonrió alegre—. Me encanta el verano, es mi época favorita del año. Sobre todo por los Juegos. Es tan divertido ver a todos esos hombres peleándose. Todos esos músculos en esos torsos desnudos…

Dejó de hablar y contuvo su risa antes de beber otro trago. Rosslyn miró de nuevo hacia el vacío en el sofá y sonrió al tiempo que asentía.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Alice señalando al fantasma—. Ve a alguien, ¿verdad?

Rosslyn bajó la mirada con timidez, pero no respondió.

—A mí no me dan miedo los fantasmas, así que puede hablarme de él. O de ella. Sé que existen, mi abuela se me presentó dos días después de morirse. Se pasó toda la noche deambulando por mi cuarto sin dejarme dormir. Los fantasmas no hacen nada, los que hacen daño son los vivos.

Su suegra la miró con fijeza y después miró de nuevo a su lado. Sus ojos se llenaron de lágrimas que empezaron a caer silenciosas por sus mejillas. Alice frunció el ceño con expresión confusa. ¿Por qué lloraba de repente?

—¿Quiere un poco de vino? Es dulce y suave como una caricia.

Su suegra se cubrió la cara con las manos y los sollozos la sacudieron con fuerza. Alice no sabía qué hacer, ni se le ocurriría consolarla, no tocaría a su suegra ni con un palo, pero tampoco podía quedarse allí y verla llorar de aquel modo tan desgarrador. Finalmente optó por la solución más fácil y se marchó del saloncito en busca de un lugar más tranquilo. Y con menos muebles…

—¡Au! —exclamó al chocar con un aparador que se interpuso en su camino.

Cuando Bonnie entró en el saloncito su madre aún lloraba, aunque ya no tenía fuerzas y su llanto era apenas un murmullo.

—Madre, ¿qué ocurre?

Rosslyn miró a su hija pequeña y la vio borrosa a través de las lágrimas.

—Moira, se ha ido, se ha ido para siempre.

Bonnie enarcó una ceja, que la llamase por el nombre de su tía era nuevo.

—No soy Moira, madre, soy Bonnie.

Rosslyn cambió su expresión por una más dura y fría.

—¿Bonnie?

—Sí, madre, tu hija pequeña.

—Bonnie…

Ella siguió asintiendo consciente de que había atravesado el espeso velo que la llevaba a esa otra desconocida realidad.

—¿Qué quieres? ¿Te envía tu padre?

—Mamá… —La miró con fijeza—. ¿Te gustaría que nos mudásemos al ala oeste? Tú y yo solas.

Rosslyn frunció más el ceño.

—Hace frío allí.

—Estamos en verano, no hace frío, madre —sonrió.

—Tu padre…

—Está de acuerdo. Ya no tendrás que… dormir con él.

Una chispa brilló en sus ojos, pero Bonnie no supo interpretarla. ¿Alivio? ¿Tristeza? No, tristeza no era, sus labios se habían curvado con una ligera sonrisa.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando tú quieras.

—¿Ahora?

Bonnie sonrió.

—Primero tienen que limpiar y ventilar, necesitaré unos días para tenerlo todo listo.

Su madre entornó los ojos y la miró con atención.

—¿Y tú te trasladarás conmigo?

—Sí, madre.

—¿Por qué?

—Para que no estés sola.

—¿Y qué más te da a ti que yo esté sola?

Bonnie se sintió desconcertada por aquella pregunta.

—Quiero que estés bien, madre.

Rosslyn torció ahora su sonrisa y sus ojos la miraron incrédulos.

—Sé que no he sido una buena madre, no hace falta que finjas que te importo.

—Claro que me importas.

Rosslyn se dio cuenta de que lo decía en serio y su incredulidad fue más que visible. Bonnie esperó a que dijese algo más, pero después de unos segundos en silencio comprendió que no iba a hacerlo.

—¿Quieres que te acompañe a tu cuarto? —preguntó poniéndose de pie.

Ella negó lentamente y con la mirada fija en la ventana.

—Entonces iré a ver a la señora Burns antes de retirarme para explicarle los cambios y pedirle que lo organice todo.

Encontró a la señora Burns en la zona de servicio a la que procuraba no acudir si no era del todo necesario, pues sentía que los privaba de intimidad.

—Disculpen mi interrupción —dijo al ver que se ponían de pie y dejaban las ocupaciones que tenían entre manos—. No quiero molestarlos, pero voy a retirarme ya y debía explicarles algo.

—No se preocupe, señorita —dijo el mayordomo con simpatía—. ¿Qué necesita?

—Mi madre y yo vamos a trasladarnos al ala oeste.

—¿Trasladarse? —La señora Burns la miraba con el ceño fruncido, como siempre.

—Como sabrán, mi madre ha sufrido algunos… contratiempos en su salud. Creo que estar apartada del resto de la familia y del ajetreo que conlleva la vida cotidiana, le vendrá bien.

—¿Y usted se instalará con ella? —de nuevo el ama de llaves.

—Sí, ha sido idea mía y ella está conforme.

—¿Debo trasladar todas sus cosas o es algo provisional.

—Aún no lo sé. Quizá podamos hacer algo provisional y decidir si se convierte en definitivo más adelante, ¿le parece?

La mujer asintió con la misma severa expresión de siempre.

—Yo iré con ella —afirmó rotunda.

—Por supuesto, gracias por decirlo. Bien. —Bonnie miró al mayordomo—. Lo dejo todo en sus manos, Walter.

—Descuide, señorita, limpiaremos, ventilaremos y llevaremos todo lo necesario para que tengan una estancia cómoda, no se preocupe. ¿Cómo de urgente es?

—Me gustaría que nos trasladásemos cuanto antes. ¿Con dos días tendrán suficiente?

El mayordomo miró a las doncellas y a la señora Burns y todas asintieron.

—Dentro de dos días estará todo listo —afirmó el hombre con una sonrisa.

—Reitero mis disculpas por la interrupción. Que tengan una buena noche.

—Voy con usted, señorita —dijo Edith.

—Tranquila, ven dentro de media hora —dijo afable antes de darse la vuelta.

Salió de allí y los criados volvieron a sus ocupaciones.

—Quieren encerrar a la señora —dijo la señora Burns cogiendo la aguja con la que cosía.

—Lo cierto es que últimamente no parece ella —dijo el mayordomo.

El ama de llaves lo miró severa.

—Claro que es ella. No le pasa nada.

—A mí me pidió que pusiera otra taza de té cuando estaba ella sola —dijo Tara, la doncella—. Le pregunté si esperaba visita y me miró como si fuese idiota.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Edith cogiendo un pastelito—. Señora Hume, estos dulces serán mi perdición si no deja de prepararlos.

La cocinera sonrió satisfecha y cogió ella misma uno para comprobar si estaban a su altura.

—Pues, ¿qué voy a hacer? —siguió Tara—. Ponerle la taza y salir de allí lo más deprisa que pude.

—La señora no está bien —afirmó la cocinera—. A mí me cambia el menú constantemente y elige platos que no casan unos con otros. Siempre ha tenido un gusto exquisito para los detalles, pero está claro que ha perdido el don.

—No ha perdido ningún don —dijo la señora Burns malhumorada—, lo que pasa es que está cansada.

—Será eso —dijo la señora Hume sin convicción alguna.

—¡Por supuesto que es eso! —El ama de llaves se levantó y recogió su costura para marcharse.

Los demás la vieron salir de allí incrédulos.

—¿Qué le pasa? —preguntó la cocinera.

—Quiere mucho a la señora —dijo Edith.

—Pero tan solo decimos lo que pasa —dijo Tara—. Lo que he contado es la pura verdad, podría jurarlo sobre La Biblia.

—No será necesario, Tara —dijo el mayordomo con expresión irónica—. Dejemos el tema y ocupémonos de nuestras cosas. Acérqueme esos pastelitos, señora Hume.

La cocinera hizo lo que le pedía con enorme satisfacción, no había mayor halago para ella que ver cómo desaparecían uno tras otro hasta no quedar ninguno.

—Son tablas —dijo Craig mirando a Dougal con evidente gusto.

—De eso nada.

—Lo son —afirmó Caillen mirando el tablero.

—Me cago en…

El mayor de los McEntrie se levantó de la silla enfadado y fue hasta la botella de drambuie.

—¿Alguien quiere?

Nadie respondió así que cogió su copa y fue a sentarse junto a Elizabeth.

—¿Qué haces? —preguntó.

Su esposa lo miró divertida.

—Estoy tratando de desentrañar el complejo misterio del Universo —dijo continuando con la tarea de ovillar la lana.

Enid, que estaba sentada al otro lado de Elizabeth, se rio con disimulo, pero sus hermanos lo hicieron a carcajadas.

—Qué mal perder tienes, Dougal —dijo Caillen sentándose en la butaca y colocando los pies en un escabel.

—Eso es mentira, soy un gran jugador, acepto siempre…

—No lo haces —lo cortó Ewan—. Solo si ganas.

Dougal apretó los labios y su hermano pequeño se alegró de estar lo bastante lejos para que no lo tuviera al alcance de uno de sus manotazos.

—¿Dónde está Bonnie? —preguntó Caillen—. No ha venido en toda la semana.

—Ha estado ocupada con lo de su madre —dijo Enid.

—¿El qué de su madre? —Lachlan levantó la mirada del libro que leía.

—Quiere trasladarse con ella al ala oeste del castillo.

—¿Trasladarse? Ni que tuviese que llevar equipaje —se burló Dougal.

Su esposa lo miró como si fuese tonto.

—Tiene que llevarlo. ¿O te crees que mover todas tus cosas de un lado a otro puede hacerse sin equipaje?

—Pero…

—¿Por qué no usan esa parte del castillo? —preguntó Lachlan interrumpiendo lo que fuese que Dougal quería decir.

—Creen que está hechizada —dijo Ewan burlón.

—¡Venga ya! —exclamó su hermano cerrando el libro.

—Ahí está la habitación de Daphne, ¿no? —preguntó Caillen.

Las tres mujeres se miraron y sonrieron con complicidad.

—No sabíamos que os creíais la historia de Daphne y Arthur —dijo Augusta.

—Y no nos la creemos —afirmó Ewan.

—Los fantasmas existen —dijo Dougal con el ceño fruncido.

—¿Tú has visto alguno? —preguntó su esposa.

—Ya lo creo que sí. Es algo habitual cuando pasas mucho tiempo en alta mar.

Elizabeth no supo si besarlo o reírse de él.

—No me mires así —dijo el antiguo pirata—. Una vez vi al capitán de un navío español de pie frente a mi coi.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Ewan.

—Que íbamos a ser atacados, como así fue.

—¿En serio? —El pequeño acercó una silla y se sentó frente a él—. ¿Cómo fue exactamente?

Dougal mostró una expresión misteriosa.

—Pues sentí un frío intenso y me desperté sobresaltado. Entonces lo vi, su aspecto era siniestro y tenía el sombrero mal colocado, como si quisiera tapar una parte de su cabeza. Sospecho que porque ahí estaba la herida que lo mató.

—¡Qué miedo! —dijo Ewan la mar de serio.

—Entonces le pregunté qué hacía allí y me dijo con voz profunda «Estáis a punto de ser atacados». Y luego me contó que lo habían matado de un machetazo y que llevaba años buscando al que lo hizo.

—¿En serio? ¡Menuda conversación tuvisteis! ¿Y qué hiciste luego?

—Cagarse vivo —se burló Craig riendo.

—Me levanté y fui a cubierta para dar la voz de alarma —respondió a su hermano ignorando la pulla de su padre.

—¿Y os atacaron?

Dougal asintió.

—Un barco español.

—Qué curioso, ¿verdad? —dijo Ewan mirándolos a todos—. ¿Vosotros lo sabíais?

Los demás fruncieron el ceño.

—¿El qué? —preguntó Lachlan.

—Pues que Dougal hablaba español.

Su hermano torció una sonrisa.

—No tenía ni idea. ¿Tú Caillen?

El otro negó con la cabeza.

—¿Padre?

—Menudo zoquete —se burló Craig poniéndose de pie—. Tú solo te has puesto en evidencia.

—Entiendo algunas cosas —dijo el pirata con malas pulgas.

—Ya. —Ewan se levantó también y colocó de nuevo la silla en su sitio.

Dougal lo miraba con inquina consciente de la trampa que le había tendido.

—Me las pagarás —musitó cuando el joven pasó a su lado.

—Buenas noches.

Salió del salón y se dirigió a las escaleras para subir a su cuarto. Al cruzar el vestíbulo vio que la puerta de entrada estaba entornada y se acercó a mirar quién había fuera.

—¿Tom?

El joven estaba sentado en la escalinata, con la espalda apoyada en una de las columnas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó acercándose.

—Necesitaba tomar el aire.

—¿Has discutido con Gavin? —preguntó sentándose a su lado.

—No —dijo mirando al cielo—. Echo de menos el mar.

Ewan siguió su mirada y contempló las estrellas unos segundos antes de responder.

—Supongo que no te refieres a eso que ruge contra las rocas y que puedo oír desde aquí.

—Me refiero a navegar.

—Lo suponía.

Tom suspiró.

—No quiero parecer desagradecido, pero esta vida no es para mí. Los días son

taaaan largos.

Ewan sonrió comprensivo.

—¿Has hablado con Dougal?

—Ya le he dicho que no quiero parecer desagradecido.

—No creo que él piense eso. De hecho, si no tuviera a Elizabeth y a Daniel estaría como tú.

Tom lo miró con interés y Ewan asintió.

—Está claro que la vida de un pirata es algo difícil de superar. Esto debe resultarte muy aburrido.

—No es eso. En realidad la vida en el mar también puede ser aburrida. No sé cómo explicarlo, es como que me falta el aire ahí abajo, ¿sabe? —dijo refiriéndose a las cocinas.

—Habla con Dougal —insistió Ewan—. Es mucho más comprensivo de lo que parece.

—Lo sé.

—A veces me olvido de que lo conoces bien. Quizá incluso más que yo.

—No, eso no, pero sí lo conozco sí, por eso tiemblo solo de pensar en decirle que quiero irme. Me va a dar una buena paliza.

Ewan se rio divertido.

—No lo creo. Elizabeth no se lo permitirá.

—Eso es cierto —afirmó el muchacho riendo también—. Menuda es la señora. Y hay que ver el miedo que le tiene.

—Como te oiga decir eso, sí te va a dar una paliza —advirtió Ewan burlón.

—No se me ocurriría decirlo delante de él.

Durante unos minutos permanecieron en silencio disfrutando de aquel maravilloso cielo estrellado. Ewan no podía imaginar cómo sería vivir en un barco, navegando los mares sin rumbo fijo, a expensas de lo que te encontrases. Había oído muchas historias de Dougal, su hermano no era muy dado a contar batallas, pero Harriet se había explayado en el tema en más de una cena que habían compartido juntos. Joseph resultaba imponente en aquellas narraciones y costaba un poco imaginarlo como *Bluejacket* viéndolo con su hija en los brazos.

—¿Irás a ver a Joseph?

Tom se llevó una mano a la cabeza y se mesó el cabello pensativo.

—No lo sé. No quiero pensar en ello hasta saber lo que opina… —Señaló hacia el interior de la casa—. Ya sabe.

Ewan asintió comprensivo.

—Quizá si hubieses conocido a alguien —giró la cabeza para mirarlo—. Una mujer, me refiero…

—¿Se refiere a casarme? ¡No, por Dios!

—¿No quieres casarte?

—¿Y por qué iba a querer eso? ¿Atarme a una mujer para toda la vida? ¡Dios Santo, qué horror!

Ewan lo miraba entre perplejo y divertido y Tom seguía negando con la cabeza.

—¿Usted quiere casarse?

—Algún día.

—No será con la señorita Bonnie. Está claro que su padre tiene otros planes para ella.

Ewan lo miró ahora ceñudo.

—¿Por qué la mencionas?

—No sé, está claro que hacen buena pareja.

—¿Buena pareja? ¿De qué hablas? Solo somos amigos.

—¿Amigo de una mujer así? ¡Eso es imposible! Es demasiado guapa y demasiado simpática para que sea solo su amiga. Ni que no tuviera ojos en la cara.

—¡Tom!

—Perdón —dijo el otro excusándose.

—¿Y qué sabes tú de los planes de los MacDonald?

El muchacho torció una sonrisa burlona.

—El servicio se entera de todo mucho antes que los señores, ¿verdad? Ese hombre está decidido a casarla con un ricachón.

El otro lo miraba interrogador y Tom se encogió de hombros antes de continuar hablando.

—Ida… Sabe quién es Ida, ¿verdad?

Ewan asintió, sabía que trabajaba en las cocinas de los MacDonald.

—Pues Ida me contó que quiere casarla con el vizconde ese, el que quiso batirse en duelo con su hermano, ya sabe.

—Baxter.

—¡Ese!

—¿Y qué más dice Ida?

—Pues, que su señor da mucho miedo cuando se le contradice y que la señorita Bonnie tiene tendencia a hacerlo a menudo.

Ewan sintió que se le tensaban los músculos del cuello, pero se esforzó en disimularlo para que Tom siguiese hablando.

—¿Y te ha dicho Ida si alguna vez…? Ya sabes, si su padre ha… perdido los nervios con ella.

—Parece que ese hombre tiene la mano ligera, sí —afirmó Tom—. No me extrañaría, aunque no lo ha mencionado expresamente.

Un intenso frío recorrió el cuerpo de Ewan que ya no pudo contener más su tensión. Se puso de pie moviéndose inquieto de un lado a otro. Tom lo observaba ceñudo sin comprender qué era lo que lo agitaba tanto.

—¡Anda, mi madre! —exclamó el muchacho—. Que sí que le interesa…

Ewan se detuvo en seco y lo miró amenazador.

—No seas idiota.

—Si es que era normal —dijo Tom poniéndose de pie.

—Te he dicho…

—Tranquilo, no voy a decir nada.

—Más te vale —advirtió—. Como me entere que vas contando mentiras por ahí…

—Sí, sí, mentiras —musitó el otro aguantándose la risa.

—Serás… —Hizo ademán de cogerlo de la pechera, pero el muchacho se escabulló ágilmente.

—Su secreto está a salvo conmigo —dijo antes de entrar en la casa y desaparecer.

Ewan se quedó mirando la puerta entreabierta y se maldijo por su estupidez. ¿A quién se le ocurre? Si aquello llegaba a oídos de Bonnie no volvería a dirigirle la palabra siquiera. Entonces la idea de que su padre le hubiese puesto la mano encima volvió a su cerebro borrando todo lo demás. Por contradecirlo Bhattair sería capaz de golpearla, pero si él se le acercase con intención de cortejarla… Se llevó la mano a la nuca y dejó escapar el aire de un soplido. Cuanto antes se quitase aquellos pensamientos de la cabeza, más segura estaría ella.

—Maldita sea —masculló.

Mantenerse alejado de Bonnie no sería fácil, pero tampoco imposible. Solo debía

poner cuidado y, sobre todo, no buscarla. Asintió dándose ánimos y se rio de sí mismo.

—Solo es Bonnie. Vamos, idiota, piensa, la has visto con la nariz goteando por haberse perdido al contar una bandada de pájaros. Bonnie, la misma que te atormentó un verano entero porque no querías leer el maldito Macbeth de Shakespeare.

Movió la cabeza como si pudiera sacudirse con ello tantos recuerdos. Se dio cuenta de que Bonnie estaba muy presente en todos sus pensamientos. Lo había estado siempre, pero por alguna razón no había reparado en el significado de eso. No era más que una vecina que pasaba algún tiempo en *Slioscreige* acompañando a su hermano, que era el que realmente estaba invitado por ser amigo de Brodie. Ella solo era una intrusa. Alguien a quien te encontrabas de repente sentada bajo un árbol, discutiendo con uno de los libros de la biblioteca porque no le gustaba lo que había hecho algún personaje. ¿En qué momento…? Volvió a mover la cabeza. ¿Es que no podía dejar de pensar en ella? No, estaba claro que no podía porque allí estaba otra vez. ¿Cuántos años tendría cuando le dio la bronca de su vida? ¿Trece? Sí, porque él tenía unos dieciocho. Salía del mar después de haber nadado un buen rato y ella lo esperaba en la orilla con los brazos en jarras y una expresión de vieja malhumorada. Que si era un inconsciente. Que si el mar estaba muy picado. Que si qué harían todos si él se moría… Recordaba que en ese momento, con el cuerpo chorreando agua y los músculos cansados por el esfuerzo, solo pudo pensar en lo pequeña que era y lo fuerte que parecía. Mucho más fuerte que él. Su labio estaba hinchado y tenía un moratón en el ojo izquierdo. No hizo falta preguntarle cómo se había hecho aquello, lo sabía muy bien. No era la primera vez que uno de los dos hermanos llegaba magullado por «un accidente».

—Sé nadar perfectamente, Bonnie.

—¿Y qué importa eso? ¿Te crees que la gente no se ahoga porque sepa nadar?

—¿Puedo secarme? —preguntó él con expresión de disgusto.

Bonnie asintió y lo siguió para continuar regañándolo.

—Se lo diré a tu padre. Y a tus hermanos.

—¿No quieres anunciarlo a gritos en la plaza de Lanerburgh? —dijo secándose el pelo.

—Tú búrlate, pero ya verás cuando se enteren.

—¿Te crees que mi padre va a pegarme como el tuyo? —le espetó furioso.

Bonnie levantó el mentón orgullosa.

—Mi padre no me ha pegado, me he caído por…

—¡Deja de decir mentiras, Bonnie! Los dos sabemos que eso te lo ha hecho Bhattair.

Ella apretó los labios y su pecho subía y bajaba agitado.

—No es cierto.

—¡Sí lo es! Tu padre es un maldito desgraciado y algún día…

—¿Algún día qué?

—Algún día le devolveré todos los golpes que te ha dado.

Recordaba perfectamente la cara que ella había puesto. Su expresión era una mezcla de sorpresa y puro terror. Ese día se marchó y no regresó a *Slioscreige* durante un mes. Y él no volvió a pensar en ello. Aquel recuerdo desapareció de sus pensamientos y Bonnie siguió siendo solo la hermana de Chisholm que se apuntaba a sus visitas sin ser invitada. Pero ahora, bajo las estrellas que lo contemplaban desde un pasado muy lejano, comprendió que fue exactamente entonces cuando se forjó ese sentimiento que ahora crecía en su pecho. En aquel instante en el que la vio al salir del agua. Con su pelo brillando bajo los rayos del sol, su pose malhumorada, sus ojos ardientes… Preocupada por su bienestar cuando a ella debía dolerle el alma. Lo sabía porque ese recuerdo había permanecido escondido, agazapado y siniestro, esperando a emerger en el momento menos oportuno. Justo allí, cuando él se empeñaba en negar lo evidente. Tan evidente que hasta un palurdo como Tom se había dado cuenta.

—Estoy jodido —masculló.

Capítulo 7

Bonnie, su madre y el ama de llaves se instalaron en el ala oeste del castillo MacDonald y el verano continuó deslizándose hacia su inexorable final entre ocupaciones rutinarias y la preparación de los Juegos de las Highlands. Una vez Rosslyn estuvo aislada del resto de la familia, el ambiente se calmó y, tanto Bhattair como Duncan, aceptaron la proposición de Bonnie de esperar para ver si era realmente necesario contactar con la señora Levi.

En esta ocasión los Juegos se celebraban en la propiedad de los MacLean. Los McEntrie colocaron su tienda en la ubicación que les habían otorgado y Ewan revisó una última vez a los caballos antes de prepararse para las pruebas que comenzarían en menos de una hora.

—¿Crees que podrá correr mañana? —preguntó Kenneth acariciando a Gaoth.

—Sí, pero estos serán sus últimos Juegos —advirtió Ewan.

Su hermano miró al caballo con pesar, pero consciente de que si él lo decía, debía aceptarlo.

—Anderson siempre ha querido comprarlo —dijo Kenneth con las manos en la cintura—. Hablaré con él mañana después de las carreras. Si gano, no tendrá dudas.

—Ganarás —sentenció Caillen llegando hasta ellos ya ataviado con el *kilt* de los McEntrie—. Pero ahora deberíais cambiaros para las pruebas.

Bonnie observaba a Duncan que respiraba acompasado con el tronco apoyado en su hombro y Elizabeth la observaba a ella sosteniendo a su pequeño Daniel en los brazos.

—No voy a preguntarte si estás rezando para que lo consiga o por todo lo contrario —dijo la inglesa divertida.

El MacDonald corrió los diez pasos y lanzó el tronco con todas sus fuerzas consiguiendo un buen resultado. Elizabeth miró a Bonnie que sonreía satisfecha.

—Pues parece que le ha ido bien —dijo la inglesa sorprendida de su alegría.

—No lo bastante —respondió la joven—. Ha sido un buen tiro, pero Dougal lo superará sin esfuerzo. Como siempre.

—¿No vais a venir a las carreras de sacos? —preguntó Enid llegando hasta ellas—.

Están a punto de empezar, Bonnie, no llegarás a tiempo si no vas in…

La joven se agarró la falda y echó a correr.

—Para lo poco en lo que puede participar —dijo Enid caminando con Elizabeth hacia la explanada—, casi se lo pierde.

—¿Rowena también? —Se rio la inglesa al ver a su cuñada dentro del saco y a Augusta dándole instrucciones.

Bonnie se colocó a su lado y le hizo gestos a Augusta para que se marchara.

—Esa niña es demasiado competitiva —dijo la expulsada al llegar junto a sus amigas—. No me ha dejado quedarme hasta la salida.

—El año que viene podrás participar si quieres. —Elizabeth sonrió con cariño cuando su cuñada se llevó la mano a la barriga, que se apreciaba apenas bajo el vestido.

—Entonces les daré una lección a las dos de cómo se hace —sentenció fingiéndose ofendida—. Hola, Daniel, ¿te lo estás pasando bien, tesoro?

Elizabeth lo dejó en sus brazos y estiró los suyos aliviada.

—Hay que ver lo que pesa —dijo masajeándolos para que la sangre circulase por ellos.

—Va a ser tan grande como su padre —comentó Enid.

—¿Dónde has dejado a Nessa? —preguntó Augusta mirando a su alrededor.

Enid señaló hacia los hombres que seguían lanzando troncos y vio a Lachlan sosteniendo a su pequeña mientras observaba a los demás participantes.

—¿Y qué va a hacer cuando le toque? —preguntó Augusta.

—Están todos a su alrededor para sustituirlo en cuanto les deje —dijo Enid divertida.

Augusta se echó a reír.

—Va a ser la jovencita más mimada de toda Escocia.

—Veremos cuando nazca el tuyo, quizá sea niña también y entonces tendrán que repartir sus mimos —dijo Elizabeth.

—Espero que sea un muchacho —dijo la otra sincera—. Sé lo que supone ser la mayor y preferiría que mi hija tuviese la protección de uno o dos hermanos.

—Si no tiene la de sus hermanos tendrá la de sus primos y sus tíos —constató su cuñada.

—Eso seguro —afirmó Enid—. Yo también quiero que el próximo sea un niño, aunque disfruto mucho con mi pequeñina.

El día se desarrolló sin incidentes destacables y sin sorpresas. Los McEntrie no dieron tregua a los MacDonald y los Forbes tuvieron que conformarse con quedar en tercer lugar en el cómputo general de pruebas.

El baile comenzó a las ocho y no pararía hasta las doce cuando servirían la cena en mesas repartidas por los diferentes salones.

—Estoy muerta de hambre —dijo Bonnie a las nueve y media.

Ewan la miró divertido.

—¿Asaltamos la cocina?

—Imposible, menudo ajetreo tienen allí.

—¿Ya lo has intentado? —se rio él.

—Hace media hora —confesó—. Y eso que he merendado, porque ya sé lo que pasa en estos bailes, pero aun así tengo hambre. No dejo de pensar en…

—… Azúcar, leche y mantequilla, con vainilla, por supuesto, a ti no te va el whisky.

—¡Tablet! —exclamó ella mirándolo asombrada—. ¿Cómo lo has sabido? Me encanta como se quiebra y se desmorona en mi boca… Mmmm, ahora aún me apetece más.

Ewan ignoró el estremecimiento que sus palabras acababan de provocarle.

—Has participado en muchas pruebas —dijo—, es normal que tengas hambre.

—¿Muchas pruebas? Juegos de niños, querrás decir. —Frunció los labios visiblemente decepcionada—. No digo que nos dejen competir contra vosotros, sois hombres y sería estúpido, jamás podría lanzar un tronco como los que sostenéis los hombres, pero podría haber pruebas acordes a nuestras capacidades.

—¿De bordado? —se burló él.

Bonnie lo miró con inquina y él fingió sentirse dolido.

—Cuidado —advirtió unos segundos después—, tu padre nos mira. Está hablando con Caleb Anderson y te señala.

Ella suspiró sonoramente.

—¡Dios! Ahora que el vizconde ha dejado claro que no tiene el menor interés en mí va a intentarlo con él. ¿Por qué no son pobres todos sus conocidos? Voy a tener que bailar y es tan aburrido que me…

Ewan la cogió del brazo y la llevó hasta la pista cuando sonaron las primeras notas de un vals.

—No podrá hacerte bailar si ya estás bailando —dijo poniendo suavemente la mano

en su cintura.

Bonnie sonrió aliviada y también un poco asustada.

—A mi padre le dará un dolor de estómago si me ve bailando contigo.

Su compañero de baile sonrió con maldad, ojalá el dolor le durase toda la noche.

—¿Has descubierto algo nuevo sobre… aquel asunto? —preguntó en tono bajo.

—No, pero espero hacerlo pronto. Desde que nos trasladamos, mi madre se ha vuelto más comunicativa. Habla conmigo, cosa que me resultaría gratificante si no fuese porque sus conversaciones suelen ser un poco… confusas.

—Hay que reconocer que cuando te propones algo, lo consigues.

—Lo cierto es que estoy sorprendida. Tanto con la locuacidad de ella como con la tolerancia de mi padre. No nos ha molestado ni un solo día.

Ewan miró hacia el lugar en el que estaba Duncan, charlando con el señor McEachern.

—Tu madre no ha venido —dijo.

—No, padre no la dejará salir de casa una temporada. La señora Burns cuida de ella, como siempre.

—Esa mujer lleva con tu madre toda la vida, según tengo entendido. ¿No has pensado que podría ser la mejor fuente de información? —sugirió él.

—Desde luego, si no fuese por lo mal que le caigo le preguntaría, pero no puedo fiarme de lo que me diga, solo querría molestarme.

Ewan torció una sonrisa desviando la mirada.

—¿Qué? —le espetó ella sin mucha delicadeza.

—Nada.

—Esa cara no es de «nada», es de «algo».

El McEntrie la miró entonces sin dejar de sonreír burlón.

—Le ataste los cordones de los zapatos.

—Era muy pequeña.

—Se cayó de bruces.

—Repito que era muy pequeña.

—¿Y te extraña caerle mal?

—Aquello ocurrió hace mucho y ya no soy esa niña. Además, en mi descargo debo decir que ya entonces le caía mal y antes de eso no recuerdo haberle hecho nada.

—Pusiste aceite en su colonia y apareció con enormes lamparones delante de

todos.

Bonnie abrió los ojos sorprendida.

—¿No te acordabas? —preguntó él.

Su amiga negó con la cabeza.

—Eso no pasó jamás —sentenció.

—Chisholm parecía muy convencido. Pregúntale a ella, si tan segura estás. Creo que deberías replantearte vuestra relación. La pobre mujer no ha hecho más que mantenerse alejada de ti por pura supervivencia.

—Exagerado, cualquiera diría…

—Eras temible, Bonnie, aunque veo que ya no te acuerdas.

—La señora Burns es desagradable con todo el mundo, no solo conmigo.

—Quizá la vida no la haya tratado muy bien.

Ewan miró a su alrededor como si buscase a alguien y Bonnie lo miró a él con atención preguntándose a quién tendría en mente. ¿Quizá la señorita Fraser? Claro, Ceit… Ella era perfecta para él. Ewan era muy guapo, mucho más que la mayoría de los jóvenes que había en aquel salón. Y también era fuerte, aunque no tanto como Dougal o Kenneth o… Bueno, no tanto, se dijo para ahorrar pensamientos. Era lo bastante fuerte como para levantar un tronco de cien libras y lanzarlo a dieciséis pies de distancia. Podría levantar a Ceit y lanzarla también… Contuvo una sonrisa malévola, no sabía por qué había pensado semejante cosa. Si la cogiera no sería para eso, seguro. La subiría a su caballo y pasearían juntos. Muy juntos. Tan juntos como habían estado ellos el día que fueron a ver a Dealan. Se estremeció al recordar cómo sus brazos la rodeaban para poder sujetar las riendas, como su hombro rozaba el pecho masculino con el trote de Ruadh… Miró la mano que sostenía la suya con firmeza. Era una mano grande. Una mano en la que se apoyaría sin dudarlo. Y al tiempo era una mano delicada y suave. Una buena mano, sí. Apartó la mirada nerviosa y trató de distraerse de sus propios pensamientos. Cinco vestidos malva. Diez blancos. Ocho azules. Siete rosas… Vio a Duncan regañando a Alice. Tenía aquella cara, esa que ponía cuando algo le daba asco. Sonrió al recordar su expresión al ver que hasta el pequeño de los McEntrie era más fuerte que él.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ewan trayéndola de vuelta.

—De Duncan. Hay que ver la cara que se le ha quedado cuando le has ganado en el *Caber Toss*. Ha sido… ¡el mejor momento del día!

Ewan sonrió también y su rostro se iluminó como siempre que sonreía.

—Ceit está ahí —dijo ella señalando, disimuladamente, con la mirada.

—Ajá.

—Deberías sacarla a bailar.

—¿Quieres hablar con su padre por mí?

—Podría hacerlo —afirmó la joven—. Estoy bastante segura de que podría hacer una declaración convenientemente seria y razonablemente emotiva. Si alguna vez necesitas a alguien que te la escriba, cuenta conmigo, he leído tanto que creo que conozco todas las fórmulas posibles.

—No te hagas un vestido para la ocasión —advirtió él con expresión desganada—, no tengo interés en ninguna de las señoritas Fraser.

Bonnie contuvo su regocijo y fingió estudiar las posibilidades que brindaba aquel salón.

—¿Y en Shona McKenzie? —dijo pensativa—. ¿Rowena Forbes?

—¿Otra Rowena en *Slioscreige*? ¡No, por Dios!

—Rowena no vive en vuestro castillo —recordó Bonnie con el ceño fruncido.

—Ya me entiendes.

—¿Qué tienes contra Rowena? Es una maravillosa mujer, y Kenneth la adora.

—Ojalá se adoraran un poco menos abiertamente —masculló él.

Bonnie no pudo evitar mostrar su turbación y Ewan comprendió que también los había «interrumpido» alguna vez.

—¿Dónde fue? —preguntó curioso.

—En el cuarto de juegos —explicó—. En su descargo debo decir que no esperaban que a esa hora subiera nadie allí. Y ellos estaban mucho más avergonzados que yo misma. No vi nada —aclaró rápidamente—. Quiero decir… estaban vestidos. Creo. Aunque ella tenía la falda… y él me daba la espalda… En fin, que sé a lo que te refieres.

Ewan no sabía adónde mirar y Bonnie tampoco. Durante la siguientes vueltas se mantuvieron en silencio.

—¿Crees que podrías ayudarme a escabullirme? —preguntó consciente de que Caleb Anderson la abordaría en cuanto acabara el vals.

Ewan no respondió, pero se deslizó con la música hasta uno de los ventanales abiertos y se las ingenió para permanecer allí hasta que la música terminó.

—Huye por el jardín —musitó antes de alejarse de ella—. ¡Señor Anderson! Precisamente con usted quería hablar. Me han dicho que su Clydesdale tiene problemas

con la dieta.

Bonnie desapareció entre la gente y salió al jardín con total impunidad. Al menos eso pensaba ella, hasta que escuchó la voz de Duncan emergiendo entre las sombras, unos setos a su derecha.

—¿Huyendo de padre, hermanita?

Bonnie se llevó la mano al pecho.

—Me has asustado —dijo recuperando la respiración.

—No te servirá de nada —sentenció él, acercándose—. Cuando se le mete algo en la cabeza, no ceja hasta conseguirlo, ya deberías saberlo.

—Solo pretendía tomar el aire.

Duncan se encogió de hombros colocándose a su lado.

—Al menos no será Baxter, eres poco… voluptuosa para él. Anderson en cambio… Lo bueno es que es un pusilánime y no te hará daño.

Ella lo miraba incrédula.

—Viendo cómo es la vida de nuestra hermana con Finlay te haces una idea de cómo será la tuya con él. —La miró burlón—. Podrás seguir con tus libros, supongo que con eso te basta.

—No voy a casarme con Caleb Anderson ni con ningún otro.

Duncan soltó una carcajada y cuando paró de reír bebió un sorbo de su copa.

—Ay, hermanita… —Movió la cabeza—. Ya deberías saber que los que nacemos en esta familia estamos atados de pies y manos. No tienes ninguna posibilidad de librarte.

—¿Y qué me dices de Chisholm? —preguntó girándose hacia él.

—Ese no es un MacDonald.

—¿Y Gilleasbuig?

Su hermano la miró ceñudo.

—¿Te vas a ir a América a buscar oro?

Bonnie se encogió de hombros.

—No voy a casarme con Caleb Anderson —repitió por respuesta y miró hacia el jardín por el que paseaban algunos invitados.

—Ya lo veremos —sentenció su hermano—. Hubo un tiempo en el que yo también creí que podría elegir y ya ves.

Bonnie entornó los ojos cuando fijó de nuevo la vista en él.

—¿Creías que Alice fue mi elección? ¿Tan mal gusto crees que tengo? —se burló

antes de apurar el contenido de su copa—. No, hermanita. De hecho, la noche antes de mi boda estuve a punto de huir con… otra mujer.

Bonnie lo miró con curiosidad.

—Ella no acudió a nuestra cita.

Por primera vez vio en los ojos de su hermano un dolor profundo y oscuro.

—Creí que la habían descubierto y que la tendrían encerrada. Entonces era joven y crédulo. —Negó con la cabeza—. Pero lo cierto es que no quiso huir conmigo, prefirió aceptar las cosas como eran. Y eso harás tú.

Bonnie casi se compadeció de él.

—No lo haré.

Duncan volvió a mostrar una burlona sonrisa y bebió otro trago de su copa.

—Yo me casé con Alice y tú lo harás con quien padre quiera, no eres tan fuerte, aunque creas que sí. Al principio intenté ser un buen marido o, al menos, que no se me notara lo mucho que me repugnaba tocarla siquiera. Pero es que… toda esa grasa en su cuerpo… —Se estremeció y su hermana volvió a verlo como el Duncan de siempre—. Padre trató de convencerme de que podía encontrar placer en otro lugar y cumplir con mi esposa únicamente en busca de hijos. Me dijo: tápale la cabeza si hace falta, así no tendrás que verla —dijo riéndose.

Bonnie se imaginó a Alice en esa situación y sintió un pellizco en el corazón.

—Está claro que no soy como él, a pesar de todo —siguió su hermano con voz dura —. Así que Alice no puede darme hijos y el dinero que aportó al matrimonio se gastó hace tiempo. Como ves los planes de padre no salieron muy bien, tampoco conmigo.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó su hermana de pronto—. ¿Con la mujer que no quiso huir contigo?

Duncan se giró hacia el salón, dando a entender que estaba allí.

—Se casó con otro, claro. Y tiene tres hijos, por lo que diría que no se arrepiente de su decisión. Nos saludamos con corrección y eludimos la mirada del otro siempre que nos es posible.

Bonnie se dio cuenta entonces de que prefería no saber quién era ella. Estaba segura de que no podría mirarla del mismo modo sabiendo que había amado a alguien como su hermano. Suponiendo que fuese cierto, claro.

—Ve haciéndote a la idea, Bonnie. A padre solo se le puede obedecer.

Ella lo miró y sonrió perversa.

—A no ser que te expulse de la familia.

—Eres más tonta de lo que pensaba. ¿Te crees que te dejará ir y podrás vivir como quieras? No, hermanita, no es así cómo funciona la mente de nuestro padre. No te dejará escapar, te obligará a casarte con quien él diga y si no obedeces convertirá tu vida en un infierno. Si te contara las cosas que tiene pensadas para obligarte, se te borraría esa sonrisa de la cara y no volverías a dormir tranquila.

Un intenso frío la estremeció, pero no varió su expresión para que su hermano no se percatase de ello.

—No vas a asustarme.

—Si quisiera asustarte, sé cómo hacerlo, no te quepa duda —dijo inclinándose hacia ella—. Ni sueñes con ese McEntrie…

Se apartó para mirarla con cierta distancia y sus ojos mostraban tal crueldad que Bonnie dejó de respirar.

—Si cometieras la estupidez de fijarte en él yo mismo lo despellejaría vivo y te haría comer su piel cruda, hermanita.

—Eres odioso, Duncan.

—No digas que no te lo advertí.

Se apartó de él y bajó la escalinata hacia el paseo iluminado de farolillos. Se alejó con paso rápido consciente de que su fachada caería si no ponía distancia entre ellos.

Ewan se acercó a su padre en cuanto estuvo seguro de que había despistado a Caleb Anderson lo suficiente como para que no supiese dónde estaba Bonnie. Le entregó una copa de drambuie y se llevó la suya a los labios antes de iniciar la conversación.

—¿Tú conociste a la esposa de Bhattair antes de que se casaran, padre?

Craig miró a su hijo con el ceño fruncido.

—¿A qué viene esa pregunta?

Ewan se encogió de hombros.

—Curiosidad.

—Pues… no, lo cierto es que no. Sé que era de Auchencrow y que su padre había muerto ese mismo año. Lo sé porque fue muy comentado que no guardasen el esperado luto.

—¿Cómo era entonces?

Craig lo pensó un momento.

—Apocada. Triste. Recuerdo que Constance siempre decía que parecía un ratoncillo asustado. ¿Por qué te interesa eso ahora?

—Tengo curiosidad, ya te lo he dicho.

—¿Te crees que soy idiota? Te he visto bailando con Bonnie, ¿te lo ha preguntado ella? Sé que su madre no está bien. No os metáis en asuntos que no os incumben, ya sabes cómo se las gasta Bhattair. Es mejor no sacar los muertos del armario, hijo, hazme caso.

—¿Sabes de alguien que sí la conociera? —siguió el otro sin inmutarse—. Alguien que supiera de su familia.

—¿Es que no has oído lo que acabo de decirte?

Ewan giró la cabeza y miró a su padre con una expresión que Craig conocía muy bien. El patriarca suspiró, consciente de que no iba a parar.

—Me suena que el padre de Catriona Fraser hizo algún negocio con el padre de Rosslyn. Quizá ella sepa algo, aunque es mucho más joven y debía ser muy pequeña por aquel entonces.

Ewan miró a su alrededor buscando a la esposa de Kiefer Fraser. Sonrió al verla charlando con Liam.

—Gracias, padre. Disfruta de tu copa —dijo antes de alejarse.

—Estos hijos míos no saben más que meterse en problemas —masculló Craig.

La vio al mirar por encima de uno de los setos. Se había apartado del paseo de farolillos y estaba tumbada en un banco mirando las estrellas.

—¿Qué haces? —preguntó burlón.

Ella giró la cabeza para mirarlo y después volvió a fijar la vista en el firmamento.

—He tenido que alejarme para poder ver las estrellas tranquila. —Se sentó y lo miró soltando el aire de golpe—. Gracias por librarme de Anderson y de mi padre.

Ewan se sentó a su lado.

—Vas a tener que agradecerme más cosas —dijo dándole algo envuelto en una servilleta.

Bonnie la abrió despacio y abrió los ojos como platos.

—¡Tablet! —exclamó entusiasmada—. Me has… ¡Oh, Ewan!

—No quería que murieras de inanición. —Sonrió divertido.

Ella se llevó un pedazo a la boca y cerró los ojos extasiada. Casi había acabado con todo cuando se dio cuenta de que no le había ofrecido siquiera. Él torció una sonrisa burlona.

—Me he comido mi parte, tranquila, sé lo poco que te gusta compartir.

—¿Qué dices? Eso es mentira —dijo apurando las miguitas que se habían quedado en la servilleta.

—¿No quieres saber qué más te traigo?

Sacudió la servilleta y se la entregó sin dejar de mirar sus bolsillos, pero no parecían abultados. Él sonrió divertido.

—No es comida, es información.

—¿Has averiguado algo? —preguntó dejando la servilleta en el asiento cuando tuvo claro que Ewan no pensaba cogerla.

—¿Sabías que tu abuelo tenía una deuda con tu otro abuelo?

—¿Qué?

—Perdón. He hablado con Catriona Fraser… Ya, espera —pidió al ver su confusión —. Mi padre me ha dicho que la tía de Liam conoció a Rosslyn cuando era niña y que el padre de Catriona hizo negocios con Owen Wallace, el padre de Rosslyn…

—¿Has hablado con tu padre de esto?

Ewan asintió.

—¿Y con Catriona Fraser?

Ewan volvió a asentir y Bonnie se puso de pie mirándolo anonadada.

—¿Qué has hecho, gritarlo en mitad del salón?

—He sido discreto.

—¿Discreto? Solo te ha faltado ir a mi padre a decirle que estamos investigando sobre Gabriel para que le dé una paliza a mi madre en cuanto regresemos a casa.

—Bonnie…

—No sabía que fueses tan chismoso, si lo hubiera sabido no habría confiado en ti.

—Bonnie…

—¿Qué? —Lo miró malhumorada.

—He sido muy discreto. No saben por qué les he preguntado y, por supuesto, no he dicho ese nombre que tú tampoco deberías mencionar tan alegremente.

Ella se puso las manos en la cintura debatiéndose entre su deseo de saber qué le

habían contado y las ganas de estrangularlo. Bufó aceptando que era mucho más débil de lo que quería fingir, sus manos eran demasiado pequeñas como para ejercer la mínima presión en su robusto cuello. Y se moría de curiosidad, así que se sentó a su lado mirándolo expectante.

—Catriona era pequeña —inició Ewan—, apenas recuerda nada, pero sabe que tu abuelo materno estaba en una muy mala situación económica cuando murió, porque se lo oyó mencionar a sus padres.

—Eso lo sé yo también —dijo Bonnie—. Mi abuela vivía en una casa humilde y sé que mi padre la mantenía porque mi abuelo la dejó endeudada.

—¿Y sabías que la vieja casa de tus abuelos, la que tenían cuando Owen Wallace vivía, pertenece ahora a tu padre por herencia?

—Querrás decir a mi madre.

Ewan negó con la cabeza.

—La deuda que tenía tu abuelo era con Dearg MacDonald.

Bonnie lo miró sorprendida.

—No es posible —dijo anonadada—. ¿Entonces mi madre…?

Ewan se encogió de hombros.

—Debió de casarse influenciada por ello, probablemente.

Bonnie miró los setos con expresión desconcertada. ¿Su madre se casó con su padre obligada por una deuda? Eso lo explicaría todo, desde luego. ¿Tanto la anhelaba su padre como para utilizar un método tan repugnante para tenerla? Aquella pregunta se respondía sola, Bhattair MacDonald era capaz de eso y de mucho más. Pero ¿por qué su madre aceptó? ¿No se percató acaso de la clase de persona que era? ¿No lo conocía lo suficiente? Una deuda no podía justificar semejante error. A no ser que su padre no le mostrara su verdadero rostro hasta que fue demasiado tarde… Se sentía muy confusa, apenas podía hilvanar sus pensamientos con diminutas puntadas de coherencia. Se giró hacia Ewan y lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Qué más te ha dicho?

—Nada más y no he querido insistir para no despertar sospechas. Aunque, al despedirnos me ha mencionado a tu tía Moira diciendo que es la que más sabe de todo esto.

Bonnie asintió.

—Tengo que hablar con ella —afirmó pensativa—. Pero ¿cómo? No sé ni dónde

vive…

—En Helensburgh —dijo Ewan con una brillante sonrisa—. Puedo llevarte a verla.

Bonnie lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo…? ¡No puedes acompañarme! —Se puso de pie y se paseó nerviosa—. Si mi padre descubre que he ido a visitar a mi tía, se pondrá furioso, pero si se entera de que he ido con un McEntrie, me mata.

—Entonces es mejor que no se entere —dijo Ewan cruzándose de brazos.

Bonnie lo miró como si fuese tonto.

—Dentro de una semana tengo que llevar un caballo a los Scott de Largymore que, como sabrás, está a dos millas de Helensburgh.

—Te repito que…

—En Largymore —la interrumpió—, hay un carpintero al que Elizabeth le ha encargado varios muebles. Seguro que a ella le encantaría que la acompañaras. —Se encogió de hombros—. Vamos en la misma dirección, así que a nadie le sorprenderá que vayamos juntos.

—Lo tienes todo planeado.

—Se me acaba de ocurrir.

Su amiga sonrió abiertamente.

—Tienes una mente prodigiosa, Ewan McEntrie.

Él sonrió también con evidente satisfacción.

—Me lo dicen mucho.

Asintió decidida y dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estoy metiendo en un lío?

Ewan la miró con fijeza poniéndose serio.

—Aún estás a tiempo de dejar las cosas como están.

—Sabes que no podría hacer eso. —Negó pensativa.

—¿Qué esperas descubrir?

Bonnie se sentó de nuevo y clavó los ojos en su falda mientras enrollaba y desenrollaba la tela en un improvisado pliegue.

—Me gustaría descubrir que todo tiene una razón de ser. Que mi madre era una persona distinta, que hubo algo de felicidad en su vida antes de ser la persona que… es.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres saber eso si a ti no va a afectarte?

Bonnie lo miró con franqueza y sin subterfugios.

—Claro que va a afectarme. No es lo mismo saber por qué las personas hacen lo que hacen que vivir en la ignorancia. Entender sus motivos ayuda a… soportarlo.

Ewan la miró con una cálida sensación en su pecho. Le habría gustado poder rodearla con sus brazos y acariciar los rizos que mantenía cautivos en el entramado de su pelo. Aspirar su aroma, sentir… Bonnie lo miraba con ojos muy abiertos y expresión confusa.

—¿Por qué me miras así? —preguntó la joven de malhumor.

Ewan apartó la mirada rápidamente y fijó la vista en un seto de lo más interesante.

—No te miro de ninguna manera.

Bonnie no desfrunció el ceño, pero tampoco siguió preguntando. En el fondo intuía que no quería saber la respuesta.

—Ewan… —llamó su atención—. De verdad que deberías casarte.

Él la miró sorprendido.

—¿Qué?

Los ojos de Bonnie brillaban como la luna y su expresión era una mezcla de anhelo y tristeza que hizo temblar el corazón del McEntrie.

—Tienes que encontrar una esposa. No es posible que no haya ninguna…

—La hay —la cortó.

A Bonnie se le paró el corazón y negó con la cabeza como si eso fuese necesario.

—Y sabes quién es —añadió él.

Ella seguía negando con la cabeza. Se puso de pie e hizo ademán de marcharse, pero él la agarró del brazo impidiéndoselo.

—Bonnie…

—¡No lo digas! —masculló—. Ni se te ocurra decirlo. Si lo haces tendré que renunciar a todo lo que me hace feliz y será por tu culpa.

Ewan empalideció y dejó caer la mano con la que la sujetaba.

—Debes buscar una esposa —repitió ella—. Cuanto antes.

—¿Y tú? ¿Buscarás tú un esposo también?

—No. Yo no voy a casarme nunca.

—Bonnie… —su voz era casi un lamento.

Los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas.

—Nunca me casaré —insistió negando con la cabeza—. Nunca, ¿lo entiendes, Ewan? ¡Nunca!

Echó a correr para alejarse y lo dejó con el corazón temblando y el estómago retorciéndose furioso.

Capítulo 8

—¿Que te has hecho daño en la espalda? —Caillen miraba a Kenneth con expresión asustada.

—No preguntes —dijo el otro sentándose con cuidado.

Dougal tenía los labios apretados y los brazos en jarras, pero no dijo nada.

—Dougal no puede correr todas las carreras solo —dijo Lachlan—. Habrá que sustituirlo.

—Yo correré —dijo Ewan poniendo los pies en un arcón mientras permanecía recostado en la silla.

Los otros asintieron.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Lachlan—. ¿Te has caído de la cama?

—Algo así —dijo ambiguo, de ninguna manera les iba a contar lo que habían estado haciendo Rowena y él esa noche.

—Como perdamos por tu culpa la espalda va a ser lo que menos te va a doler —dijo Dougal antes de salir de la tienda malhumorado.

—Espero que Rowena esté bien —dijo Caillen.

—Está perfectamente.

—No es mi primera carrera —dijo Ewan atrayendo la atención—. Sé cómo manejarme.

—Lo sabemos —dijo Lachlan sonriendo.

—Aprovechando que estamos todos… bueno, casi todos —dijo mirando de soslayo hacia la entrada de la tienda—. Yo llevaré el caballo de los Scott a Largymore.

—¿Tú? —se sorprendió Kenneth—. ¿Y eso? Nunca quieres llevarlos.

—Pues ya ves que ahora sí.

Los tres McEntrie se giraron hacia él.

—¿A qué quieres ir a Largymore? —preguntó Lachlan con mirada inquisitiva.

—Me apetece.

—Venga ya. —El otro cogió una silla y la acercó a la suya—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Cualquiera diría…

—¿Cuándo fue la última vez que Ewan entregó un caballo? —preguntó Lachlan a sus otros hermanos.

—Creo que llevó el de los Hunter —recordó Caillen.

—Eso fue hace seis años —apuntó Kenneth moviéndose muy despacio y conteniendo una mueca de dolor.

Los tres se giraron de nuevo hacia él.

—Está bien, os lo contaré, pero no puede salir de aquí, es de vital importancia que…

—Déjate de rollos y suéltalo ya —dijo Kenneth que no encontraba su paciencia por ninguna parte.

Ewan les explicó su plan y los otros lo escucharon con evidente desencanto.

—Pensábamos que sería por otro asunto, ¿verdad? —dijo Kenneth interrogando a sus hermanos con la mirada.

Caillen asintió, mientras Lachlan observaba inmóvil y muy serio.

—¿Qué asunto? —preguntó Ewan frunciendo el ceño.

No hizo falta que contestaran, la posada de «Las tres coronas» apareció en su mente como por ensalmo.

—Sois imbéciles —dijo moviendo la cabeza.

—Sigues sin estrenar —dijo Kenneth—. Es normal que nos preocupe.

—Dejadme en paz —dijo poniéndose de pie.

Lachlan le interceptó el paso colocándose frente a la entrada con los brazos cruzados.

—Vamos, Ewan —intervino Caillen conciliador—. ¿Qué pasa? En serio que no es normal.

—Sois gilipollas —dijo malhumorado.

—¿No tienes ganas? —Kenneth señaló sus pantalones—. Por lo que he visto, no tienes nada de lo que preocuparte.

—¿Ahora me miras la entrepierna?

Kenneth sonrió perverso y se encogió de hombros, pero inmediatamente su rostro se contrajo de dolor.

—¡Me cago en todo! —exclamó furioso.

—A lo mejor Kenneth tenía razón y deberías haberlo hecho con Lisa —dijo Caillen —. Si tanto apuro te da…

Ewan los miró uno a uno consciente de que no lo dejarían salir de allí si no respondía de una vez a sus preocupaciones.

—No estoy sin estrenar, imbéciles, que no lo vaya pregonando por ahí no significa que sea virgen.

Los otros tres arrugaron el ceño con expresión confusa.

—¿No eres virgen? —preguntó Caillen.

—No.

—¿Cuándo? —preguntó Lachlan.

—¿Con quién? —intervino Kenneth.

—Estáis majaras si creéis que os lo voy a contar.

—¿Qué? —Lachlan se acercó a él—. ¿Por qué no ibas a contárnoslo?

—Menudo hermano estás hecho —dijo Caillen con evidente decepción.

—Es mentira —dijo Kenneth torciendo una sonrisa irónica.

Ewan puso los ojos en blanco. No había funcionado.

—Pero ¿qué es lo que te da tanto apuro? —preguntó Kenneth levantándose de la silla muy despacio.

—Tengo mis razones —confesó el pequeño—. No quiero estar con mujeres que no me importen.

—Acabáramos —dijo Lachlan.

—Cuando llegue la adecuada, lo sabré y entonces, todo será nuevo para los dos.

Sus hermanos se miraron confusos.

—¿Quieres ser un novato en tu noche de bodas? —Lachlan fue el que preguntó y por su expresión no le parecía una buena idea—. ¿En serio no piensas hacerlo antes de casarte?

—Te arrepentirás —dijo Caillen.

—Puedes estar seguro —afirmó Kenneth.

—¿Sabes cuántas cosas pueden salir mal? —Lachlan de nuevo.

—Uy —se rio Kenneth—, muchas, hermanito.

—Podrías no estar «preparado» —dijo Caillen escenificándolo con el dedo.

—O que los nervios te jugasen una mala pasada acelerando el proceso —añadió Lachlan también con gestos.

—Podrías hacerle daño —añadió Kenneth.

—O que ella te lo haga a ti —dijo Caillen.

—¿Estáis intentando asustarme?

—¿Asustarte? —Kenneth caminó lentamente hasta él—. Si te asustas al

escucharnos, no quiero ni pensar cómo te pondrás cuando la tengas desnuda frente a ti esperando que tú sepas lo que hay que hacer.

—Sé lo que hay que hacer.

—¿Y cómo lo sabes?

Ewan se puso las manos en la cintura y ahora fue él el que los miró con suficiencia.

—Te vi con Rosie detrás de los establos —dijo señalando a Caillen.

—¿Me viste? ¿Qué quieres decir con que me viste?

—Os he visto a todos alguna vez, imbéciles, parecéis perras en celo.

—¿A quién llamas perra? —Kenneth levantó el puño y su rostro volvió a contraerse haciéndole apretar los dientes.

—He visto suficiente como para saber lo que hacer y cómo hacerlo. Reconozco que sois de lo más instructivos, jamás habría imaginado que haya tantos modos de... abordarlas.

—¿Modos de abordarlas? —Kenneth seguía con expresión anonadada—. Pero ¿habéis oído cómo habla?

—Ewan, no es lo mismo verlo que hacerlo —dijo Lachlan que se estaba divirtiendo.

—Lo supongo.

—No, hermanito, no tienes ni la menor idea. —Caillen le puso las manos en los hombros y lo miró a los ojos—. No sabes cómo acariciarlas, cómo hacer que te deseen, cómo conseguir que su primera vez sea mínimamente placentera. Y si no sabes esas cosas, será un desastre, ¿me entiendes? No para ti, tú no importarás, porque con la práctica encontrarás las respuestas a todas tus preguntas, pero ella se quedará siempre con el recuerdo de una noche nefasta, ¿lo entiendes?

—Y parece que quieres que ese regalito sea para tu esposa —añadió Kenneth—. ¡Menuda entrada en el matrimonio!

—Que no me haya follado a ninguna mujer, no significa que no sepa darles placer. No soy un monje, idiotas. Lo que no pienso hacer es aprovecharme de una incauta para después dejarla tirada.

Caillen lo soltó ceñudo.

—Yo no he dejado a ninguna mujer «tirada».

—Ah, ¿no? ¿Ninguna se enamoró de ti? ¿Estás seguro? Porque yo vi a Rosie llorando muchas veces después de que te olvidases de ella.

—Pero no era por mí, era por Ian McAllister, siempre ha estado enamorada de él.

—Aun así —insistió Ewan—. Sé que hay una mujer para mí, una con la que querré pasar el resto de mi vida. Una, ¿lo entendéis? No quiero ser como…

Enmudeció antes de decir el nombre.

—Como padre —dijo Kenneth comprendiendo al fin.

Caillen y Lachlan miraron a su hermano pequeño con fijeza.

—¿Es por eso? —preguntó Caillen.

—No es por nada, simplemente yo soy así. ¿No podéis respetarlo y ya está?

—Claro que podemos respetarlo —dijo Caillen y después suspiró—. Haz lo que quieras, no tienes por qué escucharnos.

—Lisa me sigue pareciendo una buena opción —dijo Kenneth caminando hacia la salida—. Voy a ver si Rowena quiere que nos marchemos ya. Necesito tumbarme en mi cama.

—Espera —dijo Caillen—. Te acompaño, no sea que te quedes paralizado a mitad de camino.

—Solo nos preocupamos por ti —dijo Lachlan cuando se quedaron solos.

—Lo sé, pero sois muy pesados.

—Hemos estado en esa situación y te aseguro que todos los hombres querrían saltarse su primera vez. Y no hablemos si, además, también lo es para ella.

Su hermano pequeño lo miró unos segundos pensativo.

—¿Y qué? ¿Qué importa que sea duro? Si eliges pasar el resto de tu vida con alguien, ¿no sucederán cosas que los dos viviréis por primera vez? ¿Alguna vez habías tenido un hijo? ¿Deberías haberlos tenido para saber cómo actuar? Eso es una estupidez y no me vale como argumento.

—¿No has deseado a ninguna mujer?

—¡Claro que he deseado a muchas! ¿Es que no escuchas lo que digo? No se trata de eso, Lachlan.

—Explícamelo para que lo entienda —le pidió su hermano.

—Para mí el matrimonio es un vínculo sagrado. Una entrega total y absoluta a otro ser humano. Quiero ser el único para ella, pero también quiero… que ella sea la única para mí.

—Hablas de un modo…

Ewan lo miró interrogador y Lachlan dejó escapar el aire con un bufido.

—Estás pensando en alguien.

—¿Qué? ¡No!

—¡Ewan, joder! Te dije…

—No es lo que piensas.

—Ya lo creo que sí. Y no es nuevo, llevas esperándola años, por eso no ha estado con ninguna otra, para ti ya es…

—No lo digas.

—¿Por qué? ¿Prefieres seguir engañándote y engañándonos a todos? ¿Lo sabe ella?

Ewan le dio la espalda y se puso las manos en la nuca para estirarse. Con los músculos tan tensos acabaría como Kenneth. Volvió a mirar a Lachlan que esperaba impaciente.

—¿Tan malo es que no quiera ir por ahí esparciendo mi semilla? No quiero hijos bastardos.

—Hay maneras de…

—¿Es que no puedes respetarme? Soy el pequeño, pero no por eso tengo que vivir como vosotros queráis.

—¿Crees que amo menos a Enid por el hecho de haber estado con otras mujeres antes?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces?

—Yo no soy como tú. —Se encogió de hombros—. No es tan difícil de entender. Yo no os juzgo, nunca lo he hecho, simplemente quiero darle un sentido distinto al momento de unirme por completo a una mujer.

—No a cualquier mujer —puntualizó Lachlan—. Ese es el problema.

—No voy a cometer ninguna estupidez, deja de vigilar todo lo que digo y todo lo que hago. Resultas muy agotador.

Salió de la tienda sin esperar respuesta y Lachlan maldijo entre dientes su mala cabeza.

—Aquí estaremos perfectamente —dijo Enid satisfecha, después de haber escalado la colina.

—Nuestros vestidos no están de acuerdo contigo —dijo Augusta mostrando su muselina manchada de barro.

—Habéis dicho que queríais ver bien la última carrera y desde aquí es desde donde se ve mejor.

Las otras se miraron y decidieron no responder lo que Enid tomó como aprobación y volvió a sonreír.

—Va a ser toda una novedad que Kenneth no participe —dijo Bonnie.

—¿De verdad os vais a marchar en cuanto acabe? —preguntó Elizabeth con preocupación—. ¿Tan mal está?

Rowena sonrió burlona.

—Los hombres se asustan en cuanto ven peligrar su fuerza. Con un poco de descanso estará bien enseguida.

—No nos has contado cómo sucedió —dijo Enid con mirada pícara.

—La verdad es que no estoy muy segura —dijo Rowena con expresión confusa—. Estaba… demasiado… concentrada.

—Ya. —Augusta contuvo la risita.

Bonnie las miró a todas con expresión curiosa.

—Supongo que volvéis a hablar de cosas de mujeres casadas. Empieza a ser un fastidio.

—Perdona, Bonnie —dijo Enid cogiéndola del brazo y señalando hacia los jinetes que ya estaban situados para la carrera—. ¿No hay entre esos caballeros ninguno que llame tu atención?

—¿Mi atención en qué sentido?

—Pues romántico, por supuesto —siguió la otra.

Bonnie los miró a todos y después negó con la cabeza.

—¿Ninguno? —insistió Enid.

Rowena se acercó a ellas y analizó a los participantes de esa primera carrera.

—¿Qué me dices de Jamie McPherson? —señaló sin disimulo—. Es muy elegante y gallardo.

Bonnie negó con la cabeza.

—¿Y Liam Fraser? —Augusta se unió al grupo junto a Elizabeth—. Es muy guapo y…

Bonnie volvía a negar. En ese momento apareció Ewan sobre Gaoth y las mujeres McEntrie comenzaron a aplaudir y a dar saltitos mientras alababan su porte, su apariencia y cada uno de los detalles de su persona. Bonnie entrecerró los ojos

mirándolo también y su corazón se aceleró más que perceptiblemente. Estaba realmente impresionante sobre el purasangre. Cuando miró hacia donde ella estaba y saludó con la mano sintió una oleada de vergüenza inexplicable y apenas levantó la mano para responder al saludo.

Las otras cuatro mujeres se giraron hacia ella despacio, muy despacio. Su silencioso escrutinio fue tan intenso que a Bonnie se le encendieron las mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

—¿Ewan? —Rowena tenía el ceño fruncido.

—¡Ewan! —exclamó Enid.

—¿Qué pasa con Ewan? —preguntó Bonnie que habría deseado poder esconderse en algún agujero oscuro.

—¡Ewan sí te gusta! —volvió a exclamar Enid más que contenta.

—¡No!

—Ya lo creo que sí —afirmó Augusta—. Se te nota demasiado.

—No la atosiguéis —dijo Elizabeth cogiéndola de la cintura para darle ánimos.

Bonnie se soltó de su agarre y las miró a todas con expresión anonadada.

—Ewan no me gusta. No volváis a decir algo así nunca. —Estaba muy seria y sus manos se retorcían temblorosas—. Si mi padre o mi hermano os oyeran… Por favor, no…

Las risas de sus amigas quedaron congeladas y sus rostros mostraron una silenciosa comprensión.

—La última carrera va a empezar —dijo Elizabeth cogiéndola de nuevo.

Rowena se puso al otro lado y Enid y Augusta las acompañaron mirando a los jinetes. Los ojos de Bonnie no podían apartarse de Ewan que acariciaba a su montura con dulzura mientras movía los labios. Y de pronto sintió deseos de gritar como una loca. De gritar hasta desgañitarse, hasta que su voz se quebrara dejándola muda. Así no podría decir jamás en voz alta lo que en su mente ya había dicho. Que era Ewan. Siempre había sido Ewan.

Mientras eso ocurría en la colina, el escocés palmeaba suavemente a Gaoth ignorando los interminables consejos de sus hermanos, que pululaban a su alrededor dándole instrucciones de todo tipo, como si fuese un novato. Kenneth permanecía apartado y con expresión malhumorada, pero al menos no le daba la tabarra como los demás. Elevó la mirada hacia la colina y sonrió al ver a las mujeres McEntrie observándolo atentas. Sus ojos se detuvieron en Bonnie que lo miraba con fijeza y una

expresión demasiado seria para la ocasión.

—¿Qué le ha pasado a Kenneth? —preguntó Duncan llamando su atención.

—Me apetecía correr a mí —respondió mirándolo con indiferencia.

Duncan torció su sonrisa con mirada perversa.

—Será divertido —dijo.

—Desde luego. —Liam inclinó la cabeza desde el otro lado de Ewan para mirarlo con una gran sonrisa—. Verte perder, siempre lo es.

El MacDonald apretó los labios y borró la sonrisa de su rostro.

—Veremos quién ríe el último —dijo y apartó su montura para colocarse en su lugar.

Ewan y Liam se miraron cómplices y se colocaron en sus posiciones frente a la serpenteante pista que se desplegaba ante ellos. El silbido desató el estruendo de los caballos al galope. Ewan se colocó en cabeza casi inmediatamente y Duncan, a su lado, lo acompañaba con una mirada feroz en los ojos. No iba a dejar que el menor de los McEntrie lo venciera también, de eso estaba seguro. A mitad de carrera consiguió una pequeña ventaja y se cruzó por delante de Gaoth en una arriesgada maniobra que podría haber provocado un accidente, pero Ewan tenía sus sentidos alerta y conocía demasiado bien las tretas del MacDonald como para dejarse coger por sorpresa, lo esquivó con maestría y se alejó lateralmente. Duncan sonrió satisfecho y aprovechó la recta para poner distancia entre ellos.

Bonnie se mordió una uña sin perder detalle, se dio cuenta de lo que Ewan pretendía y su corazón, ya acelerado, se desbocó. Era una maniobra muy arriesgada, tanto como la que había empleado su hermano un momento antes y por la que lo había maldecido en silencio. Liam intervino entonces en la lucha y colocándose junto a Duncan se enzarzó en una batalla feroz por tomar la delantera, mientras Ewan se desviaba un poco más enfilando hacia el siguiente tramo. Duncan estaban tan enfrascado en su lucha con Liam que se percató de lo que Ewan pretendía cuando el McEntrie pasó entre ellos, en el momento justo en el que se separaban obligados por la trazada de la curva. Gaoth se había reservado la carta de la potencia y en un último esprint se empleó a fondo, dejando a los demás jinetes atrás. Los asistentes estallaron en vítores y aplausos cuando Ewan cruzó la meta. Sus hermanos apenas esperaron a que Gaoth se detuviera y lo bajaron del caballo sosteniéndolo en volandas para pasearlo sobre sus hombros entre risas. Kenneth se acercó con paso lento y una sonrisa orgullosa.

Chocó la mano de su hermano pequeño y se la apretó después con firmeza.

—Buen trabajo, un poco arriesgado, pero nada que yo no hubiese hecho.

El otro asintió feliz y se giró un momento a mirar hacia Duncan para saludarlo. El MacDonald apretó los labios visiblemente furioso, pero inclinó la cabeza levemente como se esperaría de cualquiera en su situación.

—Malditos McEntrie —musitó para sí y se apartó de la pista sin bajar del caballo.

—Enhorabuena —dijo Bonnie cuando se acercó a Ewan después de que sus hermanos lo dejasen.

—No ha estado mal —respondió él visiblemente contento.

Los dos se sentían nerviosos e inquietos. Bonnie deseaba marcharse, pero al mismo tiempo no quería separarse de él.

—Están hablando de regresar a *Slioscreige* ya —dijo Ewan—. Kenneth está fastidiado y los Juegos ya han terminado con esta carrera…

—Faltan algunas actividades —dijo Bonnie conteniendo su disgusto—. Habrá un espectáculo de magia y otro de circo. Además de la subasta.

Ewan se apartó el pelo de la cara y sonrió con timidez.

—Lo sé, pero ya sabes… —Se encogió de hombros.

Bonnie asintió dándose por vencida.

—Yo tengo que quedarme con mi familia.

—Quizá te dejen volver con nosotros. ¿Quieres que le pida a Elizabeth que…?

—No, mejor que no. Los ánimos no estarán muy bien ahora y cualquier excusa les servirá para empeorarlo. No pasa nada. Marchaos —asintió dispuesta a alejarse.

—Espera… —Dio un paso hacia ella y luego reculó de nuevo—. Yo…

Bonnie se agarró las manos para ocultar su propio nerviosismo.

—Antes… —Ewan no encontraba las palabras—. No sé por qué me cuesta tanto hablar contigo de repente.

—No, Ewan, te lo dije, no quiero que…

—Mírame.

No quería mirarlo, pero sus ojos no obedecieron su mandato.

—¿De verdad quieres apartarme? —preguntó él.

Bonnie asintió sin responder.

—¿No vendrás a Largymore?

—No debería.

—¿Ya no quieres saber?

—Claro que quiero saber.

—¿Entonces?

Ella lo miraba ansiosa.

—Quiero que volvamos a… como era todo antes —dijo inquieta—. Por favor.

Él torció una sonrisa.

—¿Por favor? ¿Es que solo es cosa mía?

—Por favor, Ewan —suplicó anhelante—. Conoces a mi familia mejor que nadie. Por favor.

El escocés dejó escapar el aire con fuerza y colocó las manos en su cintura con expresión visiblemente contenida.

—Bonnie, esto no…

—Solo eres mi amigo —lo cortó con dureza—. Si no lo aceptas, entonces seré yo la que se aparte y será para siempre.

Y sin más se dio la vuelta y echó a correr alejándose de él. La observó con las manos en la cintura y el corazón golpeando con fuerza en su pecho mientras se preguntaba por qué lloraba si tan claro lo tenía.

Capítulo 9

Durante los días siguientes, los encuentros entre Ewan y Bonnie no estuvieron exentos de esa incomodidad que los había embargado de pronto. Y la situación provocó que el resto de la familia se encontrase en una expectación tensa. Se percibía en el ambiente algo extraño, como una certeza no admitida que los ponía a todos en una situación difícil y que ninguno quería abordar. Hasta que la paciencia de los hermanos McEntrie se agotó, cosa que coincidió con la mejora en la salud de Kenneth, y lo arrastraron por la fuerza hasta el despacho de Caillen para una intervención en toda regla.

—Siéntate, anda —dijo Kenneth empujándolo hacia una butaca.

—Me gustabas más cuando no podías moverte —dijo el pequeño con sarcasmo.

—Ponle una copa de drambuie —pidió el otro mirando a Dougal—, la va a necesitar.

El mayor colocó cinco copas y las llenó en fila mientras los demás esperaban para cogerlas antes de sentarse formando un semicírculo alrededor del intervenido.

—¿De qué va lo de Bonnie? —preguntó Lachlan levantando su copa a modo de brindis.

—Y no tomes ningún desvío —advirtió Kenneth—, recuerda que Rowena y yo no vivimos aquí y tenemos que irnos.

—¿No queréis dejar esta estupidez para mañana? —Ewan trató de ponerse de pie, pero Kenneth volvió a empujarlo.

—Quedaos a dormir aquí esta noche —dijo Dougal—. No será por habitaciones.

—Ya veremos —dijo Kenneth sin apartar los ojos de su hermano pequeño—. ¿Qué pasa con Bonnie?

—¿Qué pasa con ella? —fingió Ewan.

—Se piensa que puede esquivar esto —dijo Lachlan mirando a los otros y luego posó los ojos en él—. Ninguno hemos podido nunca, no vas a ser tú el primero.

Ewan lo sabía, lo había visto un millón de veces y el sujeto al que se le hacía la intervención, no se libraba jamás. Pero su mirada estaba fija en Lachlan.

—Yo no he dicho una palabra —dijo el otro levantando las manos.

Todos fijaron sus ojos en él e Ewan lanzó un gruñido consciente de que ya no tenía escapatoria.

—¿Qué pasa? —Preguntó Kenneth sin apartar la mirada de su hermano de madre —. Desembucha.

—Es cosa suya.

—¡Acabáramos! —bramó Caillen con expresión sorprendida—. ¿Bonnie?

—¡Te lo dije! —exclamó Kenneth.

—Es una MacDonald —dijo Dougal muy serio.

—No me digas —se burló Ewan—. Podríais habérmelo advertido cuando entró en nuestras vidas.

—Era una niña, imbécil —dijo Kenneth.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dougal.

—Nada.

—¿Nada de nada? —Kenneth enarcó una ceja.

—Nada de nada.

—Entonces no hay peligro —afirmó Dougal tratando de sonreír, aunque solo le salió una mueca muy poco convincente.

—¿Ella también…? —Caillen seguía mirándolo con fijeza.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Dougal se cansó de disimular y se deshizo de su estúpida sonrisa—. ¿Es qe habéis hablado de esto?

—No directamente. No me deja decirlo en voz alta.

Dougal apuró el contenido de su copa de un solo trago y la soltó con poca delicadeza sobre la mesilla que tenía más cerca.

—Hablaré con Elizabeth —dijo.

—¿Para qué? —Ewan endureció su mirada.

—No volverá a pisar esta casa —sentenció el mayor.

—No te atrevas. —Ewan se puso de pie y cuando Kenneth hizo ademán de impedírselo fue él el que recibió un empujón que volvió a sentarlo.

—Siéntate —ordenó Kenneth.

—No ha hecho nada malo y no vais a castigarla por mi culpa.

—Siéntate —repitió su hermano.

—Me sentaré si me da la gana —lo retó.

—¿En serio quieres hacer esto por las malas? —Kenneth se había puesto de pie y su expresión no dejaba lugar a dudas.

Ewan se sentó despacio mirándolos uno a uno. Suspiró tratando de rebajar la tensión que contraía sus músculos.

—Me la quitaré de la cabeza.

—Eso deberías haber hecho —dijo Lachlan.

—Si están juntos acabará pasando algo —afirmó Caillen rotundo.

—Pero Ewan tiene razón —dijo Lachlan sin apartar la mirada de él—, Bonnie no ha hecho nada malo.

—Tienes que quitarte esa losa con la que cargas —dijo Kenneth entornando los ojos —. Hasta que no folles no podrás pensar con claridad.

Ewan lo miró burlón.

—Pero mira que llegas a ser simple.

—Lo que tú digas, pero que hayas puesto tus ojos en Bonnie demuestra que estás muy necesitado. —Se inclinó hacia delante—. Es una MacDonald, Ewan. ¿De verdad tengo que explicarte adónde nos lleva esto?

—Bhattair no lo permitirá —afirmó Caillen—. Hará cualquier cosa para impedirlo.

—No le tengo miedo —dijo el pequeño con mirada gélida.

—Ah, ¿no? —Dougal tenía una expresión que Ewan conocía muy bien—. ¿No te importa que le dé una paliza? ¿Que la obligue a casarse por la fuerza?

—Convertirá su vida en un infierno —añadió Kenneth.

—Por no hablar de lo que te hará a ti —dijo Caillen.

—Y lo que nosotros tendremos que hacerle a él después —dijo Lachlan.

—Me estáis ayudando mucho. —Ewan enterró las manos en su pelo apoyando los codos en las rodillas.

—Si no ha pasado nada entre vosotros, no está todo perdido —Dougal lo miraba con la misma dureza—. No puedes estar con ella, ¿eso lo tienes claro?

Su hermano no respondió y el pirata se acercó a él, lo agarró de la camisa y lo obligó a levantarse.

—¿Qué es lo que necesitas para tenerlo claro?

—Es Bonnie, Dougal —susurró.

Su hermano se esforzó en que no notara que lo conmovía y mantuvo la expresión para dar énfasis a sus palabras.

—Ese es el problema y ella debería saberlo. Si ha permitido que esto pase sabiendo la clase de familia a la que pertenece es que no merecía nuestra confianza.

Ewan apretó los labios y se libró de su agarre con firmeza sin apartar la mirada.

—Ella no ha dado un solo paso hacia mí. Estás siendo muy injusto.

—Es adulto, puede mantenerse alejado de ella —dijo Lachlan.

—Pero no quiere hacerlo —dijo Dougal—. Quiere llevarla a Largymore.

Ewan cerró los ojos. ¿Cómo no? Elizabeth se lo había contado.

—¿Qué pasa en Largymore? —preguntó Lachlan.

—Se lo prometí.

—Ni lo sueñes —negó Kenneth.

—Basta ya —estalló Ewan—. No soy ningún crío. Si quisiera estar con ella ninguno de vosotros podría impedírmelo, así que parad de una vez.

—¡Me cago en todo, Ewan! —Kenneth tiró la silla al suelo al levantarse.

—¿Quieres pegarme? Adelante, vamos, no me defenderé, pero eso no solucionará nada.

—¿Eres consciente de lo que pasará? —preguntó Caillen.

—¡Sí! Y ya os he dicho que no va a pasar nada, pero no porque vosotros intervengáis. Eso no me detendría si quisiera…

—No estés tan seguro —dijo Dougal sin entonación.

—Quizá nos estamos precipitando —dijo Lachlan—. Deberíamos esperar a que haga algo antes de…

—Es la primera vez que lo veo así —dijo Caillen.

—Es lo que hay —dijo Lachlan encogiéndose de hombros—. Yo tuve a Aileen y eso fue peor.

—Hombre, Bonnie no es Aileen, tienes razón —dijo Caillen—, pero lo de que era peor no lo tengo claro. Una Sinclair no es una amenaza.

—Siempre ha sido el más sensible de todos —siguió Lachlan—. Era el pequeño, Daphne lo mimó más que a ninguno y dejó una huella imborrable en él.

—En todos —dijo Caillen.

—Hizo que quisiéramos a la mujer perfecta. —Dougal asintió.

—Y lo hemos logrado —afirmó Caillen y los demás asintieron.

Excepto Ewan que los miraba con cansancio.

—¿Bonnie es la mujer perfecta para ti, Ewan? —preguntó Lachlan ignorando las imprecaciones de los demás.

—No lo sé —reconoció sincero—. Pero cuando estoy con ella, es como si todo

tuviese sentido.

—¿Todo? —Kenneth frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

—Mi vida.

El silencio inundó la estancia y durante unos segundos solo se escuchó el tic tac del reloj sobre la chimenea.

—Yo no pude resistirme a Rowena y bien sabe Dios lo mucho que lo intenté —murmuró Kenneth.

—Ni yo a Augusta.

—Pues anda que lo mío con Enid.

Todos miraron a Dougal esperando que dijera algo. El mayor de los McEntrie tenía una expresión de lo más oscura.

—Si la amas, nadie podrá apartarte de ella. Ni siquiera ella misma.

Todos asintieron.

—La condenarás a vivir un infierno y no sé si Bonnie es lo bastante fuerte para enfrentarse a ello —añadió Caillen.

—Todos sabemos de lo que son capaces los MacDonald —dijo Kenneth en el mismo tono.

Ewan asintió muy serio y sin decir nada abandonó el salón con paso firme y decidido.

—Vayamos pensando en algo —dijo Lachlan antes de beber su último trago de esa noche.

—No creo que haya nada que pensar —musitó Kenneth.

Dougal salió del salón también.

—¿Habéis visto su cara? —preguntó Lachlan señalando hacia la puerta—. ¡Qué miedo da cuando se pone en plan pirata! ¿Os imagináis cómo sería estar bajo su mando?

Bonnie contemplaba la luna desde la ventana de la sala de música. Tenía el ánimo decaído y un sentimiento de pérdida que no lograba comprender. La cena le había resultado insoportable, cada vez le costaba más mantener la calma cuando estaba con su padre y sus hermanos. Duncan era tan retorcido… Y Annabella, parecía encontrar un placer especial en torturarla con la idea de un próximo compromiso, cosa que su padre tenía cada vez más claro que debía producirse cuanto antes.

—Estira bien, Fionna —dijo su madre que estaba sentada en una butaca enrollando

un ovillo de lana con ayuda de su inseparable criada.

—¿Cuántas veces va a deshacer esta manta? —dijo la otra con fingida severidad—. Cualquiera diría que no tiene dinero para comprar lana.

—Lo hago para entretenerme, ya lo sabes.

—Como Penélope —dijo Fionna sonriendo.

—Ya veo que aún te acuerdas de las historias que nos contaba papá.

—¿Cómo olvidarlo?

Bonnie envaró la espalda y afinó el oído sin moverse de donde estaba.

—Mi preferida era del genio de la lámpara —siguió Rosslyn.

—Lo sé.

La mujer dejó las manos reposando en su regazo y miró a la vieja criada con curiosidad.

—¿Qué le pedirías tú al genio, Fionna?

La criada lo pensó un momento dejando la labor también.

—Que me devolviera la salud que he perdido con los años. No soporto que me duela todo.

—Yo le pediría no haber nacido.

—¡Señora! —La criada la miró horrorizada—. ¡No diga eso!

—Es lo que le pediría. No existir no es lo mismo que morir. Si mueres pierdes lo vivido y hay cosas que no querría perder —musitó.

Bonnie se giró a mirarlas y captó con sorpresa la expresión compungida de la criada que rápidamente cubrió su rostro con la misma máscara que llevaba siempre puesta.

—Siga con la madeja, no acabaremos nunca con tanta cháchara.

La joven se acercó para sentarse con ellas.

—Me gustaría escuchar alguna de esas historias que contaba el abuelo.

Su madre la miró sorprendida, como si se hubiese olvidado de que estaba allí. Frunció el ceño .

—¿Para qué quieres saber? ¿Para contárselo a tu padre?

De nuevo aquella recriminación que se repetía día tras día, a pesar de que ella lo negase una y otra vez. Bonnie bajó la cabeza, por algún motivo esa noche no tenía ganas de defenderse, ni siquiera le apetecía hablar.

—Su hija no va a contarle nada a su padre —dijo Fionna con voz calmada.

Bonnie levantó la mirada y la fijó en la criada sin disimular su sorpresa.

—A su abuelo le gustaba mucho inventarse historias —dijo el ama de llaves sin que su señora la interrumpiese—. Las noches de luna llena, cuando hacía buena temperatura, se sentaba con sus hijas y su mujer en el jardín y les contaba historias de miedo.

—Daban mucho miedo —afirmó Rosslyn riendo como una niña—. Luego me metía en la cama de Moira porque no podía dormir sola.

—Era muy miedosa —siguió Fionna—. A Moira, en cambio, no la asustaba nada.

—Mi hermana era la persona más valiente del mundo —musitó Rosslyn.

Su rostro cambió de expresión y su mirada se perdió en oscuros pensamientos.

—¿Cómo era Moira, madre?

—Nunca dejaba que nada la amedrentara —siguió Rosslyn ajena a dónde estaba—. Era muy fuerte, ¿verdad, Fionna? Tanto como para enfrentarse a Bhattair. ¡Qué sorpresa en sus ojos! Nunca lo había visto quedarse sin palabras…

—Señora… —Fionna puso una mano sobre las suyas—. No piense en esas cosas ahora. Todo eso ya pasó.

Rosslyn la miró, pero la telaraña en sus ojos no la dejaba ver más allá de sus recuerdos.

—Debí escucharla, ¿verdad? Mira para qué me ha servido darle la espalda. Me lo quitó, me quitó a mi hijo. Me odia. Ya has visto cómo me mira.

—Rosslyn… —susurró Fiona y a Bonnie le sorprendió la familiaridad, pero sobre todo, la ternura de su voz.

—Todos me odian —sollozó Rosslyn—. Todos me desprecian. Estoy maldita, maldita…

—Vamos, vamos… —El ama de llaves la abrazó y la ayudó a levantarse—. Es hora de irse a la cama. La ayudaré a cambiarse y leeremos un poco antes de dormir. ¿Le apetece?

Las dos mujeres salieron del salón dejando a Bonnie con el corazón acelerado y una congoja que no entendía. No era la primera vez que veía a su madre perder el control de sus emociones y sus pensamientos, pero por algún motivo en esta ocasión le afectó especialmente. Cerró los ojos un instante y miró el libro que descansaba en la mesilla esperándola. Aquello sí que era una verdadera sorpresa, ¡no le apetecía leer! No recordaba haber vivido esa experiencia jamás. Siempre le apetecía leer, era su refugio, su

consuelo, su alegría. Era. En pasado. Suspiró y se puso de pie para regresar a la ventana. La sombra del castillo de los McEntrie se rio en su cara. No podía dejar de pensar en Ewan y en lo que había sentido aquella noche en el jardín de los MacLean. Había pasado la semana rehuyéndolo, asustada por si se encontraban a solas. Por lo que él diría. Por lo que no diría. Se frotó la cara y gruñó entre dientes.

—Menuda tontería —masculló.

Resuelta fue hasta el libro y lo abrió por donde se había quedado. Leyó un párrafo y se removió inquieta. Volvió a leerlo una segunda vez. Y una tercera. Y una cuarta. Cerró el libro con violencia y resopló impaciente. ¿Qué le pasaba en la cabeza? No era capaz de entender una simple frase. No es que Frances Burney escribiese de manera enrevesada, precisamente. Dejó el libro en la mesilla y miró a su alrededor. ¿Debería irse a la cama? Era demasiado pronto y estaba muy agitada, no podría dormir. Miró el piano y pensó en Chisholm. Los ojos se le llenaron de lágrimas al darse cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Él era el único con el que podría haber hablado de lo que le pasaba sin temor y sin prevención alguna.

—¡Oh, Chisholm! —sollozó.

No había notado tanto su falta hasta ese momento, porque siempre había podido hablar con Elizabeth de todo. Pero no podía hablarle de aquello y percibía con mayor intensidad que nunca el sentimiento de no pertenencia que le provocaba su propia familia. Se llevó un puño a los labios para ahogar un sollozo y se recostó contra el respaldo de la butaca mirando con fijeza hacia la puerta cerrada. ¿Cómo iba a vencer a su padre ella sola? ¿Cómo iba a librarse de su intención de casarla con Caleb Anderson o cualquier otro que tuviese lo que él necesitaba? Sintió un escalofrío al pensar en ello. ¡Casarse con otro que no fuese…! Cerró los ojos prohibiéndose pensarlo siquiera. Él no podía ser, bajo ninguna circunstancia. ¿Serían capaces de matarlo? Quería gritar que no, pero fue incapaz de negarlo. No podía creer que Duncan tuviese algo que ver en la muerte de Carlton, no podía, por más que esa idea siguiera torturándola. Pero estaba segura de que a ninguno de los dos les temblaría el pulso a la hora de acabar con la vida de Ewan. Su corazón se saltó un latido y ralentizó su ritmo.

—No estoy enamorada de él —musitó—. Esto es una tontería infantil. Demasiado amor en *Slioscreige*… Ellas tienen la culpa, siempre hablando de lo mucho que los quieren, de lo felices que son…

Dio un golpe en el reposabrazos y respiró hondo varias veces.

—Ya basta de estupideces. Debo centrarme en ayudar a mi madre y en evitar que mi padre consiga lo que pretende. Con eso me conformo. Ya tenía pensado pasarme la vida sola y lo único que necesito es que me dejen en paz. Todos. Yo también.

Cogió el libro de nuevo y se obligó a leer en voz alta hasta que las palabras no tuvieron más remedio que entrar en su mente negándole el espacio a sus pensamientos.

Dougal miraba a su esposa con expresión ceñuda.

—¿No te sorprendes? Pensaba que ibas a negarlo y que me dirías que estoy loco.

Elizabeth tapó a Daniel que dormía plácidamente. Se despidió de la niñera y salió del cuarto de los niños con paso ligero. Dougal la seguía a corta distancia esperando que respondiera.

—Ya me había dado cuenta —dijo cuando la alcanzó frente a la puerta de su dormitorio.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y qué ibas a hacer tú? —Cerró la puerta cuando los dos estuvieron dentro y lo miró con fijeza.

Dougal tenía el ceño fruncido y parecía confundido.

—¿Es que a ti no te preocupa?

—¡Claro que me preocupa! —Fue hasta el tocador y comenzó a quitarse las pocas joyas que llevaba—. Pero no podemos hacer nada.

Dougal la miraba atónito.

—¿Crees que voy a dejar que esos dos…?

—Ven —dijo yendo hasta la cama—. Siéntate aquí conmigo y hablemos tranquilamente. Quita esa cara de fiera que se te pone cada vez que hay un problema.

—Admites que tenemos un problema —dijo él obedeciendo en lo de sentarse.

—Por supuesto que lo admito, pero no hay nada que tú puedas hacer al respecto.

—Puedo hacer mucho, te lo aseguro.

—No vas a darle una paliza a nadie —advirtió su esposa con mirada severa—. Estoy segura de que Ewan comprende bien el problema y hará todo lo posible por encontrar una solución. Y Bonnie también. ¿Es que no los conoces? Jamás harían nada que pudiera perjudicarnos. A no ser que no pudiesen evitarlo, claro.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

—Lo sé, pero es mejor aceptar la realidad. Además es el único modo de afrontarlo.

—Suponiendo que nosotros no hiciésemos nada, cosa que no estoy diciendo que vaya a pasar, Bhattair no lo permitirá jamás.

—Lo sé —repitió ella y se mordió el labio pensativa—. Llevo días dándole vueltas, buscando un modo de controlarlo. Hablé con Caillen y le pregunté si había algo en el testamento de su abuelo que me permitiera subyugarlo, pero no hay nada. Las condiciones que impuso Dearg eran muy concretas y no se dan en las circunstancias actuales.

—Entonces tenemos que mantenerlos separados.

—Dougal… —La mirada de Elizabeth fue tan cálida y emotiva que le escocés sintió que se le retorcían las tripas.

—No lo digas.

—¿Tú te alejarías de mí si…?

—Sabes que no —la cortó.

—Bonnie forma parte de esta familia desde hace mucho tiempo. Ahora ya es tarde.

—¿Y si la envías a la academia esa de nuevo?

—Eso sería muy cruel, ¿no crees? Además, no creo que sirviese de nada, probablemente sus sentimientos se intensificarían. Lo que debemos hacer es no hacer nada. No los convirtamos en Romeo y Julieta.

Su marido entornó los ojos y negó levemente.

—Pues no es muy diferente la historia —dijo para sí—. Sobre todo, en el final que tendrán si no lo solucionamos antes de que sea tarde.

Elizabeth asintió poniéndose seria.

—No sabemos hasta qué punto están enamorados. Me temo que ni ellos mismos lo saben.

—Por eso es el momento de actuar. Si dan un paso en esa dirección… —Se llevó las manos a la cabeza y apartó el pelo con inquietud—. Ya sabes que Ewan no… Si ese volcán erupciona no va a haber quién lo pare.

Elizabeth asintió.

—Más razón para no interferir. Ya sabes lo que pasa cuando tensas demasiado una cuerda.

—Si es una buena cuerda, nada.

—Dougal…

Su esposo se puso de pie y comenzó a pasear delante de ella.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Elizabeth, ya me conoces, no dejaré que las cosas sucedan sin más.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Separarlos. Es lo único que se me ocurre. Lo siento por Bonnie, sé que le encanta estar aquí y que quiere mucho a Daniel y a Nessa, pero es lo mejor para todos.

—¿Crees que por separarlos evitarás algo? Esos sentimientos que tienen se exacerbarán. Es lo peor que podríamos hacer.

Dougal la miró con las manos en la cintura y evidente impaciencia.

—No me estás dando muchas salidas que digamos.

—Te estoy dando la única que hay. Deja que sean ellos los que luchen contra esto y, si no pueden, si es tan fuerte como lo que yo siento por ti, entonces prepárate para ayudarlos.

El pirata sintió que se le retorcían las entrañas. Si alguien intentara separarlo de ella, lo mataría sin pestañear. No había fuerza humana que pudiera apartarlo de su lado.

—Ewan es el más…

—Lo sé —dijo su esposa acariciándole el cuello.

—Tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

—Lo sé.

—Lo destrozarán.

Elizabeth puso la mano en su mejilla y la acarició con ternura antes de asentir.

—Haremos todo lo que podamos por ayudarles. De momento no ha ocurrido nada, quizá no sea como tememos y finalmente quede solo en una mera confusión. Son buenos amigos y han estado un tiempo separados. Puede que hayan confundido sus sentimientos. Confiemos en ello.

—Yo no confío en absoluto.

El escocés apretó los labios visiblemente contrariado, si había algo que se le daba mal a Dougal McEntrie era esperar sin hacer nada. No iba con su personalidad. Elizabeth le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Dougal sintió la cálida sensación que lo envolvía y la agarró con firmeza atrayéndola hacia su cuerpo mientras respondía a la caricia femenina sin reservas. Cuando su esposa se separó mirándolo con aquella ternura que lo volvía de gelatina, sonrió aliviado.

—Cuando me besas así me siento capaz de cualquier cosa —dijo sincero.

Ella sonrió también.

—Encontraremos el modo —dijo en susurros mientras lo empujaba para tumbarlo en la cama—. Siempre lo hacemos.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Bonnie iba camino de Slioscreige y al pasar frente a la granja de Mungo, Rufus salió a su encuentro y la hizo detenerse.

—Hola, Rufus. Lo siento, pero no traigo ningún dulce para ti. —Se agachó para acariciarlo.

—Mejor —dijo Mungo acercándose a saludarla—. Entre unos y otros lo están engordando demasiado.

Bonnie se puso de pie y le sonrió.

—Viene más temprano de lo habitual —dijo el viejo.

Ella asintió.

—Vamos a Largymore a hacer unos recados.

—¿Le importa si la acompañamos un trecho?

Bonnie sonrió afable y lanzó un trozo de rama que había cogido del suelo para que Rufus fuera a buscarla. El perro era muy juguetón para su edad y, aunque se cansaba rápido, disfrutaba de unas cuantas carreras con gran entusiasmo. Después de avanzar un buen trecho el viejo la miró de soslayo, sorprendido de no escuchar su cháchara habitual.

—Parece preocupada.

Ella desvió la mirada consciente de que debía fingir mejor su expresión relajada.

—Problemas de familia, ya sabe.

—Pues no, la verdad. Hace mucho que no disfruto de la molestia de tener una —se burló él.

—Pues la mía lo es. Molesta, digo. Insisten e insisten en un tema por más desagradable que te resulte —dijo ambigua, al tiempo que cogía impulso para lanzar la rama de nuevo—. Son realmente insoportables cuando se les mete una idea en la cabeza.

—Ya veo —asintió el viejo—. La gente tiende a creer que sabe más de nosotros que nosotros mismos.

—¡Eso es! —exclamó Bonnie—. No pensé que ocurriría tan pronto. Soy mujer y muy consciente de ello, pero cuando regresé de la academia de la señorita Robertson no me esperaba que todos hubieran decidido que había llegado mi momento.

—Imagino a lo que se refiere —dijo Mungo asintiendo con la cabeza—. Ser mujer

no debe de ser nada fácil.

—No lo es, se lo aseguro. Pero usted ha sido soldado, así que ser hombre temo que tampoco lo es.

—Tiene razón, pero en cuanto a lo del matrimonio, soy tan poco ducho como pueda serlo usted. Seguramente menos, incluso. Porque es de eso de lo que hablamos, ¿verdad?

Bonnie asintió con expresión apesadumbrada.

—¿Y su familia la presiona para que acepte a alguien en concreto? —Ella volvió a asentir—. ¿Y qué dicen sus amigas? Estoy seguro de que tendrán consejos que darle.

—Por ese lado tampoco es que me alivie mucho. Ellas se empeñan en indagar en mis sentimientos y no sé qué es peor.

El vagabundo asentía con mirada reflexiva.

—Espero que su padre esté pensando en un candidato adecuado y de buen corazón.

—Pues hasta ahora no ha elegido nada bien, la verdad. Primero pensó en el vizconde de Ardbrock, nadie que lo conozca diría que ese caballero tiene buen corazón, se lo aseguro. Por suerte, no está en absoluto interesado en mí, así que mi padre ha puesto sus ojos en Caleb Anderson. ¿Le conoce?

Mungo negó con la cabeza.

—Pues se lo describiré: No es ni muy alto ni muy bajo, ni muy guapo ni muy feo, ni muy interesante ni muy… Lo cierto es que es muy poco interesante, aburrido a más no poder.

—Está claro que no le agrada ese joven —se rio Mungo.

—¿Agradarme? Tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para permanecer despierta mientras me habla. Se jacta de no haber leído más que dos libros en su vida, ¿se lo puede creer?

—¿Dos libros para toda una vida? ¿Qué tiene, diez años?

Bonnie sonrió aliviada por poder hablar de aquello con alguien que la entendiese y que no estuviese implicado en modo alguno.

—Usted debe superarme con creces.

—Es posible, pero solo porque la gano en años. Cuando usted tenga mi edad, seguro que su lista es mucho más larga que la mía. Los libros fueron siempre mis aliados y compañeros. Es lo que tiene haber vivido una vida tan solitaria como la mía.

Bonnie miró en dirección al aparador donde solía tener los libros que le llevaban de *Slioscreige* cada semana.

—Cuando tenga en mis manos un ejemplar de la familia Robinson, se lo traeré —dijo cómplice.

—Si va a Largymore quizá pueda pasarse por la librería que hay allí. Estoy seguro de que disfrutará mucho con esa visita.

Bonnie asintió sin disimular la emoción que esa idea le provocaba.

—Y, volviendo a ese muchacho tan aburrido, me intriga saber cuál será su conversación. ¿De qué suele hablar si no tiene intereses más allá de lo que conoce?

—Pues de él, solo sabe hablar de él mismo. De lo que le dijo a no sé quién, de lo que no sé quién piensa de él y así con todo. Le hablas de caballos y te cuenta lo bien que monta y lo poco elegantes que son los demás caballeros en comparación con su distinguido porte. —Puso los ojos en blanco y sonrió al ver que Mungo se reía—. Estoy siendo muy mala, espero que me perdone.

—Me resulta muy divertida.

—Hasta ahora me he librado con bastante acierto de los tejemanejes de mi padre, pero no sé cuánto podré esquivar sus ataques.

—Y sus amigas quieren saber si hay alguien que ocupe su corazón, imagino.

Bonnie asintió.

—Es normal —convino Mungo—, son felices y quieren lo mismo para usted.

—Lo sé. —Observó a Rufus que perseguía una mariposa con inocente ahínco.

Mungo se abstuvo de preguntar nada más y Bonnie volvió a perderse en sus pensamientos de nuevo.

—Aquí me quedo —dijo el viejo con una sonrisa—. No quiero acercarme más para que no me vean o tendré que zamparme un segundo desayuno.

Bonnie sonrió.

—¿Teme engordar como Rufus?

El viejo se puso las manos en la barriga y asintió.

—No dejan de enviar comida a la granja y de nada sirve decir que no necesito más. —Se rio—. Usted habla de su familia, pero dudo que superen en insistentes a los McEntrie.

—En eso es en lo único que están a la par —dijo ella con pesar—. Ojalá intentaran conseguir lo mismo con la bondad y la honorabilidad.

—Usted no se parece en nada a ellos.

—Para ser justos, yo tuve la suerte de ser la pequeña. Y mujer, además. Mi padre no había puesto sus ojos en mí hasta ahora. Se que usted debe odiar a Carlton, pero él siempre estuvo bajo su escrutinio y le aseguro que no debió de ser fácil soportarlo.

—Aun así, no se quite mérito, ni se incluya en ese grupo. Todos somos dueños de nuestras decisiones, no importa lo mucho o lo poco que nos cueste tomarlas.

Ella sonrió agradecida y se agachó para acariciar a Rufus que parecía saber que debía despedirse.

—Pórtate bien y no comas tantas galletas. Me ha gustado mucho hablar con usted —dijo mirando a Mungo con simpatía—. Me ha quitado el malhumor.

El viejo la observó mientras se alejaba con paso decidido, y un pesar amargo y rancio se arrastró correoso por sus venas. Rufus ladró para llamarlo y lo trajo de vuelta.

—Ay, buen amigo —dijo agachándose para acariciarlo también—. Qué pena llegar a viejo y darte cuenta de que no has vivido. No sabes de lo que te hablo, ¿verdad? Ahora me pregunto si no habría sido mejor tener una familia, hijos de los que preocuparme. Aunque no fuesen de ella…

Se puso de pie y lanzó un largo y hondo suspiro antes de darse la vuelta para regresar a casa. De repente el cuerpo le pesaba como si tuviese una roca apoyada en su espalda.

El viaje hasta Largymore fue tenso. Bonnie miraba a Elizabeth de soslayo tratando de averiguar por qué estaba tan callada y si ella era la causa de su desánimo. Sus tímidas preguntas no habían tenido el menor efecto y al final optó por el mutismo también. Ewan viajaba en el pescante con el cochero, cosa que agradeció para sí. En un lugar tan pequeño y cerrado le resultaría muy difícil eludir su mirada y no ponerse en evidencia, por lo que aplaudió la idea, aunque la entristeciese. Se entretuvo contando todo aquello que era susceptible de enumerarse, tanto dentro como fuera del carruaje y cuando se detuvieron frente al taller del carpintero de Largymore parpadeó sorprendida, como si acabasen de iniciar el viaje. Ewan ayudó a bajar a Elizabeth y su cuñada se lo agradeció con cariño.

—Acompaña a Bonnie hasta la casa de su tía y quédate esperando hasta que acaben

de hablar.

Ewan asintió sin decir nada.

—No es necesario —intervino Bonnie—. Tienes que llevar el caballo a…

—¿Dejarte sola en esto? —Elizabeth negó con la cabeza—. De ningún modo. Ewan te acompañará y esperará como he dicho. Si yo te acompaño tendría que entrar contigo y tu tía no podría hablar con libertad delante de una extraña.

—Yo también soy una extraña.

—No digas tonterías. —Miró a Ewan—. Después llevarás el caballo a los Scott, yo os esperaré en casa de los Crawford.

Ewan asintió y los dos miraron a Bonnie que aceptó su decisión consciente de que su amiga no estaba de muy buen humor. Elizabeth los miró a ambos y se dio la vuelta para entrar al taller.

—Subiré al pescante —dijo Ewan, y lo hizo sin esperar respuesta.

Las casas de piedra se agrupaban alrededor de la plaza central, donde un viejo roble permanecía indiferente al trasiego de los habitantes de Helensburgh. El aroma de la turba quemada flotaba en el aire cuando Bonnie bajó del carruaje. La joven fijó la mirada en el riachuelo que serpenteaba entre las colinas, el sonido del agua se mezclaba con el de las conversaciones de los transeúntes. Era día de mercado y había más gente de lo normal, como les había advertido Ewan antes de salir de Slioscreige.

Cuando bajó del carruaje Bonnie no pudo evitar fijarse en las tallas de madera de uno de los puestos, mientras Ewan se aseguraba de que el caballo de los Scott seguía bien enganchado a la parte posterior del vehículo.

—Veinticinco, veintiséis y veintisiete… —musitó para sí antes de girarse a preguntarle—. ¿Luego podría comprar alguna para los niños? Prometo no entretenerme mucho. Es que son unas figuritas preciosas.

Ewan asintió sonriendo levemente por primera vez desde que se habían visto.

—Si quieres, podemos hacerlo ahora…

—No, mejor después, ahora hay demasiada gente y nos retrasará aún más. No creo que en este rato pueda vender las veintisiete. Intentaré no hacerte esperar mucho. De verdad que no tienes por qué quedarte, podrías…

—Tómate el tiempo que necesites —la cortó y señaló al otro lado de la calle—. Es aquella casa de allí. Te esperaré aquí.

—No sé ni siquiera si me invitará a entrar —musitó ella al darse la vuelta.

Ewan la observó cruzar la cazada con cuidado. El sol se filtraba entre las nubes y lanzaba destellos brillantes por doquier. El pueblo de Helensburgh tenía una larga historia y la estatua del *highlander* en posición desafiante en lo alto de la colina, era prueba de ello. Se detuvo frente a la puerta y respiró hondo antes de llamar. No tuvo que esperar mucho.

—¿Qué desea? —Una joven, de unos quince años y aspecto pulcro, la miraba con unos ojos que le resultaron familiares por parecerse enormemente a los que veía cada vez que se contemplaba en un espejo.

—Me llamo Bonnie MacDonald. Tú debes de ser mi prima.

La joven salió al exterior sin disimular su curiosidad. Bonnie se sintió incómoda ante su escrutinio en mitad de aquella concurrida calle.

—Bridget, ¿qué…?

Su tía enmudeció al verla.

—Dice que es mi prima, mamá.

La mujer miró a un lado y otro de la calle.

—Entra —apremió a su hija y luego le hizo un gesto a Bonnie—. Tú también.

La casa era sencilla por lo poco que pudo ver Bonnie, ya que la arrastraron hasta un pequeño saloncito demasiado recargado para su tamaño sin que pudiera ver nada más que el estrecho pasillo. Su tía apartó los utensilios de costura y le hizo sitio en el sofá para que se sentara. Ella y la joven que parecía su hija ocuparon dos sillas de madera colocadas al lado de una mesa.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermana? —preguntó Moira sin expresión alguna.

Bonnie trató de sonreír, aunque no era fácil con aquellos ojos clavados en ella sin el menor resquicio de simpatía por su parte.

—Me disculpo por venir sin avisar y por…

—Aquí puedes ahorrarte las formalidades —la cortó su tía—. Ya ves que somos gente humilde y no las necesitamos. Esta es Bridget, mi hija pequeña.

—Encantada —dijo haciendo ademán de levantarse, pero como ellas no se movieron volvió a sentarse.

—¿A qué has venido? ¿Tu madre está bien?

—Lo cierto es que no. Por eso estoy aquí.

—¿Es grave? ¿Está…?

—No, no —se apresuró a tranquilizarla al ver su expresión asustada—. No ha pasado nada… drástico, solo…

—Yo no puedo hacer nada por ella —la cortó su tía con expresión dura—. Además, ella no querría que lo hiciera. ¿Sabe que estás aquí? No, ¿verdad? Lo veo en tu cara y está claro que no habrías venido sola de ser así. Y tu padre no te lo habría permitido, así que tampoco lo sabe.

—No he venido a pedirle nada —dijo temiendo que la echase de su casa en cualquier momento—. Solo quiero… hablar.

Moira se mostró desconcertada.

—¿Hablar de qué?

—De ella. Del pasado.

Bridget puso los ojos en blanco y después miró a su madre con evidente aburrimiento.

—¿Tengo que quedarme, mamá? Van a empezar los *fantocini* y no quiero perdérmelos.

—Ve —concedió Moira y su rostro se dulcificó al mirarla—. Pero antes recoge a Tom de casa de la señora Shaw, él también querrá ver las marionetas.

La joven asintió y le dio un sonoro beso en la mejilla a su madre antes de salir del salón. Bonnie sintió una punzada de celos al ver el cariño que se demostraban.

—Estamos en fiestas, por el fin del verano. ¡Qué ganas tengo de que llegue el otoño! Es mi época preferida del año.

—La mía también —dijo Bonnie con timidez.

—Traeré té y galletas —dijo su tía poniéndose de pie.

—No es necesario.

—Supongo que pensarás que somos poco menos que indigentes, pero te aseguro que mis galletas no tienen nada que envidiar a las que os prepara vuestra cocinera.

Bonnie la vio desaparecer y aprovechó su ausencia para mirar con más atención la abarrotada estancia. Cinco cuadros en las paredes de una manufactura bastante digna, ¿Bridget, quizá? Había rastros de pintura en sus uñas y parecía una muchacha muy despierta. Se fijó en un libro que había sobre una mesilla, al lado una butaca estratégicamente colocada para tener una visión general de la sala. No pudo resistir la tentación de levantarse a mirar el título. Sonrió al tiempo que asentía, buena elección si quien lo leía era un hombre instruido y sensible. Ya que estaba de pie deambuló por el

cuarto y tropezó con un bloque de construcción amarillo. Se agachó a recogerlo y vio que había más bajo la mesa. Dos, tres, cua… Se topó con unos enormes ojos que la miraban con curiosidad.

—Hola —dijo sorprendida.

—Hola —respondió la pequeña.

—Kirsten, sal de ahí —dijo Moira entrando en el salón con una bandeja cargada de cosas—. Traigo galletas.

La pequeña salió de debajo de la mesa y cogió una del platillo sin apartar la vista de Bonnie.

—Esta es Kirsten, mi nieta. Es hija de Magnus, mi hijo mayor. Kirsten, saluda a tu prima Bonnie.

—Hola, prima Bonnie.

—Hola, Kirsten —sonrió afable.

La niña iba vestida como un muchacho, pero sus trenzas rubias la delataban.

—No soporta los vestidos —explicó Moira al ver que miraba sus pantalones—. Supongo que cambiará cuando crezca.

La niña siguió comiéndose la galleta sin dejar de mirarla y su abuela suspiró.

—¿Por qué no vas a ver las marionetas con tu primo y tu tía? —propuso—. Ya deben estar a punto de empezar, ¿oyes la música?

La niña metió la mano en el plato de las galletas y cogió todas las que pudo para guardárselas en el bolsillo del pantalón.

—Adiós —dijo y sin más salió de la casa.

—Espero que no seas escrupulosa —dijo Moira arreglando el destrozo que había hecho la pequeña.

Bonnie cogió una de las ocho galletas que quedaban en el plato y la mordió con gusto. Enseguida sus ojos mostraron su sorpresa.

—Está deliciosa.

—Ya te lo he dicho —afirmó Moira y vertió el té en las tazas—. Mi té también es muy bueno. Somos gente humilde, pero tenemos muy buen paladar.

Bonnie tuvo que reconocer que así era y disfrutó del té tanto como de las galletas.

—Bien, tenemos el tiempo que duran los *fantocini*, después regresarán y querrán contarnos hasta el último detalle del espectáculo. Primero hablaré yo y así se te pasarán los nervios, tienes el cuello tan contraído que acabará doliéndote la espalda. Bridget es

mi hija pequeña, tiene quince años y llegó cuando no se la esperaba, ya tengo una edad, aunque me conservo bastante bien. La vida no me ha tratado mal. —Sonrió—. Tengo un buen marido y tres hijos. Magnus es el mayor y es una bendición de hombre, igual que su padre. Después están Enya y, a Bridget ya la has visto. Son hijos excelentes donde los haya. A mi nieta Kirsten también la conoces y al revoltoso Tom, que es el hijo de Enya, no tardarás en verlo aparecer hablando sin parar.

Bonnie se sorprendió al darse cuenta de que se había relajado al escucharla y sonrió aliviada.

—Tiene una familia maravillosa —dijo sincera.

—Supongo que las cosas en tu casa no han mejorado con los años. La última vez que estuve allí era un lugar horrible.

Bonnie no supo qué decir a eso, le parecía que no estaba bien hablar mal de los suyos, por muy verdad que fuese lo que tuviese que decir.

—Cuéntame a qué has venido, no le des más vueltas.

—Últimamente mi madre no está muy bien —empezó al tiempo que dejaba la taza sobre su platito.

—¿Qué quiere decir que «no está muy bien»? No te andes con tantos miramientos, niña, me impacientas.

—Habla… sola. Ella… no…

—¡Acabáramos! ¿Mi hermana está loca?

—¡No! Bueno…

La mujer puso los brazos en jarras.

—Mira, niña, si algo he aprendido en esta vida es que no sirve de nada darle vueltas a las cosas que suenan mal para tratar de que suenen mejor. Si a tu madre se le está yendo la cabeza, cosa que no me extraña en absoluto, no hay manera de decirlo más que abiertamente.

—Puede que sea algo pasajero.

—No lo creo, pero Dios te oiga, muchacha. ¿Qué quieres saber? ¿Si es algo común en nuestra familia? Pues no, que yo sepa. Lo que le sucede a tu madre me temo que tiene que ver con tu padre, no con la familia de la que proviene.

Durante los siguientes segundos ninguna dijo nada más, la visita por estar sumamente incómoda y la otra por creer que la conversación terminaba allí.

—En realidad… —empezó Bonnie con timidez—, yo quería saber más sobre ella.

Quiero decir, me gustaría que me hablase de cómo era antes de casarse.

Su tía arrugó el ceño con evidente confusión.

—¿Has venido hasta aquí para cotillear?

—¡No! Quiero conocerla, saber la persona que era para poder ayudarla de algún modo.

—Es tu madre, no vas a conocerla más por saber cosas que a nadie le importan.

—Me da la impresión de que a ella sí le importan.

Bonnie empezaba a ver que el parecido entre su madre y su tía iba mucho más allá del físico. Estaba claro que Moira era tan cabezona y dura como ella.

—Cuando estamos solas habla de personas que no sé quiénes son —dijo optando por el camino más directo—. En especial menciona a un tal Gabriel.

Los ojos de Moira se abrieron un instante con temor, pero rápidamente desvió la mirada para tratar de ocultar su turbación.

—No sé de quién me hablas.

Pero Bonnie sabía que estaba mintiendo, era evidente el nerviosismo que mostraban sus manos al retorcerse una dentro de la otra.

—Solo quiero entenderla para poder ayudarla. Temo que acabe completamente perdida si no lo hago.

—El pasado, pasado está.

—Por favor… —dijo Bonnie sin disimular la ansiedad que la embargaba—. Mi padre y mi hermano quieren encerrarla en un sanatorio. He conseguido aislarla de ellos, pero no sé cuánto podré retrasar lo inevitable. Quizá, si supiera lo que ocupa sus pensamientos podría ayudarla a regresar a una relativa normalidad…

Su tía negaba con la cabeza.

—Remover todo aquello no la ayudará, te lo aseguro. —Negaba con la cabeza insistentemente—. Fue terrible… ¡Terrible!

Bonnie sintió un gran sobresalto al ver el efecto que esos pensamientos provocaban en su tía.

—¿Tan malo fue?

—Peor —afirmó la otra y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ni yo puedo pensar en ello sin conmoverme y te aseguro que no soy una mujer débil.

—Pero… ¿No es esto un motivo más para que yo lo sepa? Mi madre está sola reviviendo esos recuerdos y no tiene a nadie que la consuele.

—¿Tú vas a consolarla? —se burló—. Te aseguro que no puedes hacer nada por ella. Si Rosslyn ha decidido acabar su vida reviviendo el pasado, sus razones tendrá.

—Pero…

—Lo siento, hija —dijo su tía poniéndose de pie—, pero si vas a seguir insistiendo voy a tener que pedirte que te marches.

Bonnie se sonrojó ante aquella reacción y se levantó también. Su tía pareció conmoverse y suspiró antes de cogerla de los brazos para mirarla a los ojos.

—No quería ser tan brusca, niña, perdóname. Puedes quedarte y hablamos de otras cosas. Me gustaría saber de ti, ahora que has venido…

Bonnie bajó la mirada aún incómoda.

—Vamos, sentémonos y disfrutemos de estas delicias. —La guio de nuevo a su asiento y prácticamente la obligó a coger otra galleta—. Cuéntame de ti, ¿tienes algún pretendiente?

Bonnie dio un pequeño mordisco a su galleta y luego negó con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho?

La joven asintió.

—Estoy segura de que debe haber una larga fila de pretendientes frente a tu puerta —sonrió afable—. Nosotras también los teníamos, no creas. Las dos éramos muy agraciadas y nuestra familia…

La mujer enmudeció al recordar. Miró a su alrededor con expresión pesarosa y Bonnie pensó que se lamentaba por vivir en aquella humilde casa después de haber vivido en una mucho más lujosa.

—Su casa es muy bonita —dijo Bonnie tratando de ser amable.

—No te creas que me importan estas cosas. —Se encogió de hombros—, ya no. Al principio, sí, viví unos años un poco amargada por no tener criados y tener que hacerlo todo yo sola. Pero en cuanto nacieron mis hijos todo aquello se borró de mi mente. Donald ha sido un buen marido y un maravilloso padre. Nunca ha permitido que nos faltase nada de lo importante. Hemos vivido sin estrecheces, aunque tampoco podíamos derrochar. —Sonrió—. Mis hijos son felices y mis nietos también, ¿qué más se puede pedir?

Bonnie sintió un gran peso en su corazón y su tía lo vio aflorar a sus ojos.

—Supongo que mi hermana no puede decir lo mismo —se lamentó sin acritud—. Pero ha tenido hijos… ¿Cuántos hermanos tienes?

—Somos… éramos seis.

—¿Erais?

—Mi hermano, Carlton, murió hace unos meses tras caerse del caballo.

Moira se tapó la boca con las dos manos y sus ojos la miraron horrorizada.

—¡Dios Santo! —susurró cuando hubo asimilado la noticia—. Eso explica que tu madre esté perdiendo la razón a estas alturas.

—Sí, temo que ese suceso haya sido demasiado para ella.

—No puede haber nada peor para una madre que la muerte de un hijo. —Entornó los ojos—. No conocí a tu hermano, pero igualmente me conmociona esta noticia. ¿Y qué hermano es el que se ha unido a tu padre en su deseo de defenestrarla?

—Duncan, el mayor.

Su tía empalideció y asintió levemente sin decir nada.

—He conseguido que me dejen instalarme con ella en una parte del castillo que ha permanecido cerrada mucho tiempo y espero que no verla sea suficiente para que la dejen tranquila.

—La vida es un camino serpenteante con mil y un desvíos. Y el resto de tus hermanos, ¿están de acuerdo con esa idea tan cruel?

—Annabella, sí.

—¿Annabella es mayor o menor que tú?

—Yo soy la pequeña.

—Lo suponía. ¡Pobre hermana! ¡Qué mala madre debe haber sido si ha criado alimañas semejantes! Aunque tú, está claro que eres una buena hija.

—Chisholm la apoyaría también, estoy segura —objetó Bonnie—, pero vive en Inglaterra y no va a volver.

—Imagino que tu padre es el responsable de ese distanciamiento. No creo que Bhattair haya cambiado mucho en estos años; si acaso, para peor.

Bonnie desvió la mirada elocuentemente.

—Ay, niña, cuánto lo siento —dijo negando con la cabeza—. Vosotros no tenéis culpa de haber nacido en esa casa. Siento decir esto, después de todo es tu padre, pero no he conocido hombre más malvado que él en mi vida.

—¿Nunca se han vuelto a ver? ¿Mi madre y usted?

Moira negó con la cabeza.

—Una vez la vi en Largymore, caminando por la calle con Fionna. Las dos hicieron

como si no me conocieran, me acerqué a saludarla, pero siguió su camino sin detenerse. Iba con una niña, creo que eras tú, por la edad y el tiempo que hace. Sí, eras tú, sin duda.

Bonnie buscó en sus recuerdos, pero no fue capaz de encontrar ese suceso en ellos. Era cierto que acompañaba a su madre algunas veces cuando salía de compras, pero solo recordaba sus visitas a la librería.

—Quise sacarla de allí, ¿sabes? Lo intenté cuando supe lo que ese canalla le hacía. No tenía compasión, estaba embarazada y aun así era capaz de maltratarla. Pero ella no quiso abandonar a su pequeño, tan solo tenía dos años y tu padre no habría dejado que se lo llevase. —Una lágrima cayó por la comisura de su ojo, sorprendiendo a su sobrina —. Y ahora que ese niño es un hombre y podría defenderla, se alía con su padre contra ella. La vida es demasiado cruel.

—¿Por qué la abandonó si sabía lo desprotegida que estaba? —preguntó Bonnie sin poder contenerse.

Su tía la miró dolida.

—¿Qué querías que hiciera? Tu padre me echó de su casa y me prohibió volver jamás. Amenazó con destruir a mi esposo si volvía a acercarme a ella. ¿Sabes lo poderoso que es tu padre? Aun así, si tu madre hubiese querido venir con nosotros, nos habríamos arriesgado. Donald se lo dijo, pero ella no quiso.

—¿Y no debería haber insistido más? ¿Un tiempo después?

—Me hice la encontradiza con ella después de que nos echaran a patadas. Tu madre me prohibió que volviese a acercarme a ella. Me dijo que acabaría matándola si no la dejaba en paz. No volví a verla hasta ese día en Largymore que te he mencionado.

—¿Conocía a la señora Burns? Tengo entendido que siempre ha estado con mi madre, así que deduzco que usted también…

—¿Cómo no voy a conocer a Fionna? —la interrumpió con una sonrisa cálida—. ¡Era nuestra niñera! ¿No te lo ha contado?

Bonnie negó incrédula, no podía imaginar a aquella arisca y desagradable mujer como niñera de nadie.

—Las dos la queríamos mucho. Muchísimo. De hecho, diría que más que a nuestra propia madre. Ella era la que nos cuidaba siempre y la que se preocupaba por nosotras. Mi madre era una mujer débil e infantil que solo tenía capacidad para pensar en sí misma.

Ya sé a quién ha salido Annabella, pensó Bonnie.

—¡Cuántas travesuras tuvo que soportar! —se rio Moira al recordar—. Tu madre era tremenda, ¿sabes? Siempre se le ocurrían trastadas que hacer y, aunque era más pequeña que yo, siempre era la que llevaba la voz cantante. Hablando de cantar, tenía una voz preciosa, todo el mundo quería oírla y ella disfrutaba siendo la protagonista de cualquier reunión. ¡Qué dulce y cariñosa era! —Movió la cabeza completamente perdida en sus recuerdos—. Mi queridísima Rosslyn…

—¿Y el abuelo? —preguntó Bonnie al ver que no continuaba—. Mi madre nunca habla de él.

Moira cerró un momento los ojos visiblemente conmovida. Cuando los volvió a abrir estaban húmedos y sacó un pañuelo para limpiar las lágrimas que de nuevo se deslizaron desde sus ojos.

—Era el mejor hombre que puedas imaginar. Un padre amantísimo y generoso. No solo con su familia, no había persona que conociera y que necesitase ayuda a quién él no auxiliase. Tu madre y yo lo adorábamos. Sin duda era la persona que más quería Rosslyn, aparte de Ga… —Enmudeció de golpe y Bonnie no pudo disimular su decepción al comprender que había estado muy cerca. Moira se puso de pie—. Esa es la música de la comparsa, las marionetas han terminado y ya es hora de acabar esta conversación.

Esperó a que Bonnie se levantase también. No había en su mirada recriminación alguna, al contrario, su expresión era afable y lo bastante cariñosa como para turbar a su sobrina.

—Entiendo tu curiosidad, hija, pero no debo satisfacerla. No quiero que pienses que soy una vieja insensible, es justo lo contrario. Recordar todo aquello es muy doloroso para mí también, y no creo que hablar de ello contigo ayude a tu madre en absoluto. Lo único que necesitas saber es que ella escogió su camino y que sus pasos la han llevado hasta donde se encuentra ahora. Todos podemos decidir y, de hecho, lo hacemos cada día. Es muy probable que, si supiésemos adónde nos llevarán nuestras decisiones, cambiásemos de rumbo más de una vez, pero eso no es posible, ¿verdad? Así que de nada sirve mirar hacia atrás y regodearnos en viejas desgracias.

—Se pasa el día mirando al vacío —dijo Bonnie con la misma franqueza—. A veces, cuando no sabe que la observo, habla con alguien que solo ella ve. Nunca había visto esa sonrisa en sus labios ni esa mirada alegre y juvenil. Parece otra persona, incluso su voz suena distinta. Después, cuando me hago notar y sabe que ya no está sola vuelve a su mutismo y a esa mirada vacía. Solo quería saber quién es la persona que la saca de su

oscuridad.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Para que no tenga que abandonarla cuando yo esté con ella. —Sus ojos se humedecieron también—. Quiero ver a esa mujer que no conozco y que intuyo. Nunca he tenido una estrecha relación con mi madre, siempre fue una mujer arisca, fría y distante conmigo. Jamás me dio un abrazo ni me consoló cuando era una niña y lo necesitaba. Pero cuando la veo sonreír mientras escucha una conversación que no alcanzo a adivinar siquiera me siento verdaderamente huérfana por no formar parte de ello. Quiero conocer a la persona que fue, quiero entenderla. Y, sobre todo, quiero ayudarla.

—Si tan mala madre ha sido, ¿por qué te importa tanto?

—Yo tampoco he sido una buena hija —confesó bajando la mirada avergonzada.

Su tía asintió comprendiendo. Así debía sentirse el hijo de un padre maltratador: Injustamente culpable.

Bonnie habló sin levantar la mirada.

—Todos lo sabíamos, pero nadie hacía nada, excepto Chisholm. Él fue el único que se atrevió a interponerse y solo consiguió que mi padre lo golpease también. Nunca la salvó de nada, pero no dejó de intentarlo. —Levantó la mirada—. No voy a excusarme diciendo que era una niña, que no me sentía querida o cualquier otra cosa que, aun siendo verdad, no justificaría para nada mis actos. Ahora quiero ayudarla, quiero protegerla y estoy segura de que me resultaría más fácil si supiera quien es en realidad.

Su tía negó con la cabeza.

—No lo creo, hija. Aquello sucedió hace mucho tiempo y ya no queda nadie, aparte de nosotras. Es mejor dejar las cosas como están, hazme caso. Si quieres ayudar a tu madre, mantenla alejada de tu padre. Eso es lo único que puedes hacer por ella.

Bonnie aceptó resignada.

—Gracias por recibirme, a pesar de haberme presentado sin avisar —dijo sincera.

Moira la abrazó inesperadamente y Bonnie tardó unos segundos en reaccionar a su gesto. Su tía sonrió al separarse.

—Es cierto que no estás muy acostumbrada a que te abracen.

Bonnie se sonrojó sonriendo también.

—Vuelve cuando quieras —dijo Moira acompañándola hasta la puerta—. Aquí siempre serás bien recibida.

Cuando salieron de la casa Ewan seguía esperando al otro lado de la calle. Moira

miró a su sobrina con curiosidad.

—¿No vas a presentarme a tu acompañante? —preguntó.

—Yo… —titubeó sin saber qué hacer.

Su tía hizo un gesto con la mano para que Ewan se acercase y el escocés cruzó la calzada con paso decidido.

—Buenos días, señora. Ewan McEntrie, para servirla —dijo con una inclinación de cabeza.

—¿McEntrie? —Frunció el ceño y miró a su sobrina con sorpresa—. Pero ¿esa no es la familia a la que odiaba tu padre?

—La misma —dijo Ewan sonriendo levemente.

Moira los miró a los dos y después sonrió satisfecha. Estaba claro que su sobrina era una jovencita extraordinaria.

—¿Por qué no has entrado en la casa? —dijo hablándole con familiaridad, después de todo podría ser su hijo.

—No quería molestarlas.

—Parece que sabe a lo que has venido —afirmó mirando a su sobrina.

Bonnie asintió algo incómoda.

—Desde luego tu padre no tiene ni idea de esta visita y supongo que tampoco querrás que se entere de quién te ha acompañado. Será mejor que os marchéis cuanto antes, no sea que algún chismoso se guarde el cuento para soltarlo cuando menos falta haga. —Miró a Ewan con fijeza—. Si recibe un solo golpe por esto será por tu culpa, muchacho. No deberías haberla traído aquí.

El rostro de Ewan se contrajo. Bonnie puso una mano en su brazo para que no dijese nada y se volvió hacia su tía con una cálida sonrisa.

—Gracias de nuevo por su hospitalidad, tía.

—Ojalá puedas volver a visitarnos pronto.

—No ha querido contarme nada —dijo Bonnie en cuanto el cochero inició la marcha, sin esperar a que Ewan preguntase—. Aun así, se le han escapado algunas cosas y he podido empezar a vislumbrar detalles clarificadores, está claro que mi madre era una mujer completamente distinta a la que conozco.

Ewan la observaba atento, pero no se sentía autorizado a indagar más allá de lo que ella quisiera contar. Además seguía irritado por lo que su tía le había dicho.

—Ha dibujado a una completa desconocida para mí —siguió Bonnie ajena a sus

pensamientos mientras miraba por la ventanilla con expresión reflexiva—. Dulce y cariñosa… No puedo ni imaginarla riendo y cantando. Amaba profundamente a su padre, pero jamás habla de él. El otro día lo mencionó Fionna y me sorprendió ver la calidez con la que se miraban al recordarlo. Y ese Gabriel del que mi tía no ha querido darme detalles… Lo amaba. —Lo miró confusa e interrogadora—. ¿Por qué se casó con mi padre si lo amaba? Quizá murió y ella… No tiene sentido, aunque él muriese no tendría por qué… —Negó con la cabeza repetidamente—. ¿La abandonó? ¡Qué frustración siento! ¿Por qué no ha querido desvelar mis dudas? Es muy desagradable saber que he estado con una persona que podría aclarármelo todo y no haberlo conseguido. ¡Qué cabezotas son las mujeres de esta familia!

—¿Te ha dicho porqué no quería explicártelo?

—Cree que es mejor dejar las cosas como están. Como si lo que pasó hace tantos años pudiera afectarnos más que lo que hemos vivido estos últimos tiempos. Sea lo que sea, ocurrió hace mucho, ya no importa. Tan solo pretendo ayudar a mi madre, pero no puedo hacerlo si no sé nada de ella. Es extraño descubrir que no la conozco en absoluto.

Ewan sonrió divertido.

—¿Te hago gracia?

—Está claro que tu tía tampoco te conoce. De ser así, te lo habría contado todo sin omitir detalle. —Negó con la cabeza—. No vas a parar hasta averiguarlo.

—Por supuesto que no —dijo rotunda—. Y voy a necesitar ayuda. Tu ayuda.

Ewan negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No volveré a ponerte en peligro.

Bonnie lo miró sorprendida.

—¿Es por lo que ha dicho mi tía? ¡Ewan!

—Tiene razón, esto es muy peligroso para ti.

—Mi padre no se va a enterar.

—No me arriesgaré —dijo mirándola muy serio—. Y tú tampoco deberías, porque si te pone una mano encima, no me quedaré de brazos cruzados.

—No va a pegarme, hace años que no…

Enmudeció al ver que él apretaba los dientes y su mirada se oscurecía peligrosamente.

—Vas a parar ahora —dijo tajante—. Lo que sea que ocurrió, no te incumbe.

—No puedes…

—Sí, puedo, Bonnie. Puedo y lo haré.

—¿Qué harás? —lo retó.

—No me provoques.

—No puedes decidir por mí. Quiero…

—Eres una niña consentida —masculló enfadado.

—Y tú un cabezota insoportable.

—Lo que tú digas, pero se acabaron tus pesquisas.

—De eso nada, si no me ayudas lo haré sola. ¿Te crees que no…?

—¿Es que no lo entiendes? —la cortó agarrándola de la mano y mirándola con tal intensidad que ella dejo de respirar—. No permitiré que nadie te haga daño.

El cochero detuvo el carruaje y Ewan frunció el ceño. Con un gruñido la soltó y miró un instante por la ventana para recuperar la compostura. Sin decir nada bajó del carruaje y mantuvo la portezuela abierta.

—Baja —ordenó.

Ella obedeció y sus ojos se abrieron como platos al ver que estaban frente a la librería de Largymore, mucho más grande y lujosa que la del señor Kinkaid.

—Yo iré a llevar el caballo a los Scott y luego a buscar a Elizabeth a casa de los Crawford. Supongo que tú preferirás…

—Oh. Desde luego. —Bonnie tenía el corazón acelerado y no era por la librería, precisamente.

—Entra para que pueda irme —dijo en el mismo tono autoritario.

Cuando la supo segura dentro de la tienda, subió al carruaje y se alejó de allí. Sentía una tensión tan insoportable que todo su cuerpo estaba contraído. Por primera vez había sentido que Bonnie estaba en peligro de verdad, la mirada de su tía no dejaba lugar a dudas, sabía muy bien la clase de persona que era Bhattair MacDonald. Su advertencia lo había atravesado como la afilada hoja de un cuchillo y se había retorcido en sus entrañas inmisericorde. Si por él fuera la subiría a ese carruaje y se la llevaría lejos de allí, adonde su padre no pudiera alcanzarla. ¿Cómo iba a contener esos sentimientos que afloraban cada vez más violentos y arrolladores? Quería… Gruñó de nuevo impotente. ¿Qué importaba lo que él quisiera? No podía ser. Era imposible.

Se frotó la cara y después apoyó el codo en la ventanilla mirando hacia el exterior. Siempre había sido todo fácil con ella. Pero eso era antes. Antes de que alterase los

latidos de su corazón. Antes de que su respiración se acelerase más que cuando cabalgaba. Y no quería pensar en lo que pasaba en su cuerpo cuando la tenía cerca. Nunca había tenido tanto miedo de nadie como lo tenía de ella. Era como si estuviese en sus manos, como si tuviera el poder de manejarlo a su capricho. Y eso era… peligroso.

La imaginó deambulando por la librería. Pronto se olvidaría de todo y se perdería entre aquellos tomos polvorientos sin importarle que manchasen su precioso vestido. Sintió una cálida dulzura cuando los recuerdos diluyeron el paisaje que se mostraba a través de la ventanilla. Siempre había sido un ratón de biblioteca, cuando era una niña se escondía dentro de los muebles o bajo las mesas para no ser expulsada del paraíso que suponía para ella la de *Slioscreige*. Su hermano Chisholm la llevaba con él cuando los visitaba a escondidas de su padre. Menudas palizas había recibido el muchacho cada vez que sus tretas eran descubiertas. Siempre trataba de proteger a su hermana negando cualquier implicación de la niña, pero no siempre podía librarla del castigo. Y aun así, ella seguía yendo una y otra vez, como si no le importase. Como si el placer que sentía valiese… Volvió a frotarse la cara intentando salir de esa espiral de pensamientos que lo angustiaba. Era un hombre paciente y tranquilo, disfrutaba del estudio y amaba a los animales porque eran nobles y simples, sin aristas.

—No lo permitiré —masculló con voz dura—. No dejaré que nadie le haga daño.

Capítulo 11

El sol se alzaba lentamente en aquella fresca mañana de finales de septiembre. Sus rayos se colaban tímidamente a través de los visillos de las ventanas de la biblioteca de los McEntrie. Hacía un poco de viento y las cortinas se movían sinuosas con su cadencia, mientras el aroma de la tierra mojada le recordaba a Bonnie los olores de la próxima estación. Su preferida.

Había estado lloviendo toda la tarde anterior y ella había disfrutado mucho de esa lluvia. No había nada que le gustase más que leer acurrucada en una butaca mientras afuera se caía el mar del cielo. No le importaba que la tormenta estuviese acompañada de truenos o ventisca, mientras ella pudiese disfrutarla en algún lugar cálido y con un libro entre las manos.

Dejó el tomo en su estante y miró su trabajo con satisfacción. Aprovechando las nuevas adquisiciones que había llevado de Largymore se había ocupado de limpiar y organizar aquella sección de la biblioteca. Como lo hacía a ratos, cuando no la necesitaban con los niños, había tardado más de lo esperado, pero eso no le importaba en absoluto, pasar su tiempo libre en aquella estancia era un regalo para ella.

—Y aquí estás —dijo una voz desde la ventana.

Bonnie se giró para ver a Ewan de pie al otro lado sosteniendo las riendas de Ruadh.

—¿Te marchas?

Ewan asintió.

—Voy a casa de los McPherson a ver cómo está su yegua y de paso echaré un vistazo a las ovejas.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó ella sin más preámbulo.

—No hay nada que pensar. La respuesta sigue siendo no. —Se apartó de la ventana para dirigirse al camino.

Bonnie saltó por la ventana para ir tras él.

—Al final Elizabeth te pillará.

—Tienes que acompañarme a Auchencrow —insistió ella.

—No.

—¡Ewan! —exclamó enfadada—. Sabes que no tengo a nadie más a quién pedírselo.

—Y yo me alegro de ello.

—Está bien, quería que fuese por las buenas, pero voy a tener que obligarte.

Ewan casi se echa a reír al verla con los brazos en jarra y aquella mirada tajante.

—¿Que vas a…?

—Hicimos una apuesta —lo cortó.

El rostro del escocés perdió la sonrisa burlona y su expresión se contrajo.

—¿Qué?

—Yo gané, así que me lo debes.

Ewan echó el cuello ligeramente atrás, lo había olvidado por completo.

—Eso es una tontería.

—Diste tu palabra. ¿Tu palabra es una tontería?

—Sabes que…

—Quiero que me acompañes. Esa es mi petición y si no lo haces no volveré a confiar en ti jamás.

—Bonnie…

—Mañana iré a Auchencrow, me acompañes o no.

—Acabarás por hacerme enfadar.

—Enfádate, no me importa. Iré sola, Ewan.

Él la miraba consciente de que lo haría.

—Hablaré con Elizabeth y ella…

—Habla con quien quieras —lo retó de nuevo—. Voy a ir. La casa está vacía, no me verá nadie, pero si me ven no me importa. Es la casa de mis abuelos y quiero visitarla. No hay nada de malo en…

—No puedo ir contigo, solo empeoraría las cosas si te descubren.

—Está bien —aceptó ella con los ojos llenos de lágrimas—. No puedo contar contigo, está claro. Creía que…

—¿Qué creías? —La miraba severo—. Vamos dilo, ¿qué creías? ¿Qué podías mangonearme a tu antojo? ¿Que podías utilizar lo que siento?

Apretó los labios consciente de que estaba caminando sobre arenas movedizas.

—Creía que éramos amigos.

Ewan dio un paso hacia ella y la miró con ojos acerados.

—No, Bonnie, no somos amigos. Ya no.

Ella se estremeció, pero no desvió la mirada.

—Está bien, he recibido el mensaje —dijo dándose la vuelta para alejarse de él.

Ewan la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Qué mensaje? —La sacudió ligeramente—. ¿Qué mensaje has recibido, Bonnie?

Sus labios lo atraían como una soga atada a su pecho y la soltó de golpe haciendo que se tambalease, mientras su otra mano apretaba las riendas de Ruadh para agarrarse a alguna parte.

—Si sigues llevando el cántaro a la fuente, acabará rompiéndose.

—Mi cántaro es una jarra de hierro, no se romperá. —Su mirada era firme y segura y se limpió las lágrimas de un manotazo, como si le escocieran en los ojos.

—Se romperá —dijo él con voz profunda—. Y seré yo el que lo rompa. Me vas a matar, Bonnie.

Ella empalideció al pensar que se refería a lo que su padre le haría si…

—Deberías mantenerte alejada de mí. ¿Lo entiendes, Bonnie? No deberías mirarme siquiera porque cuando me miras…

Ella vio fuego en sus ojos y su corazón se aceleró desbocado.

—Yo no quiero que te pase nada… —estaba temblando como una hoja.

—Es mejor que no digas nada más, Bonnie, porque estoy a un suspiro de hacer algo que lo cambiará todo para siempre entre nosotros. —Se apartó de ella como si fuese una hoguera y estuviese a punto de prender su ropa—. ¡Dios! No voy a llevarte a ninguna parte. No debería estar ni en el mismo país que tú.

Se subió al caballo y ella lo vio alejarse sin poder deshacerse de aquel sentimiento agridulce que latía en su pecho. No era experta en esos temas, en realidad no era experta en nada, pero creía entender lo que había pasado allí y su corazón se debatía entre saltar de alegría o gritar de terror. ¿Quería besarla? ¿Eso era lo que le decían sus ojos mientras hablaba sin parar de cosas abstractas y muy poco inteligentes? ¿En el mismo país? ¿Ella lo quería mucho más cerca? Tan cerca que tuviesen que compartir el mismo aire.

Estás loca, ¿de verdad vas a fantasear con que Ewan te bese? ¡Ewan! ¡Un McEntrie! Padre te colgará de una lámpara si se entera de que lo piensas siquiera. Y a él lo matará de un disparo o hará que lo maten otros y luego te obligará a casarte con Caleb Anderson o con alguien peor. Para eso es mejor que te cases ya y al menos Ewan podrá seguir viviendo. Pero ¿qué estoy diciendo? No voy a casarme con Anderson ni voy a besar a Ewan. Solo quería que me acompañase a Auchencrow y no va a hacerlo, está claro.

Volvió a entrar en la biblioteca por el que, al parecer, se había convertido en el modo habitual y se paseó durante un buen rato sin rumbo fijo. Intentó contar los libros distribuyéndolos por colores. Luego se lo puso más difícil y los catalogó por su letra inicial. Cuando llegó al ciento veintitrés casi grita de rabia. ¿Por qué seguía sintiendo aquella alegría y aquel horror al mismo tiempo? ¿Es que su cerebro no podía decidirse por una emoción?

—Voy a volver a ordenarlos —dijo entre dientes—. Estar ocupada, eso necesito. Y puedo ir a Auchencrow sola. ¿Desde cuando le necesito para hacer cualquier cosa? Podría ser un poco más discreta y disimular un poco lo mucho que quiero estar con él. Desde hoy, nada de Ewan McEntrie. Ewan McEntrie está prohibido. Completamente. Del todo. Absolutamente.

Comenzó a sacar todos los libros de la estantería y en unos minutos la alfombra volvía a estar sembrada de tomos y su corazón seguía latiendo desbocado.

Al día siguiente, Ewan la esperaba frente a la puerta de *Slioscreige* con dos caballos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con prevención y un poco de malhumor.

—Ya lo sabes —dijo él enfurruñado.

—¿El qué sé?

—La apuesta.

—Pero…

—Sube —ordenó montando él a su vez.

Bonnie no se movió y él suspiró desde su montura.

—Elizabeth lo sabe, se lo dije anoche. Sube —repitió.

—¿Qué le dijiste?

—Lo que le tenía que decir. Estuvo de acuerdo en que te acompañara. No puedes ir sola y sabemos que lo harás.

—Puedo ir sola.

—No, no puedes. Si tengo que decirte una vez más que montes te juro que…

Bonnie subió a la amazona y lo siguió sin decir una palabra más. No quería decir algo que lo irritase más de lo que ya lo estaba y lo hiciese cambiar de opinión. Mientras

avanzaban en silencio y con un trote suave, contempló las hojas de los árboles, que comenzaban a teñirse de tonos cálidos y susurraban secretos al viento que anunciaban la inevitable transición entre estaciones. Se estremeció al recordar la violenta discusión de la noche anterior y su buen ánimo se evaporó como por ensalmo. Hacía tiempo que no veía a su padre tan enfadado y llegó a temer que le levantase la mano como antes. Cierto era que había tensado la cuerda más de lo conveniente, pero que no soportaba a Caleb Anderson era una verdad que no se podía obviar. Y tampoco quería hacerlo.

Despejó su mente de aquellos pensamientos y siguió contemplando el paisaje que se mostraba ante sus ojos. Las ondulantes colinas estaban cubiertas de un manto de matorrales y musgo que se extendía hasta donde alcanzaba su vista. Vieron varios rebaños de ovejas que pastaban tranquilas mientras las lejanas montañas las observaban indiferentes. Adoraba aquella tierra, la sentía en el pecho con cada latido. No podría vivir en otro lugar que no fuese aquel y, a pesar de echar de menos a Chisholm y de haber sido inmensamente feliz en la academia de la señorita Robertson, sabía que aquel era su lugar en el mundo. Sus ojos se posaron en Ewan y sonrió con calidez.

Estaba de malhumor y no tenía intención de disimular para que ella se sintiera mejor. Tenía en mente la conversación que había mantenido con su padre la noche anterior y sentía aún el corazón helado por la dureza de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que no sienta lo que siento, padre?

—¡Sí! —Lo miró con dureza—. Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Has vivido entre algodones, Ewan, he procurado que la vida te fuese propicia, pero ahora no estoy seguro de haber obrado bien. ¡Llevarás a esta familia a la ruina!

—¿Por qué no puedes confiar en mí? No soy un crío, sé lo que puedo y no puedo hacer.

—Vete a Londres con tu hermano. Lo que sea, con tal de evitar lo inevitable.

Ewan lo miró incrédulo.

—¿Tan débil crees que soy?

—¡No tienes ni idea de lo débil que eres! ¡Ni idea!

Craig parecía fuera de sí, nunca lo había visto tan alterado por nada y lo había visto alterado muchas veces.

—¿Te crees que eres más fuerte que tus hermanos? ¿Más fuerte que yo? Cuando

amas a alguien pierdes toda tu fuerza, Ewan, toda. Serás gelatina en sus manos.

—No soy como tú.

Su padre lo había mirado con tal dureza que lo sintió casi como un golpe.

—No volverá a poner un pie en esta casa —sentenció—. Se acabó. Es una MacDonald y como tal la trataremos a partir de ahora.

—No lo consentiré.

—¿Qué no lo consentirás? —Craig hizo algo que llevaba años sin hacer, lo agarró de la pechera de la camisa y lo atrajo hasta que su aliento a whisky le hizo cosquillas en la punta de la nariz—. Te muelo a palos si cruzas esa línea, Ewan. No vas a llevarla a Auchencrow ni a ninguna parte. Te mantendrás alejado de ella y…

—Cuando os lo he contado no os estaba pidiendo permiso, padre, siento que me hayas malinterpretado.

Craig lo soltó muy despacio sin dejar de mirarlo con aquella clara amenaza en sus ojos.

—Mañana voy a llevarla a Auchencrow, no tiene a nadie más a quien pedírselo y no dejaré que vaya sola. Si quieres darme una paliza, adelante, empieza ahora, pero tendrás que romperme las piernas para que no vaya.

Craig cerró los ojos un momento y respiró hondo varias veces para tratar de calmar su ánimo. Cuando volvió a mirarlo, Ewan no había variado ni un poco su expresión. Dejó caer los hombros derrotado, fue hasta la mesita en la que había dejado su vaso y apuró el contenido de un trago.

—Nunca pensé que serías tú —dijo sin volverse—. Dougal, incluso Kenneth, pero no tú.

Ewan no dijo nada y su padre se giró para mirarlo.

—Está claro que vas a anteponerla a ella a todos nosotros.

—No puedo dejarla sola, padre —masculló—. La llevaré a Auchencrow y después…

—No te molestes en decir que te apartarás de ella. —Negó con la cabeza—. Los dos sabemos que eso no es lo que va a pasar. Has decidido que es cosa tuya y no hay vuelta atrás.

—Siempre fue cosa mía, padre —musitó sincero.

Craig asintió, en el fondo él había permitido que pasara. ¿No era el mayor culpable de aquello, en realidad?

—Vas a sufrir mucho, hijo.

Ewan no dijo nada, pero le sostuvo la mirada.

—Está bien. Ve con ella, no voy a romperte las piernas.

—Es Bonnie, padre, encontraré la manera de que todo vuelva a ser como antes.

Craig sonrió con tristeza.

—Claro que sí, hijo. Y desde mañana las ovejas se echarán a volar. Anda, vete y déjame solo, ya no tengo más ganas de hablar.

Miró a Bonnie de soslayo y sintió aquella ansia en el estómago, en el pecho, dentro de su cabeza… La quería, era la verdad, la quería con toda su alma. Y la deseaba, también muchísimo. Todo con Bonnie era superlativo, exagerado y radiante. Todo era luminoso y sereno al mismo tiempo. Ansiaba escuchar su risa, sentir su pasión, hasta discutir con ella le parecía mejor que cualquier otra cosa. Lo demás ya no era suficiente. La quería. Quería su alma y su cuerpo. Era ella. Siempre fue ella. En el fondo de su corazón lo sabía. Por eso no había estado con nadie más, por eso había esperado… Pero cada vez que pensaba en tomarla en sus brazos, en besarla y decirle lo que sentía, veía a Bhattair mirándola con ojos inyectados en sangre golpeándola sin misericordia. El cielo se oscureció y su mente se cubrió de una espesa capa de odio y rabia que amenazaba con asfixiarlo. Apretó los muslos y Ruadh se puso al galope como si alguien los persiguiera. Necesitaba correr, necesitaba huir de sí mismo para no escuchar la voz que en su cabeza lo atormentaba. «*Debes protegerla. Debes protegerla… de ti*».

Al entrar en la casa la agredió el olor a rancio, a polvo y abandono. Ewan atravesó el vestíbulo y comenzó a descorrer cortinas y a abrir ventanas adelantándose a ella. El suelo de mármol, ahora opaco y deslucido, resonaba bajo los pasos de Bonnie mientras exploraba las estancias que yacían en un sueño profundo. Lo que más llamó su atención fue un retrato de familia que colgaba de una de las paredes de lo que parecía el salón principal. Se acercó con paso solemne, como si allí estuviesen realmente las personas que el pintor había retratado con maestría. Ewan se colocó a su lado y observó el enorme parecido de una Rosslyn joven y sonriente con la muchacha que la miraba. Su tía Moira también sonreía y había en aquel cuadro una felicidad perceptible a todas luces, una familiaridad en el contacto y la calidez propia de una familia bien avenida. Bonnie nunca había visto el rostro de su abuelo. El pintor había plasmado a la perfección a la persona

afable y buena que su tía había descrito.

Siguieron su recorrido en silencio y una vez descorridas las cortinas, la luz matutina se filtró libremente por las estancias iluminando muebles tapizados que alguna vez fueron lustrosos y que ahora tenían una gruesa capa de polvo cubriendo la tela y la madera que los componían. Pero fue al entrar en la biblioteca cuando Bonnie sufrió un fuerte sobresalto. Miró a su amigo profundamente consternada y con un sentimiento amargo latiendo en su pecho. Los libros esparcidos por el suelo daban cuenta de un ciclón, una tormenta humana que había lanzado, golpeado y pisoteado todos aquellos tomos que se diseminaban por la estancia y que habían ido a parar a muebles, habían chocado contra las paredes o habían acabado en el suelo, abiertos, rotos en muchos casos, cubiertos por la misma capa de polvo añejo que impregnaba toda a casa. Se agachó temblorosa a recoger uno de ellos y le quitó el polvo con delicadeza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Quién puede haber hecho esto? —se preguntó sin esperar respuesta.

La madera oscura de las estanterías, tallada con intrincados detalles, le susurró historias olvidadas cuando colocó el libro en ella. Ewan la observó un momento mientras, uno a uno, iba recogiendo los libros. Podía sentir su tristeza y lo conmovió su inútil gesto.

—La mayoría están inservibles —dijo él cogiendo el libro que sostenía con manos temblorosas y al que le faltaban más de la mitad de sus páginas—. Salgamos de aquí.

La cogió de la mano y la arrastró fuera de aquel cementerio que iba a pesar en su ánimo durante toda la visita.

—Ha sido muy triste —musitó ella limpiándose las lágrimas de las mejillas y dejando en ellas la suciedad que se había pegado a sus dedos—. ¿De qué te ríes?

Ewan sacó su pañuelo y la limpió con él. Bonnie se miró las manos y comprendió.

—¿Quieres que nos marchemos? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza, recuperando la compostura.

El piso de arriba no distaba mucho de la dejadez que habían contemplado en el de abajo: polvo y más polvo por todas partes, además de algún visitante indeseado que se apresuró a esconderse al llegar ellos. Todas las habitaciones estaban desmanteladas, sin colchón en las camas, solo el esqueleto. No había baúles o armarios. Excepto en una. Cuando Bonnie abrió la puerta sintió un escalofrío. Era la última habitación del corredor y parecía que la persona que la ocupaba hubiese sido la última en abandonar la casa.

Todo el mobiliario estaba allí, cubierto de una gruesa capa de polvo. Se acercó al armario y al abrirlo no pudo evitar una exclamación al ver todos aquellos vestidos. Al girarse contempló la cama con dosel y una colcha de seda que se adivinaba en un tono rosa muy pálido y que alguna vez debió ser el orgullo de su dueña pues la manufactura era excelente a simple vista.

—Es la habitación de mi madre —musitó con la vista clavada en el cuadro que colgaba sobre la cómoda—. Siempre le han gustado los girasoles.

Ewan siguió su mirada y asintió. También percibía aquella extraña atmósfera, como si hubiesen entrado en un mausoleo, en lugar de en el cuarto de una joven Rosslyn. Bonnie trató de abrir el primer cajón de la cómoda, pero ofrecía resistencia y temía quedarse con los pequeños pomos en la mano.

—Se han hinchado por la humedad —dijo él y después de apartarla lo abrió tirando con decisión.

Un fuerte olor a rancio y a moho se elevó hasta sus fosas nasales. Bonnie recuperó su sitio y comprobó que en ese cajón solo había ropa. Siguió con los siguientes con igual resultado, hasta llegar al último. Se arrodilló en el suelo y cogió un viejo carné de baile repleto de nombres.

—Al parecer era muy popular —dijo sonriendo cuando Ewan se agachó a su lado.

Lo dejó en el suelo y sacó un ramillete de flores secas que se rompieron en su mano. Gruñó con desagrado y miró a Ewan como si quisiera disculparse. Él se encogió de hombros con una sonrisa.

—No creo que a tu madre le importe —dijo Ewan animándola a seguir.

Bonnie sacó entonces un broche, unos guantes, unos zapatos…

—¿Quién guardaría unos zapatos aquí? —se preguntó Bonnie dejándolos a un lado —. Debían ser especiales para ella, como todas estas cosas.

Ewan sacó un dibujo semi oculto bajo un chal bien doblado y lo miró sorprendido.

—Se parece a ti.

Bonnie lo cogió de sus manos mirándolo con fijeza.

—Nunca me había dado cuenta de que me pareciese a ella —musitó—. Siempre me decían que me parecía a mi tía abuela Yvaine.

La muchacha sonriente llevaba un vestido de fiesta y lo levantaba lo suficiente para que el dibujante pudiese ver los zapatos.

—Son los mismos zapatos —musitó señalando la firma: *Gabriel*—. Él la dibujó.

—La expresión del rostro de tu madre…

No se atrevió a verbalizarlo, pero Bonnie sabía muy bien lo que quería decir. Había tal felicidad en el rostro de Rosslyn que resultaba conmovedor.

Después de observarlo un buen rato, Bonnie dejó el dibujo junto al carné y sacó unos guantes.

—Pues esto es todo —dijo mirando las cosas que había colocado en el suelo junto a ella.

Un broche, los zapatos, el dibujo, los guantes, el carné de baile, las flores secas y el precioso chal que debió bordar su madre, a juzgar por las puntadas. Frunció el ceño al notar algo duro en una de las esquinas y al darle la vuelta vio que habían cosido un bolsillo para ocultar algo en él.

—¿Es una carta? —preguntó Ewan.

Bonnie desdobló el papel con manos temblorosas.

—«Mi amada Rosslyn…» —susurró leyendo el encabezamiento. Enseguida bajó la vista para leer la firma y miró a Ewan.

—Es de Gabriel.

—Lo he supuesto —dijo él—. ¿Quieres que te deje sola? Yo no debería escuchar…

—Quédate conmigo, por favor.

Lo dijo de un modo que hizo que le temblaran los huesos. Asintió una vez y Bonnie leyó en voz alta.

—«Mi amada Rosslyn. Después de lo sucedido anoche no he podido dormir temiendo lo que pudieras pensar de mí. Por eso, he decidido escribirte esta confesión, para que la guardes como sueles hacer con todas las cosas que te importan, como prueba de mi amor por ti. Estoy aquí, en mi cuarto, mirando la luna que persiste en su mutismo, a pesar de haber sido testigo de nuestra unión. No temas nada, hablaré con tu padre y le pediré que me conceda el honor de ser tu esposo. Confío en el buen hombre que es y espero que su comprensión pese más que mi baja cuna y mi reprobable comportamiento. Ha sido siempre un buen amigo de mi familia y me ha tratado con aprecio, por eso me mortifica haber traicionado su confianza. Amor mío, quiero que sepas que no voy a abandonarte, pase lo que pase, para mí ya eres mi esposa y no hay fuerza humana que pueda romper el vínculo que nos ha unido. Aun así, sé lo importante que es para ti que tu padre nos dé su bendición y haré todo lo que esté en mi mano por conseguirla. Lo que hemos vivido esta noche ha decidido nuestro destino, y voy a

cuidarte y a adorarte hasta el fin de mis días. Tuyo, siempre. Gabriel».

Bonnie siguió mirando aquella letra a pesar de que sus ojos se habían nublado por las lágrimas y apenas podía distinguir ya los trazos. Ewan se la quitó de las manos cuando esas lágrimas comenzaron a caer sobre el papel, amenazando la tinta que había permanecido intacta durante todos aquellos años.

—¿Qué terrible tragedia ocurrió para que…? —musitó limpiándose las mejillas.

Ewan tenía una expresión circunspecta y no dijo nada.

—No lo entiendo —negó Bonnie poniéndose de pie—. Mi abuelo no quería que ella se casara con un MacDonald y por lo que parece apreciaba a ese Gabriel… ¿Crees que dijo que no? ¿Qué al final su baja cuna sí afecto a su decisión?

—Es posible.

—Pero… —Se paseó—. Ella y Gabriel…

—Es muy extraño —afirmó Ewan.

Bonnie lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Tú también lo crees? ¿Su padre prefería que su hija quedase marcada por la indecencia antes que casarla con alguien humilde? Según la descripción que mi tía hizo de él, no lo veo posible. Y además, parece que mi abuelo lo apreciaba.

—No sabemos ni cuándo ni cómo sucedieron las cosas.

El rostro de Bonnie se transformó en una mueca de terror.

—¡Dios Santo! Mi padre se casó con ella —exclamó llevándose la mano al cuello como si alguien la hubiese agarrado y miró a Ewan interrogadora—. ¿Lo supo? Quiero decir, ¿se dio cuenta de que ella no era…?

Ewan asintió.

—Es muy probable que sí.

De repente las imágenes que tenía a buen recaudo para que no se materializaran ante ella, regresaron y se mostraron bajo una nueva luz. Las palizas y los desprecios a los que su padre la sometía ¿podían tener que ver con aquello? ¿Al descubrir que no era pura cuando se casaron la odió hasta el punto de torturarla durante años? ¿Por qué no la repudió? Miró a Ewan con ojos vidriosos.

—Tú eres hombre, ¿qué harías si…? —No pudo verbalizarlo.

—No lo sé —respondió él, consciente de cuál era la pregunta—. Dependería de las circunstancias, pero de ningún modo esto justifica la violencia de Bhattair. Los dos sabemos que tu padre no necesita acicate para eso.

Bonnie entornó los ojos y, aunque su mirada seguía fija en él, la vio alejarse con sus pensamientos.

—Quizá Gabriel no llegó a hablar con tu abuelo.

Ella volvió a él y asintió.

—Mis padres se casaron un mes después de la muerte de mi abuelo.

—Demasiado rápido —asintió él.

—Como has dicho, no hay fecha en esta carta. No sabemos cuándo ellos…

—No podemos hacer más que elucubraciones, Bonnie. Cualquier cosa es posible, pero así no vas a averiguarlo.

—Y la única persona a la que podía preguntarle, no quiere contarme nada.

—¿Tan importante es esto para ti?

Bonnie lo miró reflexiva y después de unos segundos asintió.

—No sé por qué, pero sí.

Entonces no iba a parar de indagar, estaba claro.

—¿Qué quieres hacer con todo esto? —preguntó señalando los objetos de su madre.

Bonnie extendió el chal y colocó el resto de cosas encima para después envolverlas con él. Se puso de pie sosteniendo la tela pegada a su pecho en un delicado abrazo.

—¿Vas a enseñárselas a tu madre?

—Por ahora no. Las guardaré por si algún día es lo bastante fuerte como para hablar de aquello. —Lo miró con franqueza—. No sabes cuánto te agradezco que me hayas acompañado, Ewan. Eres…

—¿Quién hay ahí? —Se escuchó una voz potente que venía de la planta de abajo.

Los dos se miraron y Ewan salió delante de ella para dirigirse a las escaleras. Una vez allí vieron a un hombre, ceñudo y malcarado, que los observaba severo sujetando una escopeta en las manos.

—No necesita eso —dijo Ewan colocándose delante de Bonnie y cubriéndola con su cuerpo.

—¿Qué hacen aquí? ¿Cómo han entrado? —insistió el intruso.

—Eso mismo iba a preguntarle yo a usted —dijo Ewan.

—Soy Mason Reid, el guardés de la casa.

—Pues a juzgar por el estado en el que se encuentra no es que haya cumplido con su trabajo —sentenció Bonnie asomando la cabeza por un lado.

El hombre arrugó más el ceño.

—No me han avisado de ninguna visita. ¿Cómo sé que no son un par de ladrones?

—¿Le parecemos ladrones? —Ewan torció una sonrisa burlona.

—No ha venido nadie en veinte años. —El guardés se encogió de hombros—. Por mí podrían ser cualquier cosa.

—Señor Reid. — Ewan le mostró la llave que sostenía en la mano—. Estoy seguro de que a mi tío le encantará saber que al menos usted vigila que no entren intrusos, ya que no se ocupa de cuidar el buen estado de su propiedad.

—¿Su tío? —El guardés lo miró con más interés—. ¿Es usted sobrino del señor MacDonald? ¿Y ella quién es? Ahora que la veo, se parece a…

—Es mi esposa —dijo cogiéndola por la cintura con una actitud posesiva. Bonnie lo miró anonadada—. Nos hemos casado hace poco y mi tío nos ha ofrecido esta casa. Lo cierto es que la primera impresión no ha sido muy buena. Está todo hecho un desastre. No me sorprendería encontrarme con un fantasma vagando por ahí. ¿Usted qué opina? Mi esposa es muy asustadiza y no quiero que se pase el día temblando como un ratoncillo.

—Yo no soy asustadiza —dijo ella librándose de su agarre—. Y no me dan ningún miedo los fantasmas.

—Querida —dijo Ewan mirándola con una sonrisa burlona—. Si me hablas así el señor Reid va a pensar que te arrepientes de haberte casado conmigo.

Bonnie miró al guardés que contenía una sonrisa pícara y luego a Ewan cuya expresión de inocencia lo hacía parecer aún más culpable.

—No olvides a lo que hemos venido —susurró él cogiéndola por los codos en una actitud demasiado cercana.

A Bonnie le latía el corazón tan acelerado que le palpitaban los oídos. Por suerte, al guardés no le gustaban mucho los silencios.

—La casa está tal y como su tío quería que estuviera. Menudo es… Quiero decir, tiene mucho carácter, ¿verdad?

—Desde luego —afirmó Ewan dedicándole de nuevo toda su atención—. Bhattair MacDonald no es famoso por su simpatía. ¿Y dice que mi tío quería que la casa estuviera hecha un desastre?

—Me ordenó que no tocara nada. Habrán visto la biblioteca. Mi padre, que conoció bien al anterior dueño, el señor Wallace, siempre dice que era un orgullo para él y

ahora…

Bonnie había empalidecido y Ewan percibió su turbación sin necesidad de mirarla.

—¿Sabe lo que ocurrió para que esté en ese estado?

El guardés se encogió de hombros.

—Al parecer su tío lo destrozó todo antes de la boda. Al menos eso es lo que cuenta la gente, yo era muy joven entonces y estas cosas no me importaban demasiado. Si se deciden a vivir aquí todo quedará impecable con una buena limpieza, yo me encargaré de buscar una cuadrilla si quiere. El jardín es lo que más trabajo va a dar, pero con esfuerzo y cuidados volverá a ser un lugar magnifico en el que podrán jugar sus hijos.

—Tenemos que irnos ya —dijo Bonnie dirigiéndose a la puerta, necesitaba salir de allí cuanto antes.

Los dos hombres la siguieron.

—¿Qué puede contarnos del anterior dueño?

—Mi padre ha sido granjero toda la vida y por aquel entonces estas tierras eran del señor Wallace. Era un buen hombre. Muy especial, en realidad. En Auchencrow se le recuerda con cariño y aún se brinda por él en las celebraciones. Dicen que se preocupaba por todo el mundo y que ayudaba a todo aquel que lo necesitaba.

—Su pérdida debió conmocionarlos, entonces. — Ewan lanzó el anzuelo.

—Desde luego, fue una tragedia terrible. No era raro ver al señor Wallace en casa de su Factor. ¿Quién se iba a imaginar que perecería junto a ellos en un incendio? La gente todavía se conmueve cuando alguien menciona al pobre Gabriel, el hijo mayor de los Morrison.

—No es para menos —fingió Ewan para que el hombre siguiese hablando.

—El muchacho quedó destrozado, debió ser espantoso regresar de Corriedoon y encontrarse con que lo había perdido todo. Absolutamente todo. Mi padre solía decir que si lo hubiese sabido habría preferido morir con ellos.

—Tuvo suerte… —dijo el McEntrie que empezaba a hacerse una idea de lo sucedido.

—Si el señor Wallace no le hubiese mandado a Corriedoon a comprar un caballo, habría muerto como los demás. Le salvó la vida sin saberlo. Eso sí lo recuerdo, el funeral. Nunca he visto a nadie llorar como lloraba él. Y eso que las hijas del señor Wallace estaban deshechas en llanto. Pero es que lo de Gabriel fue demasiado.

—¿Y qué fue de él? ¿Lo sabe?

—No. Desapareció. Hay quien piensa que se quitó la vida, pero nunca se encontró su cuerpo, así que… —Se encogió de hombros—. Yo creo que se marchó. ¿Qué iba a hacer? La granja de su familia ardió hasta los cimientos y aquí ya no le quedaba nada.

—¿Los Wallace no lo ayudaron?

Reid desvió la mirada incómodo.

—Eso no es cosa mía…

Ewan se dio cuenta de que no se atrevía a seguir hablando y sospechaba que estaba relacionado con Bhattair, a quien creía su tío.

—Mi tío… —insinuó sin acabar la frase.

—Yo no he dicho nada —se apresuró el guardés con cara de susto.

—No se preocupe. Lo cierto es que mi tío se jacta de su comportamiento en aquel tiempo y su intervención en el asunto, no tiene de qué preocuparse —se rio—. Estoy seguro de que exagera cuando lo cuenta en las cenas familiares.

—Menuda paliza le dieron al pobre Gabriel… —susurró el hombre—. Yo también me habría ido.

Ewan miró a Bonnie que estaba pálida como una muerta.

—¿Cuándo se cerró la casa? —preguntó ella.

—Pues un mes después del funeral —asintió para dar confirmación a sus palabras —. Después de la boda ya no volvieron aquí. La gente lo criticó mucho… Que no guardaran luto, digo, ya sabe cómo son estas cosas.

—Gracias por atendernos, señor Reid —dijo Ewan que no tenía claro cuánto más aguantaría Bonnie sin delatarse.

El hombre los observó mientras se subían a sus caballos y los despidió con la mano cuando se alejaron al trote.

Capítulo 12

Saltó del caballo cuando aún faltaban unas cinco millas para llegar al castillo de los McEntrie y se alejó corriendo hacia los acantilados. Ewan desmontó también, llevó a los caballos hasta una zona de pasto y los dejó allí para que descansaran. La siguió a paso tranquilo para darle espacio.

—¿Estás loco? —Lo miraba con una fiereza en los ojos que lo sobresaltó.

—¿Puedes ser más concreta?

—¿Qué pasará si habla con mi padre?

—No ha hablado en veinte años, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—¿Cómo se te ocurre? —Se paseaba frente a él con evidente nerviosismo.

—Me ha parecido lo más eficiente.

—¿Eficiente? Eso ha sido cualquier cosa menos eficiente.

—Nadie sabrá que éramos tú y yo.

Bonnie apretó los labios sin poder desprenderse de aquella furia.

—Y has averiguado muchas cosas gracias a mi intervención —dijo Ewan—. Así podrás dejarlo de una vez.

Bonnie no quiso reconocerlo, pero él vio la aceptación en sus ojos.

—Empiezo a pensar que mi padre se deshizo de Gabriel.

Ewan no lo negó, tan solo suspiró y la miró reflexivo.

—Lo importante es que él no está. Tanto si se fue como si murió, eso explica por qué tu madre y él no se casaron.

—Pero no explica por qué ella se casó con mi padre.

—No, eso no lo explica.

—¿No te parece demasiada casualidad que él se salvase?

Ewan frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Bonnie se paseó de nuevo para poder pensar.

—¿Y si tuvo algo que ver en el incendio? ¿Y si las cosas no sucedieron como todos creen? Quizá pidió la mano de mi madre y mi abuelo se la negó.

Ewan echó el cuello ligeramente atrás sorprendido por la evolución de sus pensamientos.

—¿Estás insinuando que él los mató a todos? ¿Y qué ganaba con eso?

—Librarse de mi abuelo.

—No le sirvió de mucho, a las pruebas me remito.

Bonnie se mordió el labio.

—Tienes razón, qué estupideces estoy diciendo. No pienso con claridad.

—Aun así…

Lo miró sorprendida de que dudase.

—¿Crees que sí pudo tener algo que ver?

—No. Él solo perdía en ese caso. Ese incendio y lo que sucedió después… Está claro a quién beneficiaba.

—A mi padre… —susurró ella.

Ewan asintió.

—Lo siento, pero es lo que pienso. Tu abuelo no quería que tu madre se casara con un MacDonald, pero eso fue exactamente lo que pasó. A pesar de que Rosslyn amaba a Gabriel, se casó con Bhattair un mes más tarde de que Owen Wallace y la familia Morrison murieran trágicamente. Demasiado sospechoso. Me da la impresión de que tu padre tenía un poder sobre ella que ejerció con maestría. Y conociéndolo, sospecho también que no era nada bueno.

Bonnie no pudo contradecirlo, por más que buscaba algo con que rebatir esa teoría, no fue capaz.

—¿Crees que mi tía lo sabe?

—¿Que tu padre fuese el causante de la tragedia? No, no lo creo.

—Sería un monstruo…

Se volvió hacia el mar y durante unos minutos ninguno dijo nada.

—¿Qué vas a hacer con la carta? —preguntó Ewan a su lado.

—Guardarla —dijo mirándolo con franqueza—. Revivir todo aquello solo le haría daño.

—Entonces ¿has acabado?

Bonnie clavó sus ojos en él y el escocés sintió que se le encogía el corazón en el pecho cuando asintió.

—Gracias.

Ewan sonrió con ternura.

—¿Gracias?

—Por acompañarme.

—No me diste otra opción.

—¿Cómo se te ha ocurrido decirle que éramos recién casados? —Movió la cabeza reprobadora.

La miró de un modo que le temblaron las rodillas.

—¿Quieres que me marche?

—¿Qué? —dijo ella sobresaltándose—. ¿Marcharte? ¿Adónde?

—Todos me dicen que me vaya a Londres con Brodie.

—¿Todos? —no pudo disimular el sobresalto.

—Lo saben.

—¿Qué…? —No encontraba qué hacer con las manos.

—Bonnie…

Ella empalideció.

—No.

Lo sentía tan cerca que apenas podía respirar.

—¿Quieres que me aleje de ti? Si me dices que me marche, lo haré. Juro que me arrancaré el corazón y me marcharé tan lejos y tan rápido como Ruadh pueda.

Ella negó con los ojos llenos de lágrimas. Ewan sintió el peligro reptando por sus venas y cuando ella lo abrazó ese peligro le atravesó los huesos hasta el tuétano.

—Bonnie… —suplicó con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

—¡Odio ser una MacDonald! —sollozó con la cara escondida en su pecho—. ¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

Ewan gruñó como un animal herido y la abrazó sin poder resistirse más. Cuando Bonnie sintió el roce de sus labios el mundo dejó de girar, la caricia aletargó su raciocinio al tiempo que aceleraba los latidos de su corazón. Separó los labios entregándose a él sin reservas. Ewan cogió su rostro entre las manos y profundizó el beso ya sin contención alguna.

—Uno de los dos debería recuperar la cordura —dijo él rozando aún sus labios.

Bonnie se dio cuenta entonces de que le rodeaba el cuello con los brazos y los bajó rápidamente.

—Perdón —dijo avergonzada.

—¿Me pides perdón por abrazarme o por besarme?

—Me has besado tú.

—Y tú me lo has devuelto.

Ella asintió.

—Está claro que todos tenían razón al dudar de mí —musitó él.

Bonnie lo miró interrogadora.

—¿Todos dudaban de ti?

Ewan asintió.

—Se reían en mi cara cuando les aseguraba que no pasaría nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella sin poder apartar la mirada de su boca.

—Deja de mirarme así o volveré a besarte —ordenó él—. ¿Quieres que te bese?

Ella se apartó molesta.

—No deberías preguntarme eso.

—¿No? —intentó volver a capturarla entre sus brazos, pero ella se alejó con agilidad.

—Sigo siendo una MacDonald.

—Lo sé.

—No podemos…

—Lo sé.

Se miraron unos segundos en silencio dejando que sus ojos hablaran por ellos.

—No puedo dejar de pensar en ti —dijo él con expresión tranquila—. Estás en mi cabeza todo el tiempo.

Ella asintió.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó en el mismo tono calmado que había empleado él—. Dímelo y lo haré. ¿Quieres que deje de ir a *Slioscreige*? ¿Que me aparte de vosotros? Lo haré si con eso…

—No harás semejante cosa —sentenció él—. Somos dos personas adultas y podemos comportarnos.

—¿Podemos? No lo creo.

Lo miraba con aquellos ojos enormes y brillantes que lo desarmaban y Ewan sintió una punzada de angustia en el pecho al imaginar su recriminación silenciosa, la pregunta muda que ella jamás haría en voz alta.

—Lucharé por ti con uñas y dientes si tú me lo pides.

Bonnie entrecerró los ojos.

—¿Solo si te lo pido?

Él asintió.

—No estoy seguro de que podamos vencerle. No podré soportar que te haga daño.

—Y me lo hará —afirmó rotunda.

Ewan asintió.

—Y a ti —volvió a afirmar con la misma certeza.

Y Ewan volvió a asentir.

Ella sonrió con tristeza y dejó escapar el aire en un suspiro.

—Tendremos que aprender a ser amigos de nuevo.

Sin más se dirigió a los caballos acelerando el paso a medida que se acercaba a ellos. Subió a su montura y se alejó sin esperarlo. Ewan tardó un buen rato en seguirla.

Capítulo 13

Bonnie movía la comida de un lado a otro del plato, sin apetito.

—No puedo dejar a madre sola para ir a la fiesta de los McKenzie.

—No me vengas con excusas, la dejas sola todos los días para irte con esos cachorros de McEntrie. Si a Caleb Anderson se le acaba la paciencia, se irá con la mía —dijo amenazador—. Le he insistido para que venga mañana a verte, no me ha querido confirmar si lo hará, pero, por si acaso, no quiero que te muevas de aquí en toda la mañana. Si viene, te comportarás como una gatita complaciente y pasado mañana iremos todos a esa maldita fiesta y conseguirás una proposición en toda regla, ¿me has oído?

—No quiero casarme con él, padre.

Bhattair la miró entornando los ojos.

—¿Te he preguntado acaso?

—Es mi vida y…

—¿Tu vida? ¡Tú no tienes más vida que la que yo te dé! En la fiesta de los McKenzie no te separarás de Anderson o te aseguro que te arrepentirás.

—Por favor, padre, no me obligue a…

Bhattair golpeó la mesa con el puño y Annabella dio un bote asustada. Estaba cada día más violento y sospechaba que el no poder desahogarse con su madre era la causa. A ella le había levantado la mano dos veces esa semana y se moría de miedo solo de pensar que la tomase con ella.

—Quizá madre debería volver a su antiguo cuarto —musitó sin pensar.

Bonnie la fulminó con la mirada.

—Madre está muy bien donde está.

Bhattair sonrió perverso.

—Si no cumples con mis expectativas, tu madre regresará a nuestro dormitorio inmediatamente.

La pequeña de los MacDonald miró a su hermano en busca de apoyo, pero Duncan no mostró el mínimo interés en el asunto.

—Está bien —aceptó derrotada—, iré a la fiesta.

—El vizconde también asistirá —dijo Annabella—. Si no te gusta Caleb Anderson

quizá padre aceptaría que volvieses a intentarlo con él.

—Desde luego —afirmó Bhattair—. Cualquiera de los dos me serviría.

Bonnie sintió un escalofrío recorriendo su espalda, pero se abstuvo de decir nada.

—Estar tanto en el castillo de los McEntrie puede resultar peligroso —dijo Duncan —. Todavía quedan dos solteros que podrían poner sus ojos en ti.

La espalda de Bonnie se envaró y sus dedos se crisparon alrededor del tenedor. Sentía los ojos de todos fijos en ella.

—Bonnie no es estúpida —dijo su hermana—. Jamás pondría sus ojos en un McEntrie.

—Si creyese que eso es posible —dijo Bhattair con una sonrisa perversa—, yo mismo se los arrancaría de cuajo y a él le sacaría las tripas y lo colgaría de ellas.

Bonnie sintió una garra agarrándose a su estómago. Sonrió levemente y levantó la mirada del plato.

—Solo a ti se te puede ocurrir una tontería semejante —dijo mirando a su hermano con frialdad.

—Desde luego —se rio Bhattair a carcajadas—. Este hijo mío es cada día más tonto.

Annabella se rio también y su hermano la miró con tal frialdad que congeló su risa al instante.

—¿Te hace gracia, estúpida?

Su hermana se estremeció consciente de lo rencoroso que era y lo mucho que se divertía cobrándose sus deudas.

—Yo no… —Se giró hacia su padre—. ¿Por qué dejas que Bonnie vaya al castillo de los McEntrie? A mí no me dejabas ni acercarme.

—Porque estabas prendada de Dougal —dijo Duncan con la misma inquina.

—Eso no es cierto.

—Ya lo creo que es cierto, lo perseguías como una perra en celo. ¿Lo sabías, Finlay? ¿Sabías lo mucho que mi hermana babeaba por ese McEntrie?

Su hermana lo miró horrorizada y Finlay hizo un incómodo intento de decir algo, aunque fue tan liviano que nadie se percató.

—¿Por qué los odiamos? —preguntó Alice dejando su copa de vino sobre la mesa al tiempo que los miraba a todos interrogadora—. No tengo muy claro cuál es la razón.

Bhattair apretó los dientes y su mandíbula se marcó fuertemente en su cara.

—No necesitas saber nada —dijo fríamente.

Alice, que ya se había tomado ella sola el contenido de una jarra de buen vino, no estaba de acuerdo y su curiosidad no se había aletargado como sí lo hizo su instinto de supervivencia.

—A mí me gustaría saberlo. Lo cierto es que son unos caballeros muy apreciados por todo el mundo y tienen amigos poderosos. Hasta Elizabeth Wharton se casó con uno de ellos y…

—Esa mujer no es una Wharton —masculló Duncan al tiempo que la pellizcaba por debajo de la mesa.

—¡Au! —exclamó ella abrazando su mano.

—Cállate —ordenó su esposo y ella gimoteó como una niña.

Bhattair miró a su hijo elocuentemente y Duncan la agarró del brazo y la sacó a tirones del comedor.

—Si hemos acabado, debería volver con madre y ver si ha cenado bien —dijo Bonnie poniéndose de pie.

Su padre le hizo un gesto para que se marchara y ella salió de allí lo más rápido que pudo.

—Vigílala de cerca —dijo Bhattair mirando a Annabella—. No estoy tranquilo con sus visitas a esos desgraciados.

—¿No puedes prohibírselo y ya está? —preguntó su hija ansiosa por desprenderse de la rabia, que fermentaba en su estómago junto a las patatas y la poca carne que había probado.

—No me interesa estar a mal con esa bruja de Elizabeth, ya tuve bastantes quebraderos de cabeza con ella.

Su hija lo miró interrogadora, pero estaba claro que Bhattair no iba a informarla de las cuestiones que lo preocupaban. Su padre se levantó y, sin decir nada, salió también del comedor dejándolos solos. Annabella se giró entonces hacia su esposo mirándolo con inquina.

—¿No podrías haberme defendido?

El otro bajó la cabeza consciente de que ese era el modo en el que recibiría menos odio.

—Si al menos me hubieras dejado preñada, pero ni para eso vales. —Apretó los labios furiosa poniéndose de pie—. Esta noche vas a cumplir o te juro que mañana todos sabrán que tu minúscula cosita no sirve para nada.

Finlay palideció y su estómago se contrajo de terror, pero no dijo nada y la siguió como reo hacia el cadalso.

Rosslyn estaba sentada frente a la ventana, aunque las cortinas estaban echadas y fuera ya era noche cerrada. Parecía tranquila y tenía un libro en el regazo que no había abierto siquiera. Bonnie acercó una silla y se sentó junto a ella.

—¿Quieres que te lea un rato? —preguntó.

Su madre la miró confusa y luego bajó la vista al libro. Sin decir nada, lo cogió y se lo dio con una ligera sonrisa. Bonnie lo abrió por donde lo había marcado y continuó leyéndole, como había estado haciendo las noches anteriores. Dos capítulos después su madre le pidió que acercase el escabel para poner los pies y se recostó más cómodamente. Su hija la miró dudosa, desde que visitó a su tía y la vieja propiedad de los Wallace las preguntas la torturaban incansables, y que su estado de ánimo no fuese el mejor, tampoco la ayudaba a soportar las dudas.

—Madre… —llamó su atención—. Háblame de cuando eras pequeña.

Los ojos de Rosslyn se iluminaron y, sin que hiciese falta más insistencia por parte de su hija, comenzó a hablar y hablar sin parar.

—Querías mucho al abuelo —dijo después de unas cuantas anécdotas.

Su madre asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Ojalá lo hubieses conocido. No había un hombre más bueno que él en el mundo, no lo había. —Negó con la cabeza—. Jamás hizo daño a nadie y era tan cariñoso…

—La abuela debió quererlo mucho también —dijo Bonnie con dulzura.

El rostro de Rosslyn se contrajo.

—Sí, lo quería, pero… Era débil y cobarde. Nunca hablaba de él porque temía que se le apareciese para pedirle cuentas. —Sonrió con mirada vidriosa—. ¡Ojalá se me apareciese a mí! ¡Es lo que más deseo! Pero no viene a verme por más que lo llamo y temo que esté enfadado conmigo por desobedecerle.

Rosslyn inclinó la cabeza a un lado poniéndose el puño frente a los labios como si con ello quisiera ahogar la angustia que la atenazaba de repente.

—Madre…

—¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer yo? Estaba tan sola…

Bonnie percibió en la punta de los pies las arenas que se movían.

—No estabas sola, madre, tenías a la tía Moira.

Rosslyn la miró como si no estuviese allí, como si no fuese ella la que preguntase.

—Estaban todos muertos. Todos muertos. —Se agarró el pelo y deshizo el recogido haciendo saltar las horquillas—. Muertos, muertos, muertos…

—Madre… —Bonnie trató de sujetarle las manos, pero no quería emplear demasiada fuerza.

—Los mató a todos. Mi padre… ¡pobre papá! Él se fue, se fue y me dejó sola con mi dolor —sollozó.

Bonnie la abrazó para inmovilizarla y sintió los sollozos agitando su propio cuerpo. Tanto dolor transmitía su madre que se encontró llorando ella misma sin saber por qué.

—Tranquila, mamá, ya pasó, ya pasó —susurró.

—Pobre papá —musitó Rosslyn entre lágrimas—. Pobre papá…

La acunó hasta que los sollozos cesaron y después la acompañó a su habitación y la ayudó a acostarse. Una vez en su propio cuarto, sacó la carta que había encontrado en Auchencrow y volvió a leerla. ¿Su padre lo mató? ¿Gabriel la abandonó? Un millón de preguntas sin respuesta se repetían constantes en su mente. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

Caminó hacia la ventana y se asomó rodeándose con sus propios brazos. Ese año la fiesta de los McKenzie se había retrasado por culpa de los Juegos y en lugar de decir que despedían el verano sería más adecuado mencionar que celebraban el otoño, cosa que le parecía bien, pues era su época preferida. Suspiró con cansancio, iba a tener que bailar con Caleb Anderson si no quería acrecentar la ira de su padre. Sintió un estremecimiento al recordar sus palabras. Lo peor era que lo creía capaz de hacer lo que había dicho. Ewan tenía razón, su padre los destruiría y no hay amor capaz de vencer en esas circunstancias.

Posó su mirada en *Slioscreige* y sintió una cálida sensación en el pecho. Las luces encendidas en aquella parte del castillo desvelaban la actividad que se producía al otro lado de las ventanas. Extendió el brazo y cerrando un ojo enfocó con el otro señalando las habitaciones con el dedo.

—Elizabeth, Augusta y Enid trabajan en sus labores mientras charlan animadamente de sus criaturas. —Desplazó el dedo—. Caillen estará enfrascado en la revisión de los contratos de compraventa de algún semental. —Un poco más a la izquierda—. El resto de los McEntrie estarán torturando a alguno de ellos… ¿Ewan?

Probablemente, desde que no está Brodie se ha convertido en el centro de atención de sus hermanos. Por mi culpa.

Dejó caer el brazo y su corazón se aceleró al recordar el beso. Se llevó la mano a los labios y gimió con un quejido profundo y contenido. ¿Por qué no podía olvidarlo? Se había ridiculizado a sí misma, regañado, insultado incluso, pero nada hacía efecto, el deseo de que se repitiera crecía sin que pudiera evitarlo. Se apartó de la ventana y se frotó la cara como si quisiera despertarse de una pesadilla. Pero una vez abiertos los ojos, todo seguía igual y su corazón palpitaba por él sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Ewan miraba hacia la ventana de la que sabía era ahora la habitación de Bonnie, mientras Lachlan y Dougal discutían sobre si era mejor vender a Gaoth o quedárselo como semental.

—Ya sabes lo que quiere Kenneth. ¿Tú qué piensas Ewan? —preguntó Lachlan atrayéndolo a la conversación.

El pequeño se giró a mirarlos con expresión distraída.

—Ewan está en otra cosa —dijo Dougal.

—¿En qué cosa? —preguntó el otro frunciendo el ceño.

El mayor de los McEntrie se encogió de hombros y dejó su copa vacía sobre la mesilla.

—Me voy a la cama, que estoy molido. Debería haberme ido cuando padre, pero a Elizabeth le encanta pasar un rato charlando en el saloncito —dijo estirándose cuan largo era—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los otros dos.

Ewan se sentó en la butaca que había ocupado Dougal.

—¿Qué te pasa? —preguntó el mayor.

El pequeño no se molestó en negar falsamente.

—¿Te acuerdas que me dijisteis que me apartase de Bonnie? ¿Y que yo os dije que iba a controlar la situación?

Lachlan puso los ojos en blanco.

—¿Qué has…?

—La besé —lo cortó—. Adelante, puedes insultarme, no dirás nada peor de lo que

ya me he dicho yo mismo. La besé y mostré abiertamente mis sentimientos por ella.

—Menos mal que no lo has contado delante de Dougal.

—Trataré de conservar mi integridad física el mayor tiempo posible —dijo burlón.

El otro pensó un momento en silencio y apoyó los pies en el escabel recostándose cómodamente en el sillón.

—Era inevitable, supongo.

—No queremos que vuelva a pasar —afirmó Ewan—. Los dos estamos de acuerdo.

—Suponía que había pasado algo, lleváis días evitándoos.

—¿Tú qué harías? —Ewan lo miraba con fijeza—. Pero ponte en mi lugar, por favor, no quiero un sermón, lo que necesito es…

—Ewan, ¿qué quieres? ¿Estás buscando que te diga que te apoyo y que encontraréis el modo de superar las barreras que os impone vuestro apellido? Pues no puedo.

—No soy imbécil. Sé perfectamente que no hay un modo fácil de solucionar esto.

—¿Entonces?

—Vuelvo a repetírtelo: necesito que te pongas en mi lugar.

Lachlan lo pensó unos segundos.

—Supongo que trataría de resistirme con todas mis fuerzas.

—¿Si fuese Enid?

—No he dicho que lo consiguiera, solo que lo intentaría.

Ewan asintió.

—Es lo que pretendo.

—Ya hemos visto el resultado.

—¿Piensas que Kenneth tiene razón?

—¿En qué? —Lachlan cerró los ojos un momento.

—En lo de que debería… ¡Lachlan!

El otro lo miró ceñudo.

—¿Qué?

—Te estás durmiendo.

—Claro que no —dijo incorporándose al tiempo que se frotaba los ojos.

—Solo te ha faltado roncar. ¿Has oído mi pregunta siquiera?

—Estoy muy cansado, perdona. Nessa no me dejó dormir anoche y… —Se detuvo al ver la expresión de su hermano—. Repíteme la pregunta, anda.

—¿Tengo que acostarme con otra mujer?

Lachlan lo pensó un momento.

—A ver, es cierto que el hecho de que no tengas ningún desahogo lo complica todo un poco más. Pero, no creo que tus sentimientos por Bonnie desaparezcan solo por estrenarte.

—Pues tengo que encontrar un modo y, a poder ser, cuanto antes. No dejo de pensar en ella. A todas horas. Y desde que la besé… ¡Dios!

Lachlan asintió comprensivo, sabía muy bien lo que era eso.

—¿Londres?

—¿Tú también?

—¿También?

—Sí, no eres el único, a todos os ha dado por querer libraros de mí.

Lachlan se encogió de hombros.

—La distancia es la mejor arma, sin duda.

—No voy a irme a ninguna parte.

Lachlan se puso de pie y estiró sus pantalones.

—Entonces, hermanito, ve pensando en un viaje a Gretna Green, porque me da a mí que esto va a explotar cuando menos te lo esperes.

—¿Gretna Green?

Lachlan asintió caminando hacia la puerta.

—Me voy a buscar a Enid, no quiero que me encuentre dormido cuando suba.

Ewan lo vio salir del salón con un sentimiento de impotencia y rabia. ¿Es que nadie iba a ayudarle? Menuda mierda de consejos le estaban dando entre todos.

—¡Maldita sea! —masculló malhumorado.

No podía ser tan difícil quitársela de la cabeza. No se marcharía de Lanerburgh, aquel era su hogar y allí estaba su familia… Soltó el aire de golpe y dio una palmada en el reposabrazos. ¿Qué narices? No podía engañarse a sí mismo, si no se marchaba era por ella. Jamás la dejaría a expensas de su padre. ¡Ni loco!

Recordó entonces el sabor de su boca y su corazón se inflamó con una llamarada. Lo dejaría todo y se marcharía a donde fuese si con eso pudiese tenerla. Era ella, estaba seguro y nunca podría ser otra. Lo que sentía era mucho más que deseo, aunque su cuerpo se empeñase en contradecirlo.

—Estás perdido, imbécil —dijo con rabia.

Capítulo 14

—Mamá, estoy bien… —Augusta miraba a su madre con cariño—. Solo ha sido un pequeño mareo.

—Estás en el último tramo de tu embarazo, un mareo no es ninguna tontería —dijo Violet—. Tienes que comer más.

—¿Más? —Se rio—. Si como más tendréis que llevarme con una carretilla.

Rowena le acercó un platito con galletas de avena y Augusta cogió una sonriendo.

—La cuidamos mucho, no se preocupe —dijo Elizabeth—. No dejamos que se salte ninguna comida y la tenemos siempre vigilada.

—Vas a conseguir que me obliguen a estar sentada todo el tiempo —se quejó Augusta.

—Bonnie, ¿no quieres una galleta? —preguntó Elizabeth.

La joven, que jugaba con los dos pequeños sentada en la alfombra, aceptó el ofrecimiento encantada.

—Qué barco más bonito —dijo Violet señalando el juguete de Daniel.

—Es del taller de Largymore —explicó Elizabeth—. Fui a encargar dos cómodas nuevas y el señor Murray me dio dos juguetes para los niños. Es un hombre encantador.

—¿Fuisteis a Largymore? —Violet miró a su hija con severidad.

—Yo no, mamá, no me he movido de aquí en todo el verano.

—Eso no es cierto, estuviste en los Juegos.

Augusta puso los ojos en blanco, pero no respondió.

—¿Cómo está tu madre, Bonnie?

—Mejor, gracias por preguntar —dijo la joven tomando asiento junto a Enid en el sofá.

—Seguro que se recuperará del todo muy pronto —dijo Violet con tono dulce.

—¿Usted conoció a mi madre antes de casarse?

Violet se mostró sorprendida por la pregunta.

—Apenas la vi un par o tres de veces —respondió—. Recuerdo una vez en casa de los condes de Sutherland, tu tía Moira era la más solicitada, todos los jóvenes querían bailar con ella. Era muy guapa. Y tu madre no se quedaba atrás. Era muy tímida y no hablaba mucho, pero también era muy dulce y amable.

Bonnie juntó las manos en su regazo para que no percibiesen su nerviosismo.

—Resulta extraño pensar en nuestras madres como mujeres jóvenes en un baile —dijo Enid.

—Pues te aseguro que también lo fuimos —dijo Violet asintiendo—. Jóvenes y hermosas como vosotras. Y tan asustadas, inquietas y temerosas por el futuro como cualquiera. ¿Qué fue de tu tía? —preguntó mirando a Bonnie.

—Está muy bien, vive en Helensburgh.

—Dale recuerdos cuando la veas.

—¿Usted estuvo en el entierro de mi abuelo?

—No —negó la mujer—. No éramos tan cercanos, aunque conozco a alguien que podría hablarte mucho de él. Mi suegro nació en Auchencrow y vivió allí hasta que se marchó a Irlanda.

—¡Es verdad! —exclamó Augusta riendo—. No me acordaba.

Su madre se rio también.

—Le encanta fingir que es irlandés de nacimiento y acaba por convencerte. Recuerdo haberle oído hablar del funeral de Owen Wallace hace muchos años. Tú ni siquiera habías nacido —dijo señalando a su hija—. Podrías hablar con él.

—Mejor no, a mi padre no le gustaría saber que he preguntado —musitó Bonnie intentando que no se le notara la decepción—. Gracias igualmente.

—Lo entiendo, no te preocupes. Si cambias de opinión, ya sabes.

Bonnie sonrió agradecida y el tema derivó hacia derroteros mucho más agradables para todas.

Ewan la vio desde el camino y se acercó despacio sobre su montura con expresión divertida. Bonnie lanzaba la cuerda hacia una rama demasiado alta y no conseguía su propósito de enlazarla. Miró la madera en el suelo y comprendió que pretendía montar un columpio.

—¿No es suficiente con el de Augusta? —preguntó antes de desmontar para acercarse a ella.

—¿Me ayudas? —pidió con evidente hartazgo.

Él cogió la cuerda de sus manos y la lanzó colándola a la primera. Después hizo lo mismo con el otro cabo y montó el columpio con gran destreza.

—¡Listo!

Bonnie sonreía aliviada.

—Se van a poner tan contentos cuando puedan sentarse en él…

—Acabarán peleándose.

—Claro que no —negó ella rotunda.

—Claro que sí —afirmó él divertido.

Se quedaron un momento mirándose en silencio, hasta que Bonnie apartó la vista derrotada.

—Me marcho.

—¿Adónde vas? —preguntó él reteniéndola.

—A la playa. Quiero caminar un rato antes de regresar a casa, llevo toda la mañana sin…

—Te acompaño —la interrumpió.

—No hace falta.

—A Ruadh le encantará un baño.

—Ewan… —Lo miró muy seria.

—Voy a ir. —Él se encogió de hombros y Bonnie tuvo que darse por vencida.

—Dijimos…

—Que seríamos amigos, eso dijimos —la cortó con tono rotundo—. Y eso somos, amigos. Así que podemos pasear juntos, hablar durante las comidas y bromear como lo hacíamos antes.

Ella apartó la mirada mordiéndose el labio. Lo echaba de menos, todo eso de lo que hablaba lo echaba de menos, pero… Comenzaron a caminar y durante unos cuantos pasos los dos se adecuaron a la situación en silencio.

—El abuelo de Augusta y el mío se conocían —dijo fingiendo tranquilidad.

—¿Eran amigos?

—Eso parece.

—¿Hablarás con él?

Ella negó con la cabeza.

—No es buena idea. Ya hay demasiadas personas implicadas en esto: Los McEntrie en pleno, mi tía, ese Maison Reid…

—¿Te preocupa que se lo contemos a un MacDonald en una de nuestras numerosas tertulias? —dijo con ironía—. En cuanto a los O'Sullivan… Son familia, tampoco dirán

nada.

—Sabes muy bien cómo funciona esto, alguien del servicio oirá algo y entonces… —Negó con la cabeza y suspiró—. Mi padre acabará por enterarse, cuanto antes lo acepte mejor podré prepararme.

Aceleró el paso con la mirada fija en el camino.

—¿Nos persigue alguien ahora mismo? —preguntó él con tono burlón y mirando hacia atrás.

—Se suponía que el paseo era para relajarme —dijo malhumorada y sin aminorar el paso.

Ewan la siguió pensativo. Bajaron hasta la playa y una vez allí dejó que Ruadh se divirtiese jugando con las olas en la orilla.

—¿Qué harás? —preguntó colocándose a su lado.

Bonnie siguió contemplando a Ruadh y se tomó su tiempo antes de contestar.

—No lo sé.

—No hables con Hayden O'Sullivan —dijo él encarándola—. No hables con nadie más de esto, Bonnie. Déjalo estar. Vuelve.

Ella lo miró confusa y tensa.

—¿Que vuelva?

—Sí, vuelve. Vuelve a ser Bonnie, la Bonnie de siempre. Vuelve a meterte conmigo, a leer por todos los rincones, a contar cada hoja de cada árbol. Vuelve, Bonnie, te echo de menos.

Ella lo miraba boquiabierta.

—Eso es muy injusto.

—¿Injusto?

—Sí, injusto. ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Solo yo he cambiado? ¿Es todo culpa mía?

—Nadie ha hablado de culpa.

—Ah, ¿no? Yo creo que sí.

—No, Bonnie, solo digo…

—Te he oído, Ewan, y lo que has dicho lleva implícito que soy yo la responsable de que las cosas hayan cambiado. Y no es justo. —Se dio la vuelta para marcharse—. Sabía que era mala idea venir juntos.

Él la agarró del brazo y la obligó a girarse.

—Está bien, seamos sinceros de una maldita vez —dijo mirándola enfadado—. ¡Sí, es culpa tuya! Tú has cambiado. Tú, Bonnie. Cambiaste cuando te fuiste a esa academia. Volviste…

La señaló de arriba abajo como si no le salieran las palabras. Y lo cierto era que no le salían, las tenía todas atascadas detrás de un muro que él mismo había levantado. Un muro que era cada vez más frágil por la infinidad de grietas que se abrían en él cada vez que la tenía delante.

—Está claro que lo de ser amigos no funciona —dijo ella dándole la espalda con evidente cansancio—. No funciona.

—Te echo de menos —dijo él dando un paso hacia ella pero sin tocarla.

Dejó de respirar al sentirlo tan cerca.

—No sabes cuánto, Bonnie.

Ella cerró los ojos un momento y respiró tan hondo como le permitieron sus pulmones. Después se giró hacia él de nuevo y lo miró con fijeza.

—¿Te casarás con Anderson? —preguntó él con una expresión entre triste y derrotada.

Bonnie negó con la cabeza.

—¿Con otro que no sea…?

Volvió a negar del mismo modo.

—Tu padre te obligará.

—No cederé, haga lo que haga.

—Te hará la vida imposible.

—No me importa.

—Si te hace daño lo mataré, Bonnie, te juro que lo mataré.

—¡Oh, basta ya! Nadie va a matar a nadie.

—Casémonos —dijo él como si se le acabase de ocurrir.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, Bonnie.

—¿Te has vuelto loco?

Se miraron con tal intensidad que el mundo desapareció a su alrededor.

—Los dos sabemos que es nuestro destino —dijo él tajante.

—No lo dices en serio.

—Lo digo completamente en serio.

—Retiro lo de que nadie va a matar a nadie —dijo ella y enseguida trató de regresar.

Pero Ewan no iba a permitirlo, no después de haberse lanzado al abismo.

—Bonnie…

—No me toques —dijo visiblemente enfadada—, te prohíbo que me toques, que me beses o que me hables de amor. Si lo haces no volveré a hablarte. Nunca, Ewan.

Pero él no la soltó, en lugar de eso tiró de ella y la rodeó con sus brazos. Trató de resistirse, pero sentir los latidos acelerados de su corazón contra su mejilla la dejó sin fuerzas.

—No voy a dejarte ir —musitó él—. No puedo renunciar a ti, Bonnie.

La besó de un modo posesivo, quería dejar claro que la consideraba suya y la rindió al instante consiguiendo que le devolviese la caricia sin reservas. Le entregó su boca y lo abrazó como si el mundo hubiese desaparecido y no hubiese un suelo para sostenerla. Aquella desesperación en sus gestos provocó una reacción desgarradora en el pecho masculino. El beso se volvió desesperado, sus lenguas se acariciaron de un modo tan íntimo y profundo que provocaron un tumulto de emociones insoportables. Ewan sentía el cuerpo en llamas, jamás había sentido algo semejante, una mezcla de dolor, tensión, amargura y placer que corría por sus venas y lo agitaba desde dentro. Ninguno de los dos parecía recordar dónde estaban, se acariciaban y besaban como si nada más importase y, al mismo tiempo, se contenían ejerciendo una brutal resistencia contra sus instintos más primarios. Bonnie gimió contra su boca cuando sintió aquella presión contra su vientre a través de la ropa. No se había dado cuenta de que estaba tumbada sobre la arena y que él la presionaba con su cuerpo. Y entonces vio los ojos desquiciados de su padre. Sostenía un cuchillo en la mano y la sangre goteaba empapando su vestido. Vio a Ewan muerto sobre ella y la visión fue tan real que su cuerpo se convirtió en un bloque de hielo.

—No… —gimió apartando su boca.

Él la miró con ojos febriles y la respiración agitada. Se apartó de golpe sentándose y gruñó como un animal herido.

—¡Dios! —masculló.

Bonnie se puso de pie y se sacudió la arena que estaba por todas partes. Ewan se levantó también mirándola como el reo al que llevan a la horca.

—Lo siento, Bonnie, perdóname.

Ella asintió con una expresión en el rostro tan confusa que lo partió en dos.

—No puedo… —Negaba con la cabeza sin parar—. Tengo que…

—Bonnie, por favor, ahora mismo me estoy sintiendo como un canalla.

Ella lo miró con ojos brillantes.

—Solo ha sido un beso, solo eso.

Ewan gruñó de nuevo sintiéndose impotente. Estaba claro que ella no iba a dar su brazo a torcer.

—Sientes lo mismo que yo, te quie…

—¡No! —gritó ella y lo señaló con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Basta!

—No voy a renunciar a ti.

—Lo harás —dijo rotunda.

—No puedo.

—Cada vez que desees besarme piensa en mí vestida con mi mortaja, eso te ayudará a mantenerte alejado.

Ewan la dejó ir con el corazón temblando y una rabia sorda apretada dentro de sus puños.

—¿Dónde estabas? —Su padre la abordó en el vestíbulo—. ¡Te dije que hoy no salieras! Estás hecha un desastre.

—Elizabeth me necesitaba y…

—¿Has ido a *Slioscreige*? —La agarró del brazo y la sacudió—. ¿A pesar de que te dije que vendría Caleb Anderson a verte?

—No me acordaba —mintió.

Su padre la empujó con tal fuerza que cayó al suelo y se golpeó el codo.

—¡Au! —gritó de dolor.

—¿Te atreves a mentirme?

—¿Qué ocurre? —Annabella bajó las escaleras con premura y al ver a su hermana en el suelo se detuvo.

—Da gracias de que no haya venido —siguió Bhattair furioso—. ¡Si llegas a dejarlo plantado…!

—Padre, la fiesta en casa de los McKenzie es mañana —dijo Annabella—. Bonnie podrá atenderlo durante dos días enteros, seguro que el señor Anderson no…

—Tú, calla —ordenó su padre sin dejar de mirar a Bonnie que se había puesto de pie. La señaló con el dedo—. No te separarás de él ni un momento y te asegurarás de que queda satisfecho, ¿me has oído?

Su hija asintió muy seria. Bhattair se acercó a ella y se inclinó hasta que su aliento le dio en la punta de la nariz.

—Si quiere besarte, tiene mi permiso, no te hagas la remilgada con él, ya ha aguantado bastante el pobre muchacho. Después de todo va a ser tu esposo.

Bonnie lo miró con frialdad. No dijo nada, pero su expresión era lo bastante soberbia como para que su padre se percatase de lo que pensaba.

—Escúchame bien, esta es tu última oportunidad. Si me desobedeces en esto te juro por Dios que convertiré tu vida y la de tu madre en un infierno. ¿Me has oído? No solo no volverás a poner un pie en *Slioscreige*, ¡te encerraré en el sótano y no saldrás de allí! ¡Jamás! ¿Me has oído? ¡Jamás!

La sangre se le congeló en las venas consciente de que lo decía de verdad. De repente se dio cuenta de lo indefensa que estaba. Su hermana miraba la escena aterrada, pero no movería un dedo para ayudarla. Nadie iba a defenderla en esa casa y si su padre quería encerrarla bajo llave, lo haría sin la menor oposición.

—Está bien —se rindió—. Pasaré el día…

—Los días —puntualizó Bhattair.

—… con Caleb Anderson.

—Asegúrate de que no recibo ninguna queja más sobre ti de su parte o te atendrás a las consecuencias.

Su padre se dio la vuelta y se alejó con pasó decidido dejando una estela helada a su paso.

—¡Dios, qué miedo da! —exclamó Annabella después de lanzar un sonoro suspiro de alivio—. Creí que está vez no te librabas de una paliza.

—No voy a besar a ese hombre —masculló Bonnie como si estuviera sola—. Y no voy a casarme con él.

Annabella corrió hasta ella y la sacudió mirando hacia atrás.

—¿Te has vuelto loca? —susurró—. ¿Quieres que te mate? Debes hacer lo que padre te diga, Bonnie, no seas estúpida. Vayamos a un lugar en el que podamos hablar

sin que nos oigan.

Cuando hubo cerrado la puerta del salón se enfrentó a la mirada interrogadora de su hermana pequeña.

—¿No hay un ápice de amor fraternal en ti, Annabella? No quiero casarme con alguien a quien detesto.

—¿Te crees que yo soy feliz con Finlay? ¿Te importó a ti acaso si yo quería casarme o no? ¡Padre me obligó sabiendo que yo amaba…!

A Dougal McEntrie, terminó Bonnie en su mente.

—¿Por qué aceptaste?

—¿Que por qué acepté? —Movió la cabeza incrédula—. Eres una niña tonta si crees que nosotras podemos decidir. No tenemos nada, no somos nadie, si hubiese desobedecido, padre me habría echado de casa y habría dejado que me muriese de hambre. O algo peor.

—¿Algo peor que morir de hambre? —ironizó Bonnie—. No pienso ceder, da igual lo que me haga.

Su hermana la miró sorprendida y su rostro mudó de expresión entornando los ojos.

—¿Vas a enfrentarte a él?

Bonnie percibía la oscuridad que la envolvía al entrar en esa senda que sabía peligrosa, pero elevó la barbilla y la miró de frente.

—Sí.

Annabella abrió los ojos como platos.

—Te va a matar a palos —musitó.

—Me da igual, no me casaré con nadie que él escoja. Eso sería una condena para toda la vida y no cederé por temor a unos cuantos golpes —negó con la cabeza.

—Estás loca si crees que va a permitir que te salgas con la tuya. Te llevará a rastras hasta el altar si es necesario.

—Sellaré mis labios.

—¡Dirán que has aceptado! ¡Hará que ese hombre te tome por la fuerza! No tienes ni idea de lo que es capaz —dijo acercándose a ella con mirada temerosa—. Bonnie por Dios, no puedes enfrentarte a él.

—Veré al señor Anderson en la propiedad de los McKenzie, pero solo para dejarle muy claro que no voy a casarme con él y que no cambiaré de opinión.

—¡Estás loca!

—No voy a acobardarme, ya no. —La cogió de las manos y la miró a los ojos—. Madre ha sufrido mucho durante todos estos años y no hicimos nada por ella. Y Chisholm. Tú misma acabas de confesar que te obligaron a casarte contra tu voluntad. Incluso Duncan… Alguien tiene que decir basta.

—¿Y vas a ser tú?

Bonnie se encogió de hombros y Annabella entornó los ojos para mirarla con más atención.

—Tienes arena en el pelo —dijo curiosa.

Su hermana se esforzó en no mostrar expresión alguna que pudiera delatarla.

—He ido a la playa.

—¿Sola?

—Sí. —Se sacudió el pelo sin desviar la mirada.

Annabella dejó escapar un suspiro y volvió al tema anterior.

—No podíamos hacer nada por madre, ni por Chisholm. Aquí nadie puede hacer nada contra padre.

—Pues a mí me reconcome por dentro no haberlo intentado al menos. Tengo un agujero aquí en el pecho —dijo señalándose—. Y me duele muchísimo.

Su hermana sonrió con ironía.

—No sabía que fueses tan poética.

—¿De verdad no sientes lo mismo? La vida de nuestra madre ha sido un infierno.

Annabella se despojó de todo artificio y su mirada se volvió dura y cruel.

—Es su culpa. Ella se casó con él. Nosotras no tuvimos opción.

—Quizá ella tampoco la tuvo. Quizá la obligaron como a ti.

Annabella la miró ceñuda.

—¿De qué estás hablando?

—De nada —desvió la mirada. Había dicho más de lo que quería.

—¿Lo dices porque mamá estaba embarazada de Duncan cuando se casó? Supongo que sabía bien lo que hacía cuando se entregó a padre. ¿O es que insinúas que él la obligó?

Bonnie abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Madre estaba embarazada? ¿Cómo lo sabes?

—Padre me lo dijo una vez. Por eso se casó con ella. No sé qué te ha estado

contando desde que vivís en el ala oeste, pero te aseguro que madre no es ninguna víctima inocente en esta historia. Ella se entregó a él sin estar casada y no hay más que ver a Duncan o a Carlton para imaginar cómo era padre de joven. Ella es la culpable de todo por elegirlo, como he dicho antes nosotras no tuvimos opción.

Bonnie estaba pálida como una muerta y sus ojos se veían aún más azules. ¿Cómo no lo había pensado? ¡Ahí estaba la razón! ¡Estaba embarazada de Gabriel!

—¡Dios Santo! —exclamó antes de buscar un sofá en el que sentarse por temor a que le fallasen las piernas.

Su hermana la miraba con sumo interés.

—¿Tanto te afecta que nuestra madre no llegara virgen al matrimonio? Esas cosas pasan, Bonnie.

—Tú no lo entiendes —musitó la pequeña.

Annabella frunció más el ceño.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Madre tuvo que casarse. No le quedó otro remedio.

—Por supuesto.

—Padre no… —Apretó los labios pensativa.

Annabella se sentó a su lado y la miró irritada.

—¿Qué es lo que sabes que no quieres decirme? —le espetó.

—No puedo contártelo.

—¿Qué significa que no puedes?

Bonnie negó con la cabeza y apretó los labios de nuevo. Su hermana la miró confusa.

—Soy tu hermana, puedes confiar en mí —dijo con muy poca credibilidad.

—No puedo confiar en nadie.

—Pero…

—Debo proteger a nuestra madre.

—¿Por qué habrías de…?

—Escúchame Annabella, sé que, al igual que yo, siempre has visto a madre como una mujer débil, cruel y sin vocación maternal. Que crees que lo que le ha pasado se lo buscó ella. Pero no siempre fue como nosotros la hemos conocido. Antes era una joven amable, cariñosa, ilusionada con la vida y con su futuro. Las circunstancias y los actos de otras personas fueron los que la abocaron a un matrimonio que ha sido una condena

para ella.

—Si Finlay me hiciese a mí lo que padre le hacía a ella, lo mataría. Te juro que encontraría el modo de matarlo.

—Imagina que tuvieseis hijos a los que desearas proteger.

Annabella la miraba confusa.

—A madre no le importamos.

—Eso parece, pero ¿y si fuese todo una farsa? ¿Y si solo tratase de protegernos?

—No lo entiendo.

—Si alguien quiere hacerte daño el modo más efectivo es atacando a quienes amas, ¿no crees? Si nos hubiese mostrado afecto y se hubiese comportado con nosotros como una verdadera madre, padre habría tenido un arma muy poderosa contra ella.

Annabella entornó los ojos mirándola inquisitiva.

—¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas cuando te caíste en aquella zanja? Pasaste dos días sin abrir los ojos y madre no se movió de tu lado.

Annabella frunció el ceño.

—Eso no es cierto, fue Fionna la que estuvo conmigo.

Bonnie negó con la cabeza.

—La vi salir de su cuarto en plena noche para ir contigo. Me sorprendió tanto que me colé en tu habitación y la vi sentada junto a tu cama, creí que ibas a morirte. Al día siguiente me pasé el día vigilándola y vi que se escabullía todo el tiempo para volver a tu cuarto sin que padre se percatase.

Annabella negaba con la cabeza.

—Estás confundida, a madre nunca le hemos importado. ¿Qué me dices de Chisholm? No la vi mover un dedo por él cuando padre lo pateaba en el suelo o lo arrastraba hasta su despacho para darle con la fusta.

Bonnie sintió que se le encogía el estómago al recordarlo.

—¿Y qué podría haber hecho? Si lo hubiese defendido, padre se habría ensañado con él.

Annabella la miraba reflexiva, pero ya no intentó rebatirlo.

—¿Por eso la has llevado al ala oeste? ¿Estás tratando de protegerla?

Bonnie asintió.

—Pero todo esto te lo estás inventando. ¿O acaso ella te ha contado algo? No está

bien, Bonnie, dice cosas sin sentido, te estás engañando al pensar…

—Fui a ver a la tía Moira —dijo rindiéndose al fin.

—¿Qué? —Annabella dio un respingo—. De verdad te has vuelto loca. Padre la detesta y nos tiene prohibido que nos relacionemos con ella.

Bonnie cerró los ojos un momento rogando por no estar cometiendo el mayor error de su vida al confiar en su hermana.

—No sé por qué te lo he dicho, es un acto de fe que no tiene justificación alguna. —Su resolución era firme y no daría un paso atrás—. Si le cuentas esto a padre, me esperan días muy difíciles y estoy segura de que madre pagará también por ello. Te pido por favor que pienses bien lo que haces antes de…

—No voy a contarle nada a padre, ¿por quién me tomas? —dijo visiblemente enfadada—. Nunca le he contado nada. Si se entera de las cosas que pasan en esta casa no es por mí, te lo aseguro.

Bonnie sabía que eso no era cierto, su hermana había sido su espía durante años.

—No me crees.

—No, no te creo.

—Lo entiendo. —Suspiró dejando escapar el aire en un bufido—. No he sido la mejor hermana del mundo.

—Todavía no entiendo cómo pudiste enamorarte de Dougal.

Annabella apretó los dientes y la miró orgullosa.

—Tiene que haber algo bueno en ti para que te enamoraras de un hombre tan bueno y tan íntegro como él —añadió su hermana.

Annabella desvió la mirada, pero no pudo ocultar el dolor viejo y áspero que contrajo sus manos y sus facciones.

—Él no me miraba siquiera.

—Claro que te miraba, era imposible no hacerlo, siempre estabas delante de él —se burló Bonnie.

Annabella la miró con inquina, pero enseguida su expresión se suavizó.

—Tú eras una cría, no creo que te dieras cuenta de nada.

—Es cierto, pero le oí hablar de ti hace un tiempo, estando ya casado con Elizabeth.

Su hermana no pudo disimular su curiosidad.

—¿Le habló de mí a su esposa? Supongo que me criticaría…

—Dijo que eras demasiado buena para ser hija de Bhattair MacDonald. Y que

merecías mejor suerte.

Annabella bajó la mirada.

—Te lo estás inventando.

—¿Para qué iba a inventarme algo así a estas alturas? Entonces pensé que se había dado un golpe en la cabeza, porque yo pensaba que eras horrible, pero últimamente estoy revisando mis certezas…

Annabella soltó un suspiro y se puso de pie dando la conversación por terminada.

—Nuestra vida es la que es y no podemos hacer nada para cambiarla. No me metas en tus asuntos, Bonnie, no quiero acabar lisiada o algo peor.

Se dirigió a la puerta, pero cuando iba a salir se detuvo un instante sin volverse.

—Y harás bien en no confiar en mí —advirtió—. Te he demostrado muchas veces que no soy una persona valiente.

Bonnie permaneció sentada aún unos minutos, repasando lo que le había contado y sopesando el grado de peligro que corría. Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma por haber tenido aquel desliz. Era cierto que todas sus certezas habían empezado a desmoronarse y con ellas los pilares que habían sustentado sus relaciones familiares. Su madre, su padre y ahora su hermana, eran personas a las que realmente no conocía. Descubrir a una Rosslyn que jamás imaginó o pensar en Ewan como…

Se puso de pie y deambuló por el salón retorciéndose las manos.

—Una, dos, tres, cuatro…

Las flores en el papel de la pared no habían cambiado con los años y seguía habiendo muchas para contar.

—Treinta, treinta y una, treinta y…

Su hermana podía estar en ese momento hablando con su padre y contándole lo que le había dicho. ¿Y qué le había dicho en realidad? Se detuvo frunciendo el ceño. Que había ido a ver a su tía, solo podría contarle eso. Todo lo demás habían sido ambigüedades. No había mencionado a Gabriel. Ni a Ewan. De nuevo aquel temblor en su corazón al pensar en el McEntrie.

—Me voy a volver loca yo también —musitó.

Cerró los ojos con fuerza, no quería llorar, eso no haría más que debilitarla. ¿Cómo iba a salir de aquel atolladero? ¿Cómo iba a decirle a Caleb Anderson que dejase de interesarse por ella sin decirle que él no le interesaba lo más mínimo? Cualquier cosa que hiciese en ese sentido su padre lo tomaría como una provocación. Si no le iba a

servir para casarla, ¿qué más le daba que le faltasen unos cuantos dientes?

Capítulo 15

—¡Rufus! —llamó Bonnie al ver que no había nadie en la granja—. ¡Rufus!

El ladrido del perro la alertó de que la había oído y en unos segundos escuchó las pisadas del animal que se acercaba a la carrera.

—¡Hola, amigo mío! —dijo agachándose a saludarlo cuando se enredó en su falda —. Hoy sí te he traído un dulce. Corre, cómetelo antes de que llegue Mungo.

El perro se deleitó con el regalo y siguió restregándose contra sus piernas mientras ella lo acariciaba riendo.

—Ya lo está malcriando otra vez —dijo el viejo llegando hasta ellos.

—También he traído para usted, no se queje —dijo mostrándole el paquetito que había preparado el cocinero.

Mungo soltó una carcajada y le hizo un gesto para que entraran en la casa.

—Prepararé té —dijo señalándole una de las sillas para que se sentara.

—Por mí no se moleste, no puedo quedarme mucho.

—Si no se queda, se lleva esos pastelitos. Necesito una excusa para poder comerlos.

Ella sonrió divertida y asintió.

—Está bien. Una taza de té entonces.

Rufus se sentó a su lado mirándola expectante y cuando Mungo se dio la vuelta ella sacó otro de los dulces que había preparado Tom para él y se lo metió al animal en la boca rápidamente.

—Mañana es la fiesta en casa de los McKenzie —dijo Mungo llevando las tazas a la mesa.

—No me lo recuerde —pidió ella con expresión hastiada—. Ojalá diluviara y decidieran cancelarla. Aunque estoy segura de que no lo harían. ¿Por qué le gustan tanto esa clase de eventos a la gente? Entiendo que cuando era una niña me resultasen divertidos, mis padres se olvidaban de mí y podía hacer cosas que normalmente no hacía, pero para un adulto es de lo más estúpido.

—¿Qué cosas hacía cuando sus padres no la veían? —preguntó Mungo.

—Pues saltar a la cuerda, lanzar piedras…, juegos de niños que normalmente me estaban vedados. Muchos me reprochaban que me pasara el día leyendo, pero es que tampoco me dejaban hacer mucho más, ¿sabe? Por eso me gustaba tanto pasar tiempo

con los McEntrie, ellos me enseñaron a jugar al *Camanachd*, me trenzaron mi primera cuerda para saltar y competían conmigo al lanzamiento de piedra.

Mungo sonrió cómplice.

—¿Y ya no le parece divertido?

—Ya no puedo hacer esas cosas, ahora debo comportarme como una señorita a la que van a ofrecer en pública subasta.

El hombre la miró ceñudo y se sentó a la mesa antes de verter el té en las tazas.

—Eso suena muy mal.

—Mi padre me ha advertido muy seriamente, quiere que pase todo mi tiempo con Caleb Anderson.

—¡Ah! Ese nombre otra vez. Pero veo en sus ojos que usted tiene otros planes.

Bonnie jugó con el pico de la servilleta, doblándolo y desdoblándolo.

—Voy a decirle que no tengo intención de casarme con nadie. Al señor Anderson, digo.

El viejo chasqueó la lengua y Bonnie lo miró divertida.

—No le parece buena idea, ¿verdad? Lo sé —dijo respondiéndose a sí misma—, pero voy a hacerlo igual. Que pase lo que tenga que pasar. No tiene sentido alargarlo más, no voy a casarme con Caleb Anderson ni con ningún otro.

—¿Con ningún otro?

Bonnie negó con la cabeza.

—Entiendo que no quiera casarse con alguien que le parece tan aburrido, pero eso no debería descartar a todos los candidatos interesantes que puede conocer en el futuro. Suponiendo que no haya conocido ya a algún joven digno de que le presten atención.

Bonnie sonrió burlona y lo miró inquisitiva.

—Lo dice usted que no se casó nunca. ¿No hubo nadie en su vida con quien quisiera hacerlo?

—Claro.

—¿Y no va a contarme lo que pasó?

Él se recostó en el respaldo y sonrió.

—Supongo que ella no era de la misma opinión.

—¿Y ya está? ¿No ha encontrado otras mujeres que quisieran casarse con usted?

—Sí, pero no fui lo bastante valiente como para dar el paso.

—Qué tontería. Ha sido capitán del ejército, cobarde no es, desde luego.

—También hay cobardes con uniforme, señorita MacDonald.

Bonnie bebió un sorbo de té y dejó de nuevo la taza en su plato.

—Sé que voy a meterme en un lío —afirmó—, pero no puedo retrasarlo más. Dejar que mi padre siga con sus planes sería injusto para el señor Anderson.

—¿Se preocupa por él? Debería preocuparse por usted. Por lo que sé de su padre, no es un hombre compasivo.

Ella lo miró con fijeza.

—No, no lo es en absoluto.

—Sus amigos los McEntrie la ayudarán si es necesario.

—Ellos no pueden hacer nada —negó con la cabeza—. Sería aún peor. La rivalidad entre ellos es… Bueno, ya lo sabe.

Mungo asintió y Bonnie entrecerró los ojos mirándolo con atención.

—¿En algún momento temió por su vida? —preguntó—. Cuando mi hermano lo secuestró junto a Augusta, ¿cree de verdad que estuvieron en peligro?

—Es difícil saber lo que hay dentro de la cabeza de otra persona.

—Pero ¿cree que mi hermano habría sido capaz de…?

—¿Matarnos? —asintió—. Todos lo somos, en realidad.

—Oh, no, yo no haría daño a una mosca —negó recostándose en el respaldo.

Mungo la miró sereno y su rostro adquirió una expresión que no le había visto nunca.

—Si alguien amenazara a Daniel o a Nessa con un cuchillo, ¿dejaría que los matase sin hacer nada?

—Eso es distinto.

—¿Distinto a qué?

—A matar a alguien a sangre fría.

—No he dicho que todos podamos matar a sangre fría. Lo que he dicho es que todos somos capaces de matar. Cada uno necesitará un estímulo diferente para hacerlo, solo eso. En el caso de su hermano, no sé cuál sería ese estímulo, pero sí temí que nuestras vidas corriesen peligro. Sobre todo, por Augusta.

Bonnie sintió que se le helaba la sangre. Mungo dejó escapar un suspiró y apoyó los antebrazos en la mesa mirando la taza con fijeza.

—Los seres humanos son capaces de las mayores vilezas y los más grandes sacrificios, no tenemos término medio —dijo muy serio—. Por lo que sé de su padre, es

un hombre peligroso y no debería enfrentarse a él sola.

—No puedo plegarme a sus deseos y no hay nadie que pueda ayudarme. No me queda otra que arriesgarme.

—Sea más lista que él, encuentre el modo de eludir su control. A veces, para ganar una batalla, debemos hacer creer a nuestro enemigo que nos ha derrotado. De ese modo se confía y es más fácil sorprenderlo. En cuanto a lo de que no tiene a nadie, eso no es cierto. Los McEntrie…

—Ya le he dicho que ellos no pueden hacer nada por mí. Si interviniesen solo empeorarían más las cosas.

Un relincho los hizo mirar hacia la ventana y Rufus corrió hasta la puerta ladrando nervioso.

—Parece que tenemos visita —dijo Mungo—. ¡Adelante! Está abierto.

—Buenos… —Ewan se detuvo al verla—. Bonnie.

—Nos ha traído unos dulces y he hecho té —explicó el viejo—. ¿Quieres una taza, muchacho?

—No, gracias, solo he venido a ver la leña que tiene almacenada. Me dijo Kenneth que me asegurase de que hay suficiente y que está bien protegida.

Mungo ya había colocado otra taza y le indicó una silla haciendo caso omiso a su negativa.

—Precisamente estábamos hablando de vosotros —dijo cuando el otro se sentó—. Bonnie me ha dicho que la enseñasteis a jugar al *Camanachd*.

Ewan enarcó una ceja desconcertado.

—Hace mucho de eso.

Ella asintió sin mirarlo.

—Me hablaba de la fiesta del fin del verano de los McKenzie. Parece que no le hace ilusión asistir. —Mungo se sentó y empujó el platito con las galletas hacia el recién llegado.

Ewan seguía con la mirada fija en ella.

—¿Por qué?

—Estará el señor Anderson, no nos gusta nada ese caballero, pero su padre pretende que se casé con él. —Bonnie lo miró horrorizada y Mungo se encogió de hombros—. Ewan va a estar allí, así que va a enterarse igual.

El McEntrie seguía mirándola con fijeza.

—Ya le he dicho que lo solucionaré.

—No podemos permitir que ese hombre ni muy alto ni muy bajo, ni muy guapo ni muy feo, pero sí muy poco interesante, consiga su propósito, ¿verdad, Ewan? —dijo el viejo.

—Mis hermanos y yo encontraremos el modo de librarte de él.

Bonnie lo miró asustada.

—Ni se te ocurra.

—No le haremos nada que no se solucione con agua y jabón —se burló.

—¡Ewan, no! Mi padre… —Se detuvo. Su pecho subía y bajaba, cada vez más enfadada—. Esto es solo cosa mía. Y ahora debería irme, ya me he quedado demasiado.

Cuando se levantó, los dos hombres la imitaron. Mungo la cogió suavemente del brazo.

—No se enfade conmigo —pidió—. Solo pretendo ayudarla.

Ella no dijo nada, pero su lenguaje corporal era más que elocuente. Se libró de su agarre e inclinó la cabeza antes de dirigirse a la puerta. Rufus se trabó entre sus piernas y estuvo a punto de hacerla caer, pero Ewan la sujetó para impedirlo.

—Estoy bien, gracias —dijo molesta.

Sorteó al perro y salió de la casa como si la persiguieran. Ewan miró a Mungo.

—Se va a meter en un buen lío con su padre —dijo el viejo—. Creo que no es consciente de la clase de hombre que es.

—Luego volveré a por Ruadh.

Mungo retuvo a Rufus para que no lo siguiera.

—Ahora no, muchacho. Esos dos necesitan estar solos.

—Bonnie, para —la sujetó del brazo.

—Ese traidor… —masculló furiosa—. No volveré a contarle nada jamás.

—Solo quiere ayudarte.

—¿Ayudarme? —Lo enfrentó—. Esto es lo último que necesito ahora mismo. Por favor, Ewan, prométeme que no le harás nada al pobre Anderson.

—Te lo prometo —la tranquilizó.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—De verdad.

Ella suspiró aliviada y se movió inquieta con las manos en la cintura.

—Ya puedes volver a por Ruadh —dijo intentando calmarse.

—¿Qué vas a hacer?

—Eso es cosa mía.

Su expresión dolida le estrujó el corazón.

—No te enfrentes a tu padre por Anderson.

Lo miró con fiereza.

—¿Quieres que deje que esto siga adelante? ¿Que me pregunte si quiero ser su esposa para que tenga que decirle que no? Eso será mucho peor que advertirle.

Él dio un paso hacia ella, pero Bonnie se apartó rápidamente.

—No te acerques.

—¿Me tienes miedo? —La vio asentir anonadado.

—Muchísimo.

—Bonnie, por Dios.

Ella le giró la cara y él resopló como si la tensión le hiciese olvidar la manera correcta de respirar.

—No voy a hacerte nada.

—No deberíamos estar solos nunca —masculló ella—. Creía que había quedado claro después de lo del otro día.

—No hay nada claro, Bonnie, nunca he tenido las cosas menos claras que ahora mismo.

—Pues yo sí. Las tengo clarísimas. Solo quiero que todos me dejéis en paz —gimió.

—¿Yo también?

—Sobre todo tú.

—No sabía que podías ser tan cruel —dijo enfadado.

Ella apretó los labios.

—¿Cruel? ¿Crees que estoy siendo cruel? Eres un inconsciente y un tonto. —Negó con la cabeza.

Ewan comprendió lo que no decía y tuvo que apretar los puños para contener sus brazos.

—Soy todo eso y mucho más, está claro.

Ella cerró los ojos un instante y finalmente asintió.

—¿Podemos hablar como personas normales? —pidió.

Ewan torció una sonrisa.

—¿Una loca que lo cuenta todo y un estúpido veterinario? Podemos intentarlo.

—¿Cómo está el potrillo de los McPherson? —preguntó sin poder contener una sonrisa por lo que había dicho.

—Muy bien. Se ha recuperado del todo.

—Me alegro.

—¿Quieres que me vaya a Londres? —preguntó él con tranquilidad.

Ella posó sus ojos en él y negó con la cabeza.

—Lo haré si me lo pides. No se me ocurre otro modo de apartarme de ti.

—¿Qué harías en Londres? —preguntó sonriendo sin humor—. ¿Te pasarías el día estudiando esos libros?

—Probablemente Harriet me buscaría algún que otro entretenimiento. —Sonrió del mismo modo.

—No sé si es muy seguro para ti volver por allí —siguió ella en tono burlón—. Después de lo que pasó en Carlton House con el regente.

—No fue mi culpa, alguien me habló de su afición a las carreras de caballos, ¿cómo iba yo a saber que había perdido tanto dinero por uno de nuestros purasangre? —Desvió la mirada a sus pies—. Maldito Chisholm.

—Hace cien años te habrían cortado la cabeza —siguió ella con un toque de risa en su voz.

Ewan levantó la mirada y posó sus azules y brillantes ojos en ella.

—¿Te estás riendo de mí?

Bonnie asintió.

—Lo echaba de menos —confesó sincero.

—Probablemente yo me habría manejado mucho peor que tú en semejante situación —dijo ella ignorando el comentario.

—Desde luego —afirmó rotundo—. Te habrías reído en su cara.

—¿Todavía encierran a la gente en la torre? —preguntó riendo.

Una cálida sensación los envolvió.

—No entiendo como a Brodie le gusta tanto Londres. Creo que lo hemos perdido para siempre.

—¿Vais a contratar al nuevo mozo?

Ewan asintió.

—Cuando Enid se ofreció a ayudarnos, Lachlan se presentó en casa de los MacGregor y le ofreció el trabajo al hijo de Connor. Estaba bastante desesperado.

—Es muy protector, como buen McEntrie.

Ewan asintió.

—Tengo que irme —dijo ella levantando la mano a modo de saludo—. Me ha gustado… charlar contigo.

Se dio la vuelta sin decir nada más. Él la observó un momento esperando que se girase.

—Una vez —musitó para sí—. Solo una vez.

Pero Bonnie no se giró y él regresó a buscar a su caballo.

Cabalgó hasta el castillo en ruinas de Pitlochry, su lugar favorito y al que iba siempre que necesitaba estar solo. Bajó del caballo, lo ató a una rama y atravesó a pie las ruinas del viejo castillo al que la vegetación había invadido casi por completo. Se sentó en una piedra y se quedó allí en silencio, contemplando el paisaje a través de la piedra recortada y respirando sereno. Estar allí lo ayudaba a pensar con claridad y a reconducir su voluntad cuando estaba perdido. La soledad era muy buena consejera para él, aunque ser el pequeño de una familia como la suya no dejaba mucho espacio para ella. Por eso debía alejarse cuando la necesitaba.

Después de unos minutos en los que dejó que sus pensamientos fluyeran con total libertad, su corazón empezó a latir acelerado y su respiración se agitó. Las certezas que iban construyendo esos pensamientos lo alteraban sobremanera. Sabía muy bien lo que le convenía, pero no tenía nada que ver con lo que deseaba. ¿Qué había pasado para que todo cambiase de ese modo? ¿Para que no pudiese evitar que su corazón se alterase con solo escuchar su voz o que su estómago se contrajese al percibir su olor? ¿Por qué tenía que desear tanto sentir sus labios y sus manos se crispaban por no poder tocarla? Una simple conversación, como la que habían tenido esa mañana, se convertía en una auténtica tortura para él. Tenerla a su lado, a su alcance, y no poder tocarla siquiera, cuando lo que deseaba era hacerla suya y… Se levantó al escuchar un grito femenino pidiendo ayuda y echó a correr hacia el lugar de donde provenía. Vio el carruaje que se acercaba y escuchó de nuevo el grito pidiendo auxilio. La voz le resultó familiar y sin dudarlo se colocó en mitad del camino haciendo señales con los brazos para que los caballos se detuviesen, cosa que hicieron cuando el cochero tiró de las riendas.

—¿Qué sucede? —preguntó acercándose a la portezuela.

Antes de que la alcanzara esta se abrió de golpe y bajó Sheena Fraser visiblemente alterada y con las mejillas tan rojas que parecía que el sol se las hubiese quemado.

—¡Señor McEntrie! —La joven lo miró aliviada—. ¡Qué alegría verlo!

Ewan miró hacia el interior del carruaje y vio la sonrisa perversa de Dòmhnall Baxter bajo unos ojos de mirada gélida. El pequeño de los McEntrie miró a Sheena con seriedad.

—¿Este hombre la ha importunado? —preguntó él sin disimulos.

—El señor Baxter se ofreció a llevarme a casa cuando mi carruaje se averió, pero en lugar de eso me ha retenido en contra de mi voluntad.

El vizconde bajó entonces del vehículo y miró a Ewan sin borrar su sonrisa.

—Tan solo estábamos conversando —dijo.

—Conversando en dirección a su casa no, por lo que veo.

—Hemos dado un rodeo —siguió Baxter—. Hace un día tan espléndido…

—Me ha cogido de la mano y me ha dicho cosas que un caballero no debería decirle jamás a una señorita decente y sin la presencia de un acompañante.

—Yo no la obligué a subirse a mi coche, señorita Fraser, lo hizo usted solita.

—Será… —Lo miró con inquina—. Me he visto obligada por las circunstancias. Mi carruaje…

—Podría haber esperado a que su cochero regresara con ayuda.

—¿Y quedarme sola en mitad del camino?

Baxter se encogió de hombros.

—Usted salió sola, aténgase a las consecuencias.

Ewan apretó los labios valorando la posibilidad de darle un puñetazo para quitarle aquella cara de imbécil que tenía.

—Ahora ya sabe, señorita Fraser —dijo dándole la espalda al vizconde—, que para que un lugar sea seguro debe asegurarse de que no hay alimañas cerca.

—Cuidado, McEntrie —advirtió Baxter.

—El vizconde tiene la curiosa afición de molestar a damas decentes —siguió Ewan ignorándolo—. Alguna de ellas lo ha puesto en serios aprietos, llegando incluso a herirlo de gravedad, pero al parecer no aprende de sus errores.

Que le recordase un suceso tan desagradable para él, lo enfureció aún más.

—¿Cómo se atreve? —masculló—. Esa desgraciada no es ninguna dama.

Ewan se giró mirándolo con frialdad.

—Caballeros —intervino Sheena consciente de que aquel enfrentamiento acabaría en un duelo si no lo hacía—. Desearía regresar a casa y olvidar por completo este incidente. Señor McEntrie, ¿podría usted acompañarme hasta su casa? Allí podré esperar a que mi cochero solucione el problema con mi carruaje.

Ewan sostuvo la mirada del vizconde un poco más, pero finalmente se giró hacia ella y asintió.

—Por supuesto.

—Buenos días, señor vizconde —dijo Sheena mirándolo con frialdad.

Dòmhnall miró a Ewan con inquina, pero finalmente se dio la vuelta y entró de nuevo en su carruaje para marcharse de allí. Sheena respiró aliviada al verlo alejarse.

—Le agradezco mucho su intervención, señor McEntrie. De verdad que no me esperaba un comportamiento semejante de alguien que ostenta semejante título.

—No le dé más vueltas. —Ewan trató de sonar despreocupado, no quería asustarla.

—Me alegro de que estuviese usted cerca. ¿Le importaría ir caminando? —preguntó señalando a su caballo.

—Por supuesto que no.

Sheena miró entonces a su alrededor y se fijó en las ruinas.

—¿Le gusta este lugar?

Ewan asintió.

—Vengo cuando tengo cosas en las que pensar y no quiero a mis hermanos cerca. Con ellos es imposible.

—Le entiendo muy bien, a mí también me cuesta pensar si los míos están cerca. Sobre todo Ceit, es la más persistente de todos.

Los dos sonrieron con complicidad.

—Lo peor es cuando se preocupan por nosotros, ¿verdad? —dijo Ewan.

—Desde luego. Aunque en mi caso, ser requerida para probar alguno de los inventos de Alistair, tampoco se queda atrás.

Ewan se rio al pensar en ello y el ambiente se relajó por completo.

—Debe pensar que estoy loca por haber gritado tanto solo porque me cogiera de la mano. Lo cierto que no ha sido tanto el hecho en sí, como la sensación de peligro que me ha embargado. No sé cómo explicarlo.

—Me alegra que lo haya hecho, así he podido ayudarla.

Sheena lo miró con una dulce expresión y Ewan pensó que era hermosa y se preguntó cómo sería besarla. Debía estar loco para no desearlo en absoluto.

—Temo que se haya granjeado un enemigo con su intervención. Tengo la impresión de que al vizconde no le han gustado nada sus insinuaciones.

—Si no llega usted a detenernos, ahora mismo tendría una cita para mañana temprano.

—Para un duelo —dijo con pesar.

—No se preocupe —dijo él sonriendo—. Al vizconde le encanta batirse en duelo, no es culpa suya.

—Ese hombre es horrible.

Ewan se encogió de hombros.

—Lo único que debe hacer es mantenerse alejada de él y no volverá a molestarla, estoy seguro.

—Desde luego, no pienso acercarme siquiera. De hecho, ojalá que no tenga que verlo nunca más.

—¿Asistirá a la fiesta en casa de los McKenzie? —preguntó él burlón—. Entonces no le quedará más remedio que verlo.

—¡Oh, tiene razón! —exclamó al darse cuenta—. Lo cierto es que no me apetecía mucho ir, hemos tenido demasiada agitación este verano. La boda de mi hermano con Georgina nos ha dejado a todos exhaustos, pero debo hacerlo.

Esperó a que Ewan dijera algo, pero a él no se le ocurrió nada que comentar al respecto y continuaron en silencio un buen trecho. No quería ser descortés y sabía que debía darle conversación para que no se sintiese incómoda, pero no se le ocurría ningún tema del que hablar.

—Hace un día estupendo, a pesar de que ya esté acabando el verano —dijo sintiéndose un completo estúpido.

—Yo odio el verano —respondió Sheena—. Y el calor. Mi época favorita del año es el invierno. Mi hermana Ceit y yo somos como la noche y el día, a ella le encanta el verano y le gusta muchísimo bailar.

Otro rato en silencio.

—Usted bailó con ella —dijo mirándolo inquisitiva.

Ewan trató de recordar.

—Ah, sí, es cierto.

Sheena se mordió el labio pensativa y después de unas cuantas elucubraciones más decidió intentarlo.

—Usted es médico de animales, ¿verdad? —dijo ella de pronto.

—Así es.

—Pues Duke está triste.

—¿Duke?

—No quiere salir a pasear conmigo, cuando intento sacarlo se esconde y, si lo obligo cogiéndolo en brazos, en cuanto lo dejo en el suelo se niega a caminar. En casa tampoco juega como antes, está siempre pegado a mis pies sin hacer nada. Está triste, y solo quiere mimos. ¿Podría venir a verlo? Le pagaré, por supuesto.

Ewan sonrió divertido.

—Deduzco que Duke es un perro.

—Oh, sí un King Charles Spaniel precioso al que adoro. Lo tengo desde que nació, es hijo de…

Durante el resto del camino Sheena habló sobre su Cavalier Spaniel y la conversación derivó a un repaso exhaustivo de todos los perros que habían tenido los Fraser. Cuando llegaron a *Slioscreige*, Ewan le explicó a Elizabeth lo sucedido y dejó a la joven con ella.

—Disculpe que lo haya entretenido, seguro que tiene un millón de cosas que hacer —se excusó cuando se despidieron.

—No se preocupe. Y, descuide, iré a ver a su Cavalier esta tarde.

Se despidieron cortésmente y las dos mujeres se quedaron solas.

—Es muy agradable —dijo Sheena mirando a Elizabeth—. No me extraña nada que mi hermana se haya fijado en él.

Elizabeth sonrió ante tal sinceridad.

—Me matará si sabe que lo he dicho en voz alta, pero confío en que me guardará el secreto.

—Desde luego —afirmó Elizabeth—. ¿Le apetece tomar algo o pido el landó que la llevará a casa?

—Si no le importa, preferiría marcharme ya. He tenido una mañana muy ajetreada y estoy deseando llegar a casa.

—Por supuesto, lo entiendo. Avisaré para que lo traigan.

Elizabeth salió del salón con un pensamiento en su cabeza. ¿Ceit Fraser estaba

interesada en Ewan? No tenía la menor idea.

—Tiene una luxación de rótula —dijo Ewan tras examinar al perro—. Le duele al caminar, por eso no se mueve y no quiere salir.

—¡Oh! —exclamó Sheena con voz lastimera y abrazándolo con ternura—. ¡Pobrecito mío!

—Necesita reposo, nada más. Le daré una receta para que le preparen un ungüento que ayudará a bajar la inflamación. Si me dan papel y lápiz…

Ceit se apresuró a llevárselo y esperó a su lado mientras escribía los ingredientes y el modo de prepararlo.

—Yo me encargaré de hacerlo —dijo agradecida.

—¿Se quedará a cenar con nosotros? —preguntó la señora Fraser—. Qué menos que eso, ya que no quiere cobrarnos.

—Se lo agradezco mucho, pero no he dicho nada en casa.

—¿Y es imprescindible que avise? —se lamentó la mujer—. Nos agradaría mucho disfrutar de su compañía. Liam debe estar a punto de llegar.

—Mamá, no insistas —intervino Ceit arrugando el ceño.

—Está bien, pero otro día tiene que aceptar mi invitación —se resignó la mujer.

Ewan asintió y se despidió con una inclinación.

—Acompáñale tú, Ceit —dijo Sheena mostrándole a su perrito como excusa.

Ceit asintió y caminó delante de él hasta que estuvieron fuera del salón. Entonces se giró a mirarlo con una gran sonrisa.

—Se ha librado de una representación —dijo divertida—. Mi madre obsequia con una de sus danzas a todo aquel que se queda a cenar.

Ewan la miró desconcertado y Ceit se rio a carcajadas imaginando cómo habría sido la escena. Salieron de la casa y caminaron hacia las caballerizas.

—Mi hermana me ha contado lo sucedido con el vizconde. Le agradezco que no mencionara nada delante de mi madre, si lo supiera le daría un ataque. Sheena es tonta, ya le advertí sobre él, pero nunca hace caso de lo que le digo.

—No ha sido culpa suya, Dòmhnall Baxter es un desgraciado.

Ceit asintió conforme.

—Desde luego. Gracias por ayudarla.

—No hay por qué darlas.

—Es mejor que Liam tampoco se entere o irá a patearle esa horrible cara que tiene y…

Se detuvo al ver la expresión divertida en el rostro de Ewan.

—Lo siento —se disculpó bajando la mirada.

—No se disculpe, estoy totalmente de acuerdo. De hecho, se la habría pateado yo si su hermana no hubiese estado presente.

—Si cambia de opinión, me gustaría verlo.

El mozo le entregó su caballo y Ewan montó sin apenas esfuerzo. Ceit no pudo más que admirarse del dominio que ejercía sobre el animal, con el que formaba un tándem perfecto.

—¿Nos veremos en casa de los McKenzie? —preguntó ella.

Ewan entrecerró los ojos mirándola con curiosidad y finalmente asintió antes de despedirse. Lo vio alejarse con el corazón agitado y cuando estuvo segura de que nadie podía verla, comenzó a saltar y a dar palmas ilusionada.

Capítulo 16

La mañana siguiente amaneció un poco nublada, pero no tenía nada que ver con el sol radiante que brillaba en el firmamento.

—¡Qué me sueltes, joder! —Ewan empujó a Kenneth, que se golpeó contra la valla.

—¡Eh! —exclamó Kenneth volviendo hacia su hermano pequeño con ceño arrugado —. ¿Qué narices te pasa?

—No me pasa nada, es que eres un pesado y me tienes harto.

Los otros se miraron interrogadores y Ewan puso los ojos en blanco consciente de que acababa de cometer un error muy estúpido. Suspiró sonoramente y terminó de atar las cinchas de su montura.

—¿Querías que te retara a un duelo?

—No, ya te lo he dicho.

—¿Y por eso nos lo has ocultado?

—No, os lo he ocultado por eso. —Los señaló con elocuente expresión—. Miraos, ahí con esas caras…

—Debiste decírnoslo —dijo Dougal enarcando una ceja.

—¿Para qué? Maldito Liam…

—Estás muy raro —dijo Kenneth—. Desde hace días.

—Y Bonnie no digamos —musitó Lachlan.

Ewan le lanzó una mirada asesina.

—Quizá hoy no es el mejor día para tener esta conversación —advirtió Caillen—. Las mujeres nos esperan para ir hacia las tierras de los McKenzie.

—Dejadnos solos —pidió Kenneth a los demás—. Así acabaremos antes.

Miró a Dougal para pedir su apoyo y el otro hizo un gesto a los demás para que cogieran sus caballos y lo siguieran.

—Ya estás largando. —Kenneth lo encaró de nuevo.

Ewan negaba con la cabeza mientras se preguntaba cómo sería vivir en una familia que se metiera en sus asuntos.

—Estoy de malhumor, supongo que tengo derecho, ¿no?

—¿Por qué? —preguntó Kenneth.

—Ya sabes por qué.

El otro resopló.

—Ahórrate las excusas, los rodeos y suéltalo todo.

—Estoy enamorado de Bonnie.

—Eso ya lo sé.

—No hay más.

—Oh, ya lo creo que hay más. ¿Qué has hecho?

—Solo nos hemos besado un par de veces.

—¿Besado?

—Sí, besado. Eso que se hace con la boca.

—¿Y ella te ha dejado?

—Me cago en todo, Kenneth.

—Te estoy preguntando si ella siente lo mismo, idiota.

—Sí.

—¡Joder! —exclamó Kenneth sacudiendo los brazos.

—Me ha prohibido que vuelva a tocarla siquiera, así que no sufras, está claro que no pasará de ahí.

El otro movía la cabeza con las manos en la cintura.

—Vete a Londres.

—¡Qué pesados, joder!

Kenneth asintió convencido.

—Tienes que largarte cuanto antes.

—Esta es mi casa.

—Nos apañaremos sin ti.

—Hombre, gracias por hacerme sentir que soy insustituible —ironizó.

—Ewan. —Lo agarró por los hombros—. ¿Sabes eso que sentiste justo después de besarla? Sí, ¿eso que era como una garra retorciéndote las tripas y advirtiéndote de que era la peor idea de tu vida? Pues, eso, es el destino dándote tu última oportunidad.

El otro se libró de su agarre y lo miró dolido.

—Gracias por apoyarme, por decirme que me ayudarás a conseguir lo que tú ya tienes.

—Esto no tiene nada que ver con lo que yo tengo. Bonnie es una MacDonald y lo sabías desde el principio.

—Menos mal que me lo has dicho. Y yo preguntándome cuál era el problema.

Kenneth entornó los ojos mirándolo con atención.

—¿Quieres seguir adelante? ¿Sabes adónde nos lleva eso?

—No voy a irme a Londres, si es la única solución que…

—Me da igual adonde te vayas, pero aquí nos estás poniendo a todos en peligro. A ella también, Ewan.

—Vete a la mierda —dijo apartándose para dirigirse a la cuadra de Ruadh.

—Hablaré con ella —dijo Kenneth haciendo que se detuviera. Ewan se giró muy despacio.

—No te atrevas.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer cuando sea otro el que la haga suya?

El rostro de Ewan se mantuvo impertérrito. Quería gritarle que ella no iba a casarse con nadie que no fuese él, pero sabía que eso no serviría de nada.

—No soy ningún pusilánime, puedo aguantar un poco de dolor.

—Claro que puedes, pero te destrozará por dentro, hermanito. Y a ella le pasará lo mismo, ¿o es que te crees que Bonnie no va a sufrir con esto?

—¿Así es como vas a ayudarme?

—No sé cómo ayudarte —masculló el otro acercándose de nuevo—. Te juro que no lo sé, pero como que me llamo McEntrie no permitiré que destruyas tu vida y la de todos por… por…

—¿Por qué? ¡Dilo! —Lo empujó con firmeza—. ¿Por la mujer que amo? ¿Por qué no puedes decirlo? ¿Te hace sentirte un canalla?

—Ewan…

Su hermano lo miró con una expresión que lo estremeció por dentro y cortó su voz.

—Vale, de acuerdo, la abandono a su suerte, ¿es eso lo que me dices? —Se encogió de hombros—. Me voy a Londres y me olvido de ella. Que Bhattair la case con Anderson o con el vizconde, que era su primera opción. Y luego vuelvo, de aquí a un par de años y sigo con mi vida. Así de simple, me arranco el corazón y a otra cosa.

Kenneth trataba de mostrar una expresión impertérrita, pero el fuego en sus ojos lo traicionó.

—Mis hermanos quieren que sea un cobarde. Un mierda que dejará tirada a la mujer que ama para protegerse él. Claro que sí. —Lo enfrentó furioso—. ¿De verdad me estás diciendo que haga eso?

Kenneth aguantó su mirada unos segundos y finalmente gruñó con rabia.

—No, maldita sea, no puedes abandonarla.

—¿Entonces?

—Tenía que intentarlo, idiota.

—¿Intentarlo? ¡Me despreciaríais si aceptase huir!

—Esto se va a poner muy feo también para ella, Ewan.

—Y por eso voy a quedarme muy cerca. Siempre me quedaré a su lado, no me importa si se casa con otro, si su padre me mata... No la abandonaré jamás —masculló contenido.

—Está claro —dijo el demonio encogiéndose de hombros—. Tenéis que casaros.

—Dios, Kenneth, vas a volverme loco.

—Tenía que intentar disuadirte, eres mi hermano pequeño y mi deber es protegerte. —Sonrió con tristeza—. Pero está claro que eres de una pasta imposible de doblegar. Así que, nosotros te apoyaremos en tu decisión por difícil que resulte. Si es Bonnie, adelante.

—Dougal te matará cuando sepa lo que me estás diciendo.

—Dougal será el primero que hará lo que haga falta para ayudaros. Y los demás le seguiremos.

—Bonnie no cederá.

—Está claro que te quiere y solo intenta protegerte.

—Cree que Bhattair me matará.

Kenneth asintió con las manos en la cintura.

—Es muy probable que lo intente, pero el que morirá será él si lo hace.

Ewan miró a su hermano con fijeza.

—¿Lo dices en serio? ¿Me apoyaríais?

—Serás imbécil. —Le dio una colleja y el otro se defendió tratando de devolvérsela.

Después de un estúpido forcejeo se dieron un abrazo rápido y se separaron incómodos.

—Lo único que te pido es que no nos dejes fuera —pidió Kenneth—. Si queremos neutralizar a Bhattair tenemos que estar al tanto de todo.

—No podré convencer a Bonnie —musitó Ewan.

—Con eso no puedo ayudarte, es cosa tuya. Pero siempre te queda la opción de secuestrarla. —Señaló una cuerda enarcando una ceja—. Y ahora saquemos los caballos que ya les hemos hecho esperar demasiado.

—¿Por qué siempre la celebran los McKenzie? —preguntó Enid con curiosidad.

Habían ido sin los niños. Daniel se había resfriado y, ya que Elizabeth decidió quedarse para cuidarlo, optaron por no llevar a Nessa tampoco y ahorrarle la agitación de esos días.

—Pues no lo sé —dijo Augusta pensativa—. Siempre ha sido así. Se lo preguntaré a Caillen.

Rowena no decía nada y sus amigas la miraron interrogadoras. Enseguida vieron el motivo: los Sinclair acababan de llegar y hablaban con los McKenzie en la escalinata que bajaba al jardín donde ellas estaban.

—Solo tenemos que ignorarlos —dijo Enid agarrándose de su brazo.

Augusta ocupó el otro lado y se alejaron de allí sin dilación. Bonnie observaba la escena a cierta distancia.

—Padre viene hacia aquí con el señor Anderson —anunció Annabella sin mover apenas los labios.

Bonnie se puso rígida sin poder evitarlo y respiró hondo tratando de mostrarse lo más serena posible.

—Señorita MacDonald —dijo Caleb sin prestar atención a la hermana mayor—. ¿Le apetece que demos un paseo por estos preciosos jardines? Estoy seguro de que su lozanía y belleza dejarán en ridículo a todas esas fragantes flores.

Bonnie tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse y aceptó el brazo que le ofrecía, contenta de poder alejarse de su padre. Pasear por un jardín repleto de gente y bajo la atenta observación de su familia, era algo que le estaba permitido. Aunque su padre ya le había dejado claro que no le importaba que hiciese algo indebido, lo que, contrariamente a lo que sería previsible, la alivió. Eso le permitiría encontrar un lugar apartado para hablar sinceramente con el señor Anderson y manifestarle su intención de no aceptar ninguna proposición de matrimonio. Ni suya, ni de nadie.

—En estas reuniones se ve toda clase de gente, ¿verdad? —decía Anderson—. Algunas personas no están nada bien aconsejadas en cuanto a indumentaria.

Bonnie no se había fijado en nadie, algo muy habitual en ella. A veces no se daba

cuenta de que alguien le hablaba hasta que la sacaban de su ensimismamiento con un gesto manifiestamente elocuente y con el consiguiente sobresalto por su parte.

—Señor Anderson, yo…

—¡Bonnie, querida! —La madre de Augusta se acercó a ella con celeridad y la cogió del brazo apartándola sin miramientos de su pareja—. Discúlpeme, señor Anderson, debo robarle a su acompañante un momento. Mi suegro quiere hablar con ella de algo importante.

—Pero estamos paseando…

—El jardín seguirá aquí durante los dos días que dura la celebración, no se preocupe. Tendrán tiempo de pasear más tarde —dijo tirando suavemente de Bonnie para alejarse de él mientras elevaba el tono—. Seguro que hay muchas damas deseosas de gozar de su compañía.

Bonnie no supo si reírse, agradecerle el gesto o comentar algo en tono severo.

—De nada, muchacha —dijo Violet en un susurro—. Aunque es cierto que mi suegro quiere hablar contigo de aquel asunto.

Bonnie miró hacia atrás y vio que Caleb Anderson las miraba con aspecto enfadado. Suspiró al pensar que no tendría el mejor ánimo para escuchar lo que ella tenía que decirle después. Buscó a su padre en el jardín, aunque sabía lo poco que le gustaba estar al aire libre, quiso comprobarlo antes de reunirse con Hayden O'Sullivan. El abuelo de Augusta era un hombre enjuto y con una expresión severa que en nada concordaba con lo afable y simpático que era en realidad.

—Imposible —negó con la cabeza mirando a su nuera—, esta no puede ser Bonnie MacDonald, me estás gastando una broma, pero no soy tan tonto como crees, Violet. Bonnie es una niña y tiene unas trenzas largas y gruesas.

La joven se rio divertida y no lo contradijo.

—Os dejo solos para que habléis tranquilos —dijo Violet y sin más, se marchó.

—¿Te parece bien si buscamos un sitio discreto en el que sentarnos? —preguntó el anciano—. Me he puesto unos zapatos nuevos y me están matando. En cuanto acabemos nuestra charla buscaré un fuego en el que quemarlos.

Bonnie señaló un banco apartado y caminaron hasta él con paso lento y quejidos intermitentes.

—¡Oh, qué alivio! —exclamó el hombre en cuanto se sentó.

—Puede quitárselos.

—¿Qué?

—Los zapatos —señaló Bonnie—, puede quitárselos, no se lo contaré a nadie.

El anciano miró a su alrededor. El rincón estaba oculto por el lateral del edificio principal y por un enorme roble.

—¿De verdad? Violet pondría el grito en el cielo si…

—Tranquilo, aquí no lo verá nadie. Podrá ponérselos antes de que regresemos. —Sonrió—. Así sus pies descansarán un poco.

El hombre no se hizo de rogar y con ayuda de la joven se libró del calzado y dejó sus dedos airearse felices dentro de las medias.

—¡Qué gusto, por Dios! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Eres un ángel, muchacha.

Ella amplió su sonrisa y esperó a que él se decidiese a hablar.

—Me ha dicho mi nuera que querías hablar sobre tu abuelo.

Bonnie no disimuló su preocupación y el viejo le dio unas palmaditas en el hombro con expresión afable.

—Tranquila, ya sé que tu padre no está de acuerdo en que te intereses por Owen, pero, entre tú y yo, me importa un bledo. Puedo hablar contigo de lo que me plazca y no vamos a contárselo tampoco. Tengo muchas cosas que contarte, así que tú interrúmpeme cuando quieras. Owen y yo nos conocíamos de niños, yo nací en Auchencrow también. Nuestras familias eran amigas y solíamos encontrarnos a menudo. Siempre que podíamos nos escabullíamos para jugar o charlar…

Bonnie lo escuchó atentamente y disfrutó al conocer un poco más a su abuelo, aunque la visión que le daba Hayden O'Sullivan era la del hombre joven y sin demasiadas responsabilidades.

—Después de irme a Irlanda dejamos de vernos más que de manera muy esporádica. Ahora que ya no está entre nosotros, lo lamento, la verdad. —Asintió con la cabeza mientras su mirada se perdía entre sus recuerdos.

—Asistió a su funeral —dijo ella trayéndolo de vuelta.

—Así es. No sabes cuánto me conmocionó la noticia de su muerte. No solo por el hecho en sí, sino por el modo tan terrible en el que perdió la vida. No merecía una muerte como esa. La familia de su Factor tampoco lo merecía, no me malinterpretes, pero es que tu abuelo era una bellísima persona.

—¿Podría contarme algo de aquel día? ¿Pasó algo extraño? No sé, algo que tenga

que ver con mi madre.

Hayden la miraba con fijeza y sus ojos se habían empequeñecido.

—Tu madre, al igual que su hermana y tu abuela, estaba destrozada. Apenas podía mantenerse en pie.

—¿Conocía usted a la familia de su Factor? Ya sé que ha dicho que se veían muy poco en esa época…

—Jeremiah Morrison era alguien muy querido para tu abuelo. —Movió la cabeza con pesar—. Murió toda la familia en ese incendio…

—Toda no —dijo ella con timidez.

—Ah, sí, es cierto, el hijo mayor sobrevivió. ¿Cómo se llamaba…?

—Gabriel.

—Eso, Gabriel. —La señaló—. Ese muchacho estaba destrozado, aunque no llevó su duelo con resignación, la verdad.

—Sé que hubo… una pelea.

—¿Cómo sabes tú eso? —Hayden la miraba ceñudo—. Fue muy desagradable. Ese muchacho enterraba a toda su familia, normal que estuviese desquiciado y dijese incongruencias, ¿no crees? Tu padre debería haber sido un poco más comprensivo, pero no aceptó que quisiera hablar con tu madre.

—¿Qué… pasó?

Hayden movió la cabeza con pesar.

—El muchacho insistía en hablar con ella y tu madre se desmayó. Cuando se la llevaron, Bhattair hizo que dos de sus hombres lo sacaran a rastras y… Bueno, no sé lo que pasaría, pero me lo imagino.

—¿Volvió a verlo?

Hayden negó con la cabeza.

—¿Cree que pudieron… matarlo? —preguntó ella cuando fue capaz de articular palabra.

—¡Mujer! —exclamó Hayden—. No creo que llegase a esos extremos. Seguramente le darían una paliza y le prohibirían acercarse a la familia.

Se quedó un rato pensativa y en silencio. Hayden la miraba de soslayo y esperó un rato dándole tiempo para que le hiciera más preguntas.

—¿Por qué te interesa esto ahora? Ha pasado mucho tiempo.

—¿Qué opinión tenía mi abuelo sobre Gabriel? ¿Le habló de él alguna vez?

Hayden asintió.

—Incluso los vi juntos en unos Juegos. El muchacho adoraba a tu abuelo. Lo miraba con devoción, como se mira a alguien a quien se admira. Y tu abuelo también lo apreciaba, me dijo que sería un gran ayudante y que no dejaría que nadie se lo quitase.

Bonnie iba trazando líneas en su cuaderno imaginario y con ellas dibujaba un cuadro en detalle de los diferentes personajes de aquella historia. Había muchas lagunas y faltaban demasiados datos, pero poco a poco empezaba a reconocer el paisaje.

—Ese muchacho lo perdió todo en aquel incendio. Me gustaría saber qué fue de él.

—Y a mí —musitó ella.

—Annabella, querida, ¿qué haces aquí? —La voz de Alice congeló la sangre en las venas de Bonnie, que tuvo que obligarse a mirar hacia el roble de donde provenían las voces.

—¿Y tú? —preguntó la otra con acritud.

—Hace un día magnífico, ¿no te parece? ¿Quieres dar un paseo conmigo? No nos dejan tomar nada hasta el almuerzo y me muero de aburrimiento.

Annabella no había respondido, pero el fino oído de Bonnie identificó los sonidos de las dos mujeres alejándose. Cogió aire al darse cuenta de que había dejado de respirar.

—Parece que alguien estaba interesado en nuestra conversación —dijo Hayden con cinismo.

Bonnie revisaba lo que había oído tratando de identificar cuál de las dos era la que los espiaba.

—Espero que ninguna de esas damas acuda a su padre —dijo Hayden poniéndose los zapatos y cuando estuvo listo se levantó.

—No tardaré en averiguarlo —dijo ella imitándole—. La que nos haya oído me pedirá algo a cambio de su silencio.

Hayden no disimuló su sorpresa y Bonnie sonrió.

—Así es la familia MacDonald —dijo encogiéndose de hombros.

—Vaya, vaya.

Los dos salieron del rincón en el que se habían escondido sin éxito y Hayden se dirigió a la casa dispuesto a encontrar un buen fuego en el que hacer desaparecer sus torturadores zapatos. Bonnie buscó a su hermana con la mirada y la vio charlando con Alice tranquilamente. Sopesó la posibilidad de enfrentarse a ellas, pero la descartó casi

al instante. Mejor de una en una. O esperar a que la interesada tomase la iniciativa. Se encogió de hombros y se dio la vuelta para toparse de frente con unos ojos azules que la miraban con demasiada intensidad.

—¡Ceit! —exclamó—, me has asustado.

—¿Has visto a Ewan McEntrie? —preguntó la otra sin más preámbulos—. Llevo un buen rato buscándolo, pero no soy capaz de dar con él. De hecho, no veo a ninguno de los McEntrie y sé que están porque lo he preguntado.

Bonnie contuvo una sonrisa al pensar que estarían escondidos en algún lugar lejos de todo el mundo.

—¿Es urgente?

—Muy urgente —dijo la otra sonriendo con timidez.

Bonnie la miró desconcertada, ¿se estaba ruborizando?

—¿Puedo contarte una cosa? —preguntó Ceit cogiéndola del brazo e iniciando un paseo sin esperar confirmación—. El otro día pasó algo.

Bonnie seguía con la misma expresión confusa.

—Ewan estuvo en nuestra casa y creo que… Me miró… Yo… ¡Oh!, ¿por qué me cuesta tanto decirlo? Me gusta, eso es, me gusta mucho. Ya está, lo he dicho.

Sí, desde luego, lo has dicho, pensó Bonnie que había dejado de respirar.

—Y creo que yo también le gusto un poco. Esas cosas se notan, mi madre siempre me lo dice.

—¿Te gusta Ewan McEntrie? —preguntó Bonnie con cara de tonta.

—Es lo que te acabo de decir.

—Cierto.

—¿Te pasa algo, Bonnie?

—No, ¿por qué?

—Estás pálida.

—No me pasa… nada. —Se llevó una mano a la frente—. Si me disculpas, tengo que ir con… el señor Anderson. Me espera.

Ceit la vio alejarse desconcertada, pero enseguida volvió a su ilusionada fantasía. ¿Dónde se habían metido los McEntrie?

—No has ganado el punto —negó Kenneth con expresión seria—. La bola ha

rebotado y si rebota no vale.

—¡Claro que vale! —exclamó Ewan riendo—. Serás capullo, cambias las reglas a tu antojo, pero no te va a servir de nada, te saco quince puntos, no remontarías aunque nos pasáramos la mañana jugando.

—Ewan tiene razón, Kenneth, asúmelo, ya no eres el mejor en todo —dijo Lachlan disfrutando.

Kenneth miró a su hermano pequeño con inquina, pero acabó por encogerse de hombros.

—Sé bien cómo te sientes —susurró Dougal pasando a su lado.

Caillen leía sentado en un sofá y Ewan ocupó el lugar a su lado.

—¿Qué lees? —preguntó.

El abogado le mostró un libro de leyes y el otro enarcó una ceja torciendo la sonrisa, pero no pudo decir nada porque Dougal se le adelantó.

—¿Por qué te busca Ceit Fraser? —preguntó a bocajarro.

Los demás dejaron lo que estaban haciendo y prestaron atención sin disimulo.

—¿Ceit? —Kenneth frunció el ceño.

—No tengo ni idea —dijo Ewan encogiéndose de hombros.

—Pues está muy decidida a encontrarte. Por lo que he visto, le ha preguntado a todo el mundo por ti. No tardará en aparecer si es una chica lista.

—Lo es —afirmó Kenneth—. ¿Qué pasa con Ceit? Mira que Liam te cortará las pelotas si…

—No empieces… —Ewan se recostó cómodamente consciente de que aquello iba a durar.

—A mí me parece una candidata excelente —dijo Lachlan—. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo —afirmó Dougal—. Solo quiero saber de qué va esto.

Los cuatro lo miraban con fijeza a la espera de que él dijese algo.

—¿Os acordáis del suceso con el vizconde?

—¿Cuándo ayudaste a Sheena? —puntualizó Kenneth.

Ewan asintió.

—Pues… me dio la impresión de que estaba muy interesada en hablarme de su hermana.

—¿No se supone que los hombres no nos damos cuenta de estas cosas? —dijo Lachlan con las manos en la cintura.

Ewan se encogió de hombros.

—Yo sí me la doy.

Lachlan lo señaló mirando a los demás, pero nadie dijo nada al respecto.

—Un clavo saca otro clavo. —Dougal se cruzó de brazos.

—¿Vas a usarla para olvidarte de Bonnie? —Kenneth chasqueó la lengua—. Mala idea, hermanito, eso no funcionará.

Ewan suspiró con cansancio.

—¿En serio?

—¿Me estás tomando el...? —Kenneth enmudeció y sus oídos se centraron en una voz estridente que se colaba por la ventana.

Lachlan se apresuró a mirar afuera y se volvió hacia él.

—Es la madre de Rowena. Deberías...

Kenneth salió corriendo y los demás lo siguieron.

—¿Todavía no te ha preñado? —Se burló Agnes—. ¿O es que tu vientre está tan seco como tu corazón?

Rowena no dijo nada, dispuesta a soportar cualquier cosa que dijese su madre sin protestar. Su intención al apartarse había sido no dar un espectáculo, pero los gritos de Agnes habían anulado dicha posibilidad. Todo el mundo que estaba en aquella parte del prado las miraba con disimulo, pero sin perder detalle.

—Tu matrimonio está maldito, lo maldigo cada día al despertarme y cada noche al meterme en la cama.

—Cuánto esfuerzo inútil, madre. Has de saber que soy muy feliz.

—¿Te atreves a burlarte? —El odio en los ojos de Agnes Sinclair era el reflejo del que se extendía por su cuerpo y no la dejaba vivir.

Kenneth llegó hasta ellas y cogió a su esposa por la cintura.

—Buenos días, señora Sinclair —dijo con frialdad.

La susodicha no lo miró siquiera y siguió con la vista clavada en su hija.

—¿Recuerdas el colgante que te regaló tu abuela? ¿Ese que siempre llevabas y que te dejaste en casa? —Sonrió taimada—. Lo fundieron para hacer unos pendientes para tu hermana. Ahora mismo los lleva puestos, puedes pedirle que te los enseñe.

—Espero que los disfrute mucho —dijo Rowena sin entonación alguna—. Todo lo que se quedó en vuestra casa, lo di por perdido. Me alegra que alguien pueda sacar partido a las cosas que yo desecho.

Agnes elevó la mandíbula.

—En el fondo nos hiciste un favor —dijo con soberbia—. Nos mostraste tu verdadera cara y nos quitaste una preocupación. Pero no pienses que he cejado en mi empeño de demostrar que habéis intentado engañar a todo el mundo para robarle a tu padre lo que le correspondía por derecho. Ladrona, eso es lo que eres, una la…

—Señora Sinclair —intervino Caillen a su espalda y su tono gélido hizo que Agnes se volviese intimidada—. Ya le advertí que no podía seguir con este asunto y que si lo hacía tomaría medidas al respecto.

—¿Acaso no puedo decir lo que pienso de mi hija? —lo enfrentó con inquina.

—No, cuando su opinión cruza la línea de la difamación y el acoso. La reputación y el honor de una persona están protegidos firmemente por la Ley escocesa.

—¡Bah! Eso son solo palabras, lo que quieren es cerrarme la boca para que no diga la clase de…

—Las suyas pueden tener graves consecuencias, señora. Su acoso persistente es inaceptable a nivel moral y le aseguro que tendrá que enfrentar sus implicaciones legales si no cesan aquí y ahora.

—¿Me está amenazando?

—No es una amenaza, es mi última advertencia. —La voz de Caillen era tan dura y el silencio a su alrededor tan atronador que Agnes sintió el frío acerado de la espada apoyado en su cuello—. No toleraré más difamaciones, la ley protege a su hija. Y yo, también, no le quepa la menor duda.

Hamish Sinclair llegó hasta ellos y agarró a su esposa del brazo sacudiéndola con firmeza.

—¡Maldita sea, Agnes! —dijo furioso.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejar que se salga con la suya?

Caillen los miró a ambos sin el menor resquicio en su imperturbable firmeza.

—Asegúrese de que su esposa se abstiene de hacer el menor comentario respecto a su hija. Sin excepciones —dijo tajante cuando el hombre intentó responder—. Si vuelve a criticarla, a difamarla, a mirarla mal siquiera, dedicaré todo mi esfuerzo en que pague por ello. Le doy mi palabra.

Hamish lo miraba con dureza, pero asintió conforme.

—No volverá a suceder —dijo y tirando de ella con violencia se la llevó sin permitirle decir una palabra más.

Rowena tenía los ojos llenos de lágrimas y la gente comenzó a cuchichear. Los McEntrie hicieron un círculo a su alrededor ignorando al resto.

—Parece que va a hacer buen día —dijo Dougal sonriente—. Podríamos hacer una carrera, ¿qué os parece?

Los otros se miraron interrogadores y asintieron decididos.

—Vamos —dijo el pirata mirando a las mujeres—. Necesitaremos a alguien que nos vitoree.

Bonnie los vio alejarse juntos con el corazón temblando de emoción. Debería estar con ellos, debería haber apoyado a Rowena en un momento como aquel, en lugar de estar con…

—Esos McEntrie siempre llamando la atención —dijo Caleb Anderson a su lado—. No sé por qué se creen tan especiales.

No lo sabe, ¿verdad? Debería conocerlos. Son leales y de una moral inquebrantable. Valoran el honor y la familia por encima de todo. Son justos y generosos…

—… ¿No le parece, señorita MacDonald?

—¿Qué? —preguntó mirándolo confusa—. No he oído…

—No se preocupe —la cortó impaciente—. Me gustaría que nos dirigiésemos hacia aquel bosquecillo tan curioso. Debo hablarle de algo que requiere de un lugar privado. La cogeré del brazo, no se asuste, tengo el permiso de su padre.

Bonnie se dejó llevar, aunque sus ojos se desviaban continuamente hacia sus amigos. Sufrió un sobresalto cuando sus ojos se toparon con los de Ewan que se detuvo en su avance al ver que ella los miraba. Se giró rápidamente con el corazón acelerado. Ni siquiera se dio cuenta de que entraban en el sendero y se adentraban en el bosque hasta que volvió a escuchar la voz de Caleb Anderson parado delante de ella y con una expresión de lo más cómica a su parecer.

—…y ya se habrá percatado de mis…

—No lo haga —lo interrumpió.

—¿Qué?

—No lo diga.

—Pero…

—Estoy segura de que se arrepentirá si lo hace.

—Esto es del todo inesperado, debo decir. No me parece…

—No voy a casarme con usted. Ni con nadie. No voy a casarme. No puedo. No puedo casarme.

—¿Qué? —La miró estupefacto.

—No voy a aceptar ninguna proposición de matrimonio.

—Pero su padre…

—Mi padre se equivoca —lo cortó tajante—. No quiero ofenderlo, señor Anderson, por eso he aceptado venir hasta aquí con usted y decírselo de manera privada antes de que…

—Pero ¡esto es inadmisible! Su padre me aseguró que aceptaría mi proposición a la primera y ni siquiera me ha dejado…

—Mírelo de este modo, como no me lo ha propuesto, nadie podrá decir que lo he rechazado.

Caleb echó la cabeza ligeramente atrás y Bonnie vio por su expresión que le gustaba esa perspectiva del asunto.

—Cierto… —musitó.

—Es usted un hombre admirable y estoy segura de que cualquier mujer estaría interesada en…

—No le quepa la menor duda. Me jacto de ser uno de los solteros más codiciados de Escocia.

Al menos no ha dicho de todo Reino Unido.

—Por eso no debería perder el tiempo conmigo. Me he sentido mal por acaparar su atención, cuando en realidad yo no… pienso casarme.

—¿De verdad no va a casarse? ¿Nunca? —preguntó incrédulo.

Bonnie negó con la cabeza y el frunció más el ceño.

—¿Hay algo que… se lo impida?

Aquella pregunta no se la esperaba.

—¿A qué se refiere?

—Pues a algún impedimento físico. Algo en su familia…

—¡Oh! ¡Ah! No, no hay ningún impedimento. Que yo sepa. —*Si no contamos con que pertenecer a los MacDonald de Lanerburgh debería considerarse una razón para no seguir procreando.*

—Pero su padre quiere que se case.

—Tendrá que desechar esa idea.

—No me parece que el señor MacDonald sea de los que «desechan» sus ideas.

A Bonnie le sorprendió el cariz que tomaba la conversación.

—Señorita MacDonald, permítame que me meta en algo que no me incumbe, pero el hecho de que casi hayamos estado prometidos hace que me sienta un poquito responsable de su bienestar. Mi vasta experiencia con mujeres me hace bastante experto en el tema y sé que a menudo son volátiles en sus decisiones. Quizá pasado un tiempo…

—No voy a cambiar de opinión, señor Anderson —lo cortó al adivinar por dónde iba.

—¿Está segura? Puedo esperar un tiempo prudencial, no demasiado, claro, pero…

Bonnie negó y le sonrió con simpatía.

—No espere. No sería justo para esa dama que sueña con recibir sus atenciones.

—Hay más de una, se lo aseguro —dijo riendo con afectación—. Está bien, si es lo que quiere…

—Es lo que quiero. Pero… ¿podría pedirle un favor?

Levantó una ceja incrédulo, pero finalmente asintió.

—No le diga nada a mi padre hasta antes de nuestra partida. No sería agradable permanecer estos días siendo el centro de los cuchicheos de todo el mundo, ¿no le parece? Para ninguno de los dos.

Él sopesó su petición. Tenía razón al preocuparse, su padre montaría en cólera al saber que no iba a tener la fortuna de emparentar con los Anderson. Además, alguien podría pensar que ella lo había rechazado y tendría que ir diciendo a todos, uno a uno, que no se lo había propuesto siquiera.

—Está bien. Le haré saber a su padre que he cambiado de opinión, cuando me despida de él mañana.

—Gracias.

—Que tenga un buen día.

Inclinó la cabeza y se alejó de ella lo más rápido que pudo dejándola sola y aliviada.

Capítulo 17

—¡Bonnie! —exclamó Enid acercándose en cuanto la vio—. ¿Dónde estabas? Te has perdido la carrera. Ha ganado Kenneth, claro, pero ha estado muy reñida y nos ha servido para… —bajó la voz—, olvidarnos de esos horribles Sinclair.

Bonnie asintió cómplice y miró con disimulo hacia los hombres McEntrie que discutían sobre quién había hecho el mejor trabajo, como siempre. Augusta y Rowena se les unieron y juntas caminaron hacia la casa para el almuerzo. Kenneth le dio un codazo a Ewan para que dejase de mirarlas y el pequeño los siguió hasta las caballerizas.

—Los McEntrie en pleno —musitó el patriarca de los MacDonald al verlos llegar.

—En pleno no, padre, faltan dos —dijo Duncan, que también estaba.

—¿Craig no ha venido? —preguntó Bhattair.

Dougal negó con la cabeza.

—Yo tampoco habría venido, si no fuese porque tengo un asunto entre manos que tiene que ver con la próxima boda de mi hija —dijo su padre.

Ninguno de los McEntrie respondió y se ocuparon en dejar sus caballos en las cuadras de donde los habían sacado.

—¿Habéis hecho una carrera? —preguntó Duncan—. ¿Y quién ha ganado? ¡No me lo digas! Ha sido Kenneth, ¿verdad? ¿No os cansa que siempre os gane?

—A ti en cambio, no solo te gana Kenneth, ¿verdad? —dijo Lachlan burlón—. Primero Dougal, luego Kenneth y ahora también Ewan…

—Y los demás no le habéis ganado porque no habéis corrido contra él —añadió Kenneth.

Lachlan chasqueó la lengua y Duncan torció una sonrisa.

—Lo de Ewan no se repetirá, te lo aseguro. Ese día me dolía un…

Lachlan rompió a reír a carcajadas bien fuerte para interrumpirlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó el otro con mirada gélida.

—De ti, por supuesto.

El MacDonald apretó los labios y los puños con evidente inquina.

—Vamos, Lachlan. —Kenneth lo cogió por los hombros para sacarlo de las caballerizas—. No hagas leña del árbol caído.

—¿A quién llamas árbol caído, imbécil? —Duncan se fue hacia ellos, pero Dougal se

interpuso en su camino.

—Seguro que encuentras algo mejor que hacer —advirtió y luego miró a Bhattair—. Ahora estáis en inferioridad de condiciones. Cada vez hay menos MacDonald por aquí.

—Duncan —lo llamó su padre.

El otro soportaba una tensión tal que los tendones de su cuello parecían a punto de quebrarse. Con gran esfuerzo dio un paso atrás y Dougal hizo una inclinación de cabeza antes de salir con Ewan de allí.

—¿Has visto su mirada? —preguntó el pequeño cuando se hubieron alejado.

Dougal asintió. No solo la había visto, era una mirada que conocía bien.

—Mantente alejado de él —advirtió—. Duncan es peligroso, Ewan.

El pequeño se giró y vio que el MacDonald los observaba.

—No te metas en líos —dijo Bhattair colocándose junto a su hijo.

—Algún día tendrá que acabar esto —masculló el otro—. Esos McEntrie… ¡No los soporto, padre! Y tienen razón, ahora estamos en desventaja. Solo quedamos tú y yo.

—Por eso te digo que no te metas en líos. Tuve un montón de hijos —musitó Bhattair pensativo—. Cada vez que Craig McEntrie dejaba a una de sus mujeres preñada, yo me afanaba en que no me superase. ¿Como iba a pensar que mis hijos serían todos una pandilla de inútiles y unos traidores?

Duncan lo miró dolido y Bhattair suspiró al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

—Menos tú —concedió—. Sé que tú nunca me traicionarás.

El otro asintió circunspecto y Bhattair sonrió.

—No hagas caso de esos desgraciados y mantente alejado de ellos. Ahora debo centrarme en que tu hermana se case con Anderson. Ese imbécil será como mantequilla en mis manos y vendrá cargado de dinero. Cuando se produzca la boda todos nuestros problemas económicos se solucionarán. Los McLeod dejarán de presionarme en cuanto vean que hemos emparentado con el heredero de la fortuna de los Anderson. Su padre apenas se levanta de la cama por culpa de la gota. Una vez seamos familia, ¿quien sabe? Quizá su enfermedad no le permita vivir mucho más.

Duncan lo miró con fijeza.

—¿Estamos en peligro, padre? Quiero decir… no nos arruinaremos, ¿verdad?

—No, si puedo evitarlo. Somos MacDonald, hemos sobrevivido a cosas mucho peores que una deuda. Anda, ve a ver qué hace tu mujer, a ver si puedes evitar que nos

ponga en evidencia durante el almuerzo.

Duncan asintió y se alejó dejándolo solo. El rostro de Bhattair se ensombreció y sus manos se crisparon. Había visto a Douglas McLeod y había temblado. Jamás en su vida había temblado frente a ningún hombre, o al menos no lo recordaba. Pero estar cerca del que tenía en sus manos la capacidad para quitarle todo lo que poseía le alteraba los nervios y hacía que un sudor frío cubriese su espalda bajo la ropa. Dejó escapar el aire en un lento y sibilante suspiro, todas sus esperanzas estaban puestas en su hija, pero no confiaba en ella en absoluto. No creía que se atreviese a desafiarlo, pero temía que su personalidad acabase por desencantar a Anderson.

—Menudo imbécil —musitó para sí—. Hoy en día los hombres son unos blandos, se comportan como damiselas en lugar de como lo que son. Si tuviera lo que hay que tener, esa ingrata no se escaparía fácilmente.

Moviendo la cabeza caminó hacia la casa.

Caleb Anderson encontró el modo de esquivar a Bhattair MacDonald durante todo el día y Bonnie se lo agradeció enormemente. Ella también fue capaz de escabullirse en todo momento y sospechaba que el hecho de que ambos se apartaran de su vista jugó a su favor haciéndole creer que estaban juntos, porque a la hora del baile su padre parecía bastante tranquilo.

Aprovechando que los habían colocado a uno junto al otro durante la cena, Bonnie le susurró que debían bailar al menos una vez para que su padre no sospechase nada. Caleb la había mirado con evidente desconcierto, ya le había echado el ojo a la hija de los McPherson y no estaba seguro de que fuese buena idea bailar con la que todos pensaban iba a ser su prometida. Se arrepentía de haber difundido él mismo el rumor, ahora tendría que lidiar con las dificultades que eso le confería a su nuevo proyecto. Finalmente aceptó, consciente de que lo último que necesitaba era un escándalo. Él se encargaría de hacer correr la noticia de que su interés por la señorita MacDonald era meramente amistoso y que era un pájaro libre, muy rico y con un nido vacío.

—La buscaré para el segundo vals, ¿le parece correcto?

Bonnie había asentido con una sonrisa y el resto de la cena transcurrió de manera relajada y agradable. Relajada siempre que sus ojos no se cruzaban con los de Ewan McEntrie, porque cuando eso sucedía sus mejillas tendían a caldearse y su pecho

manifestaba una evidente dificultad para tomar aire.

—Deja de mirarla así —musitó Augusta inclinándose hacia su cuñado más joven.

Ewan frunció el ceño, pero no preguntó y Augusta miró a los MacDonald para asegurarse de que no prestaban atención a esas miraditas. Por suerte, estaban más interesados por otros asuntos que no les incumbían.

—Ceit ha intentado darte conversación en dos ocasiones —volvió a susurrar Augusta.

Ewan miró a la joven y esta le dedicó una luminosa sonrisa. Él giró la cabeza para dirigir sus labios hacia su cuñada.

—¿De qué hablaba?

—Te ha preguntado por tu estancia en Londres —respondió la otra con disimulo.

—¿Usted ha estado en Londres? —preguntó él con voz suave dirigiéndose a la hermana de Liam.

—¡Oh, sí! —exclamó visiblemente entusiasmada por recibir su atención—. En dos ocasiones. Estuve en casa de mi tía abuela.

—¿Y le gustó la experiencia?

—Desde luego, ¿a quién no le gusta Londres?

—A mí —dijo sincero.

—¡Oh! —Ceit no disimuló su sorpresa, pero enseguida recuperó su habitual desparpajo—. Mejor, así no seguirá los pasos de su hermano.

Ewan no pudo evitar una sonrisa y asintió.

—Aun así, disfruté mucho de mi viaje —dijo relajándose—. Iba allí para aprender y conseguí mi objetivo convenientemente.

—Tiene usted un trabajo de lo más gratificante —opinó ella.

—No me quejo —afirmó él.

Bonnie observaba la conversación por el rabillo del ojo y sintió un pellizco en el corazón. Harían buena pareja. Ceit era una jovencita encantadora, inteligente y muy hermosa. Siempre le había gustado. Encajaría perfectamente entre las mujeres McEntrie.

—Cada verano, en esta celebración solemos tener la noticia de un nuevo compromiso —dijo la señora McKenzie desde una de las cabeceras de la mesa mirando a los dos jóvenes con una sonrisa cómplice—. Me preguntó quién será esta vez.

—Es mejor no hablar de estas cosas hasta que se han dado los pasos convenientes

—intervino Bhattair cogiendo su copa.

—Vaya, vaya, así que tenemos más de una noticia a la vista —respondió la anfitriona mirando a Bonnie también.

—Yo he oído rumores —dijo Agnes Sinclair—, pero no auguran nada bueno.

—¿Rumores? ¿A qué se refiere? —preguntó Bhattair poniéndose alerta.

Bonnie envaró su espalda y contuvo la respiración. Sin poder controlarlo sus ojos se clavaron en Ewan, pero el McEntrie permanecía tranquilo e impertérrito.

—No quisiera ser yo la que levante la liebre, solo diré que hay más de un caballero interesado en una dama y más de una dama interesada en un caballero.

Rowena miró a su madre con expresión de hartazgo.

—Será mejor no extender esos rumores —dijo la señora McKenzie—. ¿Qué opinan de…?

—Discúlpeme —la interrumpió Bhattair con una mirada gélida clavada en Agnes Sinclair—. A mí me interesan mucho esos rumores, señora Sinclair.

Bonnie soltó el aire atascado en sus pulmones atrayendo la atención de los que estaban más cerca de ella. Caleb Anderson la miraba con el ceño fruncido y una clara interrogación en la mirada.

—Oh, no puedo mencionar los nombres, no sería correcto —respondió Agnes—. Tan solo digo que es probable que se presente una situación un tanto… incómoda. Pero seguro que se resolverá en breve y todos podremos celebrar dos nuevos compromisos.

La mesa se había quedado en silencio a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Conocían a Bhattair MacDonald y nunca se sabía cómo podía reaccionar ante un tema delicado como aquel. Durante unos interminables segundos Bonnie fue capaz de ver un sinfín de escenarios y en todos ellos acababa saliendo muy mal parada de aquella situación.

—¿Cómo sigue Dealan, por cierto? —preguntó Ewan mirando a Ceit.

—¡Oh! —La joven Fraser sintió que todos los ojos se clavaban en ella—. Está muy bien.

—¿Y Duke? —Miró a Sheena.

—Perfectamente, gracias a usted —respondió la otra enseguida.

—Me alegro mucho.

—Es un gran veterinario —dijo Hayden O'Sullivan—. Los animales le dejan hacer sin protestar. Hace una semana atendió una vaca de una de nuestras granjas sin el

menor problema y les aseguro que tiene un carácter de mil demonios.

Las conversaciones se reanudaron en diferentes grupos y el tema de los compromisos quedó olvidado. Excepto para Bhattair que miraba a su hija con fijeza mientras ella escuchaba una disertación sobre aves rapaces de Ian McLeod, con aparente interés.

Tras la cena pasaron al salón de baile y Bonnie seguía sintiendo la mirada de su padre clavada en ella lo que estaba a punto de acabar con su paciencia y sus nervios. Aceptó bailar en la primera cuadrilla y también respondió a la invitación de Ian McLeod, que le pidió bailar el primer vals. El joven nieto del banquero resultó ser un compañero de baile muy divertido y Bonnie casi se olvidó por completo de sus temores.

Ewan estaba de pie en un rincón del salón, con una copa de vino en la mano y el corazón golpeando en su pecho con demasiada fuerza. Bonnie estaba deliciosamente adorable, con aquel vestido blanco y sus rizos convenientemente apartados de sus sonrosadas mejillas. Verla reír era un ejercicio arrollador que exacerbaba sus emociones. Sentía sus dientes clavándose de lleno en su pecho, lacerando su piel y magullando su espíritu. Era una tortura a la vez deliciosa y excitante. Entregó su copa a un lacayo cuando pasó junto a él y sin poder resistirse más atravesó el salón.

—Señorita MacDonald —dijo al llegar junto a ella cuando el grupo en el que había bailado se desintegraba—. ¿Me haría el honor de bailar conmigo?

—Discúlpame, pero estoy cansada —dijo dándole la espalda.

La siguió sin prisa y cuando ella se volvió se sobresaltó.

—Ewan… —musitó.

—Si no bailas conmigo, sospecharán —dijo en el mismo tono bajo—. Todos saben que somos amigos.

—Vete.

Él negó muy despacio. Bonnie apretó los labios y buscó a su padre con la mirada.

—No está —dijo él con una sonrisa burlona—. Ha salido hace un momento.

Ella siguió mirando.

—Tu hermano tampoco está.

Lo miró a él y dejó escapar el aire en un suspiro.

—Pero solo un baile.

—Este ya está empezado.

—Uno, Ewan.

Él aceptó y ofreciéndole su mano la llevó hasta la pista en la que giraban los demás bailarines. Se unieron a ellos sin que Bonnie se dignase a mirarlo.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó él.

—Sí.

El McEntrie sonrió burlón.

—¿Vas a castigarme con el látigo de tu indiferencia?

Lo miró entonces con fijeza.

—Ojalá tuviera un látigo a mano. —Sonrió sin humor y volvió a ponerse seria.

Dieron un par de vueltas en silencio.

—¿Ya te lo ha pedido?

Lo miró de nuevo con la misma airada expresión.

—No va a hacerlo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Porque le he comunicado mi deseo de permanecer soltera el resto de mi vida.

Ewan sintió que se le retorcían las tripas, pero no movió un músculo de su cara.

—¿Y le ha parecido bien?

—No creo que le importe lo que yo haga, mientras no tenga que ver con él, claro.

—Pero esto tiene que ver con él. Iba a pedir tu mano.

—De hecho, la ha pedido. —Lo miró con fijeza—. Y mi padre se la ha concedido, pero le he dicho que yo no pienso cumplir con los deseos de mi padre, así que retirará su petición mañana, antes de que nos marchemos.

Él apretó su mano en un gesto instintivo y Bonnie desvió la mirada.

—Lo cierto es que me he quitado un peso de encima. Ahora me siento liviana como una pluma.

El escocés podía sentirla flotando a su alrededor. El corazón le golpeaba en el pecho consciente de que su imperturbabilidad peligraba seriamente. Se aseguró de que no había ningún MacDonald a la vista llevándola hacia los ventanales y salió con ella sin que Bonnie emitiera la menor queja.

Ella sentía su tensión que temblaba al unísono con la suya propia. Teniéndolo tan cerca era incapaz de razonar o de pensar en nada que no fuesen aquellos ojos azules. Siguieron bailando hasta que la música era ya solo un murmullo lejano y la noche los envolvió por completo. Entonces se detuvieron y bajaron los brazos mirándose durante mucho tiempo. Dejaron que sus ojos hablaran, tomaron conciencia de lo que no podían

expresar aún con palabras. El extendió un brazo, ella dio un paso al frente…

El mundo desapareció cuando sus bocas se unieron en un beso suave y dulce como mermelada sobre mantequilla. La saboreó como si quisiera aprendérsela de memoria, mientras su cuerpo se imaginaba en placeres más profundos. Su lengua se aventuró sin recato y la apretó contra sí al escuchar un gemido de absoluta rendición. Bonnie devolvió la caricia sin timidez, se sentía pletórica y ansiosa al mismo tiempo. Se pegó a él rodeándole el cuello con los brazos y sus pechos lo presionaron firmes. Ewan sintió cómo su cuerpo respondía inmediatamente a tal provocación y sin saber cómo Bonnie se encontró con la espalda apoyada en un árbol y la boca de Ewan bajando por su cuello hasta el escote de su vestido.

—Dios Santo… —gimió él tras bajar la tela y sentir la suave piel con la lengua—. Bonnie…

Ella echó la cabeza atrás y se ofreció sin ambages. Sentía el cuerpo en llamas y un hambre voraz que la succionaba desde dentro. Ewan le cogió la cara y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Nunca había deseado tanto algo como te deseo a ti —musitó y volvió a besarla, esta vez con ferocidad, como si quisiera absorberle el alma.

Bonnie lo sintió en el centro de su ser, se había colado por alguna rendija que ella no conocía y la había ocupado por completo. Era un asedio en toda regla y ella estaba dispuesta a entregarse sin luchar.

Y entonces él se separó muy despacio, tanto que ella pudo percibir cómo se arrastraba su lengua, sus labios, sus manos… Lo miró con ojos vidriosos y decepcionados.

—¿Qué…?

Ewan respiraba con suma dificultad y Bonnie se acomodó la ropa y subió el escote de su vestido.

—Esto no puede continuar —dijo él muy serio—. Si seguimos así voy a hacer algo imperdonable.

Se llevó las manos a la cabeza sin apartar la mirada de ella.

—Acabarás odiándome, Bonnie.

—Nunca podría odiarte —dijo ella.

Y con esa frase y aquella mirada se cargó de un plumazo toda su fortaleza. Estiró el brazo y la atrajo hacia sí pegándola a su cuerpo.

—Te quiero, Bonnie. Te quiero y no dejaré que te aparten de mí. No me importa tu padre, no me importa nada, solo sé que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Yo también te quiero, Ewan.

Lo miraba a los ojos y lo que vio en ellos la conmovió profundamente.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó él.

Ella asintió.

—¿Te casarás conmigo?

Bonnie volvió a asentir.

Volvió a besarla y esta vez ella también utilizó sus manos para acariciarlo. Encontró el modo de llegar a su abdomen y deslizó las manos por encima de sus duros músculos hasta llegar a su espalda. Los labios de Ewan reclamaban y exigían con evidente deseo y ella se entregó sin reprimirse, rendida en una batalla sin contrario. Él le inclinó la cabeza para facilitar el trabajo a su lengua y ella volvió a gemir haciéndolo vibrar de intenso deseo.

La mente de Ewan sufría una conmoción, todo ardía a su alrededor y su cuerpo le exigía que tomase medidas drásticas. Trataba de apartarse, su raciocinio batiéndose inclemente contra sus anhelos más profundos, pero la dureza entre sus piernas se reía de él sin contemplaciones. Se separó para mirarla suplicante.

—Uno de los dos va a tener que ser racional y me temo que tendrás que ser tú —dijo acariciándole el pelo.

Ella sonrió divertida.

—¿Y qué pasa si me niego?

—No eres tan perversa como para torturarme de este modo.

—¿Torturarte? Solo digo que quizá no pueda resistirme.

—¿Me obligarás a ser el fuerte?

—Eres el fuerte.

—En esto no, te lo aseguro —dijo él y enseguida la estrechó entre sus brazos meciéndose con ella—. No tengo experiencia, pero me temo que mi cuerpo sabe muy bien lo que quiere.

Bonnie levantó la cabeza y lo miró sonriente.

—Me alegro.

—¿Te alegras?

Ella asintió.

—Y también me alegro de que no tengas experiencia.

—Ah, ¿sí? Mis hermanos piensan que será malo para ti.

Ella se apartó sorprendida.

—¿Malo por qué?

Volvió a atraerla sin borrar su sonrisa.

—Porque siempre es mejor que el hombre sepa lo que debe hacer.

—Lo descubriremos juntos. —Apoyó la mejilla en su pecho.

—Bonnie…

—¿Mmmm?

—Sé lo que hay que hacer. Que no haya estado con una mujer no significa que no haya…

Ella le tapó la boca con los dedos.

—No necesito saber lo que has hecho con otras mujeres. No quiero saberlo.

—Lo que quiero decir es que, llegado el momento, una vez estemos casados…

Se puso de puntillas y lo hizo callar con su boca.

—Señor Anderson…

La voz de Bhattair MacDonald a su espalda le hizo dar un respingo y trató de vestir su expresión con un gesto indiferente antes de volverse a mirarlo.

—Señor MacDonald. Bonita fiesta, ¿no cree?

—Desde luego —afirmó el otro con una forzada sonrisa—. No veo a mi hija por ninguna parte.

La mirada de Anderson se desvió instintivamente hacia las puertas que daban al jardín, pero corrigió rápidamente el gesto y sonrió con nerviosismo.

—Pues hemos bailado hace un momento —mintió.

Bhattair frunció el ceño.

—¿En serio? Yo solo le he visto bailar con la señorita McPherson. ¿No le parece que dos bailes con una joven que no es su prometida es…?

—Aún soy un hombre libre —lo cortó ofendido—, puedo bailar con quien me plazca.

Bhattair amplió su sonrisa e inclinó la cabeza para acercarse y poder hablar en tono de confidencia.

—Soy un hombre comprensivo, señor Anderson, pero usted y yo tenemos un compromiso y no me gustan las ambigüedades.

—Respecto a eso… —dijo apartándose incómodo con su cercanía—. Iba a esperar a mañana para no estropearle la fiesta, pero sintiéndolo mucho debo retirar mi petición de mano, señor MacDonald.

—¿Retirar?

—Su hija y yo hemos llegado a la conclusión de que no somos compatibles.

—¿Mi hija lo ha rechazado? —preguntó en un tono más elevado de lo que a Anderson le habría gustado.

El otro miró a su alrededor molesto y luego fijó sus ojos en él con expresión malhumorada.

—Por supuesto que no me ha rechazado, ni siquiera se lo he pedido. Después de pasar un rato a solas con ella he comprendido que no es la clase de mujer que me conviene, así que no voy a seguir adelante con el compromiso.

—Pero no puede hacer eso.

La furia en los ojos de Bhattair era más que evidente.

—Por supuesto que puedo y no le consiento que…

—¡Esto es una afrenta a mi persona, señor, soy yo el que no va a consentir…!

—Señor MacDonald —masculló en tono bajo—. Su hija no quiere casarse, haga el favor de no ponerme en evidencia porque si lo hace me veré obligado a poner las cosas en su sitio y será ella la que saldrá mal parada.

—¿Quién ha dicho que mi hija no quiere casarse? —Su rostro se contrajo de rabia —. ¡Esa ingrata hará lo que yo diga!

—No me incumben sus problemas familiares. Por mi parte este asunto está zanjado. No vuelva a abordarme de este modo, se lo advierto. Que tenga una buena noche.

Se alejó de él dejándolo tieso como una vara y echando chispas por los ojos.

—¿Qué sucede, padre? —susurró Duncan colocándose a su lado.

—Voy a matarla —masculló Bhattair—. La mato. ¿Dónde está tu hermana?

—¿Cuál de ellas?

Su padre lo miró con inquina y Duncan se encogió de hombros.

—Si pregunta por Bonnie, no tengo ni idea.

—Claro que pregunto por ella, búscala y llévala a la biblioteca. Lo que tengo que

decirle no puede escucharlo nadie.

—Padre, ¿de verdad cree que es buena idea tratar este asunto aquí?

Bhattair lo fulminó con la mirada.

—Iré a buscarla, pero escúcheme antes. Sea lo que sea lo que haya hecho, ¿que lo sepan todos nos beneficiará en algo? Piense en Douglas McLeod. Mírelo ahí, charlando animadamente con el señor Fraser. ¿Quiere que esto se convierta en su tema de conversación?

Su padre apretó los labios, pero no lo contradijo.

—Creo que debería esperar a estar en casa. Allí podrá ajustar cuentas con Bonnie y ella no tendrá a nadie que la defienda, se lo aseguro.

Bhattair trataba de contener la furia que corría por sus venas y estar en mitad de aquel salón de baile repleto de gente no lo ayudaba.

—Está bien —dijo entre dientes—. Dejaremos que se piense que se ha salido con la suya, no le digas nada.

Salió de allí sin decir nada más y Duncan se preguntó qué narices habría hecho su hermana para sacarlo de sus casillas de aquel modo.

—¿Qué le ocurre a tu padre? —preguntó Alice.

Duncan se giró sorprendido.

—Creí haberte dicho…

—Solo me he tomado una copa —lo interrumpió—. Dijiste que podría quedarme mientras no bebiese.

Él la escrutó con fijeza tratando de valorar su estado.

—Bhattair parecía a punto de arrasar con todo —comentó ella como si hablase del tiempo.

—Mi hermana ha hecho algo que lo ha enfurecido.

—¿Tiene que ver con Ewan McEntrie?

Duncan la miró interrogador.

—Los he visto salir al jardín mientras bailaban —dijo Alice—. Ha sido muy… romántico.

—¿Bonnie ha bailado con un McEntrie?

Su esposa asintió.

—¿Y han salido al…? —Miró hacia el jardín y luego a la puerta por la que se había marchado su padre.

No, eso no podía ser lo que lo había enfurecido, si su padre supiese eso su hermana no se libraría de su furia.

—No hables con nadie de esto —dijo Duncan mirándola con fijeza—. ¿Me has oído?

Su mujer asintió después de encogerse de hombros y él se dirigió hacia la puerta del jardín. Alice bebió de su copa con expresión reflexiva.

Duncan agarró a Ewan de la chaqueta y en cuanto lo tuvo al alcance de su puño se lo estampó en plena cara.

—¡Maldito desgraciado! —exclamó furioso volviendo a golpearlo.

Ewan reaccionó entonces y se libró de él devolviéndole el puñetazo.

—¡Duncan! —exclamó Bonnie asustada—. ¡Para!

—Te voy a matar…

El mayor de los MacDonald volvió a lanzar su puño, pero esta vez no consiguió dar en su objetivo. Ewan lo esquivó y lo golpeó en el estómago.

—¡Ewan! —Bonnie se interpuso entre ellos, pero su hermano la apartó sin miramientos y la tiró al suelo.

El McEntrie le dio otro puñetazo en pleno rostro.

—Por favor —suplicó Bonnie—, parad. Duncan, Ewan y yo nos queremos.

—¿Que os queréis? —Su hermano la miró con desprecio—. No digas estupideces. Padre te va a matar.

—No me importa lo que me haga, le quiero —dijo poniéndose de pie—. Le quiero y voy a casarme con él.

Su hermano la miró incrédulo y de repente empezó a reír a carcajadas ante la sorprendida mirada de los otros dos.

—¡Casaros! Serás estúpida… —Siguió riendo.

Ewan cogió a Bonnie de la mano y Duncan dejó de reírse inmediatamente.

—No la toques —advirtió amenazador.

—¿Quieres recibir un poco más?

—Estás muerto, McEntrie, aunque aún no lo sepas.

—¿Vas a matarme tú? —preguntó burlón.

Duncan enarcó una ceja.

—Es posible.

—¡Duncan! —exclamó Bonnie horrorizada.

—Será culpa tuya, hermanita —la miró con desprecio—, vas a tener que cargar con ese peso el resto de tu vida.

—No digas nada de esto —pidió—. Por favor.

—¿Que no diga…? —Volvió a reírse a carcajadas—. Padre quería darte una paliza aquí mismo y eso que no sabe lo más importante. No sé qué le has hecho a Anderson, pero después de hablar con él me ha mandado a buscarte y quería que te llevase a la biblioteca. Si se entera de que has estado retozando con un McEntrie…

Negó con la cabeza e hizo un gesto con el pulgar hacia abajo dándola por muerta.

—No hemos hecho nada —dijo Ewan muy serio—. No soy un canalla como tú.

—¿Un caballero? Un desgraciado, eso es lo que eres. He visto cómo te la comías con la boca. —Dio un paso hacia él con los puños levantados, pero Ewan esquivó el golpe y lo empujó haciendo que se tambalease—. Tienes suerte de que haya bebido, de no ser así…

Ewan torció una sonrisa burlona y movió la cabeza como si lo diera por imposible. Se giró hacia Bonnie que estaba pálida como la luna.

—Anderson le habrá contado lo que le has dicho.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Duncan—. ¿Qué lo rechazabas por este? No puedes ser tan imbécil.

—Le he dicho que no pensaba casarme… con nadie.

—Ay, hermanita, ni que no conocieras a nuestro padre. He conseguido que no diese un espectáculo aquí, es lo último que necesitamos. Pero cuando lleguemos a casa… La que te va a dar va a ser sonada.

—No puedes decirle esto, Duncan —pidió dando un paso hacia él—. Nunca te he pedido nada en toda mi vida. Por favor, deja que yo se lo cuente.

Su hermano se encogió de hombros y miró a Ewan.

—Vas a morir, McEntrie, eso tenlo por seguro.

—Qué pesado —dijo el otro con expresión de cansancio.

—Si a él le pasa algo, sus hermanos te matarán —dijo Bonnie acercándose a Duncan—. Y a padre. Yo les abriré la puerta cuando vayan a buscaros.

—Serás desgraciada —dijo y le propinó una sonora bofetada.

Ewan se fue hacia él dispuesto a destrozarle la cara a golpes, pero Bonnie se interpuso colocando sus manos en el pecho masculino.

—Ewan, vete.

—No.

—Por favor.

—No te dejaré sola con este descerebrado. Te acompañaré dentro. Solo cuando estés con Rowena y las demás, te dejaré. —Señaló a Duncan con el dedo—. Si le vuelves a poner una mano encima, despídete de ella porque te la cortaré de cuajo, malnacido.

Duncan torció una sonrisa y se encogió de hombros.

—Esto va a ser muy divertido —dijo alejándose de ellos—, pero que muy divertido.

Cuando se quedaron solos, Bonnie lo abrazó con fuerza conteniendo los sollozos contra su pecho. Todo estaba ocurriendo como ella temía y sabía cuál era el final de la historia. Ewan la rodeó con sus brazos y cerró los ojos un instante.

—Nos escaparemos —dijo al fin—. Iremos a Gretna Green y nos casaremos. Tu padre no podrá hacer nada. Cuando sea inevitable, lo aceptará.

Ella se apartó para mirarlo con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Aceptarlo? ¿Que su hija se case con un McEntrie? —Negó con la cabeza—. No lo aceptará jamás, Duncan tiene razón.

—Encontraremos el modo, Bonnie. Si hace falta, nos marcharemos. Podemos vivir en Londres, no me será difícil encontrar un trabajo. No me importa nada mientras estemos juntos.

Ella apoyó la mejilla en su pecho y escuchó sus latidos acelerados. Él lo sabía tan bien como ella. Esperó hasta que su propia ansiedad se calmó y se limpió las lágrimas separándose de él. Dejó escapar un hondo suspiro y sonrió.

—Espera aquí para que no nos vean entrar juntos —pidió.

—Pero…

—Por favor.

—Está bien —aceptó—. Te vigilaré desde aquí.

Ella asintió y poniéndose de puntillas lo besó en los labios. Iba ser un ligero beso, pero él la atrajo hacia su cuerpo y la retuvo durante dos largos minutos en los que la saboreó con deleite. Cuando se separó de ella lo hizo casi con dolor y muy despacio, hasta que sus dedos ya no la alcanzaban y su mano quedó suspendida en el aire. La vio caminar hacia la casa, subir la escalinata y perderse dentro de aquel salón repleto de gente. Y entonces se dio la vuelta y gruñó como un animal herido consciente de que se acababan de abrir las puertas del infierno y no sabía cómo iba a evitar que los perros la

devorasen.

Capítulo 18

Ewan revisó el interior del último salón de los McKenzie, después de haberse recorrido la casa de punta a punta. Impaciente y nervioso, se acercó al mayordomo y le preguntó por los MacDonald.

—Se marcharon de madrugada —dijo el criado.

La sangre abandonó su rostro y cayó hasta sus pies.

—¿Qué? ¿Por qué?

El mayordomo se encogió de hombros.

—¿Se marcharon… todos?

El criado asintió.

—Sí, señor, todos.

Ewan salió al exterior y corrió hasta donde sus hermanos competían a tiro con arco contra sus mujeres.

—¡Por fin! —gritó Kenneth al verlo—. Pensábamos que no…

—Se la han llevado —dijo nervioso—. Se han llevado a Bonnie.

—¿Qué? —Lachlan bajó el brazo del arco y se acercó.

—¿Quién se la ha llevado?

—Su padre.

—Bueno, entonces no es que…

—Duncan nos vio, Rowena —la cortó—, nos vio besándonos en el jardín anoche.

Las caras de todos mudaron de expresión.

—Si se lo dijo a Bhattair… —musitó Dougal.

—Tenemos que regresar —dijo Enid—. Bonnie va a necesitar nuestra ayuda.

—No podemos intervenir. —Caillen los miraba con severidad—. Es su padre.

—¿Qué? —Ewan lo miró enfadado—. ¿Te crees que voy a dejar…?

—Escúchame, Ewan —lo cortó el abogado—. Te repito que es su padre, no puedes hacer nada… legal.

—Me importa una mierda quién sea, no dejaré que le hagan daño.

—No vamos a dejarla en sus manos —dijo Dougal.

—Tienen a la ley de su parte, si nos presentamos en su casa y tratamos de llevárnosla nos acusarán de secuestro y nos meterán presos. ¿Cómo iba a ayudar eso a

Bonnie?

Ewan lo miraba dolido.

—No me lo puedo creer.

—No estoy diciendo que no quiera ayudarla —aclaró Caillen viendo cómo lo miraba.

—Lo que dice es que no podemos ir de frente —explicó Kenneth.

—¡Exacto!

Ewan respiró aliviado y asintió.

—Necesitamos un plan —sentenció Caillen.

—Gretna Green —afirmó Lachlan.

—Para eso hay que sacarla del castillo —dijo Kenneth pensativo.

—Nosotras vamos a hacer el equipaje para volver a casa inmediatamente —dijo Rowena y las otras asintieron poniéndose en marcha—. Vosotros pensad en algo, por favor.

Bonnie miraba a su padre expectante. Tras la abrupta salida de casa de los McKenzie y el viaje de regreso en coche rodeada de un espeso silencio, no había que ser muy perspicaz para saber que estaba metida en un buen lío, pero que no hubiera golpes de por medio significaba que Duncan no había dicho nada de Ewan. A no ser que su padre fuese un completo monstruo capaz de fingir serenidad antes de… Había mirado a su hermano interrogadora, pero no halló en sus ojos el menor signo de complicidad. Duncan permaneció todo el viaje en un mutismo tenso igual que los demás.

Una vez en casa no había pegado ojo y había pasado el día en una tensión insoportable esperando que su padre apareciera en cualquier momento en el ala oeste y la arrastrase de allí cogiéndola por los cabellos. Pero no la había llamado hasta bien entrada la tarde y ahora que estaba en su despacho, tenía que hacer un enorme esfuerzo para no retorcerse las manos y no morderse los labios para rebajar su estado de nervios.

—¿Lo pasaste bien en la fiesta de los McKenzie? —preguntó Bhattair con una sonrisa que le puso a Bonnie el vello de punta.

—No me gustan mucho… las fiestas —musitó.

—Vaya, cuánto lo siento.

Se levantó para ir hasta el mueble de bebidas y Bonnie disimuló su preocupación,

que su padre bebiese whisky antes de cenar, no era buena idea. Bhattair bebió un sorbo de su vaso antes de volverse a mirarla.

—¿Qué tal está Moira? Hace años que no sé nada de ella.

La sangre abandonó su rostro y Bonnie sintió que escapaba por todos sus poros dejándola seca.

—¿Qqqqqué? —balbució.

—Sé que se casó con un contable… ¿Cómo se llamaba? ¿Lucas? ¿Ethan…?

—Donald —dijo ella rindiéndose.

—¡Eso! Donald, lo había olvidado, es un nombre tan… propio. —Torció una sonrisa sin terminar la frase—. Viven en Helensburgh, ¿verdad? Como ves, estoy muy bien informado. Pero, siéntate, hija, siéntate. Lo que tenemos que hablar nos llevará un rato.

Cuando ella se sentó en el sofá, él ocupó su butaca, esa que nadie del servicio se atrevería a mover un ápice siquiera de su lugar exacto.

—Así que visitaste a tu tía. Qué curioso, primero tu madre, ahora tu tía… ¿A qué se debe este arranque de amor filial, Bonnie?

—Yo…

Pensó en mentir, en negar, en huir… Pero no había escapatoria y, a veces, lo único que podemos hacer es, simplemente, decir la verdad.

—Quería conocer un poco mejor a madre.

Bhattair se recostó contra el respaldo y cruzó las piernas cómodamente sin dejar de mirarla.

—¿Conocerla mejor?

—No sé nada de ella. Quiero decir… No sé nada de cómo era antes… de ser mi madre.

—¿Por qué no me preguntaste a mí? Soy su esposo, no hay nadie que sepa de ella más que yo. —Bonnie desvió la mirada y él sonrió sin humor—. Ya veo, lo que querías decir es que querías saber de ella *antes de mí*. ¿Por eso te interesa tanto Gabriel?

Bonnie contuvo la respiración con los ojos fijos en la alfombra que pisaba el pie de su padre.

—Yo podría haberte hablado de él. —Bhattair interrumpió sus pensamientos—. No hacía falta que fueses hasta Helensburgh. ¿Cómo fuiste, por cierto? Tengo curiosidad. Nadie ha sido capaz de decírmelo. ¿Ewan te llevó? Claro, cómo no, tenía que ser un McEntrie.

Bonnie sentía una mano apretando su corazón y el dolor empezaba a irradiar por todo su pecho.

—Padre, solo quería conocer mejor a madre, te lo prometo. Y la tía Moira solo me dijo lo mucho que quería a su padre, lo unidos que estaban. No me habló de ese… Gabriel. No sé nada de él…

—Ahora entiendo por que fuiste a Auchencrow. Mason Reid está convencido de que estás casada, qué curioso, ¿verdad?

Bonnie contuvo un gemido y se echó atrás en el sofá. Su padre lo sabía todo. ¿Todo? ¿Duncan le había contado…?

—En cuanto me dijeron lo de Helensburgh supuse que tu tía sería lo bastante lista como para mantener el pico cerrado. Estoy seguro de que sabe lo que pasará si me hace enfadar. Así que deduje que tu siguiente paso sería ir a ver esa vieja casa, como ves te conozco bien. —Volvió a sonreír con cinismo—. Eres muy previsible, Bonnie. Esta mañana envié a Hugh a hablar con el guardés, el señor Reid, le ha preguntado por ti. Bueno, no por ti, por la esposa de mi sobrino. ¿De nuevo Ewan McEntrie? Sí, claro, la descripción encaja. —La miró con fijeza.

El corazón le latía muy rápido mientras su mente trataba de encontrar una escapatoria. No la había, por más que quisiera, el tiempo de urdir un plan había pasado. Un intenso frío sustituyó al terror inicial y la ayudó a recomponerse. Miró hacia la puerta instintivamente, no le daría tiempo de llegar antes de…

—Bonnie, Bonnie… Verás, hija, cuando creas que puedes engañarme piensa que yo veo la mentira escrita en tu rostro. Ahora mismo estás pensando en escapar, pero sabes que no tienes adónde ir y que te conviene quedarte quietecita hasta que yo acabe de decir lo que tengo intención de decir —dijo y enseguida se echó a reír a carcajadas—. No me explico cómo Ewan ha sido tan estúpido de acompañarte y permitirte hacer todas esas tonterías. Lo tenía por un joven inteligente. —Chasqueó la lengua—. Mira que rechazar a Anderson por un muerto.

Bonnie empalideció, pero la resolución ocupó todo el espacio en sus ojos.

—Voy a casarme con él.

—Que vas a… —Soltó otra carcajada y se rio a gusto durante unos segundos.

—No me importa que me eche de casa, ni que me lo quite todo. No necesito nada suyo —dijo poniéndose de pie—. Me iré ahora mismo, sin esperar a mañana. No tendrá que preocuparse por…

—Deberías seguir los consejos de Moira, estoy segura de que te dijo que te estuvieras quietecita. —Miraba el contenido de su vaso mientras hablaba en tono frío y sereno—. Tu tía me conoce bien y sabe de lo que soy capaz, por eso no te contó nada. Tiene familia, hijos y nietos. La gente que tiene personas a las que ama es muy fácil de controlar, ¿lo sabías? Nunca hay que amenazar a alguien directamente, las personas pueden soportar mucho dolor y miedo. Pero ¿sabes lo que no soportan? Perder a sus seres queridos. —Levantó la mirada y posó sus ojos en ella—. Siéntate.

Bonnie permaneció de pie y su expresión era tan retadora que Bhattair casi se sintió orgulloso de ella.

—He dicho que te sientes —musitó taimado—. ¿No querías saber la historia de Gabriel? Yo soy el que mejor puede contártela.

Su hija se sentó despacio sin dejar de mirarlo con prevención.

—Gabriel Morrison era un don nadie. Hijo de un simple granjero. ¡Ja! Se atrevió a poner los ojos en Rosslyn Wallace, la mujer a la que yo había elegido para ser mi esposa. Me enamoré de ella en cuanto la vi. —Movió la cabeza incrédulo—. Aún me sorprendo cuando lo pienso. Fue un fogonazo tan deslumbrante que me dejó completamente obnubilado.

Se levantó para rellenar el vaso vacío y en lugar de volver a sentarse se acercó a la ventana para mirar hacia afuera mientras continuaba su narración.

—Se atrevió a mancillarla, el muy desgraciado y con eso sentenció el destino de todos ellos. —Se giró a mirarla—. La muerte de tu abuelo fue un regalo, claro, él no quería darme la mano de su hija y ya estaba un poco harto de ir detrás de él suplicando… No pongas esa cara, eso pasó hace mucho tiempo y nada tiene que ver contigo, tú eres hija mía, no como Duncan. Maldita sea, el único hijo que ha estado siempre a mi lado ni siquiera es hijo mío.

El cuerpo de Bonnie era un témpano de hielo, solo así podía mantenerse allí sentada escuchando aquella horrible confesión. Bhattair volvió a darle la espalda.

—Se lo quité todo. A Gabriel, digo. Todo. Su familia, su granja… La vida.

Bonnie se tapó la boca ahogando un gemido.

—¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que se fuera para que intentase matarme? Era más fácil quitarlo de en medio y es lo que hice.

Bonnie lo vio sentarse de nuevo en su butaca, con aquella expresión tranquila, como si estuviese hablando de lo agradable que es disfrutar de una copa en la

comodidad de tu hogar.

—Nunca pensé hacerle daño a tu madre realmente, pero ella me lo puso tan difícil… Y eso que no sabía que fui yo el que causó el incendio. —Chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza—. Si tu abuelo no se hubiese empecinado, las cosas habrían sido muy distintas.

—¿Lo culpa a él?

—¡Tu abuelo habría dejado que su hija se casara con Gabriel antes que conmigo! ¿Qué clase de padre hace algo así? ¡El hijo de su Factor! Un simple granjero… —Negó con la cabeza—. Yo era un MacDonald, era una ofensa tal despropósito. De nada sirvió que le abriera mi corazón, que le dijese lo mucho que amaba a su hija. Le juré que le daría la mejor vida de todas, que conmigo no le faltaría nunca nada.

—¿La mejor vida? —Lo miraba horrorizada—. ¿Llama así a lo que le ha hecho pasar todos estos años?

Su padre desvió la mirada.

—Eso es culpa suya —musitó.

—¿Culpa suya?

Bhattair clavó su dura mirada en ella.

—No me ha querido nunca.

—¿Cómo iba a quererle?

—Se lo di todo. La hice una mujer decente a pesar de que llevaba en su vientre la semilla de otro. Tuve paciencia, la traté con delicadeza, pero ella solo lloraba y se arrastraba por el castillo como un alma en pena. Esperé hasta que nació Duncan, lo traté como a un hijo ¿y sabes cómo me lo agradeció? Negándome mi derecho conyugal a ser amado del mismo modo que yo la amaba a ella. Dejaba que la tomara, pero era como poseer una cáscara vacía.

Bonnie fue ahora la que apartó la mirada avergonzada, no quería escuchar aquello.

—Fingí. Esperé. Traté de ser un buen hombre. ¿Y qué recibí? Desprecio e indiferencia. —Negó con la cabeza—. Después de nacer Annabella perdí la paciencia.

Lo miró ahora con fijeza.

—¿Y empezó a pegarle? ¿Así creía que conseguiría que lo amase? ¿A golpes?

Su padre asintió muy serio.

—Y fue la primera vez que la vi sentir algo.

Aquella afirmación ambigua le revolvió las tripas por certera. Sintió tal

repugnancia que su estómago le provocó una arcada.

—Serénate —ordenó él—. Ni se te ocurra vomitar en mi alfombra.

Cuando estuvo seguro de que había pasado el peligro bebió un largo trago y se puso de pie para servirle una copa de jerez.

—Toma, te ayudará a calmar los nervios.

Bonnie la tomó con reticencia y bebió un sorbo mientras su padre volvía a su butaca.

—La relación entre tu madre y yo es complicada, pero, aunque no lo creas, yo la amo.

—Eso no es amor —musitó ella.

—Qué sabrás tú lo que es amor —se burló—. Lo que yo hice para tenerla no lo haría cualquiera.

—¿Y su felicidad no le importa? Ha sido muy desgraciada.

Bhattair se encogió de hombros.

—Si una persona no quiere ser feliz, no hay nada que puedas hacer para obligarla. Tu madre lo tenía muy fácil, solo tenía que quererme y todo habría ido como la seda. Pero, volvamos al tema que nos interesa. ¿Qué voy a hacer contigo, Bonnie? Has fastidiado mis planes con Anderson, ese imbécil ya ha puesto sus ojos en otra y…

—Padre… voy a marcharme. Hoy. Esta noche.

Bhattair suspiró sin dejar de mirarla.

—Ay, Bonnie. De verdad que te tenía por una mujer inteligente. Tanto leer y tanto estudiar y no te ha servido para nada. —Negó con la cabeza—. ¿No has oído lo que te he contado? ¿Crees que hay algún modo en el que tú puedas irte de rositas si yo me arruino por tu culpa?

—Eso no es culpa mía.

—Desde luego que sí, todo se habría solucionado si tú…

—Yo no contraje esas deudas —lo cortó—. No ha dejado de echar la culpa a los demás de todo, pero usted es el único culpable de sus problemas. Madre no le quería, que matara a esas personas inocentes no iba a cambiar eso, al contrario. Y el abuelo tampoco fue el culpable de ello, él solo trataba de proteger a su hija porque vio cómo era usted en realidad.

La mirada de Bhattair se oscureció y su mano se crispó contra el vaso.

—No te conviene hablarme así, estoy siendo muy paciente contigo.

—Amo a Ewan McEntrie y voy a casarme con él, no hay nada que pueda decir o hacer que cambie eso. Si quiere pegarme, adelante, hágalo, ya no le tengo miedo. Aunque tenga que arrastrarme saldré de esta casa y me iré para siempre.

—¿La dejarás a ella? En cuanto salgas por la puerta iré a buscarla y me desahogaré con tu madre.

—Y es capaz de decir que la ama.

—No me provoques, Bonnie, te aseguro que no quieres ver de lo que soy capaz.

—Lo he visto, he visto la clase de monstruo que es.

—¿Entonces?

—No conseguirá apartarme de él. —Negó con la cabeza—. Cuando esté casada con Ewan, intentaré ayudarla…

—No podrás.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Está bien —aceptó él dejando el vaso en la mesa—. Vete. Cásate con el McEntrie. Soy un hombre paciente y disfruto con la espera sabiendo que mi enemigo no imagina lo que se le viene encima, pero contigo voy a hacer una excepción y te lo contaré.

Bonnie se estremeció, pero no movió un músculo, no quería que supiese que la amedrentaba su tono de voz y su mirada.

—Dejaré que te cases, que vivas feliz… un tiempo. —Se recostó en el sillón—. Pero yo nunca olvido y te aseguro que tampoco perdono. Esperaré a que tengas un cachorro McEntrie y entonces… te lo arrebataré todo.

Ella abrió los ojos con terror.

—No puede…

—Lo haré, Bonnie, lo juro por mi vida. Mataré a Ewan y a tu hijo. Te haré lo que le hice a Gabriel, te lo quitaré todo, pero a ti te dejaré vivir sabiendo que pudiste evitarlo.

Bonnie se levantó despacio, sus temblorosas manos la sujetaban como si sirvieran de algo.

—Por favor —suplicó con ojos secos—. Por favor, padre, soy su hija.

—No tendré compasión si me traicionas.

—¿Como no la tuvo con mi hermano? —Bonnie lo miraba con fijeza—. Fue usted, ¿verdad? El vizconde no tuvo nada que ver…

—Carlton era un inútil sin solución y cuando algo no tiene solución solo queda aceptarlo. No voy a lamentar su pérdida, igual que no lamentaré la tuya si me traicionas.

—Se levantó también—. Escapar de mí no te servirá de nada. Acabaré con los McEntrie o ellos tendrán que matarme y acabarán presos. Quizá le quite a Dougal su hijo, ya perdió el que llevaba aquella india en su vientre y una nueva pérdida lo destrozará. Por no hablar de lo que le hará a Elizabeth. No vivirás tranquila estés donde estés, preguntándote cada día quién será el elegido. Cada accidente, cada muerte pesará sobre tu conciencia sin saber si he sido yo el que la ha propiciado. Y seré yo, Bonnie, te juro por Dios que seré yo.

—Es un monstruo —dijo sin soltar una lágrima. Era como si hubiese salido de su propio cuerpo.

—Sí, lo soy y harías bien en no olvidarlo.

Entonces hizo algo del todo inesperado, sacó la daga que llevaba oculta en su bota y se la puso en la mano a su hija. Después llevó esa mano hasta su cuello y la miró a los ojos.

—Puedes acabar con todo ahora mismo. Mátame y no podré hacer daño a nadie. Eso sí, a ti te colgarán de una soga y ese McEntrie tendrá que vivir con ello el resto de su vida.

Las lágrimas llegaron al fin. Bonnie temblaba y el cuchillo tembló también provocando una pequeña herida en el cuello de su padre.

—Adelante —insistió él sin apartar su mirada de aquellos ojos que lo miraban con tanto odio que los reconoció como suyos—. Es fácil, solo tienes que deslizarlo de un tajo y me desangraré ante tus ojos. Acabarás con el monstruo, vamos, no lo dudes…

Durante un segundo Bonnie vio la súplica en sus ojos y fue esa chispa de humanidad la que le dio la fuerza para librarse de su agarre. Soltó el cuchillo dejándolo caer al suelo.

—Si quiere morir, hágalo usted solo, ya está condenado, no agravará su pena.

Bhattair enarcó una ceja y sonrió sin humor.

—Lástima, creí que serías capaz. —musitó—. Ahora tendrás que tomar una decisión.

—Usted gana —dijo con voz áspera—. No me casaré con Ewan McEntrie.

—Te casarás con quien yo elija, sin protestar.

Bonnie asintió y su padre entornó los ojos para mirarla con más atención.

—¿Aún eres virgen?

Ella no respondió, pero su mirada fue lo bastante elocuente.

—Bien, no quiero que me recriminen nada y menos si es alguien importante que pueda perjudicarme.

—Necesito un tiempo —dijo con el mismo tono firme—. Y alejarme de… él.

—No voy a…

—Si me quedo no se resignará —lo cortó—. Sabe cómo son los McEntrie, le causarán problemas.

Bhattair la miró taimado, no se fiaba mucho de ella, pero lo que decía sobre los McEntrie era cierto. Y, además, no tenía a ningún candidato con el que pudiera casarla inmediatamente. Después de lo sucedido con Anderson tardarían un tiempo en aparecer nuevos pretendientes. Los malditos convencionalismos.

—¿Qué pretendes?

—Me iré un tiempo. Con madre.

—No.

—Sí, no me iré dejándola aquí.

—¿Adónde quieres irte?

Bonnie lo pensó unos segundos.

—Con la tía Adaira, a Kylescross.

Bhattair no se esperaba aquello, creía que mencionaría a Moira.

—¿Mi hermana?

—Hace tiempo que insiste en que vayamos a visitarla.

—Adaira y Rosslyn no se llevan especialmente bien.

—No importa. Padre, he aceptado sus condiciones, deme al menos esto. Debo alejarme de Ewan o no seré capaz…

—Si estás intentando engañarme, no te servirá de nada.

—Los McEntrie no deben saber adónde voy —siguió ignorándolo—. Ewan me buscará, pero no debe enterarse.

Bhattair lo pensó unos segundos y finalmente asintió.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo?

—El que necesite.

—No más de un año. No puedo esperar más que eso.

Bonnie asintió y se dirigió a la puerta sin que su padre la detuviese. Al llegar a la escalinata se agarró a la barandilla y se dobló hacia delante como si fuese a vomitar, el corazón le latía desbocado y le ardían los ojos. Respiró hondo para calmarse y se cogió el

vestido antes de pisar el primer peldaño. Curiosamente el primero siempre es el más difícil, después siguió subiendo cada vez con mayor sosiego hasta que, una vez arriba, la calma inundó su espíritu. Los había salvado a todos y ganado unos meses. Se centraría en eso. En eso y en seguir respirando.

—¿Qué significa que se ha ido?

Ewan estaba de pie en mitad del salón y miraba a Elizabeth que aún sostenía la nota que acababa de recibir y que había leído en voz alta para todos. Los hermanos se miraban interrogadores y las mujeres, con pesar.

—Tendrá que ver con su madre —dijo Rowena—. Será una cuestión de salud.

—¡Claro! —exclamó Enid—. Habrán ido a algún lugar tranquilo. O a visitar a algún médico. He oído hablar de uno que…

—Déjame verla.

Ewan cogió la nota de manos de Elizabeth y releyó una y otra vez el texto. La letra era de Bonnie, no había la menor duda, pero ¿por qué no le había escrito a él? ¿Y por qué marcharse de manera tan intempestiva? Miró a su cuñada con todas aquellas preguntas en los ojos, pero ella no podía responderle porque solo sabía lo que había escrito en aquella nota.

—¿Adónde vas? —preguntó Dougal al verlo caminar hacia la puerta—. Ni se te ocurra.

Ewan se detuvo y se giró despacio mirándolos con determinación.

—Voy contigo —dijo Kenneth.

Los dos hermanos abandonaron el salón.

—El señor no puede recibirle, ya se lo he dicho. —El mayordomo de los MacDonald lo miraba con expresión altiva. A Ewan le habría hecho gracia si no fuese porque tenía los nervios a punto de estallar.

—Vuelva a intentarlo —dijo mordiendo las palabras—, no voy a irme hasta que hable con…

—Walter, deje que yo me ocupe de esto. —Annabella hizo un gesto con la mano para indicarle que se marchase y ocupó su lugar en la puerta.

Miró a Ewan y después a Kenneth que esperaba un pasó más atrás y optó por salir y entornar la puerta tras ella.

—Mi hermana y mi madre se han marchado.

—Eso ya lo sabemos. ¿Adónde han ido?

—No lo sé.

Ewan apretó los dientes y los puños los siguieron. Annabella sonrió burlona, sabía muy bien que no tenía nada que temer.

—Es lo mejor para ella —dijo.

—Solo quiero oírselo decir.

—Pues va a tener que esperar a que regrese.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé. Un año, quizá.

—¿Qué? —Ewan la miró con los ojos muy abiertos.

—Es lo que ella ha decidido.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Señor McEntrie, he tenido la deferencia de atenderlo, pero esta conversación ya ha terminado. Que tengan un buen día.

Hizo ademán de entrar en la casa, pero Ewan la sujetó del brazo con firmeza.

—Dígame al menos si estaba bien cuando se marchó. Que su padre no… le hizo daño.

Annabella vio en sus ojos verdadera preocupación y sintió una punzada de celos. Asintió una vez.

—Estaba bien. —Suspiró al tiempo que se libraba de su agarre—. Señor McEntrie, esto es lo mejor para mi hermana. Váyase y déjela en paz, por favor.

Entró en la casa y cerró la puerta.

—¿Nadie? ¿El cochero tampoco sabe nada? —preguntaba Augusta incrédula.

—Si lo sabe no ha soltado prenda —respondió Kenneth cerrando los ojos un momento.

Llevaban todo el día dando tumbos, tratando de seguir un rastro que habían tapado demasiado bien. Ewan apuró el contenido de su vaso y se fue directo al mueble de las bebidas para rellenarlo. Sus hermanos se miraron interrogadores.

—Si quiere emborracharse, que lo haga —dijo Dougal.

Ewan bebió el contenido de su vaso y lo dejó sobre el mueble con un golpe.

—No voy a emborracharme —dijo girándose hacia ellos—. Tengo que pensar.

—No puede haberse esfumado sin más.

—Se marcharon a caballo —dijo reconduciendo todo lo que había oído durante el día—. Ellas dos, la señora Burns y Edith, la doncella de Bonnie. No usaron el coche, por eso el cochero no sabe nada. Nadie sabe nada, se ha asegurado de que nadie conociese su destino para que yo no… —Apretó los dientes y respiró hondo por la nariz—. Esto lo ha hecho por mí, está claro.

—Entonces deberías mantenerte al margen. —Craig lo miraba con dureza—. Es una MacDonald, ¿qué esperabas que ocurriera? ¿Que su padre le diera su bendición? Seguramente la ha puesto en una tesitura imposible y por eso se ha marchado.

—¿A qué te refieres, padre? —preguntó Enid asustada.

Lachlan le respondió con ternura.

—La habrá amenazado con matar a Ewan.

Enid abrió los ojos como platos.

—Pero no haría eso, ¿verdad? Quiero decir, es un hombre horrible, pero no llegaría a tanto…

Nadie respondió.

—Voy a encontrarla y voy a casarme con ella, padre. Esas dos cosas van a suceder y espero que me apoyéis.

—¿Que te apoyemos? —Craig lo miraba furioso—. ¿Que te apoyemos? ¡Quiero a Bonnie como a una hija, pero esto es una locura!

—Me importa una mierda cuál sea su apellido —Ewan se enfrentó a él sorprendiéndolos a todos—. No renunciaré a ella por unas rencillas que nada tienen que ver con nosotros.

—Por suerte, ella tiene más cabeza que tú.

El pequeño de sus hijos lo miró decepcionado.

—No me esperaba esto de ti, padre.

—Debo proteger a mi familia —dijo con firmeza.

—Amo a Bonnie, así que también es tu familia ahora.

—Ha tenido que amenazarla con algo terrible —dijo Elizabeth pensativa—. Ella no se habría ido así de otra forma.

—Bhattair es capaz de todo —intervino Dougal.

—Está desesperado —dijo Craig—, al borde de la ruina. Bonnie es su única baza.

—¿Podríamos? —preguntó el pequeño mirando a su padre directamente.

—¿Qué? —Craig tenía el rostro contraído.

—¿Podríamos ayudarle a pagar esa deuda?

El silencio lo invadió todo y Ewan sintió las miradas de sus hermanos clavadas en él.

—Quizá así se acabara de una vez esta enemistad absurda y ridícula que llevamos arrastrando más de seiscientos años.

—¿Quieres que ayude a los MacDonald a pagar su deuda? —Craig dio un paso hacia él—. ¿A esos que secuestraron a Augusta e intentaron violar a Nuna? ¿A los que nos han robado las tierras durante siglos? ¿A los que nos persiguieron y mataron en el pasado? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

Ewan asintió con la cabeza.

—No es posible que estés hablando de ayudar a los que mataron a tu bisabuelo, metieron a su hermano en la cárcel con pruebas falsas y…

—Eso ocurrió hace siglos, ¿no es hora ya de empezar de nuevo, padre? Por Bonnie.

Craig apretó los puños visiblemente enfadado.

—No intentes manipularme.

—No te estoy manipulando. Bhattair es un hijo de la gran puta, no lo niego, se merece todo lo que le pasa, ¿pero los demás miembros de su familia no son también sus víctimas? Si me apuras incluso él lo es. Han nacido con el peso del odio y la venganza sobre sus hombros. Nadie les preguntó si era así como querían vivir…

—No me lo puedo creer… —Craig le dio la espalda para no verlo siquiera.

—Ewan… —Caillen intentó decirle que cambiase de tema, pero su hermano no podía hacerlo.

—Quiero a Bonnie… —Los miró a todos uno a uno—. ¡La amo! ¿Me oís? Me importa una mierda lo que hayan hecho los MacDonald en el pasado, ella no ha hecho nada malo y la amo.

—Nadie ha dicho…

—¿Nadie, Lachlan? ¿Qué habéis estado diciéndome desde que volví? Que me aleje de ella. Que me marche a Londres… —Miró a Kenneth con inquina—. Que me darás una paliza.

El otro apretó los labios para obligarse a callar y Rowena lo miró con severidad.

—Ewan… —Elizabeth se levantó para acercarse a él—. Tienes razón. Todo lo que has dicho es cierto y estoy segura de que podrías conseguir que tu familia aceptase tu petición, pero Bhattair no lo hará jamás.

—¿Cómo lo sabes? —la encaró ahora a ella y sus ojos seguían lanzando llamaradas de absoluta determinación—. ¿Acaso alguien se lo ha propuesto siquiera? Quizá al principio le resulte difícil de creer, pero si soy lo bastante persistente…

—No tienes ni idea de la clase de hombre que es —dijo Kenneth—. Si lo supieras no dirías las tonterías que estás diciendo.

—Kenneth… —intentó Rowena.

Su esposo levantó la mano para indicarle que lo dejase hablar.

—Ya vale de tratarlo como a un niño, está claro que lo hemos consentido demasiado.

—¿Quién está consentido? —lo enfrentó con altivez.

—Tú. Mira cómo te comportas ahora que quieres algo. ¿Amas a Bonnie? Lo siento, yo la aprecio de verdad, pero es una MacDonald y su familia es lo peor que le ha pasado a esta tierra en siglos.

—No es que los McEntrie no hayamos hecho cosas de las que avergonzarnos, ¿verdad?

—¿Nos estás comparando? —Kenneth estaba cada vez más enfadado.

—No puedes compararnos, Ewan, por muy dolido y angustiado que estés —intervino Lachlan acercándose dispuesto a separarlos si era necesario.

Su hermano pequeño apretó los puños, la tensión en su cuerpo era más que evidente, pero después de unos segundos agachó la cabeza y dejó escapar un profundo y sonoro suspiro.

—Lo sé —musitó—. Maldita sea, lo sé.

Kenneth seguía con la misma oscura expresión en su rostro.

—No ayudaremos a Bhattair —dijo entonces su padre—, y no me disculparé por ello. No voy a darle la oportunidad de tirarnos nuestra oferta a la cara y tener que vivir con eso lo que me queda de vida.

—Ojalá lo partiera un rayo —masculló Caillen, que no había podido dejar de pensar en las agónicas horas que Augusta pasó secuestrada a manos de Carlton.

Su mujer se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en su hombro haciendo que su

respiración se ralentizase.

—Si está al borde de la ruina y necesita de verdad un marido para Bonnie que lo saque del atolladero, no va a dar su brazo a torcer —dijo Rowena.

—Tengo que saber si le ha hecho daño a Bonnie —dijo Ewan con desesperación—. Juro por Dios que lo mataré como la haya tocado.

—A veces tengo la impresión de que mi única misión en la vida es evitar que mis hijos maten a un MacDonald —se lamentó Craig y con evidente cansancio se sentó en una butaca.

—Ponte a la cola, hermano —Dougal lo miraba con fijeza—. Fantaseé durante años con arrancarle la cabeza y todavía me despierto alguna noche con ese deseo.

—Ayudamos a Lachlan. Rescatamos a Augusta —dijo Ewan mirándolos a todos—. Mantuvimos a Carlton vigilado después de eso. Engañamos a Bhattair y todos en esa casa para librar a Caillen. Estuvimos con Kenneth cuando nos necesitó. ¿Ahora vais a dejarme en la estacada? ¿Es que no os importa Bonnie? No digo ya que tengáis que preocuparos por mis sentimientos por ella. Pero es Bonnie, ¡por Dios! A saber lo que le ha hecho para que se haya marchado. A saber si se ha marchado o la tiene encerrada en el sótano. ¿Creéis que voy a quedarme de brazos cruzados?

—Nadie pretende eso. —Kenneth dio un paso hacia él—. ¿Te crees que no te entendemos? ¿En qué crees que estamos pensando todos y cada uno de los que estamos aquí? ¡En cómo ayudaros, imbécil!

—Hay un modo —dijo Caillen atrayendo las miradas de los demás—. No sé si funcionará, pero podríamos intentarlo.

—Suéltalo. —Dougal apoyó el trasero en una de las mesitas auxiliares y su esposa lo miró preocupada por que acabase en el suelo.

—Podríamos comprar su deuda.

Craig puso los ojos en blanco, eso era mucho dinero.

—No vamos a ayudarle —advirtió Lachlan.

—No digo que lo ayudemos, solo que nos hagamos con las letras que debe al banco. Lo tendremos en nuestras manos.

—¿Eso puede hacerse? —Kenneth lo miraba con el ceño fruncido.

—Sí.

—Interesante. —Dougal se mesó la inexistente barba y la mesa crujió por su peso haciendo que se incorporase de golpe y la mirase con desprecio.

—Podríamos amenazarlo con quedarnos con su propiedad si no permite que Bonnie se case con Ewan.

—Pero eso será mucho dinero —dijo Lachlan—. ¿Tenemos tanto disponible?

—Podemos conseguirlo —dijo Caillen—. Si juntamos el presupuesto de este año para la adquisición de nuevos ejemplares y los ahorros que…

—¿No habéis oído nada de lo que le he dicho a Ewan antes?

Todos miraron a Craig que se sujetaba la cabeza con el codo apoyado en el reposabrazos de su butaca.

—Bhattair quemaría ese castillo hasta los cimientos antes que aceptar que nos quedemos con él. No aceptaría ninguna propuesta que viniese de nosotros y no conseguiríamos nada.

—Casi me gusta más esa idea —dijo Kenneth con malévola burla—, siempre que queme el castillo estando dentro.

—Bonnie no está encerrada, Ewan —dijo Elizabeth con ternura—. Se ha ido. Su nota era auténtica.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo estoy. Ella y yo tenemos un modo especial de despedirnos. Si estuviese en peligro y la hubiesen obligado a escribir esa nota, me lo habría hecho saber con una despedida distinta.

—Yo la entiendo —dijo Rowena de pronto—. Después de escucharos, entiendo que Bonnie se haya marchado sin despedirse. Está claro que Bhattair la habrá amenazado con hacerte daño y ella no ha tenido otra opción que abandonarte. Es lo que cualquier mujer enamorada haría. Si alguien amenazase la vida de Kenneth yo también me iría.

—Te mato —sentenció su esposo avanzando hacia ella amenazador—. Si me dejas para protegerme, te mato.

Ella enarcó una ceja.

—Te aseguro que no te sería nada fácil encontrarme.

—Si crees que podrías huir de mí es que no me conoces. No hay lugar en el que puedas esconderte de mí. —Apretó los dientes mirándola con fuego en los ojos.

Rowena sonrió con ternura, pero no dijo nada.

—¿Adónde creéis que puede haber ido? —preguntó Ewan mirando a las mujeres—. ¿Dónde os esconderíais si fueseis vosotras?

—A un lugar al que no hubiese ido antes —dijo Rowena—. Con el que no me

relacionaran.

—Cierto —afirmó Elizabeth—. Al menos, ninguno que tú pudieses conocer o que alguien pudiese compartir contigo.

—Y, por supuesto, no dejaría que ningún criado supiese a dónde me dirijo —intervino Augusta.

—Yo me escondería en un lugar aislado —dijo Enid—. Ni muy grande ni muy pequeño. Y fingiría ser otra persona.

Los McEntrie miraban a sus esposas horrorizados y se acercaron a ellas como si temieran que eso pudiera ocurrir. Durante un buen rato no pudieron deshacerse de aquel sentimiento de pérdida que se había alojado en sus corazones al escucharlas hablar con tanta firmeza y seguridad de cómo huirían de ellos.

—Pero si de verdad su padre es tan peligroso como decís —siguió Enid—, ¿no la pondremos en peligro si la buscamos? Quizá ha huido para protegerse de él. ¿No está ahora más segura?

—Enid tiene razón —dijo Rowena—. Si Bhattair está tan desesperado como creemos, deberíamos tener cuidado con lo que hacemos.

—Removeré cielo y tierra para encontrarla —insistió Ewan con cansancio—. No descansaré hasta estar seguro de que está bien. Debería haberme escrito a mí explicándome sus razones. No lo ha hecho y no me quedaré tranquilo hasta que la tenga delante.

—Te ayudaremos a encontrarla —dijo Lachlan—. Pero debemos hacer nuestras pesquisas de forma discreta.

—¿Creéis que Bhattair no sabe dónde está? —preguntó Kenneth.

—Lo sabe —sentenció Craig rotundo—. De no ser así habría venido a buscarla.

—Lachlan tiene razón —dijo Caillen—. Si Bhattair sospecha hará que vuelva. Cuanto más tiempo estén lejos de él, mejor para las dos, así que pensemos las cosas bien antes de hacerlas.

Ewan sintió cierta paz al escucharlos hablar. Estaban con él y con eso era suficiente.

—De acuerdo —aceptó—. No volveré a acercarme a los MacDonald y la buscaré con discreción.

—La buscaremos —dijo Kenneth poniendo una mano en su hombro.

Capítulo 19

Diciembre, 1814. Skye. Islas Hébridas.

Las luces del otoño teñían de dorado y cobre la isla. El aire, cargado de salitre, le dio la bienvenida con un abrazo vigoroso, mientras sus ojos se perdían en la inmensidad del paisaje que se desplegaba ante él. Montañas cuyas cimas, tocadas por la niebla matutina, parecían flotar sobre un mundo etéreo. Valles que se hundían con suavidad entre ellas, revestidos de un verde que aún resistía el avance de la estación otoñal. Y, detrás de él, las aguas que se extendían hasta el horizonte, uniendo el cielo y la tierra en un azul inabarcable.

Montó sobre Ruadh y se alejó del muelle con paso tranquilo. A medida que avanzaba veía rostros curiosos que se asomaban tras las ventanas para observar al forastero. La curiosidad es igual en todas partes, pensó con rostro serio.

Desde allí no veía castillos majestuosos, pero sí una belleza natural sobrecogedora. Al salir del pueblo siguió un sendero que serpenteaba entre brezales y escarpados acantilados y pudo poner su montura al galope, ansioso como estaba de llegar a su destino. No sabía lo que se iba a encontrar ni cómo reaccionaría al verla, pero la ansiedad en su ánimo no presagiaba un encuentro tranquilo, precisamente. Aquellos casi dos meses habían sido los más agónicos de su vida.

El murmullo del viento hizo eco con sus pensamientos y lo agitó aún más. Comprendió que tenía que serenarse antes de enfrentarse a ella y aminoró el paso en un esfuerzo de contención. Otra aldea. El humo se elevaba perezosamente dando testimonio de la vida que ardía en su interior. Las casas de piedra gris, aunque modestas, poseían la dignidad propia de aquellos para los que el lujo consistía en poner un plato en la mesa todos los días. Los jardines eran escasos, debían luchar contra el clima de la isla, pero algunos conseguían mostrar un aspecto relativamente lozano y algunas flores u hortalizas habían sido capaces de desafiar el viento y el frío con tenacidad. Un perro ladró y las gallinas picoteaban despreocupadas bajo la atenta mirada de los niños que jugaban a su alrededor, rompiendo la quietud del paisaje.

Por fin llegó a Kylescross y avanzó por la calle principal muy despacio para sortear a los viandantes que transitaban por el mercado. La iglesia, con su sencilla torre de

piedra, se alzaba orgullosa al final del camino, mientras sus feligreses compartían historias y cotilleos delante de algún puesto. Su cuerpo se irguió en la silla y sus manos apretaron las riendas un poco más fuerte de lo normal.

—Está bien —concedió el hombre agotado por su insistencia—, lléveselo todo, por Dios.

La joven sonrió satisfecha, le entregó las monedas y metió las zanahorias y las patatas en la cesta. Ajena a los ojos que la observaban con fijeza continuó su recorrido deteniéndose en el puesto de pan. Señaló dos hogazas y la joven que iba con ella le susurró algo al oído. El sol dio entonces de lleno en su pelo y los destellos provocaron un estremecimiento en el pecho del observador. Cada gesto suyo provocaba un sobresalto en él, era como si el tiempo que llevaba buscándola lo hubiese aletargado y ahora, al tenerla a la vista, todas esas emociones se agolpasen dispuestas a atacarlo. Sentía una mezcla de alegría y dolor. Alegría al verla de nuevo, serena y feliz. Dolor, porque estuviera serena y feliz lejos de él.

Bonnie le dio a su prima los pastelitos que había pedido para que los guardase y lo miró sin sorpresa, con alivio incluso, como si lo hubiese estado esperando. Le dijo algo a la joven y esta cogió la cesta y se alejó en dirección al coche que las esperaba. Ewan la vio caminar hacia él sin moverse.

—Hola, Ewan —dijo ella con rostro serio.

Ewan desmontó y se acercó mirándola con fijeza.

—Hola, Bonnie.

Ella asintió y le indicó que la siguiera. Caminó delante de él alejándose del bullicio, salieron del pueblo y siguieron caminando hasta que perdieron de vista a la última persona con la que se habían cruzado. Entonces ella se volvió y soltó el aire de un bufido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó impaciente.

—¿Qué hago aquí? ¿Esa es tu pregunta después de dos meses sin verme?

Bonnie esperó a que contestara.

—¿Recuerdas nuestra última conversación? ¿Todo lo que dijimos?

—Pensaba que lo entenderías al saber de mi partida.

—¿Entenderlo?

—Márchate, Ewan, por favor. No deberías estar aquí.

Él no daba crédito a lo que escuchaba. Creía que lloraría cuando lo viese. Que lo besaría. Que le rogaría que la perdonase por haberlo abandonado así.

—No voy a marcharme hasta que me expliques qué narices te dijo, aparte de que me mataría, claro.

—No voy a decirte nada y no voy a volver contigo, solo quiero que te marches y me dejes en paz.

—Pues no voy a irme —dijo él encogiéndose de hombros mientras miraba a su alrededor—. Todo el mundo dice que esta isla es muy bonita…

—Ya has estado aquí antes —masculló ella.

—Cierto. —Sonrió—. Y creo recordar que en Kylescross hay una posada de lo más confortable. Me instalaré allí hasta que «alguien» entre en razón.

—No conseguirás nada con esto —dijo ella—. Al final tendrás que irte igual.

—Veremos quién aguanta más de los dos.

—Envié una nota.

—A Elizabeth.

—Sabía que te la leería.

Ewan entornó los ojos sin apartarlos de ella.

—No hay forma de que puedas evitarlo, Bonnie. Vas a tener que contarme lo que te dijo tu padre y, sea lo que sea, encontraremos el modo de solucionarlo. Es lo que se hace cuando amas a alguien.

Dio un paso hacia ella que a punto estuvo de recular, temerosa de que la tocara.

Ahora, díselo, dile que no le amas, que te equivocaste, que estabas confundida. Dile algo para que pueda irse y seguir con su vida.

Los labios de Ewan se curvaron lentamente hasta mostrar una ligera sonrisa.

—¿Me indicas la posada? Me presentaría en casa de tu tía, pero necesito un baño antes, ¿no crees?

—Por favor, Ewan.

—¿Es por allí? —Señaló hacia la derecha—. ¿O por allí? No lo tengo claro…

No iba a librarse de él tan fácilmente. Suspiró dándose por vencida. Lo llevaría a la posada y dejaría que perdiese el tiempo un poco más. Al final tendría que aceptarlo.

Un día después de que Ewan llegase a Skye, Bonnie entró en el salón llevando un jarrón para hacer un arreglo floral y lo encontró hablando tranquilamente con su tía.

—¡Bonnie, mira quién ha venido a verte! —anunció Adaira sonriente.

El jarrón estuvo a punto de irse al suelo, por suerte sus reflejos eran excelentes y pudo volver a sujetarlo antes de provocar un estropicio.

—Hola, Bonnie —saludó Ewan conteniendo una sonrisa malévola.

—Tía, es un McEntrie.

—Lo sé, lo sé —se rio la mujer—, a tu padre se lo llevarían los demonios si supiese que acabo de invitarlo a almorzar.

Bonnie miró a Ewan incrédula.

—He aceptado, por supuesto —dijo él antes de encogerse de hombros.

—¿Traes solo el jarrón? ¿Dónde está lo demás? —preguntó la mujer moviendo la cabeza—. Eres muy despistada, niña. Pero voy yo a buscarlo, no te preocupes, vosotros charlad, tendréis cosas que contaros.

Adaira salió del salón y Bonnie fulminó a Ewan con la mirada.

—Veo que te alegras de verme —dijo burlón.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí? —musitó y miró hacia la puerta con evidente preocupación.

—Parece que a tu tía le caigo bien.

—Mi tía se marchó de Lanerburgh hace mucho, se ha olvidado de cómo son las cosas allí.

—¿Cómo está tu madre, por cierto? Ayer no tuve tiempo de preguntarte, me aviaste rápido.

—Bien.

—¿Bien? ¿Ya está? Podrías explayarte un poco más.

—Muy bien. El aire de la isla le sienta de maravilla.

—Y estar lejos de tu padre, más.

Bonnie asintió con los labios apretados.

—Tienes que irte —dijo después de unos segundos en silencio—. Ahora, antes de que mi tía regrese. Vas a estrope…

—Bonnie, ¿dónde está…? Oh, perdón, no sabía que estuvieses acompañada. ¿Quién es?

La joven con la que Ewan la había visto en el mercado lo miraba con abierta curiosidad. Parecía de la misma edad, aunque era mucho más alegre.

—Esta es Evangeline, mi prima. Evangeline, este es Ewan McEntrie.

—¿Un McEntrie? —Se acercó mirando a su prima con los ojos muy abiertos—. Pues

parece muy normal.

Ewan sonrió divertido.

—¿Debería sentirme halagado? No estoy muy seguro.

—Perdón. —Se disculpó la joven extendiendo la mano para saludarlo—. Hablo más de la cuenta, al menos eso dice mi hermano Malcolm. No me hagas mucho caso. Encantada de conocerte, Ewan McEntrie.

A Ewan le sorprendió que lo tutease, pero no hizo comentario al respecto y estrechó su mano con suave firmeza.

—Encantado, señorita Ross.

—Aquí las normas son un poco más… laxas —explicó Bonnie consciente de su sorpresa.

—Oh, sí, desde luego —afirmó Evangeline—. Nos costó mucho que Bonnie se amoldara. Puedes llamarme por mi nombre. ¿Mamá ya sabe que estás aquí?

—De hecho, me ha invitado a almorzar.

—¡Qué bien! —exclamó emocionada—. Entonces ya te interrogaré en el comedor. ¡Adiós!

Salió y cerró la puerta tras ella. Bonnie lo miró entre aterrada y furiosa.

—¿Cuánto va a durar esto?

—¿A qué te refieres?

—A tu acoso.

—Ya te lo dije, hasta que me cuentes lo que…

—Ya estoy aquí —dijo su tía entrando en el salón—. Lo habías dejado todo en el vestíbulo, Toby estaba saltando como un loco intentando alcanzar las bayas de acebo. Es un Deerhound Escocés y tiene muy poca paciencia el pobre. ¿Por qué no salís a dar un paseo por el jardín? Hace un día magnífico para diciembre y te irá bien airearte, hija. No sale apenas —dijo mirando a Ewan mientras organizaba las piñas, el enebro, las espigas y unas cuantas plantas más—. Siempre está cuidando de su madre u organizando la casa. Desde que está aquí no tengo nada que hacer más que leer o bordar.

—Lo dices como si te molestara —dijo Bonnie conteniendo una sonrisa.

—¡Ay, hija! Nunca había vivido tan bien como ahora, si por mí fuera te quedarías con nosotros el resto de mi vida. Id a pasear, vamos, sois jóvenes, no le teméis al frío.

—¿De verdad es hermana de tu padre? —preguntó Ewan con divertida

incredulidad cuando tomaron el sendero que pasaba frente a la puerta de la casa.

—No se parecen en nada. Y mi tío es aún mejor, lo conocerás en el almuerzo… —Se detuvo y lo miró suplicante—. ¿No hay forma de que te excuses y te marches? Por favor, Ewan, comprende que esto es muy incómodo para mí. Mi madre se sorprenderá al verte y querrá saber por qué has venido.

—Solo tienes que contarme lo que sucedió con tu padre y decidiremos cómo arreglamos este embrollo.

Ella resopló consciente de que eso lo llevaría a actuar de manera drástica. Siguieron caminando en silencio hasta que su ánimo se calmó.

—¿Cómo están todos?

—Los niños te echan mucho de menos. Y los adultos, también.

Ella no apartó la mirada del camino.

—Yo también los echo de menos a ellos —musitó—. Cada día.

Otro silencio.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó al fin, vencida por la curiosidad.

—Annabella.

—¿Qué? —Lo miró sorprendida—. ¿Has hablado con mi hermana?

—En realidad fue ella la que habló conmigo. Me la encontré en casa de los McPherson.

—¿Y te dijo dónde estaba? —preguntó asustada—. Tienes que irte inmediatamente. En serio, Ewan, si mi hermana te lo ha dicho es solo para que mi padre pueda… ¡Oh, maldita sea, quita esa cara!

—¿Qué cara?

—Esa. —Lo señaló—. La que dice «no me iré hasta que hagas lo que he dicho».

—Bien por mi cara —dijo sonriente.

—Si no te vas, mi padre me hará regresar y yo te odiaré por ello.

—Bonnie…

—¿¡Qué!? —exclamó furiosa.

—Te quiero.

Bonnie cerró los ojos y gimió impotente. Inmediatamente le dio la espalda y echó a andar con paso aún más rápido. Ewan la siguió dejándole espacio.

Cuando llegaron a lo alto de los acantilados a ella le faltaba el aliento.

—¿Demasiado rápido? —preguntó burlón.

Bonnie se acercó al borde y contempló la inmensidad del horizonte.

—Este es mi sitio favorito de la isla —musitó ella—. Tiene algo mágico.

Ewan asintió con complicidad.

—Es un paisaje asombroso —reconoció.

—Me hace sentir… poderosa.

La miraba con fijeza, mucho más interesado en ella que en las vistas.

—¿No te parece que el sol de otoño es distinto al de cualquier otra época? —dijo abrazándose a sí misma—. Su luz es dorada y triste.

—Solo tú puedes describir un color así.

Las olas rompían contra la pared de roca con un ruido constante. El pulso de la isla latiendo con un ritmo salvaje. Bonnie se giró a mirarlo y la sonrisa desapareció del rostro de Ewan.

—Saltaré si no te marchas.

El cuello del escocés se tensó al igual que todos sus músculos.

—Bonnie…

—¿Qué harás?

Ewan sostenía su mirada tan serio como ella.

—Si te dijese que no saltaré hoy, pero que lo haré en algún momento. Si te dijese que ocurrirá cuando menos te lo esperes. Un día te despertarías por la mañana y yo no estaré a tu lado en la cama. No estaré en ninguna parte, porque me habré ido para siempre. ¿Qué harías?

—¿Qué pretendes?

Bonnie estaba muy tranquila, tanto que hasta ella misma se sorprendió de ello.

—Mi padre dijo que podía irme contigo, podía hacer lo que quisiera. —Sonrió con amargura—. Qué sorpresa, ¿verdad? Eso mismo pensé yo: no es posible que esté cediendo. Y no lo era, todo es un juego para él, un juego retorcido y perverso.

Se acercó hasta tenerlo a su alcance y le dio golpecitos en el pecho con su dedo.

—Dejará que me marche contigo. Que nos casemos. Que tengamos hijos. Y entonces… —asintió al ver cómo él mudaba de expresión—. Me lo quitará todo. A ti, a ellos… Me quedaré sola y con un dolor insoportable y desgarrador para el resto de mi vida. ¿Te he sorprendido? Es soberbio, ¿verdad? Su maldad no tiene límites y su imaginación, tampoco.

—Maldito cabrón —musitó Ewan.

—Es un monstruo y no se puede luchar contra un monstruo si no estás dispuesto a convertirte en uno. Yo no puedo. Lo intenté. Puso una daga en mi mano y la llevó hasta su cuello, pero no fui capaz de quitarle la vida —dijo con una sonrisa perversa—. Podría haberlo borrado de la faz de la tierra, el mundo sería un lugar mejor sin él, pero no pude hacerlo. ¡Es mi padre, por Dios Santo! ¿Qué quedaría de mí después de hacer algo así?

Ewan la abrazó y tuvo que luchar para mantenerla entre sus brazos.

—Amor mío —susurró contra su pelo—. Amor mío…

—No podría soportarlo —musitó ella rindiéndose—. ¿Tú podrías?

Durante un buen rato permanecieron así, abrazados y en silencio, con el sonido de las olas golpeando el muro de piedra como ruido de fondo.

—Encontraremos un modo —dijo él.

Ella no respondió.

—Nos marcharemos lejos.

De nuevo el silencio. La apartó para mirarla a los ojos y vio en ellos que no había conseguido rasgar siquiera la capa de determinación con la que se había envuelto.

—Bonnie…

—Lo siento, Ewan.

La miró ceñudo.

—No voy a renunciar a ti.

Ella se encogió de hombros.

—No importa lo que digas o hagas, no podrás conmigo —dijo con firmeza—. Te amo demasiado.

—Te he dicho que nos iremos lejos.

—Y entonces él hará daño a Daniel o a Nessa. A Elizabeth… A cualquiera a quién yo quiera. —Negó con la cabeza—. Lo he pensado mucho. Todos los días durante estos meses. No hay solución, ninguna que nos permita estar juntos. Somos como Romeo y Julieta, ¿te acuerdas? ¿Recuerdas las veces que discutimos por esa historia? Siempre decías que eran dos estúpidos y que lo único que tenían que hacer era renunciar al otro para salvarse.

—No voy a renunciar a ti —repitió él.

—Tendrás que hacerlo porque así lo he decidido.

—No puedes vivir sin mí.

—Podré porque te amo. Aunque si no te amara todo sería mucho más sencillo. Me

conoces —dijo con una mirada que lo hizo estremecer—, sabes que no le tengo tanto apego a la vida como para vivirla a cualquier precio. He visto en los ojos de mi madre lo que te hace vivir con miedo. Yo no soy como ella.

—Lo sé.

—Siempre he sabido que mi destino era estar sola y lo prefiero. Una vida tranquila, sabiendo que tú y los tuyos estáis bien. Es lo único que pido.

—Lo mataré —sentenció él con dureza—. Si no puedo tenerte, lo mataré.

—Si haces eso, si sacrificas tu vida y acabas en prisión convertirás mi vida en un infierno. No habrá un solo día en el que no llore mi desgracia, porque cada respiración me recordará que he causado la tuya. —Señaló de nuevo el precipicio.

—¿Cómo puedes ser tan fría y dura? ¿Cómo puedes renunciar a mí? Yo estoy dispuesto a todo, Bonnie, a todo. Y tú solo hablas de apartarme de tu lado y de matarte.

Bonnie se mordió el labio y asintió.

—¿Debería dejar que me condenes a una vida de sufrimiento para satisfacer tu deseo y tu orgullo?

—¿Mi deseo? —La agarró del brazo y se inclinó para que solo sus ojos abarcasen todo su campo de visión—. Mi orgullo está hecho trizas, Bonnie. Solo me queda arrodillarme ante ti y pedirte..., no, suplicarte que no me abandones.

—Si me amas, demuéstralo —dijo ella con la misma fiereza—. Deja de pensar en ti, deja de buscar satisfacer tus propios deseos.

La soltó visiblemente dolido.

—¿Otra vez con eso? ¿Crees que solo es deseo?

—Estoy renunciando a ti, porque te amo —siguió ella con el mismo tono—. ¿Y tú qué estás dispuesto a hacer por mí? ¿Venir aquí y exigirme algo que no puedo darte? ¿Eso es todo? ¿Tan cobarde eres? ¿Sabes lo que veo ante mí? A un niño, eso es lo que veo. Un niño que gimotea y se queja porque no puede tener lo que quiere. La vida es cruel e injusta y no vas a cambiarla lloriqueando, Ewan McEntrie.

Él había empalidecido y contenía la respiración.

—No voy a volver contigo, da igual lo que hagas o digas, mi determinación es absolutamente inquebrantable. ¿Quieres matar a mi padre? Adelante, hazlo, eso no cambiará nada.

—¿Estás dispuesta a casarte con quién él te diga?

—No, si puedo evitarlo.

—¿Si puedes evitarlo? —Torció una sonrisa.

—Probablemente seas tú el que te cases antes que yo. Ceit Fraser te espera con los brazos abiertos.

Ewan apretó los dientes y su rostro se endureció.

—¿También estás dispuesta a aceptar eso?

—Aceptaré lo que haga falta, si con ello…

—Si vuelves a hablar de protegerme, no respondo.

—Yo no pedí ser una MacDonald —lo interrumpió calmada—, pero lo soy. Nunca debí acercarme a *Slioscreige*, ahora lo sé.

—Lo dices en serio. —Estaba abrumado por esa certeza—. De verdad quieres que me aparte de ti.

—Mató a Gabriel, Ewan. Mi padre provocó el incendio que mató a mi abuelo y a la familia Morrison y luego se libró de él. Ni siquiera estoy segura de que no matase a Carlton también. ¿Crees que le temblará el pulso a la hora de cumplir la amenaza contra mí? No quiero que me odies, pero si es tu decisión, aprenderé a vivir con ello.

Lo dejó atrás, consciente de que necesitaba estar solo para poder asimilarlo.

El almuerzo resultó agradable, a pesar de la tensión que había entre ellos. La charla con Gavin Ross le resultó a Ewan de lo más interesante y tanto Evangeline como Malcolm, su hermano, le cayeron muy bien. Rosslyn estaba muy cambiada, charlaba tranquilamente sin aquella expresión amargada en el rostro y sin ningún resquicio de locura a la vista. No mencionó en ningún momento el hecho de que él fuese un McEntrie y tampoco se habló de los MacDonald que aún quedaban en el castillo de Lanerburgh. Era como si fuesen una familia normal y distinta de aquella a la que habían pertenecido durante tantos años. Bonnie casi pudo olvidarse de todo durante un par de horas y Ewan fingió lo mejor que pudo. Cuando él se despidió para marcharse, fue ella la que se ofreció a acompañarlo hasta su caballo.

—He pensado en lo que me has contado —dijo él mirándola sereno—. Y entiendo por qué has tomado la decisión de abandonarme. Yo, probablemente, habría hecho lo mismo.

Bonnie se mordió el labio y bajó la mirada, no quería emocionarse delante de él, ya

tendría tiempo de llorar cuando se hubiese ido.

—Aun así, espero que entiendas por qué no pienso renunciar a ti. Te esperaré, Bonnie, todo el tiempo que haga falta. No voy a casarme con Ceit ni con ninguna otra. —Sonrió con tristeza cuando ella gimió de impotencia—. Te dejaré en paz, no temas. Y tampoco voy a matar a tu padre. ¿Rezaré todos los días para que muera? Probablemente, pero no seré yo el que lo ejecute.

—¿Te irás? —preguntó con voz entrecortada.

—Mañana temprano —dijo él y subió a su montura.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Me lo prometes?

Él asintió mirándola con tal calidez que se sintió como si la estuviese rodeando con sus brazos.

—Gracias.

El McEntrie guio a Ruadh hasta el camino y se alejó de allí al galope.

Capítulo 20

Rosslyn miraba a su hija que permanecía de pie junto a la ventana desde hacía más de una hora. Había tratado de darle conversación, pero Bonnie respondía solo con monosílabos y tuvo que rendirse. No había querido acompañar a su prima a casa de los Wells, a pesar de lo mucho que le gustaba ir a visitarlos. Tampoco había aceptado el ofrecimiento de su tía de arreglar el jardín, una de sus ocupaciones favoritas. Estaba claro que la visita de Ewan la había sumido en una profunda tristeza.

—Bonnie —la llamó.

La joven se giró a mirarla sin expresión alguna.

—Ven, hija, siéntate aquí conmigo.

—Estoy bien aquí, mamá.

—Ven, te digo —insistió un poco más contundente.

Bonnie suspiró, dándose por vencida, y se sentó al lado de su madre después de apartar los ovillos con los que había estado trabajando.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, mamá.

—Creía que habíamos decidido ser sinceras la una con la otra.

Bonnie se lamentó de haber tenido aquella conversación un mes después de llegar a Kylescross.

—Estás enamorada de Ewan McEntrie.

Su hija no pudo disimular el sobresalto y vio en los ojos de su madre que no tenía sentido negar lo evidente. Apartó la mirada tratando de controlar su respiración. Rosslyn puso una mano sobre las suyas.

—Sabía que no estábamos aquí solo por mí —dijo asintiendo—. Y me imagino que tu padre también lo sabe.

Bonnie asintió sin mirarla.

—¿Con qué te ha amenazado?

Su hija lo pensó un momento, lo último que necesitaba su madre era meterse en ese asunto. Respiró hondo y la miró con una sonrisa demasiado forzada.

—No te preocupes por esto, mamá, se nos pasará.

—Ya veo. Debe ser algo muy grave si estás dispuesta a renunciar a él. No digo que

me gusten mucho esos McEntrie, son demasiados años escuchando hablar mal de ellos y lo cierto es que nos han traído muchos problemas, pero conozco a mi hija y sé que no te habrías fijado en Ewan si no fuese un buen muchacho. Además, creo que le debo la vida.

Bonnie la miró con desconcierto.

—¿Te refieres a cuando te curó la mano? No fue para tan…

—Lo había olvidado —la cortó—. Me he acordado al verlo en el almuerzo hoy.

—¿De qué hablas, madre?

—Fue hace tiempo, yo estaba… mal, muy mal. —Asintió apretando los labios pensativa—. Iba a hacer algo… terrible. Él apareció y me apartó del borde del precipicio justo cuando yo…

Bonnie ahogó un grito tapándose la boca con las manos y mirándola horrorizada.

—No voy a contártelo. Forma parte de esa locura que me tenía sumida en un estado de confusión y recuerdos y cansancio… —Negó con la cabeza—. Estoy muy cansada, hija, muy cansada. A veces, cuando rezo por la noche lo único en lo que puedo pensar es en que no me importaría no despertar.

—Madre… —La cogió de las manos—, no digas eso.

—Desde que estoy aquí me siento… casi feliz. —Sonrió—. No me acordaba lo que era vivir tranquila. Preocuparme por si hay flores en un jarrón o querer saber lo que vamos a comer hoy. Han sido tantos años viviendo una pesadilla que había olvidado lo hermosa que puede ser la vida. Pero esto no puede durar, no para mí, tu padre tiene una enfermiza dependencia conmigo. Él lo llama amor, pero yo sé bien que es incapaz de sentir esa emoción.

Bonnie bajó la mirada para ocultarse.

—¿No vas a preguntármelo? Llevo tiempo pensando que es muy raro que no me preguntes por qué me casé con él.

Su hija no podía contarle que ya lo sabía.

—Me obligó. Amenazó a mi familia. A mi madre. A mi hermana… Yo sabía que cumpliría sus amenazas y, además, debía proteger a…

A Duncan, mamá, lo sé.

Rosslyn dejó escapar el aire en un áspero suspiro y guardó los ovillos y la labor en la cesta que estaba sobre la mesilla. Cuando acabó siguió unos minutos más en silencio y Bonnie creyó que la conversación había terminado. Se sentó de frente mirando hacia la ventana y apoyó la espalda en el respaldo del sofá.

—Te obligará a casarte. Lo necesita —siguió su madre mirando también hacia la ventana.

—Intentaré evitarlo.

Rosslyn asintió.

—¿Te has entregado a él?

—¿Qué? —la miró asustada—. ¡No!

—Hazlo.

Bonnie la miró incrédula y los ojos de su madre se clavaron en los suyos con una resolución absoluta.

—Hazlo, Bonnie. No tienes nada que perder. Al menos debes saber lo que es que te amen de verdad. Solo así podrás soportarlo.

—Pero, madre…

—¿Te parezco indecente? —Torció una sonrisa—. Indecente es que te obliguen a casarte contra tu voluntad. Indecente es que debas entregarte a un hombre al que odias. Indecente es que ese hombre abuse de ti a placer, que te golpee, que te humille y te desprecie delante de tus hijos. Eso es indecente. Amar y entregarse al hombre al que una ama, esa es la mayor muestra de amor que puedes ofrecerle. Si ha de vivir sin ti el resto de su vida, dale algo que pueda recordar. Así él podrá hacer lo mismo por ti, hija.

Bonnie se tapó la cara para ahogar los sollozos. Su madre colocó una mano en su espalda y le dio palmaditas para reconfortarla. Poco más podía decirle, tan solo permanecer a su lado para que supiera que no estaba sola.

El reloj de la chimenea dio las diez y Ewan se levantó de la cama en la que llevaba tumbado desde que había subido de cenar. Dejó escapar el aire de golpe y se frotó la cabeza con nerviosismo. Las palabras de Bonnie. El rostro de Bonnie. Todo se reducía a ella. Entendía perfectamente su comportamiento y los motivos por los que había hecho lo que había hecho. Y eso lo volvía loco. Se puso las botas y comenzó a pasearse inquieto por el cuarto. No iba a poder pegar ojo. La imaginaba llorando. Sola en su cuarto. Pensando en él. Negó con la cabeza, se había comportado como un imbécil. Miró la chaqueta sobre la silla, la ventana, de nuevo la silla… Se giró ceñudo al escuchar unos golpecitos en la puerta.

—¡Bonnie! —exclamó al verla de pie en el descansillo.

Miró a ambos lados del pasillo y la agarró del brazo haciéndola entrar en su cuarto antes de cerrar la puerta.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí a estas horas?

Ella se apartó de él, se quitó la capa que llevaba y la dejó sobre una silla antes de volverse a mirarlo.

—He venido a pasar la noche contigo.

—¿Qué? —Si abría los ojos un poco más, se le saldrían de las cuencas.

Bonnie sonrió complacida y fue hasta la chimenea para calentarse.

—Hace mucho frío fuera y he tenido que esperar un rato para poder entrar sin que me vieran. Creo, porque no estoy segura del todo, había un hombre en la esquina del…

—Bonnie, cállate. No, habla. —Se llevó la mano al pelo negando con la cabeza—. Mejor coge tu capa, te llevaré de vuelta a… ¿Has venido en coche? No habrás venido sola y a caballo. ¡Bonnie, es peligroso!

—He venido en coche, tranquilo.

—¿Tranquilo? Se me va a salir el corazón por la boca.

Ella suspiró y extendió las manos para calentarlas.

—De verdad que hace mucho frío —musitó.

Él buscó a su alrededor y cogió una manta. Se la colocó sobre los hombros poniendo mucho cuidado en no tocarla.

—Esta tarde he tenido una extraña conversación con mi madre y me ha dicho una cosa que no he podido quitarme de la cabeza desde entonces. —Se giró para mirarlo a los ojos—. Me ha dicho que me entregue a ti.

—¿Qué? —De nuevo los ojos en peligro de eyección.

—Dice que tú debes ser el primero. Yo escogería que fueses, además, el único, pero eso no va a depender totalmente de mí, así que he optado por hacer lo que sí está en mi mano.

—Te has vuelto loca. ¿Cómo vamos a…?

—¿Sigues con tu idea de mantenerte intacto hasta estar casado?

—Yo no tengo esa idea.

—Ah, ¿no? ¿Qué hombre de tu edad manifiesta abiertamente que no ha estado con una mujer?

—Hacéis que parezca un bicho raro.

—Eres un bicho raro, Ewan.

—Eso no es cierto. Te sorprenderías. No todos somos Kenneth McEntrie.

Ella dio un paso hacia él que se alejó la misma distancia.

—¿Vas a huir de mí?

—Tengo que pensar y no puedo hacerlo contigo tan cerca.

—¿Pensar en qué? ¿No quieres hacerme el amor?

—¡Dios! —exclamó entre dientes.

—¿Eso es que sí o que no?

—¿Qué pasará mañana?

Ella sonrió burlona.

—¿Por qué me siento como si hubiésemos cambiado los papeles? Debería ser yo la florecilla asustada.

—¡Yo no soy una florecilla asustada! —dijo enfadado.

—¿En serio? Es lo que pareces. —De nuevo un paso hacia él.

Esta vez Ewan no se movió y su pecho subía y bajaba con evidente esfuerzo.

—Sabes cómo soy. Si te hago mía…

Ella le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho. Él hizo lo propio con los suyos y la estrechó contra sí. Estuvieron abrazados un buen rato sin moverse, asegurándose de que el aire entraba y salía de sus pulmones. Fue Bonnie la que se apartó primero y lo miró interrogadora. Después se puso de puntillas y lo besó en los labios. Un beso suave y cómplice. Él la apartó agarrándola de los hombros y la miró con fijeza.

—¿Me deseas? —preguntó ella.

—¿El mundo ha dejado de girar? ¿La luna sigue en el firmamento? ¿Qué clase de pregunta es esa?

Lo cogió de la mano y tiró de él para llevarlo hasta la cama. Ewan seguía con aquella expresión perpleja mientras buscaba un argumento que lo ayudase a resistirse, pero Bonnie estaba dispuesta a ponérselo muy difícil. Se tumbó en la cama y extendió los brazos hacia él.

—Si no me deseas, puedes decirlo —dijo ella dejando caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

Ewan señaló su entrepierna y Bonnie vio claramente la erección que luchaba por vencer la barrera de sus pantalones.

—Mi padre puede impedir que me case contigo. Puede incluso obligarme a casarme con otro, pero no podrá quitarme esto. Tú serás el primero, Ewan, para que pueda recordarlo el resto de mi vida.

El rostro del McEntrie se contrajo, pero siguió sin moverse.

—Y me alegraría ser la primera para ti. Eso me hará más soportable la idea de verte casado con otra.

Ewan se desnudó frente a ella, sin dejar de mirarla a los ojos. Bonnie notaba cómo su corazón se aceleraba y su respiración se hacía más dificultosa a medida que él se desvestía. Ewan le hizo un gesto para que se levantara de la cama y ella obedeció al instante. La ayudó a quitarse la ropa.

—Tienes frío —dijo y enseguida la cubrió con la manta y la pegó contra su cuerpo.

—¿Tú no? —preguntó ella.

—Me bulle tanto la sangre que siento cómo se me derriten los huesos.

—¿Puedo tocarte?

—Todavía no. Estoy demasiado excitado.

La llevó hasta la chimenea y volvió a por una colcha que estiró en el suelo frente al fuego. La hizo sentarse delante de él. La tenía abrazada con todo su cuerpo y ella se acurrucaba entre sus brazos mientras observaba el crepitar de las llamas.

—Pasaremos toda la noche creando recuerdos —musitó ella—. No voy a dejarte dormir.

Él sonrió con ternura.

—No podría dormir, aunque me lo ordenases.

—Tranquilo, no pienso…

—La tumbó en sus brazos y la enmudeció con su boca.

Cuando se separó lo hizo lo justo para poder hablar, pero no tanto como para dejar de rozar sus labios.

—Nunca he penetrado a una mujer, pero eso no significa que no sepa cómo darte placer.

Volvió a besarla y esta vez con un beso salvaje y ardiente que la incendió. Se colocó frente a ella de rodillas y su erección atrajo la mirada de Bonnie. Ewan sonrió divertido y liberó su pelo del entramado que habían tejido dejando que cayera en cascada sobre sus hombros.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó con una mirada pícara.

Ella negó con la cabeza y entonces él le quitó la manta y la dejó a un lado. Paseó sus ojos sobre ella, acariciándola con la mirada. Las mejillas de Bonnie se tiñeron de rojo, nunca nadie la había visto desnuda y que él fuese el primero la llenaba de turbación.

—¿Sigues queriendo que pase de verdad?

Bonnie asintió.

—¿Estás segura?

—¿Quieres que vaya a buscar unos testigos y te firme un documento?

—Me encantaría que hicieras eso —dijo él con mirada hambrienta—. Y que me dejaras deslizar un anillo en tu dedo.

—Seré tuya, es lo único que importa.

Ewan cubrió su boca con ansia desmedida y mientras su lengua tomaba posesión de sus dominios la tumbó colocándose sobre ella con todo su peso. Bonnie sintió la dureza de su erección entre las piernas e instintivamente lo buscó con sus caderas. El McEntrie se apartó de golpe y la miró severo.

—No te muevas —pidió.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchas ganas y podría perder el control.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con el ceño fruncido.

Ewan puso los ojos en blanco. Tener que explicar aquello en ese preciso instante era lo último que necesitaba.

—Es mi primera vez —dijo de nuevo.

—Qué pesadito con el tema.

Ewan no pudo evitar reírse y se sentó de nuevo.

—Eres increíble.

—¿Qué he dicho? —preguntó sentándose a su vez.

La risa de Ewan cesó al instante y sus ojos se deleitaron con aquellos pequeños pechos que lo retaban inmisericordes. Bonnie siguió su mirada y los cubrió con las manos, provocando que la excitación del escocés se exacerbase peligrosamente.

—No te toques —pidió.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —dijo molesta y sin apartar las manos.

—¡Dios! —exclamó él poniendo los ojos en blanco—. Esto va a ser mucho más difícil de lo que esperaba. Se supone que una jovencita virgen como tú estaría asustada,

callada y quieta.

—¡Vaya! —dijo ella poniéndose de pie—. Lo siento si te he decepcionado. Nadie me ha explicado las normas. Entonces, ¿debo mantenerme en silencio y esperar a que tú…?

La agarró de la mano y tiró de ella haciéndola caer sobre su cuerpo. La abrazó fuertemente para que no se moviera y mirándola a los ojos como si le fuese la vida en ello.

—Te quiero con toda mi alma, Bonnie MacDonald.

Ella sonrió al tiempo que asentía.

—Y yo a ti, Ewan McEntrie.

Rodó con ella y la observó durante unos segundos.

—Eres tan hermosa… —susurró.

Besó sus ojos cerrados, su nariz respingona, sus mejillas rojas como cerezas… Al llegar al lóbulo de su oreja lo mordisqueó suavemente y escuchó con deleite los gemidos que se escapaban de sus labios. Volvió a besarla y su lengua la abordó sin reservas mientras su mano bajaba por su vientre y se perdía entre aquellos rizos claros. Sus dedos se movían con maestría sabiendo el lugar exacto en el que detenerse, cómo deslizarse, cuándo apretar…

Cuando tuvo suficiente de su boca, deslizó sus labios hasta el enhiesto pezón y lo atrapó lo bastante fuerte como para que ella se curvase instintivamente. Tiró de él, provocándole un reflejo instantáneo entre las piernas.

—Ewan —gimió desconcertada y ansiosa—. Ewan…

Jadeaba con la boca entreabierta y las mejillas encendidas mirándolo con un anhelo sincero y sin disimulos.

—Hazlo —pidió ella—. Hazme tuya, por favor.

No era así como él lo había imaginado, pero de repente la urgencia de ella se unió a la propia. Era como si el mundo estuviese a punto de acabar y solo quedase una noche antes del final. Se colocó en su entrada y ella empujó las caderas creyendo que así ayudaba, pero solo consiguió dificultar su tarea.

—Cuenta —pidió él temiendo perder el control.

—¿Que cuente?

Ewan tenía una mirada tan intensa que le temblaron los huesos.

—Cuenta las veces que te toco —dijo pasando un dedo por su clavícula—. Cuenta las veces que digo tu nombre. Bonnie… Bonnie… Boooonniiiiie.

Ella se rio entre divertida y emocionada.

—Cuenta los segundos que tardo en hacerte mía.

La besó y se introdujo en ella lentamente.

¡Oh, Ewan! Exclamó ella en su mente. Necesitaba su nombre para unirlo al momento. Quería atesorar aquel instante infinito, guardarlo para siempre en su memoria a la que acudiría cada vez que le doliese el alma por no tenerlo. Las lágrimas la desbordaron sin que hiciese nada por retenerlas.

—¿Bonnie? —susurró él deteniéndose—. ¿Te hago daño?

—Te amo, Ewan —dijo impotente—. Te amo tanto… que no sé cómo voy a poder vivir sin ti.

Él engarzó su mirada y se hizo un amuleto invisible con ella. En ese instante se juró a sí mismo que, pasara lo que pasara, no la abandonaría. Empujó con fuerza para traspasar el velo y ella gimió contenida clavándole los dedos en la carne. Le pareció justo que fuese tan difícil, casi doloroso también para él, había esperado mucho para estar así, dentro de ella y ahora sabía que ese sería su lugar preferido en el mundo. Sintiéndola en cada parte de su piel, en el centro de su anatomía, poderosa y dulce. Conquistó el espacio que había sido negado al mundo y que ahora era solo suyo. Siguió hasta que los dedos de Bonnie se relajaron y sus manos comenzaron a acariciarlo. Así supo que el dolor remitía dejando paso a sensaciones más placenteras. Se quedó quieto y la miró con fijeza. Ella sonreía y sus manos le acariciaban el rostro con absoluta devoción. No hacían falta palabras, los dos sabían bien lo que sentía el otro y era tan pleno y tan profundo que las palabras no habrían podido más que rascar la superficie de sus emociones.

—La próxima vez lo haré mejor —musitó él aún inmóvil.

—Yo también.

Aquella respuesta lo hizo sonreír. Bonnie, su Bonnie… Ella gimió al notar que se retiraba y luego aspiró aire con fuerza cuando volvió a ella llenándola, haciéndola sentir tan viva que podía percibir cada rincón de su cuerpo. Se movía en un vaivén lento y profundo, ocupaba todo el espacio haciéndola suya por completo. Ella lo apretó con sus músculos internos y él exhaló un aliento tembloroso y contenido. Siguió moviéndose lento, mirándola y susurrando palabras dulces mientras ella gemía, se mordía el labio o lo acariciaba con torpes manos. Bonnie llegó al clímax y se quedó sin fuerzas, pero él siguió aún un poco más hasta que al fin se dejó ir en lo más profundo, descargando por completo su simiente con el cuerpo en llamas y el corazón rendido.

Cayó a su lado bocarriba, con una mano en el abdomen y la otra sobre la colcha. Los dos respirando con dificultad y sin poder moverse. Cuando sus cabezas giraron para mirarse, la expresión de sus ojos fue suficiente.

—Eres mi esposa —musitó él.

Ella asintió sin apartar la mirada y él se movió para acogerla entre sus brazos y la envolvió con la colcha que sobraba. Bonnie sintió contra su mejilla los latidos de su corazón que recuperaba lentamente el ritmo normal. Con la mirada fija en el fuego de la chimenea se rio en silencio como una niña que ha hecho una travesura que nadie sabe. Aunque alguien sí lo sabía: su madre y Ewan. Elevó la cabeza para mirarlo y vio que tenía los ojos cerrados. Un sentimiento extraño la invadió. Una mezcla de paz y ternura que corría por su torrente sanguíneo llegando a cada rincón de su cuerpo. No importaba nada de lo que pasara después, ese momento no podría arrebatárselo nadie jamás. Era suya y solo suya y él…

—Esa mirada te traerá problemas —dijo rodando con ella y poniendo una pierna sobre las suyas.

Apoyó el codo y la miró sonriente. Con la otra mano apartó el pelo que le tapaba parte del rostro y luego se inclinó y le besó la punta de la nariz.

—Cada vez que me mires así querré hacerte mía —musitó sin apartarse.

Ella sintió su aliento dulce y lo deseó en su boca.

—¿Podrías…?

Antes de que se lo pidiese él ya la besaba y su lengua se adentró perezosa y voluble buscando a su igual con intrépida voluntad. Se separó de ella sin dejar de mirarla y comenzó un dibujo con sus dedos. Repasó cada detalle de su anatomía sin olvidar ni una porción de piel. Su dulce rostro, su largo cuello, sus delicados hombros, sus torneados brazos… Bajar y volver a subir. Sus pequeños pechos, su abdomen tenso, las piernas largas y flexibles…

Se coló entre sus piernas y utilizó sus dedos para despertarla, pero Bonnie no necesitaba acicate, su cuerpo ya estaba lista para recibirlo de nuevo y se pegó a él sin que su mirada pudiese apartarse un segundo de sus ojos.

—¿Podemos…? ¿Otra vez?

Ewan apretó los dientes en un intento de contener sus propias emociones, aquella voz casi suplicante lo atravesó como una daga y exacerbó aún más su deseo. Cubrió uno de sus pechos con su mano.

—¿Te das cuenta? —preguntó sonriendo—. Tienen la medida exacta, está claro que los hicieron para mí.

Ella asintió y se mordió el labio al percibir que sus dedos se movían alrededor de la aureola.

—Tienen la firmeza perfecta y… —Atrapó el pezón entre sus dedos y lo pellizcó suavemente.

Cuando la oyó gemir de nuevo sonrió perverso y se inclinó para atraparlo con los labios. Lo mordió suavemente azuzado por los ruiditos que ella hacía.

—Basta —dijo Bonnie sin demasiada convicción.

—¿Quieres que pare? —preguntó él sorprendido.

—Quiero… —Lo empujó para que se tumbara y ahora fue ella la que se apoyó en el codo para mirarlo—. ¿Puedo tocarte yo?

Ewan asintió despacio, como si lo anhelase y temiese al mismo tiempo. Bonnie lo miró entonces de arriba abajo y por primera vez en su vida Ewan McEntrie se ruborizó.

—Eres… hermoso —dijo admirada y sus manos se deslizaron por su pecho hasta su abdomen. Sus dedos dibujaron las marcas de sus músculos, el círculo de su ombligo…

—Bonnie… —La sujetó cuando se deslizaba hacia abajo, pero ella se libró de su agarre y continuó su escrutinio.

Con la punta de los dedos lo recorrió inmisericorde, deslizando, apretando, recreándose en sus reacciones como si le divirtiese el poder que aquello le confería. Lo miró de un modo que él no había visto jamás, si siquiera cuando la tenía debajo y alrededor y en todas partes, cuando la ocupaba por completo y profundamente. Había un hambre primitiva en su mirada, un ansía desmedida de poseer, de ser parte de algo, una parte indistinguible imposible de desligar. Se inclinó sobre él y lo besó con avidez, como si quisiera bebérselo, desparecer en su boca y quedarse allí para siempre. Y él gimió impotente y exhausto, con las emociones desgarrándole el pecho y el alma. Se lo llevó con él y se tumbó expuesta, abierta y entregada y él volvió a ocupar su lugar, el sitio del que no debería marcharse jamás. Allí viviría para siempre si le dejasen, dentro de ella, donde solo hubiesen brazos y piernas enredándose, bocas deleitándose y un solo espacio para dos cuerpos.

Una gota de sudor se deslizó desde el pelo masculino hasta la suave piel de su pecho y aquel contacto se unió al que se producía en lo más profundo de su ser. Bonnie exhaló un largo suspiro y se arqueó dotada de una enorme flexibilidad. Se movieron

juntos como un solo ser, rítmica y deliciosamente. Sus ojos fijos y sus mentes atentas a cada dulce sensación que recibían del otro como mensajes eternos y únicos que deberían atesorar para siempre.

Cuando ella empezó a estremecerse y dejó caer las manos con las que se había agarrado a él, Ewan soltó el aire de sus pulmones y echó la cabeza hacia atrás. Conquistó la cima con poderosas sacudidas y se dejó caer a su lado, de nuevo exhausto y jadeante.

—Gracias —dijo ella con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿Gracias?

Bonnie asintió sin borrar su sonrisa.

—Por elegirme para ser la primera.

Ewan se apoyó en el codo para mirarla a los ojos.

—Querrás decir la única —dijo burlón—. Creo que desde el mismo momento en que apareciste en *Slioscreige* con aquellas trenzas y tu mirada curiosa, estuve perdido.

—Era una niña —respondió riendo—. Ni siquiera me miraste.

—¿Te acuerdas acaso? —preguntó pegándose a su cuerpo.

Bonnie asintió.

—Me acuerdo de todo. De siempre. De cada palabra, de cada gesto… Si cierro los ojos puedo verte…

La besó con dulzura y ella le devolvió la caricia sin reservas.

—¿No tienes hambre? —preguntó él incorporándose de pronto.

—Me muero de hambre y de sed.

Ewan buscaba su ropa para ponérsela y Bonnie se levantó también. Cuando iba a ponerse los pololos él la detuvo sujetándola de la cintura y pegándose a su trasero.

—Te permito que te pongas la camisola, nada más —susurró en su oído—. Aún nos queda mucha noche.

Bonnie se estremeció de los pies a la cabeza y le ocultó su sonrisa con timidez. Cuando la soltó se puso la camisa y él salió de la habitación. Regresó con una bandeja con fruta, dulces, una jarra de vino y otra de agua. La dejó en el suelo junto a la chimenea y luego corrió a abrazarla.

—Te he echado de menos —dijo besándole la frente.

—Has tardado dos minutos en volver.

—¿Tanto? —Besó sus párpados—. Ya decía yo que había sido una eternidad.

Bonnie se rio divertida y le rodeó el cuello con los brazos.

—A partir de ahora mediremos el tiempo en segundos, así nos durará más —dijo él meciéndose con ella.

—Durará lo mismo, solo que…

La besó para hacerla callar y durante un montón de segundos solo se alimentaron del otro.

—Ahora en serio, tu tía no puede ser hija de los mismos padres que Bhattair. Dime que la encontraron vagando por el bosque y…

—Yo soy hija de mi padre —lo cortó metiéndole un pedazo de manzana en la boca —. Y tampoco he salido tan mal.

Estaba sentada sobre sus piernas y él la rodeaba con un posesivo abrazo. Ya no les incomodaba su desnudez, se sentían tan parte del otro que el contacto de sus cuerpos era una sensación natural.

—Tienes razón —dijo él deshaciendo la fruta en su boca—. Nada mal.

Hizo ademán de besarla, pero ella interpuso otro pedazo de fruta con una sonrisa. Después mordió la pieza sin dejar de mirarlo.

—Mmmm —se deleitó el escocés—. Eso me ha excitado mucho.

La tumbó de nuevo y se colocó sobre ella.

—Estoy dolorida —se quejó sin mucho entusiasmo.

—¿De verdad? —La miraba ansioso.

Bonnie asintió, aunque sus ojos decían otra cosa.

—Es mi primera noche y tú eres… demasiado.

—¿Demasiado qué?

—Demasiado todo. Demasiado grande, demasiado fogoso… Demasiado.

—¿Me dejarás hacer lo mismo mañana?

Bonnie lo miró con tristeza.

—Mañana no estarás aquí.

—Puedo quedarme, Bonnie, puedo quedarme para siempre.

El rostro de la joven mudó de expresión y lo miró asustada.

—Me prometiste…

—¿Qué te prometí?

—Creía que estábamos de acuerdo. —Trató de levantarse, pero él no la dejó—.

¡Ewan!

—¿De verdad quieres que me vaya? ¿Después de esto?

—Eres cruel.

—¿Yo soy cruel?

—Sí —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Muy cruel.

El dolor lo traspasó y una rabia sorda se alojó en su pecho. Se apartó de ella consciente de que no podía sucumbir al deseo de poseerla con ferocidad. Bonnie se sintió desnuda y expuesta de nuevo y se levantó para ponerse el camisón. Cuando se volvió a mirarlo él seguía sentado en el suelo, con una mano apoyada en el suelo como contrafuerte y la otra sobre la rodilla doblada, contemplando el fuego con mirada penetrante. Desnudo como una estatua griega y tan perfecto, hermoso y triste como esos modelos de mármol. Fue hasta él y se arrodilló a su lado, sentándose sobre sus pies y mirándolo anhelante.

—Ewan…

Él no respondió.

—Tú siempre cumples tus promesas.

Giró la cabeza muy despacio y posó sus dolidos ojos en los de ella. Apretaba los dientes para obligarse a callar o para contener la furia que podía percibirse por debajo del dolor.

—Ya lo dijimos todo y no hay ninguna salida para esto. No hagas que me arrepienta de haber venido esta noche. Quería ser tuya antes que de nadie…

—¿Te crees que me voy a quedar de brazos cruzados si decides casarte con otro?

—No tendrás más remedio. —No contuvo la dureza de su voz y tampoco la de su mirada—. Nada ha cambiado.

—¿Nada ha cambiado? —La derribó y se colocó sobre ella con una mirada desquiciada—. ¿Qué nada ha cambiado?

—Ewan…

El corazón le latía desbocado y su mirada mostraba una tensión insoportable. Y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y Bonnie gimió derrotada, no estaba preparada para verlo llorar. Lo abrazó atrayéndolo hasta su pecho y lo acunó entre sus brazos. El escocés lloró como un niño y sus sollozos la sacudieron durante mucho rato. Cuando se calmó permanecieron abrazados y en silencio, dejando que el tiempo se arrastrase inexorable hacia su final. El alba los encontró juntos en el mismo lugar, él tumbado y

ella recostada contra su cuerpo. Llegaba el momento de separarse. Bonnie se incorporó sobre uno de sus codos para mirarlo. Ewan tenía un brazo debajo de la cabeza y con el otro la mantenía pegada a su cuerpo. Ya no había rastro de lágrimas en sus ojos, su expresión volvía a ser tan plácida y tranquila como siempre.

Lo besó sin prisa, aprendiéndoselo de memoria. Cada gesto, cada movimiento, cada sonido… Mientras lo hacía se movió para sentarse a horcajadas y Ewan gimió al sentirla sobre él. Esta vez fue distinto, la tristeza se mezcló con el placer y las emociones que experimentaron al entregarse fueron más profundas si cabe. Ninguno de los dos habló, pero sus ojos dijeron lo que sus bocas no podían expresar.

Ewan terminó de vestirse y se volvió hacia ella al fin. Habían evitado mirarse desde que sus cuerpos se habían separado y le resultó tan doloroso como esperaba. Bonnie se colocaba el corpiño con el pelo cayendo revuelto y dificultándole la tarea.

—Te ayudo —dijo y se acercó a ella en dos zancadas.

Aún a su espalda, Ewan enroscó uno de sus mechones alrededor de su dedo y tiró de él con suavidad hasta llevarlo a sus labios. Fue un gesto sencillo y claramente sin importancia, pero a ella le dolió el corazón. Se apoyó en él y cerró los ojos cuando la rodeó con sus brazos.

—Eres mía —susurró en su oído—. Para mí siempre serás mi esposa.

Bonnie se separó de él arrastrando los pies con enorme esfuerzo. No lo miró ni dijo nada, sabía que lo dejaba con el corazón hecho trizas, pero también que le había dado lo que jamás le daría a ninguna otra persona: Su alma, su corazón y su cuerpo.

Ewan se quedó de pie en mitad del cuarto, mirando la puerta cerrada y sintiendo un enorme vacío en su interior.

Capítulo 21

Augusta, agarrándose a la sábanas, gritó y empujó con toda la fuerza de que fue capaz. La señora Livingston le daba palmadas en el muslo cuando quería que parase y, curiosamente, aquellos cachetes eran un alivio para su dolor.

—Una más y lo tendremos aquí —anunció la partera.

Rowena temblaba como una hoja y se mantenía ligeramente apartada con el semblante del reo que ve cómo le colocan la soga alrededor del cuello al preso que va delante. Se tocó el vientre con manos temblorosas y no se percató de la mirada perspicaz de Elizabeth, que no necesitó más certezas que esa para saber que estaba embarazada.

De nuevo un grito agónico y el silencio… Elizabeth cogió al bebé de manos de la partera y le metió el dedo en la boca para limpiársela, inmediatamente comenzó a darle cachetes en el trasero hasta que su estridente llanto la hizo sonreír.

—Aquí tienes a tu muchachito —dijo poniéndoselo a su madre sobre el pecho.

—¡Un niño! —exclamó Enid—. ¡Es enorme! No me extraña que te haya costado tanto.

Augusta lloraba y reía mientras acariciaba a la criatura con dedos temerosos.

—Mi niño…

—Es igualito que Caillen… —dijo Rowena, que aún no se había librado del susto.

No era la primera vez que asistía a un parto, pero era la primera vez que se había visto a sí misma en aquella cama, con las piernas abiertas y gritando como una posesa. Elizabeth se secó las manos después de habérselas lavado y se acercó a ella cogiéndola suavemente de la cintura.

—No es tan terrible como parece —musitó.

Rowena la miró asustada y sonriente y más asustada… Elizabeth la apretó contra sí y luego volvió con Augusta.

—Vamos, déjame al niño para que lo limpiemos un poco y se lo mostremos a su padre. Tú descansa, que te lo has ganado.

Caillen miraba a su hijo con tal seriedad que Augusta frunció el ceño.

—¿Le ocurre algo?

El hombre negó con la cabeza sin dejar de mirarlo. Sus hermanos estaban detrás

de él y esperaban a que lo cogiera para hacer las consabidas bromas y reírse de su poca traza o su miedo a que se le cayera. Pero Caillen no lo cogía y todos estaban expectantes.

—¿Tiene nombre? —preguntó Craig.

—Han estado hablando de eso los últimos nueve meses —dijo Kenneth negando con la cabeza—. Podrías fingir que escuchas, padre.

—Por eso lo pregunto —espetó el hombre—, han dicho tantos y han cambiado tantas veces de opinión que no tengo ni idea de cómo se va a llamar mi nieto.

—Craig —dijo Augusta.

—Dime. —Su suegro inclinó la cabeza para verla sorteando a Caillen que estaba en medio.

—Se va a llamar Craig —aclaró Augusta.

El escocés abrió los ojos asombrado.

—¿Qué?

—Hace más de un mes que lo decidimos —siguió su nuera—. No dijimos nada para que fuese una sorpresa. Si hubiera sido niña, se habría llamado Constance.

Craig miró a su nieto con enorme orgullo y asintió satisfecho.

—Buen trabajo, hijo —dijo y le dio una palmada en la espalda—, pero como no te decidas a cogerlo, voy a ser el primero en sostener a…

Caillen se apresuró a tomarlo en sus brazos y lo pegó con suavidad a su pecho. Lo miraba con tal emoción que Augusta no pudo retener una lágrima y eso que estaba convencida de que ya no le quedaba ninguna.

—Madre mía, mirad cómo lo coge —dijo Dougal señalándolo—, ni que fuera a quebrarse.

—Pásale la mano por aquí —señaló Lachlan—, se sentirá más cómodo.

—Que no —intervino Craig—. Lo que tiene que vigilar es la cabeza, no pueden sostenerla y es…

Caillen ni siquiera los escuchaba, tan solo podía mirar aquella cosita, pequeña y frágil, que tenía en los brazos. De su pecho emanaba una emoción tan grande que apenas podía respirar. En realidad era el pequeño Craig el que lo sostenía a él, porque de no tenerlo en los brazos estaría en el suelo deshecho en lágrimas. Augusta extendió una mano y su esposo subió a la cama sentándose a su lado. Ella apoyó la cabeza en su hombro para mirar al bebé también, mientras los demás discutían sobre si era mejor reservarle ya un potro o esperar a que Ceò tuviera su siguiente cría.

—¿Dónde está Ewan? —preguntó Enid mirando a su esposo—. ¿No debería ir alguien a buscarlo?

—Voy yo —dijo Kenneth y sin esperar respuesta salió de la habitación.

—Una más —pidió agitando los dados.

—Pero doblando la apuesta —ofreció su contrincante.

Ewan asintió y los lanzó sin más parafernalia.

—¡Chance! —exclamó el encargado de dar la baza y los demás vitorearon al ganador, que se puso de pie y extendió la mano para estrechársela al lacayo que lo miraba con pesar.

—No es justo —dijo el criado lamentándose de haber doblado la apuesta.

—Lo has hecho bien. —Ewan cogió su copa y apuró el contenido de un trago.

Dejó a los criados del vizconde repasando las jugadas y se dirigió al salón de baile donde, al parecer, continuaba la celebración del compromiso. ¿Quién lo iba a decir? Dòmhnall Baxter con la pequeña de los McEachern…

—No pareces muy contento —dijo al acercarse a Liam.

—No me apetece nada emparentar con este imbécil —masculló el otro.

—Hombre, emparentar, emparentar…

—Isobel es la cuñada de mi hermano.

Ewan levantó las cejas.

—Eso la convierte en… ¿nada tuyo?

—Ya sabes lo que quiero decir.

Ewan alcanzó a un lacayo que llevaba una bandeja con copas y cogió un par ofreciéndole una a Liam.

—Me parece que tú ya has bebido más que suficiente —dijo Liam.

Ewan sonrió y bebió un largo trago sin dejar de mirarlo. El otro suspiró.

—¿Cómo es que has venido? Los McEntrie no se distinguen por ser muy amigos del vizconde, precisamente.

—Tú tampoco.

—Mi hermano me ha obligado, ¿cuál es tu excusa?

—Augusta se ha puesto de parto y no me apetecía pasarme el día y la noche escuchándola gritar.

Liam lo miró sorprendido.

—¿Augusta está pariendo y tú estás aquí?

—No creo que yo sea necesario en este caso. Augusta no es una yegua. Lo sabes, verdad?

—No seas imbécil. ¿Y si algo va mal?

—¿Qué va a ir mal? —Negó el otro llevándose la copa a los labios—. Mis hermanos nacieron con una flor en el culo, todo les sale bien. Además, las mujeres McEntrie son buenas parturientas. Augusta tendrá un bebé sano y fuerte. ¡Brindemos por ello!

Liam suspiró moviendo la cabeza. Sus hermanos lo iban a moler a palos, que disfrutase mientras pudiese. Levantó la copa y brindó también.

—¡Kenneth McEntrie en mi casa! ¿Quién lo iba a decir? ¿Has venido a felicitarme?

Dòmhnall lo miraba con una sonrisa perversa.

—He venido a buscar a mi hermano.

—¡Ah! Pues pasa, pasa y tómate una copa. Estamos celebrando…

—Lo sé —lo cortó tajante—, si veo a Isobel le daré el pésame.

El vizconde soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Menudos modales gastas, McEntrie. Si estas tenemos, será mejor que te marches.

Kenneth dio un paso hacia él con mirada amenazadora.

—En cuanto avisen a Ewan de que estoy aquí, nos iremos, descuida.

—Ya lo han avisado, por eso he venido —aclaró Dòmhnall—. Quería evitar una escena. Tu hermano se lo está pasando en grande, aunque debo decir que no tiene medida a la hora de beber y jugar. Ha desplumado a todos mis criados. Cada día se parece más a ti.

Kenneth apretó los labios sin poder disimular su enfado y respiró hondo tratando de calmarse.

—Dòmhnall, estoy seguro de que no quieres una escena en un día como este, tu prometida podría percatarse del error que está cometiendo. Haz que mi hermano salga de ese salón y me lo llevaré de aquí sin ruido y sin huesos rotos.

El vizconde seguía con aquella mirada perversa.

—Me encantan las escenas —dijo señalando hacia el salón—. Adelante.

Kenneth sopesó la idea de partirle la crisma allí mismo, pero finalmente optó por ignorarlo y caminó con paso decidido.

Liam lo vio entrar y acudió rápidamente.

—Está fuera, tomando el aire —dijo sin que hiciera falta preguntar—. Iba a llevarlo yo a casa en cuanto se despejara.

Kenneth no dijo nada y se dirigió hacia las puertas cerradas y las abrió de par en par, provocando cierto revuelo en los que estaban lo bastante cerca para notar la bocanada de aire frío que entró en el salón. Liam las cerró tras él y se quedó allí para asegurarse de que nadie los molestaba.

Lo encontró sentado en la escalinata y lo agarró de la chaqueta para levantarlo sin miramientos. Ewan se libró de él de un empujón y Kenneth se lo devolvió sin dejar de mirarlo con fijeza.

—¿Qué haces? —espetó Ewan ceñudo.

—Contenerme para no darte una paliza, eso hago.

El otro enarcó una ceja.

—Menudos humos.

—Augusta ha tenido un niño, supongo que quieres saberlo.

—¿Están bien? —preguntó esquivo.

—Perfectamente.

Ewan asintió y desvió la mirada.

—Vamos —dijo Kenneth agarrándolo del brazo.

—Puedo solo, gracias.

Kenneth lo miró un segundo y finalmente lo soltó. Ewan lo siguió sin protestar.

Avanzaban a paso tranquilo, la luna era tan pequeña que apenas permitía adivinar el camino.

—¿De verdad están bien? —preguntó Ewan cuando su mente ya se había despejado del todo.

Kenneth asintió, pero no dijo nada.

—Un niño… —Sonrió Ewan—. Supongo que le llamarán Craig.

—¿Cómo lo sabes? —Había sorpresa en su voz.

—Es Caillen.

Kenneth asintió de nuevo.

—Eres un gilipollas —dijo después de un rato.

—Lo sé.

—¿Por qué haces esto? —Kenneth detuvo al caballo y lo miró con fijeza.

—¿Por qué lo hacías tu? —preguntó el otro.

—¿Me estás imitando? No soy un buen ejemplo, Ewan. En realidad soy el peor que podrías escoger.

—No te estoy imitando.

—¿Entonces? Este no eres tú.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé. —Kenneth bajó del caballo y le hizo un gesto para que él bajase también.

—No quiero hablar de esto —dijo Ewan sin moverse.

Kenneth se fue hacia él y lo agarró de la chaqueta tirando con tal fuerza que no pudo contenerlo.

—¡Mierda, Kenneth! —Lo empujó ya con los pies en el suelo.

—¿Quieres que nos peguemos? —Su hermano soltó las riendas de Glenfyne y se subió las mangas—. Adelante.

—No voy a pegarme contigo.

—Mejor para ti.

—Ya no soy ningún niño, podría defenderme.

Kenneth arqueó una ceja y lo miró desafiante, aunque sabía que tenía razón. De hecho, Ewan era más alto que él y sus músculos eran tan fuertes como los suyos. Probablemente en esa pelea tampoco saliese muy bien parado.

—¿Qué narices haces? En serio, Ewan. Es Caillen. Los partos pueden ser complicados. ¿Y si hubiera ido mal?

El otro apartó la mirada y masculló algo ininteligible. Kenneth lo agarró del brazo para obligarle a mirarlo.

—¿Qué?

—Bonnie tendría que haber estado ahí, con Augusta.

Kenneth cerró un momento los ojos.

—Acabáramos.

—Tú has preguntado.

—Bonnie no quiere estar aquí, Ewan, asúmelo.

—Claro que quiere.

—Está bien, no puede, ¿mejor así?

—Mucho mejor.

—¿Entonces?

—¡Maldita sea, Kenneth! —Se apartó de él y tiró de las riendas de Ruadh para que avanzase con él.

Su hermano se colocó a su lado.

—Tienes que aceptarlo, es lo que ella ha decidido.

—Como si fuera tan fácil.

—No he dicho que lo sea —dijo Kenneth suavizando el tono—. Imagino por lo que estás pasando, pero…

Ewan lo miró con tal expresión que el otro enmudeció. Siguieron caminando en silencio y poco a poco sus ánimos se calmaron.

—Padre se ha emocionado —dijo Kenneth sonriendo.

—No es para menos.

—Si hubiera sido niña le habrían puesto…

—…Constance —se adelantó el pequeño y sonrió cuando los dos dijeron al unísono «Es Caillen».

—El tiempo pasa, Ewan —dijo después de un largo silencio—. Es irremediable.

—Ella se casará con otro. —Su voz no mostró emoción alguna—. Tendrá hijos de otro…

Kenneth apoyó una mano en su hombro y lo apretó con fuerza.

—¿Cómo saber lo que nos deparará el futuro?

Ewan asintió, aunque su expresión era demasiado elocuente como para creerle.

—No hagas como yo —pidió Kenneth—. El dolor no se mitiga bebiendo. El alcohol no hace más que debilitarte cada día un poco más. Debes aprender a sortear los golpes, Ewan. Devolverlos cuando sea necesario y aguantar los que te toque recibir. Así es la vida, hermano, y no se puede huir de ella y seguir respirando. No pienses en que no puedes tener a la mujer que deseas, céntrate en ser el hombre que ella merece.

Ewan lo miró desconcertado.

—No importa si estáis juntos o no, tú sabes que ella te ama, ¿verdad? Ninguna mujer renunciaría a todo si no es por amor.

Ewan agachó la cabeza para ocultar el dolor que emergió a sus ojos. Kenneth lo cogió por los hombros y lo apretó contra sí con fuertes sacudidas.

—Vamos, eres un McEntrie, puedes con esto.

El pequeño asintió y se libró de su agarre de un empujón.

—¿Qué hacemos caminando? —dijo poniendo el pie en el estribo—. Tengo que ver a mi sobrino.

Kenneth montó también y aceleraron el paso con precaución.

Caillen bajaba las escaleras frotándose la cara.

—Te vas a romper la crisma —advirtió Kenneth que subía en ese momento—. ¿Adónde vas?

—A mi despacho. ¿Has traído a Ewan?

—Sí. Lo he mandado a las caballerizas a dejar a los caballos.

—¿Te tomas una copa conmigo?

Kenneth asintió y se dio la vuelta para bajar con él.

—¿Le has pegado? —preguntó entregándole el vaso de whisky antes de sentarse frente a él.

—No. —Sonrió—. Creo que ya es más fuerte que yo.

—Imposible.

Caillen soltó una carcajada al ver que asentía convencido.

—Aun así, podría darle una paliza. Tengo más experiencia que él.

—De eso no hay duda. Entrenaste conmigo durante años.

—Tú entrenaste conmigo.

—De eso nada —negó Caillen—. Siempre eras tú el que empezabas todas las peleas.

Kenneth entornó los ojos.

—Eso es cierto.

Caillen suspiró y apoyó la cabeza en el respaldo cerrando los ojos.

—No me puedo creer que tenga un hijo —musitó—. Cuando lo he sostenido en mis brazos por primera vez ha sido…

Kenneth asintió pensativo. No podía ni imaginar cómo sería eso y empezaba a anhelar experimentarlo.

—Voy a proteger a ese niño con mi vida —dijo Caillen mirándolo con fijeza.

—Estoy seguro de ello.

El abogado se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en sus piernas. Hizo

girar el líquido dentro del vaso con cuidado de no derramarlo.

—Caillen…

Él otro levantó la mirada interrogador.

—Lo siento.

Se irguió muy despacio con el ceño fruncido. Kenneth apuró el whisky de un trago y dejó el vaso en la mesita junto a él antes de ponerse de pie.

—Siento todo lo que te hizo.

—¿Qué?

—Y siento no haber dicho… nada.

La sangre había abandonado el rostro de Kenneth y la crispación en sus facciones daba cuenta de la tensión que soportaba. Caillen se levantó también y dejó el vaso en la misma mesilla antes de mirarlo.

—¿Quieres hacer esto ahora? —preguntó sereno.

Kenneth asintió.

—Cuando te he visto sosteniendo a tu hijo se me ha roto algo por dentro. Eres mi hermano y te quiero. Necesito que lo sepas.

—Lo sé.

—Quise odiarte, pero no pude.

—También lo sé.

—No voy a excusarme contándote lo difícil que fue para mí. Sé que debí hacer algo y me mata haber sido tan cobarde.

—Preferiría que no hubieses escogido este día.

—No se me ocurre ninguno mejor —respondió Kenneth.

—Tengo algo que decirte que te va a doler.

El otro asintió una vez consciente de que tenía derecho a hacerle daño.

—Tu madre no pretendía destruirme a mí. Lo que siempre quiso fue… hacerte daño a ti.

El rostro de Kenneth era una mezcla de angustia, desconcierto, miedo… Caillen suspiró sintiendo un dolor sordo e intenso en el estómago.

—Lo sabías.

Kenneth asintió.

—Por eso me odiabas.

—Ojalá te hubiese odiado, habría sido todo mucho más fácil para mí.

—Te obligó a mirar, a ser su testigo, su esbirro. Te llevó hasta aquella cueva y te dijo que me ahogaría en cuanto subiese la marea. Te obligó a callar y te convirtió en su víctima. A mí solo me golpeaba, pero a ti te hizo creer que te amaba, que eras el único al que amaba.

Kenneth apretó los puños. Aquella furia que lo invadía desde niño y que tantas veces descargó contra él volvía a su pecho con el mismo ímpetu.

—No tienes la culpa de nada, Kenneth. De nada. Sé, a ciencia cierta, que cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo en tu situación.

—No es cierto.

—Sí lo es. Los niños son manipulables, no tuviste opción.

—La tuve. Cuando fui lo bastante mayor como para comprender lo que ella nos había hecho.

Caillen asintió y lo soltó.

—Sí, entonces la tuviste.

—Fui un capullo.

—Cierto.

—Dougal debería haberme golpeado solo a mí.

—Yo no era manco.

—Pero no era tu culpa.

—Tampoco tuya.

Kenneth torció una sonrisa.

—Los dos sabemos que sí.

—Puedes olvidarte de aquello ya, Kenneth. Yo no pienso en ello nunca.

—¿De verdad?

Caillen asintió.

—De verdad.

Su hermano dejó escapar el aire de un suspiró y sus hombros se relajaron.

—No murió en su cama, ¿verdad? —preguntó Caillen con delicadeza.

Kenneth negó con la cabeza.

—No.

—Tú la encontraste.

Kenneth asintió.

—¿La lámpara?

Kenneth negó con la cabeza.

—Una viga.

—Debió de ser espantoso.

El otro entornó los ojos y asintió.

—Lo fue, pero también sentí alivio. Durante años creí que era un monstruo por ello. Alegrarte de que tu madre esté muerta no es muy cristiano.

—¿Padre te obligó a callar?

Kenneth asintió con la cabeza de nuevo.

—No debió cargarte con ese peso. Eres mucho más fuerte de lo que pensaba, no hay duda.

—Serás un padre magnífico —dijo sincero.

—Tú también.

Kenneth apartó la mirada visiblemente turbado.

—Espero que Rowena me perdone por decírtelo —dijo Caillen.

Su hermano lo miró ahora confuso.

—¿Qué?

—Está embarazada.

—¿Qué? —repitió.

—Me matará sin duda —se rio Caillen—. Me dijo que no se lo dijera a nadie.

—¿Hablas de Rowena?

—¿Hay alguna otra a la que puedas haber dejado embarazada?

—¿Te lo ha contado antes que a mí? —preguntó ignorando la pulla.

—Me cuenta muchas cosas —dijo enigmático.

Kenneth tenía el corazón tan desbocado que escuchaba su sangre como un rugido dentro de los oídos.

—¿Embarazada? —musitó.

—Deberías sentarte —dijo el otro divertido.

—Embarazada…

Caillen lo detuvo cuando hizo ademán de salir de allí.

—No quiero morir a manos de mi cuñada ahora que soy padre. Cálmate —dijo empujándolo para que se sentara—. Te serviré otro whisky y te tranquilizarás. Tienes que fingir cuando ella te lo cuente.

Rellenó el vaso y lo puso en su mano.

—Bebe —ordenó y luego se sentó frente a él.

Kenneth obedeció mientras en su mente se repetía aquella palabra una y otra vez.

—No podré disimular.

—Tienes que hacerlo o me cortará en rebanadas.

—¿Voy a tener un hijo?

Caillen asintió sin borrar su sonrisa.

—Y tienes que dejar atrás todas esas mierdas, hermano. Ya somos hombres, lo pasado, pasado está.

Kenneth asintió.

—Si me dices que me perdonas, lo olvidaré para siempre.

—Te perdono.

—¡Voy a ser padre! —exclamó riendo de pronto y llevándose las manos a la cabeza se vertió el whisky encima.

Caillen se apresuró a quitarle el vaso.

—¡Por Dios! Tu mujer se va a pensar que te has bañado en una barrica.

Entró en el cuarto tratando de no hacer ruido, pero Rowena abrió los ojos en cuanto hubo cerrado la puerta. Se incorporó con ojos somnolientos y lo miró interrogadora.

—¿Estás borracho?

—No —dijo él conteniendo el impulso de correr a abrazarla—. Estaba con Caillen en su despacho y me he tirado el whisky encima.

—¿Os habéis peleado? —preguntó asustada.

—No. Estábamos hablando y…

—¿Hablando de qué?

—De todo.

Rowena entornó los ojos con el ceño fruncido y lo observó mientras se despojaba de la ropa. Dios Santo, ese hombre no era de este mundo.

—Voy a lavarme, vuelvo enseguida —dijo caminando hacia la puerta.

Volvió al cabo de unos minutos con el pelo mojado y se metió en la cama desnudo. Rowena no esperó caricia alguna, se sentó sobre él a horcajadas y durante la siguiente media hora no se escucharon más que gemidos y palabras dulces susurradas al oído.

—Te lo ha dicho —dijo cuando la abrazó por la espalda.

—¿Qué?

—Caillen te ha contado que estoy embarazada.

—¿Estás embarazada?

Rowena se habría echado a reír al ver sus esfuerzos por disimular, si no estuviera tan enfadada.

—Maldita rata. No volveré a confiar en él.

Kenneth comprendió que no tenía sentido seguir mintiendo y la apretó contra su cuerpo pegándose a sus nalgas.

—Hemos hablado de mi madre —dijo—. Ha sido una conversación muy difícil.

Rowena se tensó, sabía lo importante que era aquello para él.

—¿Y cómo ha ido?

—Muy bien. Ha sido duro, pero muy clarificador.

—Entonces… ¿estáis bien?

—Ajá.

—Pero ¿bien de verdad?

—Bien de verdad.

—Por eso te lo ha contado —sentenció su esposa.

—Me ha dicho que seré un buen padre.

Ella se giró en sus brazos y lo miró a los ojos.

—Serás el mejor padre del mundo —dijo sincera—. De mí no estoy tan segura.

—¿Qué dices? Tú serás maravillosa.

—Me he muerto de miedo solo de pensar que voy a tener que pasar por lo que ha pasado Augusta. Una cosa es que lo tuyo entre ahí —dijo señalando hacia abajo—, y otra muy distinta es que un niño salga por un sitio tan pequeño.

—Ahora se siente insignificante —dijo él señalándose.

—Comparado con un bebé, lo es.

Su esposo se restregó contra ella.

—Vamos a tener que contenernos un poco —dijo Rowena mirándolo con una clara advertencia en los ojos—. Nada de hacerlo en cualquier sitio.

—Ajá. —Envolvió uno de sus rotundos pechos con su mano—. Están más grandes.

—Nada de hacerlo varias veces seguidas.

—Desde luego. —Bajó la mano serpenteando por su abdomen y se coló entre sus

piernas.

—Kenneth… —gimió al sentir sus acertadas caricias.

—Dime, amor. —Metió la lengua en su boca sin dejarla hablar y Rowena se rindió sabiendo que no tenía la menor oportunidad.

Capítulo 22

Con la primavera de 1815 llegó el primer cumpleaños de Daniel. Los niños se habían convertido en el centro de las vidas de los McEntrie y unos y otros intercambiaban posiciones y roles constantemente frente a ellos, siendo protectores, padres, tíos y amigos de juegos en distintos momentos del día. Elizabeth anunció su segundo embarazo y a Dougal tuvieron que sujetarlo para que no se desplomase en mitad del salón. Lo que nadie pudo evitar fue que llorase como un niño.

Después de los Juegos de las Highlands, que ese año se celebraron a finales de mayo, Rowena y Kenneth se trasladaron a vivir a *Slioscreige* para que ella estuviera constantemente acompañada hasta el final del embarazo, Kenneth fue tajante en esto. Insoportablemente tajante, pues no dejaba que estuviera sola en ningún momento y la sacaba de quicio. El resto de los McEntrie tuvo que acostumbrarse a los gritos y los portazos a horas intempestivas, cada vez que ambos cónyuges hacían gala de su apasionada diferencia de opiniones. Todo fuese por el bien de ese niño.

A la primavera le siguió un verano extraño y calmado que temperó los ánimos y estabilizó las emociones de los McEntrie. También las de Ewan que, de un tiempo a esa parte, parecía haber madurado enormemente. De ser un joven inexperto, inocente y distraído pasó a convertirse en un hombre, responsable y sereno, volcado por completo en el trabajo. Era el que más caballos había entregado en los últimos meses, se pasaba semanas lejos de *Slioscreige* sin quejarse, cuando antes evitaba esa tarea siempre que podía. Trabajaba en las caballerizas, era el que más horas dedicaba al mantenimiento y jamás negaba su ayuda a todo aquel que le pedía que examinase a unos de sus animales, ya fuesen ovejas, vacas o caballos. Eso sin contar las veces que había atendido a Rufus, el perro de Mungo, cuya costumbre de alejarse de su amo persiguiendo mariposas le había dado algún que otro susto.

A principios de agosto nació el hijo de Kenneth y Rowena, cuyo embarazo se alargó más de lo esperado. Al parecer el pequeño se hallaba muy a gusto y no tenía el menor deseo de salir de su escondite.

—No vas a ponerle Caillen. —Su hermano lo miraba visiblemente emocionado.

—Lo siento si querías llamar así a uno de tus hijos —dijo Kenneth con su hijo en los brazos—. Tuviste tu oportunidad y escogiste Craig.

—No es por eso, idiota. —Miró a su sobrino con ojos brillantes.

—Quiero que se convierta en un hombre justo y digno de admirar —siguió Kenneth —. Tu nombre le irá como un guante.

Caillen apretó los dientes para contener su emoción y Augusta se acercó a su cuñado y lo abrazó por la espalda.

—Me estás mojando la camisa —dijo Kenneth burlándose.

—Dame al niño —pidió Caillen quitándoselo de los brazos.

Rowena los miraba con evidente malhumor. Ya no quería arrancarle la cabeza a su esposo por ser el culpable de que ella hubiese tenido que sufrir tanto para traer a su hijo al mundo, pero aún no estaba preparada para emocionarse con sensiblerías. Kenneth se acercó a ella con evidente prevención.

—No sabía que tuvieras tanta fuerza —musitó inclinándose hacia ella—. Ese puñetazo me ha dolido.

—Más te va a doler como vuelvas a dejarme embarazada. No voy a volver a pasar por esto, que lo tengas claro.

Kenneth asintió mirándola con fijeza.

—Gracias, amor mío —susurró él y después le dio un tierno beso en los labios.

Rowena suspiró cuando él se apartó. Estaba decidida a no dejar que la tocara siquiera, pero si un solo beso, un ridículo y dulce beso era capaz de derribar todas sus barreras, no había esperanza para ella, estaba irremisiblemente condenada. Gruñó de impotencia.

—Tienes que aceptarlo, Dougal, Daniel me eligió a mí y una apuesta es una apuesta. —Lachlan miraba a su hermano con severidad—. Cuando pueda montar, yo elegiré su caballo. Mira Edward, en su carta me pedía que eligiera un semental para su hijo Patrick cuando no tenía más que un mes. Todos saben que soy el mejor en esto, y Daniel me escogió, no hay discusión posible.

—Le ofreciste la fresa más vistosa, eso es hacer trampa.

—Nadie dijo que tuviera que ser al azar, lo siento. —Se encogió de hombros con mirada burlona.

—Yo apuesto por Lachlan —dijo Kenneth acercándose a sus hermanos.

—¿Cuánto? —Ewan lo miró con las manos en la cintura.

—Cinco libras.

—¿Tanto? —Se burló el pequeño.

Los otros dos los miraron con expresión irónica.

—¿Alguien ha tenido tiempo de leer la última carta de Brodie? —preguntó Augusta uniéndose al grupo.

—Todos —dijo Ewan asintiendo—. Está claro que no vuelve.

—Brodie ya es inglés —sentenció Dougal, aún de malhumor por haber perdido el derecho de elegir el primer caballo de su hijo.

—¿No os parece peligroso ese Weis? —preguntó Lachlan.

Todos miraron a Dougal que enarcó una ceja.

—¿Tú lo conociste? —Ewan lo miraba interesado.

El pirata asintió con la cabeza.

—¿Crees que es de fiar?

Negó del mismo modo.

—¡Lo sabía!

—Joseph sabrá qué hacer con él.

—¿Hablas de algo definitivo? —preguntó Kenneth.

—Si hace falta…

—Bajar el tono —pidió Caillen que aún sostenía a su sobrino en los brazos.

Todos miraron hacia las mujeres que, sentadas alrededor de Rowena, no les prestaban atención.

—Desde que Joseph cambió su «modelo de negocio» —siguió Dougal en susurros —, isla Refugio pasó a ser parte de su infraestructura. Allí recalan sus barcos cuando lo necesitan. Aquella gente es su gente y no deja que nadie los moleste. Weis conoce a Bluejacket, no se enfrentaría a él. Habrá sido un malentendido.

—No sé cómo puede malentenderse un disparo a bocajarro —dijo Kenneth ceñudo —. Pero si tú lo dices…

Dougal lo miró con una expresión que todos conocían bien y que habría hecho temblar a cualquiera que no fuese un McEntrie. Kenneth, en cambio, sonrió burlón e hizo un gesto con la mano como si aventara una mosca.

—¿Y por qué no vuelve Cecilia? —Augusta atrajo la atención de los hermanos que la miraron con expresión confusa.

—Así que tú también la has leído. —Caillen sonreía.

—La dejaste en la mesilla de noche… Cecilia no corre ningún peligro sin Carlton por aquí.

—No creo que sea su intención —respondió Lachlan—. Está claro que le gusta Londres.

—Pues su madre está convencida de que va a volver —insistió Augusta—. ¿No deberíamos decirle a Brodie que la convenza?

—Es mejor no meternos —dijo su esposo mirándola con ternura.

—Dame al bebé, ya ha estado demasiado rato lejos de su madre y tiene que aprender a mamar. —Su mujer lo cogió de sus brazos y él la besó en la frente antes de volverse de nuevo hacia sus hermanos.

—Que a Brodie le iba a gustar la vida de Londres, ya lo sabíamos —dijo—. Y parece que Joseph y Harriet lo tratan extraordinariamente bien, solo habla maravillas de ellos.

—No podía ser de otro modo —afirmó Dougal rotundo.

—Ya salió —dijo Caillen señalándolo con la mano.

—¿Qué?

—Tu amor por los Burford.

—Lo único malo que tienen es el apellido, deberían cambiárselo.

—Solo a ti se te ocurre semejante idea —se burló Caillen.

—Lo del caballo para Daniel, ¿al final cómo queda? —preguntó Ewan metiendo cizaña.

Dougal miró a Lachlan desafiante.

—Todavía faltan unos cuantos años para que mi hijo pueda montar —dijo mordiendo cada palabra.

—Eso es cierto —afirmó Lachlan—, pero cuando llegue el momento, yo escogeré al animal. Reconócelo, soy el mejor en eso y todos haríais bien en dejarme elegir las monturas de vuestros hijos.

—He ganado —dijo Kenneth viendo la expresión de derrota en el rostro de Dougal.

Ewan asintió y sacó el dinero de su bolsillo.

—¿Dónde está padre? —preguntó el mayor de los McEntrie como si acabara de darse cuenta de que había desaparecido.

—¿Lo estará celebrando solo? —Kenneth se dirigió a la puerta.

—No será capaz —dijo Dougal adelantándolo.

—He visto una caja de puros en su despacho…

Lachlan los alcanzó antes de que cerrasen la puerta y a Ewan no le quedó otra que seguirlos cuando las mujeres empezaron a hablar de cosas de madres.

—No te preocupes, ya se agarrará —la tranquilizó Elizabeth después de unos minutos de infructuosos intentos.

—¿Y si no quiere? —Rowena estaba preocupada, no recordaba que a ellas les hubiese costado tanto.

—¡Claro que querrá! —se rio Enid—. ¡Les encanta la leche!

—Tampoco es que puedan comparar con otra cosa —se burló Augusta.

—¿De verdad le ha escrito una carta? —Enid volvió al tema del que hablaban antes del intento de Rowena de amamantar al pequeño Caillen—. ¿Katherine?

Su cuñada asintió con la cabeza.

—¿Y para qué? —insistió Enid.

—Pues para interesarse por su salud, ¿para qué va a ser?

—Pero si se odian.

—No se odian, solo se llevaban mal.

—Que es un eufemismo para decir que se odian.

—Lavinia Wainwright ha vivido un infierno, Enid, hay que tener caridad.

—¿No está en un sanatorio mental? —preguntó Rowena levantando la mirada del rostro de su bebé como si le costase un enorme esfuerzo dejar de mirarlo—. No sabía que allí se recibiesen cartas.

—En una casa de reposo —puntualizó Augusta—, no es lo mismo.

—¿No os parece más guapo de lo normal? —dijo Rowena sonriendo a su bebé.

Las otras se miraron cómplices.

—Por supuesto —dijo Augusta.

—No hay duda —afirmó Elizabeth.

—El más guapo con diferencia —corroboró Enid sin poder contener la risita.

Rowena las miró con inquina y Elizabeth continuó con el tema anterior sin prestarle atención.

—Aún estaba en ese lugar cuando Emma me escribió para contármelo. No puedo ni imaginar por lo que ha pasado esa mujer, de verdad que me da pena.

—Escribiré mañana mismo a Katherine para preguntarle —dijo Enid resuelta.

—No tienes remedio, Enid —se rio Augusta.

—¿Qué pasa? Quiero saber…

—Eres una cotilla —espetó Rowena negando con la cabeza.

—Me alegra mucho que ya seas madre y hoy te lo perdono todo, pero no te pases —

dijo Enid elevando el mentón con fingido orgullo—. Que me guste estar bien informada no significa que sea una cotilla.

Rowena miró de nuevo a su hijo con cara de boba y Enid sonrió con complicidad.

—Este momento es maravilloso, ¿verdad?

Elizabeth se llevó una mano a su barriga con un gesto instintivo y sus ojos se humedecieron. Desde que descubrió que estaba embarazada de nuevo su sensibilidad se había acrecentado y no era raro verla emocionarse por cualquier cosa. Pero es que el pequeño Caillen no era cualquier cosa, como no lo había sido ninguno de los bebés que habían llegado a la familia en tan poco tiempo. Miró a sus cuñadas y su corazón se inflamó de cariño. Al principio de vivir en *Slioscreige* pensó que se sentiría muy sola sin sus sobrinas. Aún las echaba muchísimo de menos, todos los días, pero no se sentía sola en absoluto, al contrario, sabía que era afortunada por tener la familia que tenía.

—La verdad es que ha sido muy agradable vivir aquí con vosotras —dijo Rowena con una brillante sonrisa—. Os voy a echar de menos, sobre todo ahora, con Caillen. No sabré lo que…

—Quedaos —dijo Elizabeth y las otras la miraron sorprendidas—. ¿Qué? Todas pensamos lo mismo.

—Pero la propiedad… —Augusta fruncía el ceño mientras buscaba las palabras—. Le costó mucho conseguirla.

Elizabeth se encogió de hombros.

—Solo es una casa.

—No —negó Rowena y su mirada fue tan cálida que su cuñada volvió a emocionarse—. Me encanta que me lo propongas, Elizabeth, y te quiero mucho por ello, pero mi lugar está allí. Siempre he querido tener algo que fuese mío y derramé muchas lágrimas por esa casa.

—No estás tan lejos —dijo Enid buscando algo bueno que decir.

—Claro que no —dijo Rowena sonriéndole.

—Bueno, no pensemos en eso ahora —aclaró Augusta—, hasta que no estés recuperada del todo Kenneth no querrá regresar.

—Cierto —dijo Elizabeth.

—Hay que ver lo enamorado que está —siguió Augusta riéndose—, es como ver a un adolescente que acaba de descubrir…

—Pues anda que el tuyo —la cortó Enid—. Caillen te mira con unos ojos que…

—Será que Lachlan no está enamorado —dijo Rowena.

—Somos muy afortunadas. —Elizabeth se limpió una lágrima furtiva que escapaba por la comisura de su ojo—. Muchísimo.

Las cuatro asintieron.

—Ojalá Bonnie… —Elizabeth no disimuló su pesar—. Ayer me encontré con Annabella en Lanerburgh y me dijo que su madre y ella regresarán en Navidad.

—No me puedo creer que no nos haya mandado ni una mísera carta en todo este tiempo —dijo Enid con disgusto.

—Estoy muy preocupada por ella —confesó Elizabeth.

Las otras la miraron con seriedad.

—¿Preocupada? —Rowena se puso seria—. Ella debería estar preocupada, cuando la vea le voy a decir cuatro cosas bien dichas. Se ha portado fatal con nosotras. No estuvo cuando nació Craig ni ahora con Caillen. —Miró a su niño con devoción antes de volver a mirarlas a ellas—. Ni siquiera se ha interesado por nuestra salud en todo este tiempo.

—No entiendo lo que le ha pasado —se lamentó Enid—. Creía que nos apreciaba de verdad. Sobre todo a ti, Elizabeth.

—No sabemos sus motivos —dijo la mencionada mirándolas a todas—. Esa niña no tiene maldad ninguna. Si se ha mantenido alejada, seguro que tenía un buen motivo para ello. Estoy segura de que ella es la que más ha sufrido con esta ausencia.

—Eres demasiado buena —dijo Augusta que también estaba molesta—. Sea lo que sea, podía haber mandado una nota al menos, algo para que supiéramos que no se ha olvidado de nosotras.

—No la juzguemos sin saber. Esperaremos a escuchar sus explicaciones cuando regrese.

—Pobre Ewan —dijo Enid con pesar.

—Él sabe dónde está —afirmó Rowena—, me extraña que no lo hayas interrogado para sonsacarle.

—Lo he intentado muchísimas veces —se jactó la otra—, pero no suelta prenda.

—¿No os sorprende que se resignara? —preguntó Augusta.

—No se ha resignado —afirmó Rowena mirando a su hijo.

—¿Tú crees? —Enid frunció el ceño—. Pues yo lo veo la mar de tranquilo. Y eso que el conde Ardbrock lo ha provocado unas cuantas veces.

—Ese desgraciado no aprende —dijo Rowena con una sonrisa malévola—. Querrá

que le rompan el otro brazo.

—Pues, sí —dijo Enid—. Menos mal que ninguno de nuestros hombres le hace ni caso.

—¿Os acordáis de lo que pasó con esa criada? —dijo Rowena con desprecio—. Si yo fuese Isobel os aseguro que me las pagaba.

—Pobre Isobel —asintió Enid—. Ese hombre es odioso, ponerla así en evidencia delante de todos. ¿Es que no tiene vergüenza?

—Su padre era horrible, pero él lo supera con creces. —Augusta se levantó para coger una galleta e hizo ademán de volver a sentarse en la cama.

—Ni se te ocurra —le advirtió Rowena—. No hay nada que Kenneth odie más que encontrarse migas entre las sábanas.

—Ni que durmiera desnudo —dijo su amiga y enseguida rompió a reír al ver la cara de Rowena—. ¡No me digas!

—No es necesario que lo sepamos todo las unas de las otras —aclaró Elizabeth—. Y, Augusta, no se habla mal de los difuntos.

—¿Por qué no? Era un hombre horrible y eso no cambia porque se haya muerto, ¿no?

—No podemos olvidar que ahora que es conde tiene más influencia que antes —dijo Elizabeth con mirada reflexiva—. Debemos procurar que nuestros hombres se mantengan lo más alejados posible de él.

—¿Alguien sabe adónde va Ewan cada vez que se ausenta? —preguntó Augusta con curiosidad.

Enid la miró frunciendo el ceño.

—¿Te refieres a cuando lleva los caballos?

Augusta asintió y las otras la miraron interrogadoras.

—¿No os habéis fijado que siempre tarda demasiado en regresar? Cuando los llevan nuestros maridos van y vienen en el mismo día siempre que pueden y cuando no, procuran estar el menor tiempo posible fuera. En cambio Ewan…

—¿Crees que tarda más a propósito? —preguntó Enid, desconcertada.

Augusta se encogió de hombros.

—¿Por qué? —Ahora fue Rowena la que preguntó.

—No lo sé.

—¿Se lo has preguntado?

—Dice que no tiene prisa para llegar a ninguna parte.

—Pobre —se lamentó Enid—. No tiene ilusiones desde que aceptó que Bonnie y él…

—¿Creéis que ella se casará cuando regrese? —Augusta hizo una carantoña al bebé.

—Ahora mismo podría estar casada y no lo sabríamos —se quejó Rowena.

Augusta se levantó de la cama de nuevo y cogió el vaso de agua para acercárselo a la parturienta.

—Bebe, tienes que reponer líquidos para que te suba la leche.

Su cuñada obedeció sin rechistar y volvió a intentar que el pequeño Caillen se agarrase a su teta. Esta vez, el somnoliento bebé encontró el modo de sujetar el pezón y comenzó a succionar. Rowena abrió los ojos como platos y miró a las demás con expresión sorprendida.

—Está…

—¡Sí! —aplaudió Enid.

Rowena siguió mirando la maravillosa carita de su bebe que mamaba con entusiasmo y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Nunca en su vida había sido tan feliz.

Elizabeth siguió pensando en Ewan a pesar de que cambiasen el tema de conversación. Ella también echaba mucho de menos a Bonnie y sabía que la tristeza que impregnaba a Ewan era la misma con la que su joven amiga vivía donde quiera que estuviese.

Capítulo 23

El otoño llegó y Rowena y Kenneth regresaron a su casa con el pequeño Cai, nombre con el que se habían acostumbrado a dirigirse a él, porque Caillen les parecía demasiado grande.

En aquella mañana fría de noviembre, Craig miraba a su hijo pequeño desde el otro lado de su escritorio, mientras Ewan permanecía de pie a la espera de que dijese lo que tuviese que decir.

—Tu hermano ha vuelto a insistir —dijo en tono tranquilo—. ¿Podrías, por favor, planteártelo al menos?

—No.

—¿Tanto te disgusta Londres?

Ewan suspiró con cansancio.

—No voy a irme, padre.

—Ya hace un año que se marchó, Bonnie no tardará en volver.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que he estado haciendo hasta ahora.

—No será lo mismo y lo sabes. En cuanto llegue, su padre va a obligarla a asistir a toda clase de eventos, tendréis que veros. Y tú la verás con otros.

Ewan asintió sin que su rostro se alterase.

—Ewan…

—No haré ninguna estupidez —lo cortó.

—¿Como la de provocar al conde de Ardbrock?

—Ya sabes que eso forma parte del pasado. He cambiado. Ya no soy un crío.

—Ewan, hijo… —Se puso de pie y rodeó la mesa para ponerse frente a él—. Estoy preocupado por ti. Todos lo estamos.

—No tienes de qué preocuparte, padre. Lo entiendo, pero puedes estar tranquilo.

—¿De verdad lo has superado?

—No lo he superado, padre. No voy a superarlo nunca —confesó—. Pero no haré nada que la perjudique o le haga daño. Su felicidad es mi único anhelo ahora mismo y no seré yo el que le ponga el menor impedimento.

—Al menos dime que hablarás conmigo o con tus hermanos si te ves… desbordado.

Ewan sonrió con cariño y asintió.

—Lo haré.

—¿Le llevarás el caballo a los Carmichael como dijiste ayer?

Ewan asintió de nuevo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Una semana. —Sonrió a su padre con afecto—. Deja de preocuparte, estoy bien.

Salió del despacho y del castillo para dirigirse a las caballerizas. Hacía un día magnífico, un perfecto día de otoño, la época preferida de Bonnie. De repente su imagen se materializó delante de él. Sus ojos brillantes por la emoción, sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo, su voz cantarina recitando una cuenta interminable. Sacudió la cabeza con un gruñido y se arrancó aquella imagen de cuajo al tiempo que aceleraba el paso.

—¿Qué vas a hacer cuando Bonnie regrese? —Dougal lo abordó en cuanto llegó a las cuadras.

Ewan lo miró con fijeza, pero en lugar de decir nada dejó escapar un sonoro suspiró de impaciencia.

—Escúchame, tonto del culo, deja de agobiarte cuando nos preocupamos por ti. Tú harías lo mismo si fuese uno de nosotros.

—¿Si fuese uno de vosotros el qué?

—El que tuviese el corazón roto.

Ewan echó el cuello ligeramente hacia atrás sorprendido.

—Qué poético —dijo burlón dirigiéndose a la cuadra de Ruadh.

—No me has contestado. —Dougal lo siguió.

—No lo sé.

—¿Habéis hablado de esto?

Ewan enarcó una ceja con expresión cínica.

—No hemos vuelto a hablar.

—¿Te piensas que soy imbécil? ¿Adonde vas cada vez que entregas un caballo?

—Me tomo unos días para descansar de vosotros.

—Ya. Y yo estuve de vacaciones en el barco de Bluejacket.

—Tengo mucho en lo que pensar y con vosotros dándome la vara es imposible.

—Mira, Ewan, esto funciona así: yo te pregunto algo y tú me respondes sin darle

vueltas, ¿lo pillas? Soy tu hermano mayor y…

—Corro —respondió el pequeño perdiendo la paciencia.

—¿Qué?

—Participo en carreras.

—¿Qué? —repitió.

—Me gustó ganarle a Duncan y me he apuntado a varias carreras.

—¿Qué te has…? ¿Por qué no nos lo habías dicho? Habríamos…

—Por eso, por que «habríais».

—¿En serio? —Dougal lo agarró por los hombros y lo sacudió—. ¿Y has ganado?

—Unas cuantas.

El mayor de los McEntrie lo sacudió más fuerte y se rio a carcajadas.

—¡Tenías que habérnoslo contado! ¿Cómo se te ocurre…? Tienes que darnos los detalles.

—Ahora no puedo, voy a llevar el caballo de los Carmichael.

—¿Y correrás?

Ewan asintió.

—Estaré una semana fuera.

—Iré a verte.

—No puedes, aquí hay mucho trabajo y voy a correr en Crailloch.

—¿Tan lejos? ¿No había otra carrera más cerca?

—En esta época no hay muchas, ya lo sabes.

Dougal suspiró al tiempo que asentía.

—Está bien. Cuando corras en una más cerca iré. —Lo miró de frente entornando los ojos—. ¿Me prometes que no has hablado con Bonnie desde aquella vez?

—Te lo prometo.

Sabía bien que Ewan nunca mentía, así que aceptó lo que le decía y lo dejó ensillar a Ruadh y él se dispuso a preparar al caballo de los Carmichael.

—Soy tu hermano mayor, no deberías enfadarte porque me preocupe por ti —dijo elevando el tono desde la cuadra.

—Podrías probar a dejarme en paz, a lo mejor hasta te gusta.

—¿Quieres un sopapo? ¿Es eso? Porque si lo quieres solo tienes que pedírmelo.

—Al final tendré que irme con Brodie solo por no aguantaros.

—¿En serio? —La voz de Dougal sonó esperanzada.

—No.

—Eres como un cañón con la mecha muy larga, tardará en estallar, pero cuando lo haga se llevará a todos por delante.

El pequeño de los McEntrie asomó la cabeza, pero no dijo nada.

—Cuando mataron a Nuna… —empezó Dougal.

Ewan puso los ojos en blanco, aprovechando que no lo veía.

—… solo podía pensar en matar a Jacob Burford. Matarlo con mis propias manos. Tenía fuego en el cuerpo, no sé cómo explicarlo. Quería romper, destrozar con mis manos, pero desde fuera nadie podía percatarse, estaba frío como el hielo y duro como una roca. *Bluejacket* lo vio. Cuando bebimos en aquella taberna la primera vez me dijo que yo era un cañón con la mecha muy larga. Y tenía razón.

—Tranquilo, yo no tengo «fuego en el cuerpo» —dijo y bajando el tono hasta resultar inaudible añadió—: al menos no todo el tiempo.

—Bhattair no esperará mucho más. Necesita el dinero desesperadamente.

Ewan terminó de atar las correas de la silla y sacó a Ruadh de su cubículo.

—¿Estás tratando de ayudarme? —preguntó al pasar delante de su hermano—. Porque se te da como el culo.

—Estoy tratando de que afrontes que tienes el corazón roto y que aún no han acabado con él. —Dougal lo siguió fuera de las caballerizas—. Ese desgraciado de Bhattair tiene planes para su hija, no ha dejado de decirlo cada vez que alguien ha querido escucharlo. No es que yo quiera, pero tengo oídos y a veces no me queda más remedio que hacerlo porque tiene la estúpida costumbre de aparecer en lugares en los que yo estoy. La cuestión es que, en cuanto Bonnie regrese, lo vas a ver actuar en esa dirección y quiero saber qué harás al respecto.

—Nada.

—¿No harás nada? ¿Aunque ella te lo pida?

—Ella no me lo pedirá —dijo sincero—. De hecho, me pedirá justo lo contrario.

—¿Qué pasó entre vosotros cuando fuiste a verla?

—¿Por qué quieres saberlo?

Dougal inclinó ligeramente la cabeza y su mirada se hizo cálida durante unos segundos.

—Para valorar los daños.

—No preguntes. —Rehuyó su mirada.

—Me cago en todo, Ewan. —Dougal cerró los ojos un instante al comprender—. ¿En serio? ¿Con ella? ¡Maldita sea, eso es mucho peor!

Perdió la paciencia y se quitó la coraza harto ya de cargar con ella. Llevaba todo el año esquivando, sorteando y tratando de ser invisible delante de todos. Era cierto, Bonnie iba a volver muy pronto y tendría que enfrentarse a ella y a todos. De nada servía ocultar lo que sería evidente, porque no iba a ceder ni un milímetro de su posición.

—Está bien, escucha, Dougal, te diré lo que pienso. Bonnie es mi esposa, me importa una mierda lo que diga Bhattair, me importa una mierda lo que ese desgraciado pretenda. Bonnie es mi esposa y no se casará con ningún otro mientras yo respire, ¿lo entiendes?

—¡Te matará!

—Que lo intente.

—¿No te acuerdas de su amenaza? ¿Crees que ella se enfrentará a él? Si crees eso es que eres idiota. Jamás te pondrá en peligro a ti o a tus futuros hijos.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Encontraré el modo.

—Lo mataré yo. —Dougal lo miraba sereno—. Acabaré con él y el destino me lo pagará con una legión de hijos.

—Ya, claro —asintió Ewan—. Buena idea. ¿Se lo cuentas tú a Elizabeth o lo hago yo?

—No tienen por qué saber que he sido yo.

—¿Piensas disfrazarte de pirata?

—Podemos trazar un plan para hacerlo. No nos descubrirán.

—¿Y si sale mal?

Su hermano mayor se encogió de hombros.

—Pues iré a prisión.

—Tu esposa estará muy contenta con eso. Y Daniel. Seguro que a todos nos parece muy bien que tu segundo hijo nazca estando tú encerrado. Muy buen plan, sí señor. Me sorprende que no se me haya ocurrido a mí.

—Amenazó a mi familia, tengo tanto derecho como tú a matarlo.

Ewan suspiró asintiendo.

—Supongo que matarás a Duncan también. Porque él vendrá a por nosotros en

cuanto te encierren. Si no lo haces podría matar a Elizabeth o a uno de tus hijos. Ya sabes: ojo por ojo…

—Lo mataré también.

—Claro que sí, matémoslos a todos.

—Has dicho que no vas a renunciar a ella —afirmó Dougal.

—No.

—Pues no queda otra.

—Ya te he dicho que se me ocurrirá algo.

—Veremos qué opinan los demás —dijo el mayor.

—¿Adónde vas? ¡Dougal!

—¡A buscarlos!

Ewan se puso las manos en la cintura y resopló con fuerza.

—Puede caerse del caballo —afirmó Kenneth—. De hecho, va a caerse del caballo.

—Matar a la gente es delito —se burló Caillen—, incluso si «se caen» del caballo.

—Además no sería bastante con que se cayera él, tendríamos que librarnos también de Duncan —apuntó Lachlan—. Y está claro que no somos asesinos y no vamos por ahí matando a gente a sangre fría.

—Es Bhattair, yo puedo hacerlo —dijo Dougal.

—Y yo —aseguró Kenneth.

—No seáis imbéciles —espetó Lachlan.

Los otros dos se cruzaron de brazos en actitud defensiva.

—Hay que pensar en algo menos… arriesgado —dijo Caillen.

Los otros lo miraron interrogadores.

—No podemos perder tiempo, en cuanto regrese Bonnie va a buscarle un marido y Ewan se pondrá a tiro —advirtió Kenneth.

—¿Nos cargamos también a los candidatos? —se burló Lachlan.

Kenneth se echó reír y Ewan lo miró enarcando una ceja.

—¿Qué? Me ha hecho gracia.

Su hermano pequeño negó con la cabeza sin dar crédito.

—Seguro que podemos encontrar otro modo —dijo Caillen sin perder la paciencia.

—¿Y cuál es tu plan, Ewan? ¿Que Bonnie se quede soltera? —preguntó Kenneth.

—Solo hasta que Bhattair se caiga del caballo —insistió Dougal con tono jocoso.

—¡Qué pesado! —exclamó el pequeño poniendo los ojos en blanco.

—Bonnie no puede casarse, no después de que Ewan… — Lachlan lo miró severo.

—Eso fue cosa de los dos —intervino Kenneth.

—Aun así, fue una locura muy peligrosa. ¡Y en una posada! —Lachlan negaba con la cabeza.

—Aquí el experto en cagarla en posadas —lo señaló Kenneth.

—Yo no hice nada.

—Pero Aileen pensó otra cosa, ¿verdad?

—Precisamente por eso sé lo peligroso que es.

—Estamos todos de acuerdo en que Bonnie no puede casarse con otro —asintió Kenneth—. Lo que no está tan claro es cómo vamos a impedirlo.

—Parad ya —pidió Ewan mirándolos con severidad—. No hay nada que vosotros tengáis que decir o hacer en este tema, no es cosa vuestra y os pido… no, os exijo que os mantengáis al margen. Yo me encargo, ¿de acuerdo?

—¿Como te has encargado hasta ahora? —lo retó Kenneth.

—Sí, como me he encargado hasta ahora —dijo con dureza—. Métete en tus asuntos.

—Si está en peligro nuestra familia, es asunto de todos.

Ewan no pudo rebatir eso.

—Hay que encontrar un modo de neutralizar a Bhattair sin matarlo —dijo Caillen.

Todos se giraron a mirarlo.

—¿Otra vez con eso? —preguntó Kenneth incrédulo.

—Es el mejor modo. Yo puedo hablar con Douglas McLeod.

—Ya sabes lo que piensa padre —Lachlan lo miraba incrédulo—. Y no está claro que sirviese de nada.

—Bhattair nos debería a nosotros ese dinero y lo tendríamos cogido por las pelotas —afirmó Caillen.

—Dejad de darle vueltas al asunto —dijo Ewan—. Yo solucionaré esto.

—Como se nota que ya no eres virgen —dijo Kenneth sonriendo—. Estás hecho un bravucón.

Ewan enarcó una ceja y subió a su caballo dando por terminada la charla.

—Me voy, que hay un buen trecho hasta Crailloch.

Sus hermanos lo vieron alejarse tirando del caballo de los Carmichael. Kenneth se volvió a los demás.

—Está muy cambiado, ¿verdad?

—Hay algo que no nos cuenta —dijo Lachlan pensativo.

—¿Tú también lo has notado? —Kenneth lo miró asintiendo.

—Corre —dijo Dougal.

—¿Cómo que corre? —Kenneth los miró interrogador.

—En carreras.

—¿Qué? —Ahora fue Caillen el sorprendido.

—Ya estás largando —dijo Kenneth cruzando los brazos a la espera.

Capítulo 24

El año se acercaba a su fin presagiando un invierno duro y frío. Sentado junto a la chimenea, Dougal miraba al joven aprendiz de pirata convertido en aprendiz de cocina y sopesaba sus distintas posibilidades. Podía darle una paliza para que cambiase de opinión. Podía mostrarse cariñoso para que cambiase de opinión. O…

—¿De verdad quieres irte?

Tom asintió repetidamente.

—Esto no es para mí, señor. He tratado de amoldarme porque me gustaba estar cerca de usted, pero…

—¿Y qué pasa con esa Betty? Creía que esta vez sí ibas en serio.

—Nah —negó con la cabeza—. Ya está hablando de casarse y sabe que me sale urticaria cada vez que quieren amarrarme.

Dougal entornó los ojos y se recostó contra el respaldo de la butaca en la que se sentaba. Lo observó durante unos segundos y finalmente le señaló una silla cerca del fuego.

—Siéntate.

Tom no se hizo de rogar.

—¿Adónde quieres ir?

—Me gustaría volver a isla Refugio una temporada y luego, ya veré.

—Tendrás que ir a ver a Joseph. Él te dará trabajo en uno de sus barcos.

Tom sonrió al tiempo que asentía.

—Todavía es suya la isla, ¿verdad?

—Sí.

—Me alegro. ¿Sabe algo de Stuart?

Dougal sonrió.

—Sigue allí. Trabaja para Lucy.

—Qué listo el bribón, así tendrá bebida gratis para siempre —masculló el muchacho.

—¿Estás seguro, Tom? Mira que ya no puedes ser pirata, Joseph no lo permitirá.

—No, señor, no quiero esa vida. Pero tampoco quiero esta.

—Lo entiendo.

—No quiero que piense que soy un desagradecido, sé lo mucho que ha hecho por mí. Es que no puedo vivir así, esto no es para mí.

Dougal asintió. Marcel había abandonado la casa de los Burford hacía un año. Aquellos no eran hombres que pudieran llevar una vida ordenada y rutinaria. Él mismo se había visto en dificultades al principio de regresar y aquella sí era su vida.

—Está bien —aceptó al fin—. Lo prepararé todo para tu partida. Irás a Londres a ver a Joseph y él decidirá lo que hace contigo.

Tom sonrió satisfecho y visiblemente ilusionado.

—Pero ni sueñes que vas a irte sin avisar a Betty. Esa muchacha merece que des la cara por ella.

El joven asintió perdiendo parte de la alegría.

—Así lo haré —se comprometió—. Pero ¿puedo esperar a que llegue el momento de irme? Es que quiero llevarme mis pelotas conmigo, señor.

Dougal soltó una carcajada y asintió.

—Mientras seas decente con ella, me parece bien.

La expresión del joven evidenció que ese barco hacía ya mucho tiempo que había zarpado.

—Y tú se lo contarás a Elizabeth —añadió antes de que Tom saliera del salón.

Bonnie ayudó a su madre a bajar del carruaje y juntas entraron en la casa, seguidas por el ama de llaves.

—Bienvenidas —dijo Annabella recibiéndolas en el vestíbulo, sin disimular la sorpresa que le causaba el gran cambio que se había producido en ambas.

Bonnie parecía mucho mayor, pero no en el mal sentido, sino que irradiaba seguridad en sí misma y su porte era elegante y sereno. Y Rosslyn…

—Madre, estás muy bella —dijo con admiración—. Creía que volveríais antes de Navidad.

—¿Tu padre está en casa? —preguntó Rosslyn con una sonrisa afable.

—No —negó Annabella con cierto alivio—. Ha ido a visitar a los McEachern.

—¿Y tu hermano?

—Duncan lo acompaña a todas partes, madre.

Rosslyn miró a su hija pequeña y asintió aliviada. Bonnie le sonrió con calidez y

luego se volvió de nuevo hacia su hermana.

—¿Nuestras habitaciones están…?

—Ya he dicho que os esperábamos en Navidad.

—Tía Adaira nos pidió que nos quedáramos. Han sido unas fechas muy entrañables —susurró esto último con nostalgia.

—Iré a revisarlo todo y me encargaré del equipaje —intervino Fionna caminando hacia las habitaciones del servicio.

—¿Queréis tomar un té? Faltan aún un par de horas para la cena…

Rosslyn asintió.

—Sí, pero haz que nos lo lleven al ala oeste. Quiero instalarme enseguida, estoy muy cansada. Ha sido un viaje muy largo.

—¿Cenaréis con nosotros? —preguntó Annabella con un deje ansioso en la voz—. Creo que sería mejor que no. Al menos esta noche.

Su madre la miró interrogadora.

—¿Ocurre algo?

—Padre está más nervioso de lo habitual. Esta mañana estuvo en el banco, por eso ha ido a ver a los McEachern. Es mejor esperar a ver de qué humor está antes de…

Rosslyn asintió y Bonnie vio la sombra que cruzaba su mirada. Tan solo llevaban unos pocos minutos en aquella casa y ya empezaba a encogerse. Suspiró tratando de contener su propia ansiedad.

—Yo cenaré con vosotros, pero madre lo hará en la sala de música —dijo cogiéndola del brazo—. Por ahora nos instalaremos y tomaremos el delicioso té de la señora Hume. ¿Puedes encargarte, Annabella?

—Por supuesto —dijo su hermana, viéndolas alejarse cogidas del brazo, con una punzada de celos atravesándole el costado.

Bhattair miraba a su hija con expresión seria y expectante.

—¿Rosslyn está bien?

—Muy bien —dijo Bonnie soltando el tenedor y cogiendo la servilleta.

—Habéis llegado en el momento perfecto —dijo su padre—. Precisamente los McPherson organizan una velada musical en su casa para Año Nuevo. Un grupo selecto, en el que, por supuesto, estamos incluidos.

Bonnie lo miró un instante valorando sus opciones y finalmente asintió.

—Supongo que os llegó la noticia de que el conde de Ardbrock se ha casado con Isobel McEachern —dijo Duncan.

Bonnie volvió a coger el tenedor y pinchó un pedazo de zanahoria que se llevó a la boca sin inmutarse.

—Has llegado tarde, hermanita —insistió su hermano.

Duncan la miraba de manera insistente y con ojos pequeños. Le sorprendía no percibir en ella el menor temor o turbación.

—Estás… distinta.

Bonnie lo miró sin expresión.

—Parece que estar en las islas te ha sentado bien.

—Elizabeth McEntrie está embarazada de siete u ocho meses, no estoy muy segura —dijo Alice después de beber un trago de vino—. Y Augusta y Rowena tuvieron sendos niños. En esa casa no dejan de hacer criaturas.

Su marido le lanzó una mirada asesina.

—Hay quién cumple con su deber, no como otras. —Miró también a su hermana.

Annabella apretó los labios y contuvo el instintivo gesto de fulminarlo con la mirada.

—Bonnie solucionará ese escollo pronto —dijo Bhattair mirando a su hija pequeña —. Ian McLeod me ha preguntado por ella cada vez que nos hemos visto.

—La tía Adaira le manda sus saludos —dijo Bonnie como si no hubiese oido el comentario—. Debería conocer a Malcolm, su primogénito. Es un gran muchacho y será un excelente heredero de las posesiones MacDonald. No tiene nada de lo que preocuparse, padre.

—Prefiero a alguien que tenga mi sangre —respondió él con dureza—. Y tú vas a proporcionármelo.

—Liam Fraser sigue soltero —dijo Annabella antes de que su hermana dijese otra impertinencia—. Y, desde luego, es mejor hombre que el conde, a juzgar por las cosas que se cuentan de él.

Su hermana la miró fijamente, pero no respondió.

—Liam Fraser es un hombre guapísimo —opinó Alice cogiendo de nuevo su copa—. No entiendo por qué sigue soltero.

—Algo tendrá —dijo Duncan con una risa torcida.

—Criterio… —musitó Bonnie.

—¿Qué has dicho? —Su hermano la miraba confuso.

—Tienes que hablar más fuerte —apuntó Alice—. Tu hermano se está quedando sordo de un oído.

—Maldito Kenneth —masculló al recordar la pelea que habían tenido a principio de año en la que le había dado un puñetazo en plena oreja. Estuvo sin escuchar nada por ese lado durante dos semanas.

Bonnie enarcó una ceja sin dejar de mirarlo.

—¿Has vuelto a meterte con los McEntrie? Está claro que tú no has cambiado.

Su hermano la miró con inquina.

—Él se enfrentó a mí.

—Ya.

—¿Ya? ¿Te crees que voy a consentir que se inmiscuya en cómo trato a esos malditos ovejeros?

—Supongo que después de que te diera una paliza, se lo dejaste bien claro.

Duncan apretó los puños en la mesa, pero Bonnie no mostraba el menor temor.

—Basta —dijo Bhattair mirándolos a ambos alternativamente.

Duncan le sostuvo la mirada aún un poco más y finalmente sonrió taimado.

—Dijiste que cuando regresaran, madre volvería a su cuarto y Bonnie se volcaría en su única tarea de encontrar marido.

Su hermana no movió un músculo, pero a un observador atento no se le escaparía el ligero temblor de su ojo.

—Si madre vuelve a perder la cabeza, ¿eso no entorpecerá sus planes, padre? —intervino Annabella—. No es bueno que la gente hable de nosotros.

—¿Cómo va la locura de tu madre? —preguntó Bhattair mirando a su hija.

Bonnie lo miró con frialdad.

—Madre no está loca —dijo rotunda—, solo necesitaba tranquilidad. En Kylescross la ha tenido y está mucho mejor.

—Su aspecto es de lo más saludable —añadió Annabella asintiendo.

Bhattair sonrió con una expresión que aceleró los latidos del corazón de su hija.

—Tengo ganas de verla —dijo pensativo—. Esta noche dormirá conmigo, pero dejaré que siga viviendo en el ala oeste.

Bonnie no podía dormir. Aunque su madre se mostró serena al darle la noticia, sabía que aquel encuentro podía dar al traste con todo lo que habían conseguido durante aquel año lejos de allí. No se había enfrentado a su padre por temor a que después pagase su enfado con ella.

Jugueteó con la cinta que llevaba atada a la muñeca y repasó con el dedo el tulipán bordado en ella con esmero. Respiró hondo y cerró los ojos un instante dejando que las imágenes de lo vivido después de que Ewan se marchase de la isla un año atrás la abrumasen. Nunca imaginó que se pudiera amar tanto. Cada minuto que pasaba alejada de Adam era un auténtico suplicio. No podía concebir la vida sin él. Lo necesitaba más que el aire que respiraba.

Cuando Ewan se marchó creyó que el mundo había perdido el sentido para ella. No podría vivir sin él. Lo anhelaba y lo añoraba con cada latido. Repasó una y mil veces cada una de sus caricias y añoró sus ojos, sus labios y su presencia con todo su ser. Pero lo que sentía por Adam era al mismo tiempo sublime y arrollador. Una emoción imposible de explicar con palabras y que provocaba un dolor sordo y agónico en su pecho. Escondió la cara en la almohada y lloró amargamente mientras su mano seguía aferrada a aquella cinta como si ese fuese el único nexo entre su momento presente y el lugar en el que había dejado su corazón.

Alguien tocó a la puerta y se sentó de golpe en la cama limpiándose las lágrimas con apremio.

—¿Sí? —preguntó cuando estuvo lista—. Adelante.

Annabella asomó la cabeza.

—¿Aún no estás dormida?

—Evidentemente —dijo cortante.

Su hermana entró en la habitación y cerró la puerta tras ella suavemente. Como Bonnie no se movió de la cama en la que seguía sentada, Annabella se detuvo junto a ella esperando ser invitada a subirse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bonnie que no quería que se quedara.

—No has contestado a ninguna de mis cartas.

—He estado muy ocupada.

—Bonnie, sé que piensas que fui yo, pero no le dije nada a padre.

—Solo tú lo sabías.

—Eso no es cierto, Alice te oyó también cuando hablabas con Hayden O'Sullivan.

Bonnie torció una sonrisa burlona.

—Me la llevé de allí, tuviste que oírme, lo hice para avisarte. Yo no le conté nada a padre, te lo juro.

Bonnie no la creía en absoluto, pero quizá tenerla cerca era más seguro que ponerla en su contra. Palmeó el colchón para indicarle que podía sentarse. Annabella subió a la cama con cierta dificultad y resultó evidente que había ganado peso.

—¿Estabas llorando? —preguntó la mayor.

—Has engordado —dijo sin responder.

—Vaya, gracias. —Annabella se colocó el camisón y la bata convenientemente.

—No lo decía con mala intención. Estás… ¿embarazada?

—¿Cómo lo has sabido? —Se sorprendió—. Nadie más se ha dado cuenta.

—¡Anabella! —exclamó la otra con ojos muy abiertos—. ¡Enhorabuena!

Annabella sonrió y Bonnie vio una verdadera emoción en sus ojos.

—Estoy muy asustada.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—No dejo de pensar que mi bebé corre peligro en esta casa.

Bonnie no pudo contradecirla y se quedó callada y expectante a la espera de algo más de información.

—Me ha costado mucho conseguirlo, ya lo sabes… —Miró a su alrededor y luego de nuevo a su hermana—. Esta habitación es muy distinta a la que tenías antes. No te acordarás, pero cuando éramos pequeñas dormíamos juntas.

—Tienes razón, no me acuerdo —confirmó.

Annabella suspiró sin dejar de observar a su alrededor.

—Está claro que has hecho siempre lo que has querido.

—Eso no es cierto —dijo Bonnie mirándola con fijeza.

—Has sido la hija invisible durante mucho tiempo —dijo Annabella pensativa—. Ahora sabes lo que es estar en el centro de atención.

—Pues no me gusta nada.

—Lo entiendo. Yo no tuve la suerte que tú. Padre puso sus ojos en mí muy pronto. Por eso me sacó de tu cuarto.

Bonnie pensó que debía ser muy pequeña porque no lo recordaba en absoluto.

—Ha sido muy difícil quedarme embarazada —dijo Annabella volviendo al tema anterior—. Finlay no podía… Quiero decir que nunca me ha deseado. Y te aseguro que lo

intenté todo.

—Pero al final lo has conseguido.

Su hermana la miró de un modo enigmático y Bonnie se preguntó qué escondía aquella cínica mirada.

—Mi vida matrimonial ha sido frustrante y desoladora de un modo que no puedo expresar con palabras. Ni siquiera sé si puede hacerlo con otra. —Se rio de sí misma—. Alguna vez intenté que pusiera sus ojos en una criada, hasta ahí llegaba mi desesperación. Si le hubiese dicho a padre lo que pasaba no sé lo que habría hecho con él. ¿Tú qué crees?

Lo habrían matado pensó para sí con amargura.

—Le dije a Ewan donde estabas.

Bonnie asintió y agarró las sábanas con disimulo, necesitaba aferrarse a algo.

—¿Hice mal?

Bonnie negó con la cabeza.

—Creí que os escaparíais juntos.

—No serviría de nada. No, con padre en nuestra contra.

—¿Tan terrible fue su amenaza?

Bonnie asintió, pero no dijo nada.

—No confías en mí. —Annabella no ocultó su decepción—. Lo entiendo, durante todos estos años he sido una maldita arpía.

—No voy a contradecirte en eso.

Annabella se rio contagiándola.

—Tengo excusas, si quieres te hablo de mis miedos, mis frustraciones y, sobre todo, de la profunda soledad en la que he vivido desde que era una niña. Desde que me apartaron de ti.

Annabella se limpió una lágrima curiosa que estaba a punto de saltar desde la comisura de su ojo, antes de continuar hablando.

—Cuando cumplí los diez años padre me llevó a su despacho y me dijo cómo iba a ser mi vida a partir de entonces. No obvió el más mínimo detalle, dejando bien claro que mi opinión al respecto era del todo irrelevante. Mientras él hablaba el servicio se encargaba de sacar mis cosas de nuestro cuarto y trasladarlo todo a la que sería mi nueva habitación.

—¿De verdad compartíamos habitación?

Annabella asintió.

—Prácticamente estuviste a mi cargo desde que naciste, aunque yo era una niña también.

—Nos llevamos ocho años.

—Madre no quiso ni tocarte y para mí eras como un juguete —sonrió al recordar—. Uno muy delicado. Y llorón. ¡Hay que ver lo que llorabas!

—¿Por eso me odiabas? —se burló Bonnie.

—No, entonces te adoraba. Lloré todas las noches por no poder estar contigo. Pero, poco a poco, te fui olvidando. No tenía más remedio, padre era muy duro conmigo y siempre que me veía llorar sacaba su vara…

Bonnie no pudo disimular el cambio en su expresión. Lo que su hermana decía le resultaba completamente ajeno.

—Te sorprende, ¿verdad? —siguió la otra mientras sus dedos acariciaban el dibujo de la colcha—. Yo no siempre fui una amargada y una rencorosa. Hubo un tiempo en el que incluso creía en el amor. —Levantó la mirada y la clavó en ella—. Estaba locamente enamorada de Dougal.

—¿Por fin lo reconoces?

Annabella asintió con timidez y sus ojos brillaron acuosos.

—Lo amaba profundamente, Bonnie. ¿Puedes imaginar el dolor que sentí cuando me obligó a casarme con Finlay? ¿Y después al verlo a él casado con esa india?

—Se llamaba Nuna.

Annabella cerró los ojos un momento y negó como si quisiera calmar el dolor que anegaba su espíritu en ese momento.

—Mi vida ha sido un suplicio, Bonnie.

—Entiendo lo que pretendes, pero…

—No estoy tratando de justificarme —la cortó—. No pretendo que me perdones por haber sido una hermana horrible durante años, lo que estoy intentando hacer es… Quiero librarme de todo el odio y el dolor que he sentido durante todos estos años. No quiero ser una mala madre, como lo ha sido la nuestra.

—Eso no es justo.

—Sé lo mucho que ha sufrido y sé que estás intentando devolverle algo de la humanidad que perdió a manos de padre, pero yo no puedo hacerlo, no puedo perdonarla.

—Sé cómo te sientes —musitó Bonnie.

—No, no lo sabes. Cásate con un hombre al que no ames. Un hombre que te mire como si fueses un trozo de carne colgado de un gancho, mientras tu corazón sangra pensando en otro. Consúmete de angustia y dolor mientras tu hermana crece libre, dedicada a leer libros y visitando a los McEntrie cuando le viene en gana.

—No exactamente, pero…

—Y cuando llegue el día en el que supliques a tu esposo que cumpla con su papel, porque quieres un hijo que le dé sentido a tu vida y él vomite sobre la alfombra después de intentar cumplir sin éxito, entonces podrás decir que sabes cómo me siento.

—Annabella… —susurró Bonnie visiblemente conmovida.

—¿Y sabes qué hizo madre por mí? Nada. Por más que lloré suplicándole consuelo no movió un dedo para ayudarme. Nunca. Ni cuando padre me pegaba para que obedeciera, ni cuando me tuve que casar, ni cuando fui despreciada por mi esposo. —Negó con los ojos llenos de lágrimas y estas se deslizaron por sus mejillas—. Ella es la culpable de todo, ha sido una cobarde toda su vida. Pero yo no lo seré. Defenderé a mi hijo con uñas y dientes y no permitiré que nadie le haga daño. Mataré al que lo intente —dijo acariciándose el abdomen.

—Matar no es tan fácil —dijo temblando al recordar el cuchillo en el cuello de su padre.

—No he dicho que fuese fácil, pero no permitiré que nadie haga daño a mi bebé. No quiero que este niño nazca en esta casa, tengo que irme de aquí —musitó.

—¿Irte adónde?

—Voy a proponerle a Finlay que vivamos con sus padres.

—¡Pero si odias a su familia!

—Quieren mucho a su hijo y se alegrarán con la noticia del bebé. —La miró anhelante—. Tengo que creer que es posible, Bonnie, lo necesito. Seré una buena madre, cueste lo que cueste. Haré todo lo que sea necesario. Cualquier cosa. Y nadie sabrá nunca que no es…

Desvió la mirada y Bonnie lo comprendió al fin. Ese niño no era de Finlay, había encontrado a alguien capaz de…

—¿Y si él… lo cuenta?

Annabella negó con la cabeza.

—No tiene manera de demostrarlo y sabe que le costaría la vida. No dirá nada.

Bonnie no se atrevió a preguntar quién había sido y su hermana tampoco tenía intención de decírselo.

—Como ves te he abierto mi corazón —dijo Annabella—. No te deseo ningún mal, Bonnie. Padre no te dejará en paz hasta que te cases con quién él decida. Si no puedes huir con Ewan, no deberías seguir resistiéndote.

—Lo sé —musitó Bonnie con ojos húmedos.

Su hermana asintió despacio.

—Debió de ser terrible lo que te dijo si ha conseguido que vuelvas.

Bonnie no quería hablar más de la cuenta. Aunque parecía sincera en lo que decía, seguía sin confiar del todo en ella.

—Si no quieres casarte con alguien que él elija, deberías escoger tú —sentenció Annabella—. Busca a alguien rico, es lo único que le importa. He dicho en serio lo de Liam Fraser, es un buen hombre, aunque casarte con él sería como emparentar con los McEntrie y…

—Eso sería horrible —la cortó.

—¿Y qué te parecen los McPherson? Su hijo Jamie siempre ha sentido debilidad por ti. —Bonnie negó con la cabeza y su hermana suspiró—. Así no solucionarás el problema. Ninguno de esos hombres se parece a Finlay, estoy segura de que se comportarán bien contigo y cumplirán con su cometido.

—Finlay es un buen hombre.

—Lo de hombre es discutible —musitó desviando la mirada.

—Quizá si lo trataras bien…

Annabella la miró con fijeza. Bonnie vio una chispa de la rabia acostumbrada y esperó un ataque directo, pero su hermana dejó escapar un suspiro y relajó su expresión.

—No sé si seré capaz. ¡Lo detesto tanto! —Las lágrimas se acercaron al borde de su ojo a punto de derramarse—. Cuando lo miro solo puedo pensar en todo lo que no tendré nunca: un hombre apasionado y fuerte como Dougal capaz de hacerme sentir deseada y…

Se tapó la cara con las manos y Bonnie se dio cuenta de que ella también estaba llorando. Ewan la había amado con pasión, la había hecho sentir el centro de su universo…

Su hermana apartó las manos de su cara y la abrazó. Bonnie trató de devolverle el abrazo, pero seguía sin poder desprenderse de su desconfianza a pesar de todo.

—No puedes luchar contra padre —dijo Annabella cuando se separó.

—Lo sé.

—Al final, padre siempre gana.

Esas cinco palabras se le clavaron como una daga en el estómago y observó a su hermana bajar de la cama y caminar hacia la puerta sin poder emitir sonido alguno.

—Me ha gustado mucho hablar contigo, Bonnie. Y siento que no confíes en mí.

Salió de allí sin más y Bonnie se quedó con la mirada clavada en la puerta y un profundo desasosiego en el corazón.

—Mi niño… Mi tesoro… —musitó—. Yo también te protegeré, cueste lo que cueste.

Capítulo 25

—¡Señorita Bonnie! —Mungo le cogió las manos con cariño—. ¡Qué alegría verla! Pase, pase.

Rufus saltaba a su alrededor pidiéndole atención. Bonnie lo acarició riendo y jugueteó con él divertida.

—Ha estado muy enfermo, creí que de esta no salía, pero gracias a los cuidados de Ewan, mírelo, está hecho un chaval.

Bonnie veía un claro deterioro en el animal, pero no dijo nada, consciente de que era su más preciado amigo.

—¿Un té?

—Hoy no traigo pastas —dijo ella como si no hubiese pasado un año desde la última vez que se vieron.

—Está muy cambiada —dijo poniendo agua a calentar—. ¿Qué ha estado haciendo tanto tiempo lejos? ¿Dónde estaba, por cierto?

—En Kylescross, en la isla de Skye.

—¡Oh! Ya veo.

—Allí viven mis tíos —explicó sin dar más detalles.

—¿Cómo está su madre?

—Bien. Ojalá hubiese podido quedarse allí —dijo sin poder disimular su pesar—. Estar en la isla le sentaba de maravilla. Nunca la había visto tan serena y feliz.

Mungo se quemó y a punto estuvo de tirar la tetera.

—¿Le ayudo? —preguntó Bonnie temiendo que no fuese solo el perro el que había envejecido en aquel tiempo.

—No, no, tranquila. Siéntese, siéntese.

Ella lo hizo conforme y esperó a que el té estuviese listo para no distraerlo.

—Así que ya están de vuelta —dijo sentándose frente a ella. Empujó el platito de galletas para acercárselo—. Coma, las trajo Augusta ayer mismo.

Bonnie se llevó la galleta a la boca y reconocer el sabor la hizo emocionarse.

—Irá a verlos, ¿verdad? —siguió Mungo.

—Hacia allí voy.

—Se alegrarán mucho de verla. Sé que la han echado mucho de menos. Sobre todo

Ewan.

Bonnie asintió sin mirarlo.

—Es un buen muchacho —añadió.

—El mejor —musitó ella.

Respiró hondo para librarse de la melancolía y sonrió con esfuerzo.

—Le he traído un regalo —dijo sacándose una figurita del bolsillo—. Se supone que es usted. Lo talló Malcolm, mi primo pequeño, según mis indicaciones.

Mungo se rio emocionado al ver al soldado portando el traje típico escocés, con un pie sobre una piedra y la mano apoyada en el cañón de la escopeta.

—Malcolm la talló y yo la pinté.

—Es muy bonita —dijo asintiendo y se puso de pie para llevarla hasta la repisa de la chimenea—. La pondré aquí, así la veré todas las noches mientras fumo en mi pipa.

Bonnie sonrió satisfecha y el viejo regresó a su silla.

—Pero, cuénteme —pidió—. ¿Qué han estado haciendo todo este tiempo?

—Pues, no hay mucho que contar. Llevábamos una vida tranquila.

—Kylescross no es ningún pueblucho, recuerdo que tiene una bonita iglesia y su mercado es famoso en la zona.

—Sí, acuden gentes de toda la isla e incluso viajeros de fuera…

—¿Sus tíos son buena gente?

—La mejor. Mi tía no se parece en nada a mi padre. Todos se han portado muy bien con nosotras.

—El invierno puede ser muy duro en las Hébridas.

—No es más frío que aquí, pero el viento y la humedad lo hacen más incómodo, es cierto —afirmó Bonnie—. Aun así, sus paisajes son tan maravillosos que merece la pena.

—Ya lo creo. Supongo que su tía tenía más hijos, aparte del muchacho al que se le da tan bien tallar la madera.

—Sí. —Sonrió Bonnie—. Malcolm es el pequeño, luego está Evangeline y la mayor es Flora, que ya está casada y tiene tres hijos. Adam, el pequeño, tiene solo tres meses y es un bebé adorable y maravilloso. No deja de maravillarme lo hermoso que es.

—Parece enamorada de esa criatura —dijo riendo ante su entusiasmo.

Los ojos de Bonnie brillaron como dos luminarias.

—He pasado mucho tiempo con él —dijo con timidez—. Todo el tiempo, en realidad.

—Ya veo —asintió Mungo—. ¿Y su tío? ¿Qué clase de hombre se casó con la hermana de Bhattair MacDonald?

—Gavin Ross es un hombre excelente. Buen marido y mejor padre. Mi tía tuvo mucha suerte al encontrarlo. Y aún más de alejarse de Lanerburgh y de su familia. Mi familia —musitó esto último con pesar.

—¿Su madre y su cuñada se llevaban bien?

—Siempre creí que no, pero lo cierto es que parecían ser ellas las hermanas. Mi tía se ha volcado en mi madre y ha cuidado de ella con tanto afecto que creo que fue su cariño el que la sanó. Adaira es muy cariñosa con todos, en especial con los niños. Ha sido todo un ejemplo para mí y me ha enseñado… —Se detuvo en seco y desvió la mirada visiblemente incómoda.

—Veo que se ha vuelto desconfiada. Antes no tenía tantos reparos en hablar conmigo. ¿Teme que me haya hecho amigo de su padre? —se burló.

—Lo siento, aún no estoy… Quiero decir…

—No se preocupe, lo entiendo. Ha pasado un año, debe resultarle desconcertante.

—Es como si no fuese yo la que ha regresado.

Mungo asintió.

—Me he sentido así muchas veces. Curiosamente… —Señaló a su alrededor—. Aquí es el único lugar en el que me he reconocido a mí mismo después de tantos años perdido.

—¿Qué ha sido de aquello de «ser libre»? —se burló ella.

—Tiene razón —afirmó sin dejar de sonreír—. Mi discurso ha perdido fuerza en este tiempo.

—¿Se arrepiente de la vida que ha llevado?

Mungo asintió de nuevo.

—Todos los días.

Bonnie no esperaba aquella respuesta y dejó la taza en el platito mirándolo con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó.

Mungo no tuvo que pensarlo, llevaba mucho tiempo dándole vueltas a esos pensamientos.

—He tenido una vida muy agitada, la verdad. He vivido experiencias que para la mayoría de las personas serían aventuras emocionantes. Y, sin embargo, estoy seguro de

que cuando me halle en mi lecho de muerte no sentiré que mi vida haya valido la pena. Al contrario, temo que pensaré que ha sido un enorme y profundo agujero, carente por completo de sentido.

Lo miraba con tanta fijeza que el viejo se sintió vulnerable.

—Sé que nunca se ha casado, pero ¿tiene usted hijos en alguna parte?

Mungo asintió y Bonnie no disimuló su sorpresa.

—Tengo un hijo.

—¿Y él sabe dónde está usted? ¿Por qué nunca viene a…? —Se detuvo en seco—. ¿Está vivo?

—Sí, está vivo, tranquila. No sabe dónde estoy porque yo no quiero que lo sepa. Es mejor para él.

Bonnie sintió una mano que estrujaba su corazón.

—¿Cómo puede ser mejor que un hijo no sepa de la existencia de su padre? —musitó.

—Hay circunstancias en las que es aconsejable ocultarles su procedencia. Saber quién es su padre solo le causaría dolor, por eso es mejor callar.

A Bonnie le temblaron las manos y las ocultó bajo la mesa.

—¿Y no es insoportablemente doloroso para usted?

—Sería mucho peor saber que mi egoísmo ha provocado su desgracia.

Bonnie asintió y Mungo entornó los ojos mirándola con mayor atención. Había un reflejo de comprensión en su mirada que no le pasó desapercibido. Antes de que pudiera decir nada Rufus exigió la atención de Bonnie y el viejo se ofreció a acompañarla hasta *Slioscreige* para que así el perro pudiese disfrutar de un poco de ejercicio.

—¿No viene? —preguntó Bonnie cuando llegaron hasta la escalinata de entrada al castillo, viendo que no la seguía.

—No, Rufus y yo caminaremos un trecho más, estamos demasiado apoltronados.

Bonnie asintió y ya iba a darse la vuelta cuando el hombre la detuvo.

—¿Volverá a vernos pronto? Me gustaría saber algo más de ese sobrino suyo que tanto aprecia. ¿Adam, ha dicho que se llama?

Bonnie asintió y el brillo que irradiaron sus ojos junto a la dulce sonrisa en sus labios le dieron a Mungo motivos para seguir con sus cábalas.

—Me alegro mucho de su regreso, Bonnie. Y sé que no seré el único.

Rufus ladró para despedirla y él y su dueño siguieron camino hacia los acantilados

mientras que la joven desaparecía en el interior del castillo de los McEntrie.

—Es precioso —dijo Bonnie mirando al bebé.

—Tienes un don natural. —Rowena, cruzada de brazos miraba a las demás—. ¿Cómo es posible que Cai esté tan tranquilo con ella?

—Porque Bonnie le transmite paz mientras que tú eres puro nervio —respondió Enid burlándose.

Bonnie le hizo unas cuantas carantoñas y se sentó en el sofá junto a Augusta que sostenía al pequeño Craig.

—No habéis sido muy ingeniosas con los nombres.

—¿No te gustan? —preguntó Augusta asombrada.

—Se me hace raro llamar Craig a tu hijo. O Caillen a esta cosita tan pequeña.

—Ya te acostumbrarás —dijo Rowena sentándose también.

Elizabeth no había dicho casi nada, los comentarios típicos después de un reencuentro, pero nada personal o directo y Bonnie era plenamente consciente de ello. Había jugado con Daniel y con Nessa, que no parecían acordarse de ella, y disfrutado de los dos más pequeños, pero ahora lo que quería era hablar con su benefactora a solas y así se lo hizo saber a las demás.

—No te marches sin ver mis dibujos —advirtió Augusta antes de cerrar la puerta tras ella—. Así verás cómo ha sido este tiempo que no has estado con nosotros.

Bonnie asintió y después se volvió hacia Elizabeth con expresión seria.

—Estás enfadada conmigo.

Elizabeth asintió sin reparos.

—Lo siento.

—Estaba muy preocupada por ti.

Bonnie se sentó a su lado en el sofá y la miró a los ojos con tanto amor que Elizabeth no pudo seguir manteniendo su actitud.

—Perdóname —dijo Bonnie visiblemente emocionada—. Siento mucho no haberte escrito, no haberte explicado nada. Siento no haberme interesado por… —Señaló su abultado vientre y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Estás nuevamente embarazada.

La otra asintió y se limpió una lágrima que contrastaba con su enorme sonrisa.

—¡Sí!

Bonnie la abrazó y rieron y lloraron juntas. Cuando se separaron volvían a ser las de siempre.

—Cuéntamelo todo, Bonnie. ¿Qué te ha pasado? Estás muy diferente y sé que hay algo…

—No puedo, Elizabeth —la cortó sabiendo que podría descubrirlo todo solo mirándola.

—¿Por qué? ¿Por Ewan? Sabes que no le diré nada.

—Tengo que ser fuerte. —La soltó y dejó escapar el aire en un soplido—. Es el único modo de… soportarlo.

—Bonnie…

—Te quiero muchísimo, has sido como una verdadera hermana para mí. Me has dado tanto que no tengo palabras para expresarte mi gratitud. Pero no puedo contarte eso que percibes y que sé que acabarías sacándome si sigo viniendo.

Elizabeth frunció el ceño, ¿por qué aquello parecía una despedida?

—¿De qué estás hablando?

—No voy a volver —dijo despejando todas sus dudas—. Mi vida va a cambiar drásticamente y los McEntrie no tenéis cabida en ella.

—No digas tonterías. No dejaré que te apartes de mí —sentenció—. Si no puedes venir aquí iré yo a verte adonde sea. Déjame ayudarte, Bonnie, juntas podemos…

—Solo hay un modo en que puedes ayudarme y es dejándome ir.

Elizabeth sonrió con cinismo.

—Pues eso no va a pasar. Si te crees que vas a poder utilizar conmigo las artimañas que usaste con Ewan, es que no me conoces en absoluto.

—Elizabeth…

—Si quieres que te deje ir, deberás convencerme de ello y solo podrás hacerlo si me cuentas toda la verdad y consigues que vea la situación como la ves tú.

—No puedo hacerlo.

—Entonces no me apartaré. Pienso intervenir en todo lo que te pase y me enfrentaré a tu padre, si es necesario.

Bonnie desvió la mirada mordiéndose el labio.

—Sabía que no iba a ser fácil contigo.

—Pues, si lo sabías, no entiendo por qué lo intentas siquiera. ¿No me conoces? No me resigno fácilmente. Además, eres tonta, lo sé todo.

—¿Qué? —La miró incrédula.

—¿Te crees que ese muchacho iba a poder ocultárnoslo?

Los ojos de Bonnie se abrían cada vez más.

—Sabemos que fue a verte, que estuvisteis juntos, que tu padre amenazó con matar a todo el mundo. Lo sé todo, Bonnie. Y no entiendo cómo puedes haberte rendido sin luchar.

—¿Crees que debía arriesgarme? ¿Poner a tu hijo en peligro?

Elizabeth lo pensó antes de responder.

—Sé que tu padre te hizo creer que mató a Carlton, pero yo no lo creo.

—No puedes, eres demasiado buena para aceptar que exista alguien tan malvado.

—No, te equivocas. Creo que tu padre es malvado, la peor persona que he conocido, la verdad, y siento mucho que sea tu padre. Pero no creo que matase a su hijo. Igual que no creo que se atreviese a destruirte como asegura. Eso es demasiado incluso para Bhattair MacDonald.

—Si hubieses visto cómo trataba a mi madre en su peor época, no pensarías así. Alguien capaz de hacerle algo semejante a la persona que dice amar, no dudará en destruir a sus enemigos sin contemplaciones. Si yo me convierto en su enemiga, me destruirá. Y no temería por mí, seguiría adelante sin dudarlo, pero no dejaré que haga daño a Ewan o a… nadie.

Elizabeth percibió el sobresalto en su ánimo.

—¿Qué pasa?

Bonnie desvió la mirada. Sabía que era muy mala idea hablar con Elizabeth y mucho más dejarla entrar en su corazón.

—Bonnie, mírame.

La otra trataba de calmar su angustia, pero era cada vez más insoportable.

—¿Qué es lo que estás escondiéndome?

La puerta se abrió y apareció Ewan que atravesó la estancia con paso tranquilo.

—Bonnie.

Cuando se acercó ella dio un instintivo paso atrás, pero él no demostró la menor reacción.

—Bienvenida —dijo.

—He venido a despedirme de Elizabeth y los niños.

—¿Despedirte? ¿Adónde te vas?

Bonnie negó con la cabeza.

—A ninguna parte. Es solo que no voy a volver a *Slioscreige*.

Ewan asintió.

—Ya veo. —Miró a su cuñada—. Elizabeth, ¿podrías dejarnos un momento?

Bonnie temblaba como una hoja y se preguntaba cómo podía él estar tan tranquilo. Llevaban un año sin verse y la última vez…

—Te has dejado crecer el pelo —musitó ella cuando estuvieron solos.

Ewan se llevó una mano a la cabeza y enterró los dedos en sus greñas sin dejar de mirarla con aquella sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó.

Ella asintió levemente.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Bien.

—Estás muy delgada. ¿Comes bien? ¿Carne? ¿Pescado? Es importante.

—¿Y tú? —dijo lo primero que se le ocurrió.

Ewan amplió su sonrisa.

—Yo como bien, gracias.

—Me refería a…

—No dejes de venir —la cortó—. Los niños te quieren mucho. Y tú a ellos.

—Los niños ya se han olvidado de mí. —Apartó de nuevo la mirada para que no leyese en ellos el profundo terror que eso le provocaba.

—¿Tu padre ya tiene un nuevo candidato para ti?

Ella suspiró y arrastró la mirada hasta volver a ponerla en sus ojos.

—Deberías haberte casado, Ewan, eso me facilitaría mucho las cosas.

—Ya estoy casado —dijo sin borrar su sonrisa—. Estuviste presente en la ceremonia, ¿no lo recuerdas? Había una colcha con cenefas verdes y azules y una chimenea y…

—Ewan, por favor. No hagas esto. ¿Ves por qué no puedo estar aquí? Esto es lo que quiero evitar.

Intentó alejarse, pero él le interceptó el paso.

—Me portaré bien —dijo.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó molesta.

—¿Qué cara?

—Esa. —Lo señaló—. Si no te conociera pensaría que te estás divirtiendo.

—Bonnie… —susurró atrayéndola hacia sí—. Te quiero.

La besó con dulzura y ella respondió a su beso, porque se moría por dentro y necesitaba sus labios para seguir respirando. Ewan la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo aceptando su entrega y sintió como sus pequeñas manos se aferraban a su espalda y su lengua lo buscaba, ávida y desesperada. Ella lo besaba con el alma puesta en sus labios y esa caricia lo abrasó por completo y convirtió su cerebro en cenizas. Ninguno de los dos se percató de lo que hacían hasta que Bonnie sintió aquella presión entre sus piernas y se dio cuenta de que estaba tumbada en el sofá con Ewan encima. Su rostro se transformó y una mueca de horror apareció en sus ojos al tiempo que lo empujaba con firmeza.

—¡No! —gritó asustada—. ¡No!

Ewan la miraba confuso e interrogante.

—No vuelvas a tocarme así —le advirtió con los ojos llenos de lágrimas mientras ponía distancia entre ellos—. No soy una cualquiera a la que puedas…

—Por Dios, Bonnie, sabes…

—No sé nada. Tú no sabes nada. No entiendes las consecuencias de tus actos. Eres un niño, un niño estúpido y ridículo que cree que… ¡Oh! —Se limpió las lágrimas que brotaban sin freno—. No volverás a acercarte a mí. No me hables siquiera, Ewan, te lo suplico, te lo suplico…

Ewan la vio taparse la cara y llorar desconsolada sin saber qué hacer. Quería abrazarla, quería decirle que lo entendía, que no tenía nada que temer de él, pero ella le había prohibido que la tocase siquiera. Finalmente no pudo soportarlo y la rodeó con sus brazos.

—Perdóname —susurró—. No volverá a suceder, te lo prometo.

Bonnie seguía llorando y Ewan sintió su pena en los huesos. La acunó con cariño y dejó que le empapase la camisa mientras una de sus manos le acariciaba el pelo, como cuando era niña y algo la entristecía. Cuando percibió que el temblor se calmaba y sus gemidos se fueron suavizando hasta desaparecer, la soltó suavemente y la miró a los ojos.

—Lo siento —dijo sincero.

Ella asintió, pero no dijo nada y caminó hacia la puerta para marcharse.

—Por favor, Bonnie, no pierdas la esperanza.

La mano le tembló en el pomo, pero no se volvió, no dijo nada, tan solo esperó hasta que su corazón recuperó los latidos y salió de allí dispuesta a no regresar jamás.

—Bonnie cree que Bhattair mató a Carlton. —Elizabeth estaba frente a Ewan y lo miraba interrogadora—. Dice que él se lo confesó. ¿Tú crees que es capaz de algo tan atroz?

—Es un hombre muy retorcido y perverso que no ha querido a nadie en toda su maldita vida. Su hijo lo puso en evidencia innumerables veces. Si creyó que podía arruinarlo del todo… —Se encogió de hombros.

—¿Por eso te has apartado de ella?

—Yo no me he apartado. Solo hago lo que ella me pide.

—Pero temes por ella.

Ewan la miró a los ojos sin ninguna prevención y Elizabeth vio en ellos una certeza absoluta.

—Crees que sería capaz de hacerle daño a su propia hija.

—De formas que no puedes ni imaginar.

—Está muy cambiada —dijo Elizabeth tratando de averiguar sí él también lo había notado—. Hay algo que no nos cuenta, algo que me tiene ansiosa desde que he hablado con ella.

—¿Algo como qué? —preguntó taimado y sus ojos se empequeñecieron inquisidores.

—No lo sé. Lo siento aquí —dijo señalándose el pecho—, es una sensación…

—No estoy para sensaciones, Elizabeth. Tengo demasiado encima.

Su cuñada siguió mirándolo con la misma fijeza.

—Lo que hicisteis… Si se casa, su esposo lo sabrá.

—No temas, no va a casarse con nadie.

—Ewan.

El joven esbozó una ligera sonrisa.

—¿Tú tampoco confías en mí?

—No es una cuestión de confianza. Si hubiese algún modo ya lo habríais encontrado. La idea de Caillen no ha funcionado, McLeod no ha aceptado vender la

deuda.

—Y eso sí que es extraño —meditó Ewan—. ¿Qué banquero no acepta recuperar su dinero?

—¿Uno que quiere tener a Bhattair MacDonald en sus manos?

—No, hay algo más.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

—Ewan, no te metas en líos.

Su cuñado sonrió con tristeza.

—Ya es tarde para eso, estoy metido en el mayor lío de mi vida, pero saldré adelante, no temas. Soy un McEntrie.

Se acercó a ella para darle un beso en el pelo.

—Hablaré con Caillen —dijo antes de salir del salón con paso firme.

—¿Por qué siento que me están engañando? —se preguntó Elizabeth cuando se quedó sola.

Su hermano lo miraba desde el otro lado del escritorio con aquella expresión tan suya que hacía que sintiera que sus ojos lo atravesaban. Después de unos segundos se recostó contra el respaldo soltando un suspiro.

—¿Otro acreedor?

Ewan se sentó también.

—¿Crees que es posible?

—¡Claro que es posible! No entiendo cómo no se me ocurrió, era la explicación más lógica. Estoy bajo de forma.

—¿Cómo averiguamos quién es?

—No se me ocurre otro modo que preguntándole a McLeod.

—No nos lo dirá.

—¿Por qué no? Si le pregunto directamente quizá…

Ewan negó con la cabeza.

—Te lo habría dicho cuando hablaste con él. Está claro que quien está detrás no quiere que se sepa. ¿A quién conocemos con tanto dinero y que odie a Bhattair?

Caillen torció una sonrisa.

—No tengo tinta suficiente para escribirte una lista.

—Tiene que ser muy rico, tanto como para arriesgar su dinero invirtiendo en esto y que sus arcas no se vean afectadas. Solo se me ocurre Baxter —dijo pensativo—. Pero no es el estilo de Dòmhnall, desde luego, además, ¿para qué querría él tener a Bhattair en sus manos?

—Los McEachern también tienen mucho dinero, pero son amigos de Bhattair.

Ewan asintió sin dejar de buscar entre todos sus conocidos.

—Los condes de Sutherland podrían desembolsar esa cantidad sin que sus finanzas se vieran afectadas, pero…

—No, ellos no han sido.

—Es lo que iba a decir. —Ewan se puso de pie y se paseó por el despacho. Pensaba mejor en movimiento—. Entonces, ¿quién?

—No vamos a averiguarlo hablando en este despacho. Quien sea no quiere que se conozca su identidad. ¿Quizá si te acercases a su hija…?

Ewan detuvo su paseo y lo miró ceñudo.

—¿A la hija de McLeod?

Caillen asintió con la cabeza.

—¿Quieres que le sonsaque a ella? No creo que…

—Ella no sabrá nada, pero si entablarais una relación, quizá su padre… Olvídalo, no sé por qué he dicho semejante estupidez.

—¡Gracias! Ya me estaba preguntando quién eras y dónde habías escondido a mi hermano.

—Olvídalo —repitió Caillen frotándose la cara—. Estoy cansado y no pienso con claridad. Craig no ha dejado de toser.

Ewan sonrió. Sabía que era el primero en levantarse por las noches si Craig lloraba. Y, según Augusta, cuando el niño se resfriaba como ahora, no podía dormir tranquilo.

—Déjame pensar en ello y volvemos a hablarlo. Lo comentamos también con los demás, seguro que tienen algo que decir.

—Desde luego, lo que no tengo claro es que me sirva para nada.

Caillen lo vio dirigirse a la puerta, pero antes de salir se giró a mirarlo.

—Prueba con cebolla —dijo sonriendo—. Ponla debajo de la cuna y no toserá.

El abogado lo vio salir de su despacho con una expresión de lo más cómica.

—¿Qué narices sabe este de niños? —musitó y apoyó la cabeza en el escritorio completamente agotado.

Capítulo 26

Al día siguiente Bonnie estaba en el saloncito de música, disfrutando de una tarde tranquila junto a su madre, que tocaba el piano deliciosamente.

—Le han traído esto —dijo el mayordomo entregándole un cuaderno.

Bonnie sonrió con ternura al reconocerlo.

—Gracias, Walter. ¿Quién lo ha traído?

—Un lacayo de *Slioscreige*, señorita.

—¿Qué es? —preguntó Rosslyn sin dejar de tocar.

—El cuaderno de dibujos de Augusta. Me dijo que quería que lo viese, pero me marché antes de verlo.

Su madre asintió comprensiva, pero no dijo nada y Bonnie se dispuso a disfrutar de los recuerdos que su amiga había querido compartir con ella.

Fionna se acercó por detrás del sofá en el que la joven estaba sentada y miró por encima de su hombro.

—Desde luego, no se le dan bien los autorretratos —dijo con su acidez habitual.

Bonnie sonrió divertida. Era cierto, Augusta se dibujaba fatal.

—Aun así, no deja de intentarlo —dijo con humor.

—¿Esa es Rowena Sin… McEntrie? Menuda expresión tiene —comentó Fionna apoyándose en el respaldo para ver mejor.

—Está claro que el embarazo no la tenía muy contenta —se rio Bonnie—. Casi puedo oírla despotricar contra Kenneth.

—¿Es verdad lo que dicen? —preguntó el ama de llaves sentándose a su lado—. ¿Que le dio un puñetazo a su esposo durante el parto?

—¿Qué? —Soltó una carcajada al ver que la criada asentía.

—Eso me dijo la señora Hume que le había contado Ida, que a su vez lo había oído de Betty.

—Me he perdido después de la señora Hume —se burló Bonnie como era su costumbre.

La relación que mantenía con la señora Burns había cambiado mucho en ese año. Ahora ya no le afectaba su aparente frialdad ni sus salidas de tono o su arisco comportamiento, sabía muy bien la clase de persona que era y cómo en el momento más

duro de su vida la había sostenido sin que le temblase el pulso. La apreciaba sincera y sorprendentemente.

—Ojalá Augusta lo hubiese dibujado —dijo Fiona conteniendo una sonrisa.

Bonnie la miró fingiendo severidad.

—Eso habría sido muy feo.

—Pero muy divertido.

Bonnie negó con la cabeza, aún con aquella expresión reprobadora, y siguió pasando las páginas del cuaderno.

Sus ojos se humedecieron al ver a los niños y sus dedos pasaron por encima de los trazos con delicadeza. Le sorprendía lo mucho que le recordaban a Adam.

—Tienen los mismos ojos —dijo Fionna poniendo una mano en su hombro y dándole palmaditas suaves—. Deberíamos encargar un retrato.

Bonnie se limpió una lágrima antes de que cayera sobre el dibujo, sería imperdonable estropearlo.

—Nada de estar tristes —dijo Rosslyn poniéndose de pie y caminando hacia ellas—. Adam está muy bien y eso es lo único que importa.

Su hija la miró con una triste sonrisa y asintió, pero al pasar la página la mano de Fiona se crispó en su hombro y le clavó los dedos en la carne provocándole un respingo.

—¿Qué…? —Miró a la mujer mientras trataba de librarse de su agarre, pero la expresión en su rostro era de tal sobresalto que se olvidó de su intención—. Fionna, ¿qué ocurre?

La criada se había quedado sin habla y seguía con los ojos fijos en el dibujo. Bonnie bajó la mirada para tratar de adivinar qué era lo que la aterraba en aquella imagen. Solo eran Mungo y Rufus. El hombre estaba sentado en su mecedora fumando su pipa, mientras el perro descansaba a sus pies. No había nada extraño que justificase…

—¿Lo conoces? —preguntó ceñuda—. Fionna, ¿qué pasa? ¿Conoces a Mungo?

La mujer movió la cabeza para mirar a Rosslyn asustada. Cerró el cuaderno de golpe.

—Ella no… —susurró—. No debe…

—Fionna, deja de balbucear —ordenó Rosslyn—. Ya lo he visto.

Bonnie miró a su madre y luego a la criada, sin entender nada. Fionna cogió el cuaderno y caminó presurosa hacia la puerta, ante la desconcertada mirada de la joven.

—¿Adónde vas con eso? —La detuvo Rosslyn—. Vuelve, vieja tonta.

Fionna no se movió de donde estaba. Apretaba el cuaderno contra su pecho y Bonnie se puso de pie con cierto sobresalto.

—¿Qué ocurre aquí?

—Trata de protegerme, como siempre —dijo su madre—. Ya te he dicho que lo he visto, Fionna, no hace falta que lo escondas.

La mujer se giró muy despacio con una mirada horrorizada y Bonnie las miró a ambas interrogadora.

—¿Qué ocurre, madre?

Rosslyn sonrió tranquila y suspiró.

—Será mejor que te quedes ahí, Fionna. Pega bien la espalda a la puerta, no queremos que nos sorprenda una de las espías de Bhattair.

La mujer seguía con el cuaderno pegado al pecho, como si de un talismán se tratase y con la misma expresión aterrada, pero hizo lo que le pedía y se pegó a la puerta dispuesta a impedir la entrada a cualquiera que lo intentase.

—Un día, hace un año y medio, quizá, no estoy muy segura. Fue cuando estuviste enferma, Fionna, ¿te acuerdas? Tenías mucha fiebre y no te levantabas de la cama. —Se sentó en el sofá y le indicó a su hija que volviese a sentarse—. Salí a dar un paseo sola porque había discutido con tu padre y mi cabeza iba a explotar si no me alejaba de esta casa.

—Lo recuerdo —dijo la criada que seguía con la misma expresión aterrada.

—Yo ya no estaba muy bien y, sin saber cómo, acabé en las tierras de los McEntrie. Creo que aquella era la granja de los Gordon. ¿Os acordáis de los Gordon? Tú eras muy pequeña, Bonnie, no sé si te acuerdas.

—Sí madre, me acuerdo.

—La cuestión es que un perro muy simpático me salió al paso y se enredó entre mis pies. Parecía que quería algo de mí, no sabes lo insistente que era…

—Rufus… —musitó su hija y Rosslyn asintió antes de responder.

—Así lo llamó Gabriel, sí.

La sangre abandonó el rostro de Bonnie y sus manos se crisparon al apretar la falda de su vestido.

—¿Has dicho… Gabriel?

—Estaba delante de mí, con una poblada barba y un pelo canoso y deslucido, pero era él, sin duda. Lo habría reconocido entre un millón.

—¿Mungo es…?

—Como comprenderás —siguió su madre sin cambiar de expresión—, yo creía que estaba muerto, así que pensé que yo también. Me reí, ¿te lo puedes creer? Me eché a reír a carcajadas. ¿En serio volvíamos a encontrarnos en el más allá y teníamos que ser dos viejos? No me parecía justo, la verdad, una broma de muy mal gusto.

Bonnie tenía el corazón acelerado y miraba a su madre con fijeza y temor.

—Pero entonces él dijo mi nombre y su voz sonó tan dura y tan amargada que supe que aquello no podía ser el cielo. ¿Esto es el infierno? Le pregunté y me dijo que sí, que para él lo había sido durante años y que se alegraba de verme allí al fin. Creo que entonces me abrazó, no estoy muy segura porque todo fue muy extraño y me afectó a la cabeza. Quizá pretendía sujetarme para que no me cayera, la cuestión es que recuerdo estar en sus brazos y escucharlo hablar en mi oído con aquella voz ronca y dura. —Miró a su hija con franqueza—. Me lo contó todo, absolutamente todo. Lo que tu padre le hizo, lo que nos hizo a los dos. Yo creía que el incendio había sido un accidente. Que Gabriel había muerto después de lanzarse al mar desde lo alto de los acantilados…

—Ahora lo entiendo todo —dijo Fionna desde la puerta—. Por eso perdió la cabeza…

Su señora asintió lentamente sin apartar los ojos de su hija.

—Y de no ser por Ewan McEntrie habría muerto aquel mismo día.

—Madre —musitó su hija horrorizada y conmovida.

—Ese muchacho aparece siempre cuando no te lo esperas.

La joven pasó por alto aquel comentario angustiada al ver cómo el velo caía ante sus ojos. Mungo era Gabriel. Ella lo había estado buscando y resulta que era el viejo vagabundo que le contaba historias de la guerra y cuyo perro se deleitaba con los dulces que ella le llevaba.

—La muerte de Carlton me trastornó —confesó Rosslyn dejando que la oscuridad cubriese su mirada de nuevo—. Era mi hijo, lo llevé en mi vientre, le di la vida… Desde que sucedió no he podido quitarme una idea de la cabeza y esa idea me torturaba y no me dejaba vivir.

Bonnie no dijo nada, pero sospechaba qué idea era esa.

—Cuando vi a Gabriel… —Negó con la cabeza—. Fue demasiado para mí. Estaba tan segura de que había muerto, tan segura de que jamás volvería a verlo… De repente mi vida pasó ante mí como si pudiera verlo todo desde fuera. Imágenes y más imágenes

incomprensibles y caóticas que aceleraron mi corazón y me nublaron la mente…

—Madre, mírame —pidió Bonnie al ver que su mirada se perdía y su boca se movía sin emitir sonido alguno—. Respira hondo, eso es. No tienes que hablar de esto si no…

—Quiero hacerlo, Bonnie —dijo fijando la vista en ella—. Lo necesito.

Esperaron un momento a que se calmara y después de varias respiraciones profundas se soltó de sus manos.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó de pronto.

Por un segundo, Bonnie pensó en mentirle.

—Fui a tu antigua casa. Y encontré… tus cosas.

—Mis cosas… —musitó pensativa—. ¿Mis cosas?

Bonnie asintió.

—Los zapatos, el carné de baile…

—¡La carta!

Bonnie volvió a asentir.

—¿La tienes?

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—No. Guárdala bien, si tu padre la encuentra otra vez…

—No la encontrará, tranquila.

Rosslyn se frotó la cara como si quisiera despojarse de la bruma que la amenazaba de nuevo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Bonnie con cuidado—. Gabriel…

—Ya te lo he dicho, me contó todo lo que ocurrió, las cosas que hizo tu padre.

—¿Por qué pensabas que había muerto?

—Bhattair me lo dijo.

—¿Y tú le creíste?

—Al principio, no, pero al ver que no venía a buscarme… —Miró la falda de su vestido con expresión triste—. Gabriel estaba lleno de odio, como la última vez que lo vi.

—En el funeral del abuelo.

Rosslyn asintió.

—Para él también era el funeral de su familia. Toda su familia.

—¿Qué pasó?

—Quería hablar conmigo —dijo mirando a su hija de nuevo y Bonnie tuvo la impresión de que rejuvenecía al recordarlo—. Quería contarme lo que Bhattair había

hecho, ahora lo sé, pero entonces solo podía ver a un hombre hecho pedazos que buscaba un culpable para su desgracia. Gritaba palabras incongruentes y sin sentido. Yo no podía pensar con claridad, mi padre acababa de morir de un modo horrible y estaba asustada. Bhattair le dijo que aquel no era el lugar ni el momento y él… Lo agarró del cuello y lo tiró al suelo, parecía haberse vuelto loco. Dos hombres lo apartaron de él y se lo llevaron a rastras. Y ya no volví a verlo.

—¿Padre te amenazó de algún modo para que aceptaras casarte con él?

Rosslyn la miró con fijeza.

—No sé si debo hablar contigo de esto. Es tu padre.

—Madre, sé muy bien cómo es y de lo que es capaz.

Rosslyn suspiró al tiempo que asentía.

—Al principio no, aunque no lo creas tu padre se comportó hasta entonces como un caballero conmigo. Era amable y galante y me trataba como si yo fuese una princesa y él mi súbdito. Aun así a mi padre no le gustaba nada y me pregunto cómo pude estar tan ciega para no ver lo que él veía. Yo entonces era muy inocente, tonta, diría.

—¿Entonces no te obligó?

Rosslyn asintió.

—Sí, sí lo hizo, pero fue después de encontrar la carta.

Bonnie empalideció al recordar lo que Gabriel había escrito.

—La carta estaba dentro de un libro en la biblioteca… La destrozó delante de mis ojos. Nunca había visto tal grado de violencia hasta entonces, no sabía que hubiese personas capaces de esa rabia y ese odio.

Bonnie se tapó la boca para ahogar un gemido e imaginó la escena al recordar lo que había visto. Los libros destrozados por el suelo, las estanterías hechas añicos…

—Mi hermana y mi madre trataron de calmarlo, pero él las miró con un enorme desprecio y les dijo que todo lo que teníamos era suyo y que si quería podía reducirlo a cenizas con nosotras dentro. Prohibió que volviésemos a colocar un libro en su sitio y cuando yo intenté recogerlos me dio una bofetada que me tiró al suelo. Después me agarró del brazo y me sacó de allí para llevarme a rastras hasta mi cuarto. Me tiró la carta a la cara y me dijo que si en un mes no me casaba con él, nos dejaría en la miseria.

Fionna sollozó sin poder contenerse y Bonnie la miró con cariño. Ella estuvo allí y sabía todas esas cosas.

—Mi madre me suplicó que me casara. Era una mujer débil y no tenía a mi padre

para defenderla. Tu tía en cambio me dijo que esperara, que Gabriel volvería y nos ayudaría. Que podíamos vivir humildemente, nuestro padre era muy querido, la gente nos ayudaría hasta que encontrásemos el modo de salir adelante. Pronto descubrimos lo equivocadas que estábamos. Bhattair extendió sus redes y amenazó con desahuciar a cualquiera que nos ayudase. La gente le cogió miedo y nos dieron la espalda. Esa fue una de las cosas que más daño nos hizo a Moira y a mí. Pensar en todas las veces que mi padre había ayudado a esas personas que nos daban la espalda…

Bonnie le cogió las manos y las apretó entre las suyas para darle apoyo.

—Quince días después del suceso en la biblioteca, Bhattair regresó mucho más calmado y comedido. Ya no era el hombre amable y dulce que había sido siempre conmigo, pero tampoco el loco que me había asustado. Estaba más serio, pero me trató con cortesía. Nos dio la noticia de que habían encontrado a Gabriel muerto en la playa, que se había lanzado desde lo alto de los acantilados. Yo no me lo creí y quise verlo, así que me llevaron hasta él. —Negó con la cabeza mirando a su hija—. Tenía la cabeza destrozada y, aunque llevaba una ropa que podría haber sido de Gabriel, me fui de allí diciendo a todo aquel que quiso escucharme que ese no era Gabriel.

—Y tenías razón.

Su madre asintió.

—Lo que también tenía ya era una falta y pronto tendría la segunda. Pasaban los días y Gabriel no regresaba. Yo estaba cada vez más nerviosa y mi madre no dejaba de llorar y de decir que iba a causarles la ruina. Embarazada de un hijo sin padre, sin dinero y pronto sin casa en la que vivir, porque cuando se cumpliera el plazo que Bhattair me había dado, nos echaría a la calle sin nada.

—Y aceptaste.

Rosslyn asintió conteniendo la congoja que esos recuerdos le traían.

—Gabriel tenía que estar muerto —sollozó—. Jamás me habría abandonado de no ser por eso. Debía pensar en mi hijo. Nuestro hijo.

Rosslyn se limpió las lágrimas y respiró hondo calmando su pena.

—Pero Gabriel no estaba muerto, Bhattair lo amenazó con matarnos a mí y a nuestro hijo si regresaba. Podía enviarme una nota, podía ir a buscarme, arriesgarse… —Se encogió de hombros—. Quizá le saliese bien. Pero si él se enteraba, si descubría sus planes, me mataría sin pestañear igual que había matado a mi padre y a su familia.

—¿Eso te contó Gabriel?

Rosslyn asintió. Bonnie comprendió que perdiera la cabeza. Después de tantos años de sufrimiento descubrir hasta que punto Bhattair era un monstruo habría vuelto loco a cualquiera.

—No debería habértelo contado —masculló la joven enfadada—. Fue demasiado cruel.

—No lo culpes. Ha tenido una vida triste y solitaria, con su deseo de venganza como único compañero.

—¿Y eso le da derecho a hacerte daño a ti? ¡A ti que...! No se lo perdonaré. Me engañó y...

—Merezco todo lo que me ha pasado, hija mía, todo. Tú no lo entiendes.

—¿Qué dices, madre? ¡Por supuesto que no lo mereces!

—Mi falta de aplomo y mi cobardía nos destruyó a todos. No solo a mí, también a Gabriel y a mis hijos.

—Madre...

—Es la verdad, hija. Y no es excusa que me criasen entre algodones, siempre protegida y mimada. No es excusa que mi madre fuese tan cobarde como yo y me suplicase, deshecha en lágrimas sobre la tumba de mi padre, que aceptara casarme con Bhattair MacDonald porque tenía en sus manos nuestra vida. Moira no habría aceptado. Tu tía habría preferido vivir en la miseria antes que entregarse a un hombre que ya había dejado vislumbrar su brutalidad. Mi hermana me suplicó que no me casara el mismo día de la boda. Trató de encerrarme en mi cuarto, lloró desesperada a mis pies, pero no la escuché. Me casé con tu padre porque estaba embarazada y tuve miedo de que me señalaran con el dedo. Tuve miedo de que llamaran a mi hijo bastardo. Miedo de vivir de la caridad y de tener que trabajar, de que me humillaran. Tuve tanto miedo de caer en el infierno que me lancé a él de cabeza.

—Eres muy dura contigo misma —sollozó Bonnie.

—Fui una cobarde, hija, no merezco que me compadezcas. Os traje a un mundo de sufrimiento. Me desligué de mis hijos para protegerlos, pero eso hizo que crecieran sin el amor de una madre. Ese amor que tú le has dado a Adam, hasta el punto de renunciar a él por su seguridad.

Bonnie se cubrió la cara con las manos y lloró desconsolada al pensar en su bebé que crecería sin saber que ella era su madre. Rosslyn la abrazó como hacen las madres cuando sus hijos las necesitan. La abrazó y la consoló diciéndole palabras dulces y

cariñosas. Cuando Bonnie se calmó la miró con una sonrisa tierna y le limpió las lágrimas.

—Tú también te sacrificaste por tu hijo, madre. —Negó con la cabeza—. Fuiste muy valiente y nadie debería decir lo contrario.

—Pero me equivoqué —dijo ella—. Solo le traje una vida de sufrimiento y dejé que se convirtiera en lo que es hoy, un fiel reflejo del hombre que mató a sus abuelos y que lo utilizó para amenazar a sus padres.

—¿Y no sentiré yo lo mismo cuando mi hijo crezca? ¿No tendré que reprocharme toda mi vida el haberlo abandonado? ¿Que no sepa quienes son sus verdaderos padres?

—Todo se arreglará, mi niña, no temas —dijo limpiándole las lágrimas que no dejaban de rodar por sus mejillas—. Confía en mí, Adam es mi nieto y voy a hacer que sea feliz, cueste lo que cueste. Lo único que tú debes hacer es seguirle el juego a tu padre, ¿podrás hacerlo?

—Pero…

—¿Podrás, hija? —la cortó sin borrar su sonrisa.

Bonnie asintió.

—Mantente alejada de Ewan y no vayas a *Slioscreige* de momento. Te doy mi palabra de que no permitiré que Bhattair se salga con la suya.

Bonnie la miró sorprendida de la firmeza y contundencia de su afirmación.

—Madre…

Rosslyn tenía un brillo especial en la mirada, era como si tener alguien a quien proteger le hubiese devuelto las fuerzas.

—Dime, hija.

—Gabriel…

—Eso ya no importa —musitó con tristeza poniéndose de pie—. Ya no importa. Tú sé paciente y no te enfrentes a tu padre. Solo eso, hija.

El día siguiente amaneció frío y ventoso y Bonnie se preguntó si su ánimo podría influir en el clima de aquella tierra que tanto amaba, hasta el punto de cambiar el soleado cielo del día anterior por aquel gris y melancólico. El paisaje le resultó más hermoso de lo normal y sonrió sorprendida de que tanta belleza no se agotase nunca.

Rufus salió a recibirla y ella lo miró interrogadora, *¿qué sabes tú de su corazón traicionero?* El perro siguió dando saltitos a su alrededor hasta que consiguió su propósito y Bonnie se agachó para acariciarlo con ternura.

—Señorita MacDonald…

Se puso de pie mirándolo con expresión dolida.

—Buenos días, señor Morrison.

En ese momento Mungo sufrió una sorprendente transformación, fue como si escuchar su nombre lo despertase de un largo letargo. Su espalda se enderezó y su porte se estilizó al cuadrar sus hombros. La mirada de sus ojos se volvió acerada y la sonrisa desapareció de sus labios. Sin decir nada hizo un gesto con la mano para que pasara y Bonnie entró en la casa delante de él. Por nada del mundo se perdería aquella conversación.

Gabriel sirvió el café en las tazas y la miró al fin a los ojos.

—¿Cómo se ha enterado?

—¿Eso es lo que quiere saber?

Él asintió levemente.

—Mi madre me lo contó todo.

Gabriel asintió.

—No pensé que tardase tanto…

—¿Se ha divertido mucho a mi costa?

—¿Por qué dice eso?

—Cada vez que hablábamos como si fuese mi amigo…

—Y soy su amigo.

—Tiene usted un concepto de la amistad que dista enormemente del mío, señor Morrison.

—No podía decírselo.

—¿No podía porque eso entorpecía sus planes? ¿A qué ha venido? Está claro que no es usted un mendigo y que no está aquí por casualidad.

—Desde luego que no.

—¿Entonces?

—Estoy aquí para vengarme de su padre.

—Es lo que imaginaba.

Gabriel se recostó en el respaldo y la miró con las manos juntas sobre la mesa.

—No me contará cuál es el plan —siguió Bonnie.

Gabriel negó con la cabeza.

—¿Y mi madre? ¿Ella también sufrirá su venganza?

—Nunca he pretendido hacerle el menor daño.

—Pero la sufrirá.

—En parte, sí.

—No piensa matarlo. De haber querido hacerlo, no habría esperado tanto.

—Mis planes son menos… contundentes en ese aspecto.

Bonnie entrecerró los ojos.

—¿Los McEntrie forman parte de su plan?

Gabriel frunció el ceño.

—¿Me pregunta si están al tanto?

—O si serán perjudicados por él.

—Ninguna de las dos cosas.

Bonnie siguió unos momentos pensativa.

—Supongo que dispone de medios para hacer lo que pretende, así que no es un vagabundo ni está en la miseria como nos ha hecho creer.

Gabriel lo corroboró con un gesto.

—¿Va a destruir a toda mi familia?

—Pretendo borrarla del mapa, sí.

La sangre, que hasta hacía un momento teñía las mejillas de Bonnie fruto de la enorme tensión que sentía, ahora las abandonaba rauda en dirección a sus pies.

—Los MacDonald no volverán a tener influencia en estas tierras. Su padre va a perderlo todo. Y cuando digo todo, es todo. He tardado años en tejer los hilos que llevarán a Bhattair a perder una herencia que ha permanecido siglos en su familia. Borraré a los MacDonald de la Historia de Lanerburgh. Y espero que pueda usted perdonarme algún día. Es una víctima inocente en todo esto.

—¿Cómo va a hacerlo?

—Permítame que me guarde los detalles.

—¿Que le permita? ¿Acaso tengo opción?

Gabriel negó con la cabeza.

—Al menos respóndame a una pregunta…

—Los McEntrie no tienen nada que ver.

—No era eso lo que iba a preguntarle, ellos no maquinarían durante años, mintiendo a personas a las que aprecian.

—¿Entonces?

—Me preocupa mi madre. Ella es la principal víctima de mi padre.

—Lo sé.

—Y aun así, va a despojarla de todo.

—Intentaré minimizar sus daños.

—¿Cómo va a despojarnos de todo? —espetó visiblemente hostil.

—No puedo decírselo aún, pero pronto lo sabrá.

Bonnie se quedó unos segundos pensando en todas las conversaciones que había oído entre su padre y Duncan. Desde la muerte de Carlton solo hablaban de una cosa…

—La deuda del banco —musitó.

Una ligera sorpresa se asomó a los ojos del hombre.

—No debería sorprenderme —dijo—, en el tiempo que hace que la conozco he podido comprobar lo inteligente que es en más de una ocasión.

—Ni se le ocurra halagarme falsamente, de haberme considerado inteligente no me habría tratado como a una tonta.

—Bonnie, sé que tiene un don para conocer a las personas y estoy seguro de que sabe que no fingí mi aprecio por usted.

—¿Cómo va a hacerlo? ¿Va a exigir el pago? ¿Por qué no lo ha hecho ya?

—Estaba esperando el mejor momento.

—¿El mejor? Querrá decir el peor.

Gabriel asintió y una sonrisa maliciosa apareció en su rostro.

—Es curioso, cuando sabes que puedes destruir a tu enemigo con un simple gesto, cada día que pasas esperando el momento es un disfrute inmenso.

—Eso es… muy retorcido.

—Lo sé. —Volvió a entornar los ojos—. No me ha preguntado nada de mis motivos. ¿Tan bien informada está?

—Lo sé todo —afirmó.

—¿Todo?

Bonnie asintió y le hizo un resumen de lo que su padre le había confesado, lo que su madre le había dicho y lo que ella misma averiguó visitando a su tía y la vieja casa familiar.

—Ya veo que sí lo sabe todo —musitó él sin dejar de mirarla—. Ya ve que su padre me amenazó con lo mismo que la ha amenazado a usted: matar a nuestros seres queridos. Bhattair no cambiará nunca.

Bonnie desvió la mirada para que no viese la rendición en sus ojos.

—Su padre quería usarla para luchar contra mí, le agradezco que no se haya plegado a sus deseos, de haber aceptado casarse con ese señor Anderson o con el conde la situación sería muy distinta. Lamento haber esperado tanto para cumplir con mi venganza, eso podría haberles ahorrado mucho sufrimiento a todos. Pero ya no debe temer nada, pronto su padre quedará completamente neutralizado. No tendrá dinero ni para comer, mucho menos podrá pagar a nadie que se inmiscuya en sus vidas. Probablemente acabe viviendo de la caridad de los McEntrie, y no se me ocurre una humillación mayor que esa. No lo soportará, espero que él mismo se quite la vida.

Bonnie recordó algo que le había oído decir a Craig más de una vez.

—No debería acorralarlo, es un hombre muy vengativo y si no tiene nada que perder será aún más peligroso.

—Ese soy yo —dijo Gabriel sorprendiéndola—. Vengativo y sin nada que perder. Pienso acorralar a su padre y dejarle ni un resquicio. Lo meteré en la profunda fosa que he cavado para él y cada vez que intente salir estaré allí para volver a empujarlo dentro. Es lo único que deseo, verlo revolverse, suplicante unas veces, amenazador otras, pero siempre atado de pies y manos sin poder hacer nada.

Bonnie lo miraba con fijeza y se preguntaba cómo el dulce rostro de Mungo podía haberse transformado en aquella máscara de hierro que la miraba sin expresión alguna.

—Sé que no lo entiende. Pero su padre me lo arrebató todo: a mi familia, mi casa, a la mujer que amaba y a mi único hijo. Todo. Me hizo arrastrarme lejos de ellos, huir como una rata y dejarlos a su merced. La obligó a casarse y tuve que trabajar hasta que me dolieron todos los huesos para levantar cabeza. Me convirtió en una sombra, me despojó del ansia de vivir y a cambio me llenó de odio y rabia. Solo una persona podría haberme salvado, pero ella era tan víctima como yo.

—No se atreva a insinuar que mi madre es la culpable, bastante culpa arrastra ella sola como para que…

—No era eso lo que quería decir. Tan solo digo que su madre era la única que podría haberme detenido. Si ella hubiese podido ser feliz, yo no habría movido un dedo. Me habría ido a algún lugar apartado de la mano de Dios y habría desaparecido para

siempre.

—¿Por qué no la salvó? ¿Por qué dejó que él la maltratase todos estos años?

Gabriel desvió la mirada avergonzado.

—Al principio no supe nada de eso.

—Pero lleva viviendo entre nosotros varios años y lo sabe bien porque yo se lo he contado.

—La habría matado, si yo hubiese intervenido su padre…

—Mi padre podría estar muerto —dijo tajante y con los ojos llenos de lágrimas—. Si tanto lo odiaba, si sabía la clase de monstruo que era… ¿Qué tenía que perder? Usted mismo lo ha dicho: nada. Y eso nos hubiese permitido a todos…

Rompió a llorar y ocultó el rostro entre sus manos para esconderse. Se sentía sucia y retorcida por haber dejado salir el veneno que corría por sus venas desde que tuvo que abandonar a su hijo. Creía que era lo bastante fuerte, que podría soportarlo, pero estaba claro que no era así.

Gabriel se levantó para coger la botella de whisky y dos vasos. Sirvió el líquido ambarino en ellos y se bebió el suyo de un trago. Volvió a verter una pequeña cantidad y volvió a vaciarlo. Empujó el otro vaso hasta que chochó con el brazo de Bonnie que seguía tapándose la cara con las manos. Ella las apartó y miró el vaso que le brindaba. Sin decir nada bebió el contenido y gimió cuando le quemó la garganta, pero eso la ayudó a dejar de llorar. Se limpió las lágrimas y lo enfrentó sin borrar el dolor de su mirada.

—Ha sido un cobarde, Mungo.

El otro asintió.

—Se ha escondido aquí todo este tiempo viendo lo que pasaba y dejando que él… —De repente enmudeció y una expresión de horror fue creciendo en su rostro—. ¿Fue us…? ¿Carlton…?

Gabriel tardó un momento en comprender la pregunta que no era capaz de formular.

—¿Quiere saber si yo tuve algo que ver con su muerte?

Bonnie no estaba segura de querer saberlo, pero le sostuvo la mirada sin parpadear.

—No —dijo sin entonación.

Un suspiro de alivio abandonó su cuerpo y cerró los ojos un instante antes de

volver a mirarlo.

—Voy a serle totalmente sincero, Bonnie, porque en este tiempo que la he conocido me ha devuelto parte del hombre que fui. Usted, Augusta y esos pesados de los McEntrie. Todos ellos. Cuando vine aquí no me imaginaba que acabaría apreciándolos tanto y preocupándome por su bienestar, pero así ha sido. Me ha preguntado por qué no maté a su padre y le voy a abrir mi corazón, porque creo que se lo debo. Hay una parte de mí, una muy pequeña y tan bien escondida que no he podido arrancármela, que sueña con tener una vida. Sueña con que es posible todavía que yo encuentre un sitio para mí.

—¿Para usted solo? —preguntó Bonnie leyendo entre líneas.

Gabriel se mordió el labio y desvió la mirada abrumado por sus propias emociones.

—Mi madre ha sufrido mucho. No sé si…

—Lo sé.

—Su estabilidad es muy frágil.

—Lo sé.

Ella siguió mirándolo con fijeza.

—Dígame una cosa —pidió haciendo que él la mirase—. En el fondo la culpa, ¿verdad? La culpa por no haber sido más fuerte, por no haberse resistido a él. Por haberse casado.

Gabriel asintió antes de hablar.

—Y por haber vivido una vida miserable y dejar que ese monstruo educara a mi hijo y lo convirtiera en alguien tan despreciable como él. Durante años carecí por completo de compasión, en su lugar solo tenía una dura, correosa y amargada ansia de venganza. Quería verlo a él al borde del precipicio, derrotado y suplicante, para poder darle un puntapié que lo hiciera caer desde lo más alto. Y yo pensaba quedarme allí mirando cómo se estrellaba contra las piedras, cómo su sangre se mezcla con el agua salada y cómo la vida lo abandona. Pero también… —Su voz se quebró y apretó los dientes mientras hacía girar el vaso en la mesa. Carraspeó sin levantar la vista—. Cuando la vi frente a mí…

—¿Se refiere al día en que la volvió loca? ¿Ese día?

Gabriel la miró con fijeza.

—Tenía que decírselo. Había estado viviendo con el asesino de su padre. Había tenido un montón de hijos con él.

Bonnie movió la cabeza sin creer lo que oía.

—¿Qué opción tenía? —musitó—. Fue cruel decírselo todo de golpe cuando su estabilidad mental era tan precaria. Si Ewan hubiese salido del agua un minuto después, estaría muerta.

—¿De qué…?

—Después de que usted le dijese todo eso ella fue a los acantilados para acabar con su vida. Ewan la salvó.

La sangre abandonó el rostro de Gabriel y sus ojos parecieron los de un loco.

—¡No! —Dio un golpe en la mesa que hizo saltar los vasos.

—Sí, Gabriel. —Hizo una pausa para dejar que asimilara sus actos—. Cree que no puedo entenderlo, pero se equivoca. Lo entiendo muy bien. Y ni siquiera le culpo por haber sido tan… cruel con ella. Pero, por mucho que usted haya sufrido, ella ha sufrido mil veces más. —Se puso de pie y apartó la silla muy despacio—. Mi padre ha vencido. Nos ha vencido a todos. Destruyó a mi madre, a mi familia y a usted. Se ha pasado la vida planeando su venganza mientras él hacía y deshacía a su antojo. Bhattair MacDonald no suplicará ni se arrodillará ante nadie. Al contrario, se reirá en su cara cuando descubra que el hombre al que ha envidiado y odiado durante toda su vida por ser el dueño del corazón de la única mujer a la que cree amar, se ha convertido en un viejo amargado y solo que no ha disfrutado ni un solo día de su vida. Y en cuanto se dé cuenta de que no tiene salida, la matará, ¿lo entiende? Matará a mi madre y luego se quitará la vida para no darle la opción de resarcirse. Ese es mi padre y está claro que usted no lo conoce.

El rostro de Gabriel estaba pálido como el mármol y no pudo decir nada cuando ella se marchó, asqueada y triste. Rufus no ladró ni corrió tras ella, se quedó inmóvil a los pies de su amo, como si supiera que lo necesitaba.

Capítulo 27

—Hacía mucho que no venía por aquí —dijo Annabella entrando en la sala de música.

Bonnie estaba sentada en una butaca sin hacer nada, con la mirada fija en la pared, perdida en oscuros pensamientos.

—¿Nos tomamos un jerez? —dijo su hermana dirigiéndose al mueble de las bebidas.

Cuando lo hubo servido le dio una copa y se sentó a su lado. Lo último que necesitaba Bonnie era tener que aguantar a Annabella, pero estaba claro que su hermana no pensaba lo mismo.

—Quita esa cara, mujer, cualquiera diría que se te ha muerto alguien.

Bonnie bebió un trago y luego observó la copa en sus manos.

—No me has contado nada de tu estancia en Kylescross. —Annabella la miraba con fijeza.

—¿Padre tiene mucho interés?

—¿Qué más puedo hacer para que confíes en mí?

—¿No insistir tanto en ello? No dices otra cosa desde que regresé.

—Porque te comportas como si…

—¡Aquí estáis! —La estridente voz de Alice hizo que Bonnie diese un respingo y su hermana pusiera los ojos en blanco—. Tu padre me ha enviado a buscarte, Annabella, llevo dando vueltas como una peonza mucho rato.

—¿A mí? —La miró con inquina.

La otra asintió.

—¿Qué quiere?

—¿Te crees que se lo he preguntado?

Se dejó caer en una butaca como un fardo y unas gotitas del vino de su copa saltaron hasta su escote. Las atrapó con el dedo y se lo llevó a la boca como si de un exquisito manjar se tratase.

—Estábamos hablando —dijo Annabella con mirada furibunda.

—Seguid, seguid —la aventó su cuñada sonriendo—. A tu padre no le importará esperar un poco más. Si hay algo que caracteriza a los hombres de esta familia es su paciencia, ¿verdad?

La otra apretó los labios y se puso de pie.

—¿No vienes? —preguntó frente a la butaca de Alice.

—¿Yo? ¡No, por Dios! He caminado bastante por hoy. Me quedaré aquí con Bonnie hasta que me termine esta copa de vino.

—El vino de tu copa nunca se acaba.

Alice le sacó la lengua burlona y la otra la miró con inquina y salió de allí con evidente malhumor. Pasados unos segundos Alice se levantó de la butaca y fue hasta la puerta, asomó la cabeza y después cerró suavemente, poniendo mucho cuidado en no hacer ruido. Bonnie la miró con una mezcla de incredulidad y burla cuando se sentó junto a ella en el sofá.

—No tenemos mucho tiempo —empezó su oronda cuñada—. He intentado hablar contigo varias veces desde que volvisteis, pero siempre huyes de mí.

—¿Qué?

—Shssss, déjame hablar, tu hermana no tardará en regresar, lo que he dicho era mentira. Escúchame, no te fíes de ella. Tu padre la utiliza para vigilarte.

Bonnie frunció el ceño, pero no dijo nada.

—He intentado estropear sus planes unas cuantas veces, pero me temo que no soy muy eficaz con eso. Y acabarán por darse cuenta, si es que no se la han dado ya. No puedes fiarte de ella, Bonnie, no creas nada de lo que te diga. Y, sobre todo, no le cuentes nada que no quieras que tu padre sepa.

Hizo ademán de cogerle la mano, pero Bonnie la apartó con agilidad.

—¿No me crees? —Alice parecía dolida.

—Desde luego.

—Menos mal. Me alegra que confíes en mí.

—Tanto como en ella.

—¿Qué?

—Sé que las dos me espiáis, no te molestes en negarlo. Y que luego se lo contáis todo a mi padre o a mi hermano.

—Eso no es cierto —afirmó Alice muy poco convincente.

Bonnie torció una sonrisa.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Claro.

Alice tenía el ceño fruncido y una mirada confusa.

—Entonces, ¿confías en mí?

—Y en Annabella.

—¡No!

—¿No? —Bonnie fingió desconcierto.

—No, en Annabella no debes confiar. Ella sí es una espía de tu padre.

—¡Ah!

Alice sonrió satisfecha.

—Me alegra haberte avisado. Te tengo mucho aprecio. De esta familia eres quizá la persona a la que más aprecio. A la única, de hecho. Todos son… horribles y no se puede confiar en ellos.

—Cierto.

—¿Has visto a Ewan últimamente?

Bonnie no supo si echarse a reír o insultarla por estúpida.

—No —mintió.

—Estuviste en *Slioscreige* la semana pasada.

—Pero él no estaba —siguió mintiendo.

—¿No?

Bonnie negó con la cabeza.

—¿Y desde cuándo no le ves?

—Desde que me marché.

—Oh, cuánto tiempo.

—Sí.

Alice suspiró, consciente de que no había averiguado nada y eso enfurecería a Duncan y a su padre.

—¿Vas a casarte con… Liam Fraser?

—No me lo ha pedido.

—Pero si te lo pidiera…

—Esperaré a que lo haga para tomar esa decisión, no quiero tener que desilusionarme. Además, quizá haya otro candidato mejor, ¿no te parece?

—¿Mejor que él? Lo dudo. Es guapísimo.

Bonnie sonrió taimada.

—Y todos sabemos que esa es la principal característica en la que debo pensar a la

hora de elegir marido.

Alice suspiró y a continuación apuró el contenido de su copa.

—Lo verás en casa de los McPherson.

—Ajá.

—Quizá surja la chispa.

—Quizá.

—Espero que sí, haríais una pareja extraordinaria. Y tendríamos a alguien interesante para charlar en las cenas. Por favor, Bonnie, cásate con él —dijo poniéndose de pie.

Se quedó mirando la puerta abierta después de que Alice salió de la sala de música y enseguida escuchó la voz de su hermana subida de tono.

—¿Qué le has dicho?

—No sé de qué me hablas.

—Maldita desgraciada…

—No vuelvas a ponerme la mano encima.

Bonnie se encontró con una estampa digna de un espectáculo cómico. Las dos mujeres se agarraban de los pelos mientras trataban de salir vencedoras de la disputa verbal.

—¡Bruja!

—¿A quién llamas bruja, gorda asquerosa?

—¡Parad! —ordenó Bonnie separándolas.

—¿Qué le has dicho? —Annabella la miraba expectante—. Sea lo que sea se lo va a contar a padre.

—¿Yo? ¡Eso tú! —espetó la otra.

—Serás… —Annabella intentó volver a cogerla de los pelos, pero Bonnie no se lo permitió.

—En tu estado deberías tener cuidado, Annabella —le advirtió.

—¿En tu estado? —Alice abrió los ojos como platos—. ¿Estás embarazada?

La mayor de las MacDonald miró a su hermana con disgusto.

—No tenías que decirlo.

—¡Ese niño no va a nacer!

—¡Alice! —le gritó Bonnie horrorizada.

—No lo permitiré —insistió su cuñada—. ¡Tú mataste a mi bebé!

—Estás loca.

¿Annabella está sonriendo? Se preguntó Bonnie incrédula.

—Fue un accidente —siguió su hermana—. Probablemente estabas borracha, por eso te caíste por las escaleras. Yo solo intentaba sujetarte.

—Sabes que entonces no bebía. ¡Me empujaste!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —Alice tenía los ojos llenos de lágrimas y una mirada de odio que habría hecho estremecer a cualquiera en su sano juicio—. Mataste a mi hijo y por tu culpa no he vuelto a quedarme embarazada.

—Para eso mi hermano tendría que tocarte y está claro que le da asco solo pensarlo.

—¿Te crees que todos son como tu marido? A él sí que le das asco, prefiere hacerlo con el lacayo antes que contigo.

Bonnie las miraba horrorizada. No es que no hubiese presenciado peleas entre ellas, pero esta era distinta, se habían despojado de sus máscaras y ahora podía ver sus verdaderas caras. Y eran unas caras muy feas.

—¡Basta! —dijo rotunda—. ¿Es que no os dais cuenta de que estáis en el mismo barco? Deberías estar unidas para protegeros de ellos y en lugar de eso os enfrentáis como estúpidas.

—¿De qué estás hablando? —Annabella la miraba incrédula.

—Estás embarazada, ¿es que no te importa tu hijo? ¿Qué pasará si es una niña? ¿Dejarás que padre la use para su interés? ¿Dejarás que la case con quién a él le convenga como hizo contigo? ¿Y tú, Alice? ¿Seguirás bebiendo para no ver lo que pasa a tu alrededor? ¿Por qué no hacéis algo con vuestras vidas, en lugar de vegetar hasta convertiros en flores marchitas?

Las otras dos la miraban anonadadas y confusas.

—Habláis de tener hijos como si fuese una mera cuestión de protocolo. Tener un hijo no es solo llevarlo en tu vientre y parirlo para después dejarlo en manos de niñeras o cuidadoras. —No se dio cuenta de que estaba llorando—. Tener un hijo es morirse de amor por dentro, saber que serás capaz de todo por aquella criatura indefensa que te mira con devoción desde el primer momento en que te ve. Capaz de renunciar a todo por él: al amor, a la felicidad… Dejar tu corazón amordazado y sediento y estar dispuesta a ignorar tu propio sufrimiento. Eso es lo que supone tener un hijo.

—Bonnie… —musitó Alice.

Annabella había empalidecido y su corazón acelerado le golpeaba con fuerza en el pecho.

—¿De qué estás hablando?

Bonnie se dio cuenta en ese momento de lo que había dicho y cerró los ojos un instante para volver a abrirlos después con una firme resolución.

—Haced lo que os dé la gana —musitó—. Sé que las dos le habéis estado contando a padre todo lo que sabíais de mí, así que dejaos de disimulos a partir de ahora, no os servirán de nada.

—Debo proteger a mi hijo —dijo Annabella cuando ella les dio la espalda.

Bonnie se volvió de nuevo a mirarla.

—¿Y crees que así lo proteges? ¿Siguiéndole el juego?

—Es demasiado poderoso. —Annabella negó con la cabeza—. No puedes enfrentarte a él.

—Cuando tu hijo nazca, padre te tendrá en sus manos. Lo usará contra ti y le hará a él lo que nos ha hecho a todos.

Annabella sintió un frío intenso corriendo por sus venas.

—Si ese niño significa algo para ti… —Bonnie suspiró sintiéndose estúpida por intentarlo siquiera—. No sé para qué me esfuerzo tanto.

Se alejó de ellas sin escuchar nada más y una vez tras la puerta cerrada de su habitación se apoyó en ella y dejó escapar el aire hasta vaciar sus pulmones. Respiró hondo varias veces y se dispuso a prepararse para meterse en la cama y pasar otra noche de insomnio. No sabía cuántos días podía sobrevivir alguien sin dormir, pero ella debía estar superando alguna marca, sin duda.

Se miró en el espejo del tocador y se preguntó quién era esa anciana que la miraba desde un cuerpo joven. Había demasiada amargura y dolor en sus ojos y no encajaba con la delicadeza de sus rasgos. Se llevó la mano a la muñeca en la que seguía atada la cinta que había bordado en un gesto simbólico y estúpido. Adam llevaba una igual, aunque mucho más pequeña. Lo único que conservaría de ella, además de sus ojos, su pelo y su corazón, porque se lo había dejado a él y ahora había un profundo y oscuro agujero en su pecho. Cerró los ojos y ahogó un gemido llevándose allí la mano, como si ese gesto pudiese calmar el dolor que la inundaba cada vez que pensaba en su hijo. Un hijo que crecería pensando que Flora era su madre y Jaxon su padre. Que tendría una vida feliz y

tranquila junto a sus hermanos y que nunca sabría que su madre lo abandonó para protegerlo, para salvarlo de la maldad de su abuelo. Y tampoco sabría que su padre era el hombre más maravilloso, bueno, generoso y honorable de toda Escocia. Que él era un McEntrie.

Edith entró en el cuarto, la ayudó a desvestirse y cepilló su cabello antes de revisar el fuego de la chimenea. Estuvo hablando todo el rato y, aunque Bonnie apenas le prestó atención, cuando abandonó la habitación fue un alivio para ella.

Se sentó en la cama con las rodillas dobladas y se abrazó a ellas apoyando la barbilla. Repasó de nuevo cada momento que había pasado con su hijo desde el instante en que salió de su cuerpo. Sonrió al recordar su carita y aspiró como si pudiera sentir el aroma que desprendía. Un aroma dulce y suave que solo podía emanar de un bebé. La culpa la sacudió por dentro, ella había podido disfrutar de sus primeros meses de vida, pero Ewan no lo conocería más que en sueños. Porque durante aquellos días ella soñó con él muchas veces. El día que nació Adam soñó que su padre lo sostenía en los brazos y le susurraba palabras de amor. Era tanta el ansia que sentía que veía el rostro de Ewan reflejado en una ventana, su espalda al doblar una esquina o escuchaba su voz en la del cabrero que les llevaba la leche todas las mañanas. Su mente le jugó muy malas pasadas mientras estuvo en Kylescross y estaba segura de que era la culpa la que la torturaba. Él nunca la perdonaría.

Apoyó la mejilla en sus rodillas mirando hacia la ventana y comenzó a tararear la cancioncilla con la que solía dormir a Adam cada noche y cerró los ojos tratando de imaginar los brazos de Ewan rodeándolos a los dos.

Capítulo 28

—Tiene leña de sobra para todo el invierno —dijo Ewan secándose el sudor con el trapo que el viejo le había dado.

Sus músculos brillaban con los últimos rayos del sol que se acercaba a su ocaso y el pelo, que se había dejado crecer como el de sus hermanos, goteaba sobre sus hombros.

—¿Te apetece un poco de vino? —preguntó Mungo dándose la vuelta para entrar en la casa.

—Mejor agua —dijo cogiendo su camisa.

Rufus ladró para llamar su atención y Ewan sonrió antes de agacharse para jugar con él. Cuando entró en la granja estuvieron un buen rato en silencio. Uno acariciando al perro que no se movía de su lado y el otro fumando su pipa con expresión distraída.

—Pronto regresaré a casa —dijo el viejo.

Ewan giró la cabeza para mirarlo con una sonrisa burlona.

—¿A casa? Creía que no tenía ninguna.

—Pues tengo.

Mungo mostró una expresión que Ewan no fue capaz de definir, pero que hizo que se pusiera serio y se irguiese. Durante unos segundos se miraron con fijeza, evaluándose mutuamente.

—¿Dónde?

—En Garlingwood.

—Eso está en Inglaterra.

Mungo asintió sin dejar de mirarlo con fijeza.

—Así que al fin voy a saber quién es en realidad —dijo Ewan relajando su expresión —. ¿No me va a gustar?

—No veo por qué no —respondió el viejo y aspiró varias veces de su pipa.

Ewan se recostó en el respaldo mirándolo con una sonrisa. Hizo un gesto con la mano animándolo a hablar y luego se cruzó de brazos.

—Si la dejas escapar te arrepentirás toda la vida, Ewan.

La sonrisa se evaporó del rostro del McEntrie.

—No tengo intención de hacerlo.

—Mejor. ¿Cuál es tu plan?

—Encontrar el modo de neutralizar a su padre.

—Yo puedo ayudarte con eso.

Ewan asintió como si nada de lo que decía le sorprendiese.

—Esperaba otra reacción por tu parte —dijo Mungo sonriendo.

—No hemos creído nunca que fuese un mendigo. Sabíamos que estaba aquí por algo.

—¿Todos?

—Bueno, las mujeres, quizá. Pero los McEntrie somos bastante reacios a dejarnos engañar.

—Ya veo —sonrió—. ¿Por qué nunca preguntasteis?

Ewan sonrió también y acarició a Rufus que llamaba su atención.

—No nos habría contestado.

—Cierto.

—¿Y por qué ahora sí?

—Por Bonnie. No sé cuánto tiempo más hubiese esperado, pero ella me ha obligado a tomar una decisión.

El rostro de Ewan se contrajo, pero no dejó de mirarlo.

—¿Sabes una cosa muy curiosa? Creía que tus hermanos y tú me habíais devuelto la fe en las personas.

—¿Va a ponerse sentimental?

—No dejáis que el odio os domine, pero os entregáis al amor sin reservas.

—El odio solo destruye al que lo padece —dijo Ewan convencido—. En cuanto a lo otro…

Mungo suspiró con fuerza y se levantó para coger la jarra de vino y dos vasos. Los llenó y bebió un trago antes de seguir hablando.

—En realidad, ha sido Bonnie MacDonald la que me ha vuelto del revés como un calcetín. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Tiene ese don, sí —musitó cogiendo su vaso y mirando el contenido con expresión reflexiva.

—Es una muchacha increíble. Tiene el rostro de su madre, pero su personalidad es completamente opuesta. ¿Y esa manía de contarlo todo? Sé exactamente cuántos tablones tiene esta casa, ¿te lo puedes creer? —Ewan lo miraba con interés y él sonrió negando con la cabeza—. A pesar de ser la hija de un hombre despiadado, es dulce y

buena. A pesar de los desprecios que ha sufrido, se preocupa por los demás. A pesar…

—¿Qué tal si me cuenta su historia? —Lo cortó impaciente—. Con las virtudes de Bonnie no necesito ayuda, las conozco mejor que nadie.

—Tengo entendido que has oído hablar de mí.

Ewan entornó los ojos.

—Soy… Gabriel Morrison.

—¡Ostras! —exclamó el McEntrie recostándose en la silla—. Reconozco que no me lo esperaba. Acaba de crecer varios centímetros delante de mis ojos.

—Nada que un poco de convicción no consiga. Debía parecer… distinto.

—¿Distinto a qué?

—A quien soy.

—Ya veo. Tiene la edad de mi padre, pero parecía mucho mayor que él. Veo que todo era una pose muy bien estudiada.

—Los McEntrie habéis sido una piedra en mi zapato desde que llegué a estas tierras. Con vuestra amabilidad, vuestra preocupación y la mala costumbre que tenéis de meteros en problemas… —Chasqueó la lengua—. Estuvisteis a punto de estropear mis planes tantas veces que dejé de contarlas.

—¿Quiere que me disculpe?

—No hace falta.

—Tampoco pensaba hacerlo.

Gabriel sonrió relajado y le hizo un gesto con la mano.

—Adelante, pregúntame lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo lo planeó? ¿Y por qué no nos lo dijo desde el principio? ¿Temía que advirtiéramos a Bhattair del peligro? —Se mofó.

Gabriel comenzó su relato dispuesto a no dejarse ni una coma.

—¿Que es quién? —Lachlan miraba a su hermano pequeño con una interrogación en su arrugado ceño.

—Gabriel Morrison, el hijo del Factor de Owen Wallace…

—El abuelo materno de Bonnie —acabó Kenneth—. Está muy claro.

—¿Claro? —Lachlan los miró incrédulo—. Espera, espera…

—¿Y qué quiere de Bhattair? —intervino Caillen dejando el cepillo sobre un taburete.

—Pues vengarse, ya os lo he dicho.

—¡Bien por Mungo! —exclamó Dougal—. ¿Cómo?

—¿Cómo? —Ewan lo miró ceñudo.

—¿Cómo va a vengarse? Quiero ayudarlo.

—No creo que necesite tu ayuda —dijo Kenneth—, viendo cómo nos ha engañado a todos, está claro que lo tiene todo muy bien pensado.

—¿Por qué quiere vengarse? —preguntó Lachlan.

—¿Y qué más da? —dijo Dougal como si no diera crédito—. Mientras acabe con Bhattair, a mí me vale.

—Bhattair quemó su casa con su familia dentro.

—Entonces lo de que su familia murió en un incendio era cierto —dijo Kenneth.

Ewan asintió y continuó su relato.

—Y en ese incendio murió también el abuelo de Bonnie, que se oponía tajantemente a que su hija se casara con Bhattair.

—¿Esa sabandija lo mató para poder casarse con Rosslyn? —Dougal no disimuló su sorpresa.

—Por dinero no fue —dijo Craig sacudiéndose los pantalones—, por aquel entonces la familia de Rosslyn estaba endeudada.

—Pues no me va a convencer nadie de que Bhattair se casó por amor —negó Lachlan—, eso es imposible.

—Gabriel y Rosslyn estaban enamorados. Él pidió su mano y su padre accedió al compromiso —añadió Ewan, que había tenido que ir dando la información a cucharadas porque todos querían opinar de cada cosa que decía.

—Menudo desgraciado —masculló Kenneth.

—¿Mungo? —Lachlan lo miraba confuso.

—¡Bhattair! Menuda sanguijuela retorcida y abyecta. No solo mató a la familia de Mungo, también al padre de la mujer con la que luego… Si yo estuviese en el lugar de Gabriel lo cortaba en rebanadas y se las daba de comer a los cerdos.

—No tenemos cerdos —dijo Lachlan y su hermano lo miró con inquina.

—¿Cuál es el plan? —insistió Dougal al que le interesaba especialmente su ejecución.

—No me lo ha contado.

—¿Qué no te lo ha…? —El pirata no daba crédito—. ¿Tú eres tonto? ¡Eso era lo más importante!

—Por eso no va a contárnoslo. No sé yo quién es el tonto aquí.

—Pero…

—Voy a hablar con él —dijo Kenneth caminando hacia la puerta de las caballerizas —. Tengo demasiadas preguntas.

—Todos las tenemos —se apuntó Caillen.

—Yo también voy —dijo Lachlan esperando que Mungo se explicase mejor que Ewan.

—Vosotros no vais a ninguna parte —dijo Craig usando el tono autoritario que los hacía ponerse firmes—. Iré yo. Y no habléis de esto con nadie. Si es cierto y llega a oídos de Bhattair, Mungo, Gabriel o como narices se llame es hombre muerto.

Gabriel y Craig se miraban con expresión afable, pero seria.

—Siento haberos mentido, pero supongo que comprendes mi situación.

—Me hago una idea.

—Las paredes oyen.

—Eso es —afirmó Craig cruzando los brazos y metiendo las manos bajo las axilas.

—Una conversación susurrada puede ser el mejor reclamo. Los criados, los mozos de cuadra, alguien en una habitación contigua…

—Lo que me interesa saber es si tenías algún papel para los míos en esta comparsa. Como comprenderás, debo pensar en mi familia y no dejaré que los pongas en peligro.

Gabriel suspiró asintiendo.

—¿Te apetece un whisky? Es de tu bodega —dijo sacando la botella y dos vasos que colocó sobre la mesa y entre los dos.

Últimamente no hacía más que beber acompañado, pero es que todo es más sencillo delante de un vaso de whisky. Más si ese whisky es escocés.

—No hay uno mejor que este —afirmó levantando el vaso para mirar a través del líquido dorado.

—Desde luego —dijo Craig con orgullo—. Veo que vivir entre ingleses no te ha atrofiado el paladar.

—Los ingleses me han dado mucho, la verdad. Gracias a ellos conseguí amasar una gran fortuna.

—De perderlo todo a ser rico…

Gabriel asintió.

—Un hombre es capaz de grandes proezas con el estímulo adecuado. Bhattair ha sido mi estímulo durante todos estos años.

—¿Cuál es tu plan?

—Cavar una fosa bien profunda para él y obligarlo a vivir en ella el resto de sus días.

—¿Y dejando a un lado las metáforas poéticas?

—Bhattair tiene una deuda con el banco de Douglas McLeod. —Esperó a que sumase dos más dos—. Tengo a ese desgraciado y todo su patrimonio a un chasquido de mis dedos.

—Vaya —dijo Craig sin inmutarse—. Así que no va a haber sangre.

Gabriel torció una sonrisa.

—Matarlo no sería suficiente. Prefiero que viva en la miseria el resto de su vida.

—¿Y no hay nadie echándote de menos en Inglaterra? ¿Nunca te casaste? —Craig sabía la respuesta antes de oírla.

—No.

—Claro. Estabas ocupado.

Gabriel bebió otro trago sin apartar la mirada.

—Para serte sincero —dijo depositando el vaso en la mesa con delicadeza—, es cierto que esto ha estado en mi mente desde el día en que me marché, pero también lo es que he vivido mucho. Todo lo que os conté era cierto.

—¿Hasta lo de que te retiraste del ejército y te hiciste vagabundo?

Gabriel soltó una carcajada.

—Lo de ser vagabundo, no, lo siento.

—¿Y cómo te hiciste rico? Está claro que el ejército no da para tanto.

El otro sonrió abiertamente.

—Todo fue gracias a la única amistad que he tenido en mi vida. Julius Angerstein, al que conocí al poco de llegar a Londres. Él me consiguió trabajo en una compañía naviera y me dio muchos consejos sobre ahorro y sobre cómo hacer crecer el dinero. Con los años nos hicimos buenos amigos y me convenció para que invirtiese mi dinero en

una compañía de seguros, la Lloyd's *of* London. Ahí me inicié como inversor y comencé a cultivar una gran fortuna. Primero fueron los seguros, después el comercio… A lo único que no ha conseguido arrastrarme Julius es a compartir su amor por el arte. —Sonrió—. Si supiera para lo que quería el dinero se escandalizaría. Es un hombre tranquilo y sin grandes pasiones. No lo entendería.

—¿Qué piensas hacer después de quitárselo todo?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros.

Craig lo miró taimado.

—Carlton te dio la oportunidad de darle la estocada, ¿por qué no la aprovechaste? ¿Qué esperabas?

—Había algo que me retenía.

—¿Algo?

—Alguien en realidad. Bonnie MacDonald. —Se levantó de la silla para ir en busca de su pipa—. ¿Quieres? Tengo otra.

Craig negó con la cabeza y esperó hasta que se sentó.

—¿Qué tiene que ver Bonnie en todo esto?

—Esa muchacha me hizo fantasear con cómo podrían haber sido las cosas si todo hubiese sido diferente. Se parece a Rosslyn, pero es distinta, no sé si me entiendes.

—Tengo seis hijos de tres mujeres distintas, te entiendo bien.

Gabriel sonrió y aspiró varias veces de su pipa sin dejar de mirarlo a través del humo.

—Me preguntaba cómo sería una hija nuestra, de Rosslyn y mía. Si se parecería a Bonnie… —Suspiró—. ¿Te puedes creer que aún la quiero? Me di cuenta cuando la tuve delante.

—Bonita manera de demostrárselo.

—No pensé lo que hacía, no estaba preparado para verla.

—Claro, no tuviste tiempo de hacerte a la idea —se burló Craig sin sonreír.

—Si Ewan no la hubiese salvado…

—Otro drama para tu historia.

—¿Te importa ella? —preguntó Gabriel.

—No mucho, la verdad. Lo cierto es que excepto Bonnie y Chisholm, lo que les pase a los MacDonald me da igual.

—¿Entonces? ¿A qué viene ese cinismo?

—Trato de averiguar la clase de hombre que eres.

—Duncan es mi hijo.

Esa confesión tampoco alteró el rostro del McEntrie.

—Vaya.

Gabriel asintió.

—Bhattair te lo quitó todo —dijo Craig cogiendo su vaso—, y ahora tú le vas a hacer lo mismo a tu hijo.

Gabriel lo observó apurar el whisky pensando en ello.

—Sí —dijo al fin.

—Ya veo.

—¿Qué ves? —preguntó Gabriel con interés.

Craig sopesó sus opciones antes de responder.

—¿No te atreves a decírmelo? —Gabriel se rio—. Tranquilo, no voy por ahí vengándome de la gente que me dice lo que piensa.

—En realidad, me preguntaba si vale la pena el esfuerzo de decírtelo. No sé si me importa lo suficiente.

—Hombre, ahora no puedes dejarme con las ganas.

Craig apoyó los antebrazos en la mesa y lo miró con fijeza antes de responder.

—Pues, lo que yo veo delante de mí es a un hombre consumido por el pasado. Que ha sacrificado toda su vida en aras de la venganza y que cuando la culmine no tendrá una razón para existir.

—Es como escuchar a Bonnie —dijo el otro.

—Es una chica muy lista, sí.

—¿No crees en la justicia divina? —preguntó Gabriel.

—¿Divina? ¿Ahora también te crees Dios?

—Tú eres un hombre con principios y valores que nunca se valdría de artimañas para vencer a su enemigo. Eso dijo Bonnie de vosotros y tenía razón. Sé que si estuvieras en mi lugar habrías ido a por él de frente y lo habrías matado.

—Probablemente —afirmó el otro.

—La hubiera matado. Y a mi hijo.

—No le habría dado tiempo. Estuviste en el funeral, delante de todos. —Craig se encogió de hombros—. En lugar de dar el espectáculo podrías haber cogido un puñal y habérselo clavado en el corazón. Rápido y efectivo. Fin de la historia.

Gabriel pareció desconcertado.

—No me gustan las cosas complicadas —siguió Craig—, llámame simple, pero las cosas complicadas no suelen salir bien. Mírame a mí, me casé con una mujer que convirtió mi vida en un infierno para cumplir con los deseos de mi primera esposa a la que había engañado con ella. Eso me enseñó la clase de hombre que soy. Uno que no necesita complicaciones.

—Quizá tengas razón, pero no puedo volver atrás, ¿verdad?

—No. Pero quizá puedas hacer algo distinto ahora. Algo por tu hijo.

—Me temo que no. Duncan es igual al único padre que ha conocido y eso ya no tiene solución.

—¿Y Bonnie?

—Esto la liberará. La tiene prisionera de sus amenazas y no puede casarse con tu hijo por ellas.

—Ya.

—No crees que salga bien.

Craig arrugó los labios al tiempo que movía la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Es Bhattair. Son tantas las cosas que podrían salir mal…

—Merece la pena el riesgo.

Craig entornó los ojos mirándolo con atención y una sonrisa empezó a curvar sus labios.

—¿Qué? —preguntó Gabriel desconcertado.

—Haces esto por ellas —dijo el otro convencido—. Por las dos. Y probablemente no tienes intención de abandonar a Duncan ni a Annabella tampoco.

Gabriel le sostuvo la mirada.

—Me otorgas valores de los que carezco, McEntrie.

—De ser como dices no habrías esperado tanto para vengarte. Desde lo sucedido con Carlton tienes a Bhattair a tu merced y no has movido un dedo contra él. No querías perjudicar a los demás y por eso has esperado.

—¿Esperado a qué?

Craig se quedó en silencio mientras su mente elucubraba al respecto.

—¿Le darás a Duncan la oportunidad de ser tu Factor en las que han sido sus tierras? ¿Y Annabella? ¿Qué has pensado para ella? ¿Una pequeña renta? Sabes que por Bonnie no tienes que preocuparte, Ewan se hará cargo de ella, pero aun así, quieres

asegurarte de que no correrá peligro. Y en cuanto a su madre… ¿Recuperarla para ti?

—Desvarías.

—Ojalá creyera que es posible. Pero si tus planes no incluyen deshacerte de Bhattair, encontrará el modo de estropeártelos.

Gabriel se encogió de hombros y aspiró el humo varias veces antes de responder.

—Entonces, tendré que matarlo.

Capítulo 29

La sala de música de los McPherson estaba repleta de gente. Habían colocado sillas en modo auditorio frente al improvisado escenario, en el que ya calentaban los dedos los músicos que tocarían su repertorio esa noche. Una soprano se había apartado del resto y hacía sus pruebas de voz mientras los invitados iban tomando asiento según llegaban. Los McEntrie hicieron su entrada como era su costumbre, atrayendo las miradas de todos los presentes.

—Bienvenidos —los recibió Greer McPherson con la simpatía natural que la caracterizaba—. Elizabeth, usted siéntese aquí, así podrá salir con facilidad si lo necesita.

La embarazada le agradeció el gesto y ella y Dougal se acomodaron en una esquina. Los demás siguieron sus indicaciones y se sentaron ocupando una fila entera, pero bastante alejada de los MacDonald.

Ewan miraba a Bonnie tres filas más allá. Su espalda erguida, la suave piel que emergía del vestido azul celeste, los rebeldes rizos batiéndose contra aquel entramado que alguien había tejido con su pelo…

—Deja de mirarla —musitó Rowena a su lado.

Ewan sonrió ligeramente y asintió. Ella le devolvió el gesto comprensiva.

—No deberíamos haber venido —musitó Kenneth.

—No empieces —le advirtió su esposa.

—¿Cuánto dura? —preguntó Lachlan desde su asiento.

Augusta puso los ojos en blanco y movió la cabeza.

—Los ánimos están un poco tensos, amor mío —musitó Caillen solo para ella.

—Lo sé. Y no te creas que tengo muchas ganas de fiesta, Craig ha tosido esta mañana una vez.

—Está perfectamente, que tosa un poco es normal después de estar acatarrado. Mi padre se ha quedado con él y ha criado a seis hombres hechos y derechos —dijo cogiéndola de la mano y apretándosela con ternura.

—Ya lo sé —dijo ella no muy conforme—. Lo de la cebolla fue mano de santo. ¿De verdad te lo dijo Ewan?

Caillen asintió.

—Ewan… —lo llamó Augusta inclinándose hacia delante para verlo—. ¿Cómo

sabías eso?

—¿El qué? —preguntó su cuñado confuso.

—Lo de la cebolla.

—¿Qué pasa con la cebolla? —preguntó Rowena.

—Quita la tos —le respondió Augusta.

—¿Cómo que quita la tos?

Augusta asintió.

—La puse en el suelo al lado de Craig y dejó de toser por la noche. Idea de Ewan.

Todos miraron al pequeño de los McEntrie que se encogió de hombros sonriendo.

—Lo oí por ahí —dijo sin darle importancia.

—¿Por ahí? —Enid frunció el ceño—. ¿Y lo dices ahora? Nessa se pasó una semana tosiendo cuando tenía cuatro meses.

—Entonces no lo sabía —se excusó él.

—Parece que ya va a empezar —dijo Elizabeth.

Tras los últimos gorgoritos de la soprano dio comienzo el concierto. Ewan mantuvo la mirada clavada en la joven con el vestido azul que, de vez en cuando, giraba la cabeza con disimulo, fingiendo mirar hacia los ventanales. Durante todo el concierto no dejó de pensar en lo sucedido durante los últimos meses y en lo mucho que tenía que decirle.

—Ha sido extraordinario —reconoció Augusta sonriendo a su esposo cuando la acompañó a la sala donde ya sonaba la música del baile.

—Hay que reconocer que los McPherson saben cómo complacer a sus invitados —comentó Rowena arrastrando a su esposo hasta el salón comedor—. Tengo mucha hambre.

Kenneth sonrió divertido y la siguió hasta el bufet de entrantes.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Lachlan a Ewan sin soltar a Enid de la mano.

—No tengo hambre —dijo el otro—. Id vosotros, yo picaré más tarde.

Lachlan miró a su esposa que ya había mencionado dos veces el ruidito de sus tripas.

—Id —insistió el pequeño y sin esperar a que le hicieran caso, se dirigió al salón de baile.

En el centro ya se había formado la primera cuadrilla y no se sorprendió al ver a Bonnie entre los bailarines. Su padre la observaba con atención y sospechaba que no iba a perderla de vista en toda la noche. Buscó un lugar tranquilo en el que situarse y cogió una copa de una de las bandejas con las que los lacayos se paseaban. Llevaba en su rincón dos piezas enteras y una empezada, cuando Bhattair se acercó a él.

—¡Buenas noches, McEntrie! —dijo con una enorme sonrisa—. ¿Disfrutando del espectáculo?

—Buenas noches.

Bhattair se colocó a su lado y cruzó los brazos mirando a los bailarines.

—¿Has visto lo feliz que está mi hija? No hay nada más gratificante para un padre que ver a sus hijos felices.

Ewan se mordió el labio y miró a su alrededor sin decir nada.

—Bueno, eso y saber que pronto será una mujer casada y feliz, claro. Los McPherson lo anunciarán pronto. Mi hija emparentada con una de las mejores familias de las tierras altas. No entiendo cómo no nos dimos cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

Ewan vio entonces a Jamie McPherson que cogía la mano de Bonnie y giraba con ella sin dejar de mirarla y eso bajó varios grados la temperatura de su cuerpo.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —musitó Bhattair—. Mucho mejor que un McEntrie, desde luego.

Ewan lo miró por primera vez y sus ojos fulguraban como una llama ardiendo.

—¿Te creías que ibas a conseguirla? —siguió el padre de Bonnie en el mismo tono —. Por suerte, ella sabe muy bien lo que le conviene.

El otro apretó los dientes sin dejar de mirarlo.

—No estás invitado a la boda, por supuesto. Será enseguida, no queremos arriesgarnos a que los novios cometan una indiscreción de la que podrían arrepentirse, tú ya me entiendes. —Sonrió malévolo y bajó el tono para que solo él lo escuchara—. No se te ocurra acercarte a mi hija, te aseguro que la castigaré como merece si te dirige la palabra siquiera. Que pases una agradable velada.

Cuando se quedó solo, apuró el contenido de su copa y le hizo un gesto a uno de los lacayos para que le proporcionase otra. Sus ojos siguieron clavados en Bonnie y en el hijo mayor de los McPherson todo el tiempo que duró la pieza y su estómago se contrajo cuando escuchó las notas del vals y los vio caminar de la mano hasta el centro de la

pista. El vestido de Bonnie se movía a su alrededor como las olas del mar. La recordó riendo mientras jugaba con ellas y cómo lo salpicaba dando saltos y patadas como una niña. No iba a casarse con Jamie ni con nadie que no fuese…

—¿Qué haces? —preguntó Kenneth interrumpiendo sus pensamientos—. Parece que quieras matar a alguien.

—¿En serio? —dijo y a continuación bebió con ansia.

—Ewan…

—¿Qué?

—No.

El pequeño lo miró confuso, pero la expresión de Kenneth era de lo más elocuente.

—Vas a estropearlo todo.

—¿Estropearlo? Está tan estropeado que si no hacemos algo ya, no va a haber modo de arreglarlo.

—Ten paciencia.

—Bhattair ya ha encontrado a su candidato, Jamie McPherson nada menos.

Kenneth miró hacia la pista en la que los dos bailaban. Volvió a mirar a su hermano.

—Bonnie no aceptará.

—Lo sé. Pero su padre acaba de decirme que lo pagará caro si no le obedece.

Su hermano lo agarró del brazo para sacarlo de allí, pero Ewan se libró de un tirón y lo miró amenazador.

—¿Sucede algo? —preguntó Jamie viendo la preocupación en el rostro de Bonnie.

—Nnno, nada —mintió ella disimulando la dirección de su mirada.

Rosslyn se acercó a su esposo.

—Me gustaría que diésemos un paseo por el jardín —pidió.

Bhattair la miró sorprendido.

—¿Un paseo? Hace demasiado frío…

—Nos ponemos los abrigos. Quiero hablar contigo de algo.

—¿No podemos hablar aquí?

Rosslyn suspiró y se encogió de hombros.

—Quiero contarte algo que he descubierto y no creo que te guste que lo oiga nadie.

—Entonces lo hablaremos en casa.

—Tiene que ser ahora.

Bhattair parecía cada vez más desconcertado.

—Es sobre Gabriel —dijo mirándolo con fijeza—. Gabriel Morrison.

La sangre abandonó su rostro de golpe y la miró sorprendido.

—¿Qué?

—¿De verdad quieres que lo hablemos aquí? —señaló a su alrededor.

Bhattair la cogió del brazo y salieron del salón de baile.

—¿Quieres seguir bailando? —preguntó Jamie cuando acabó la pieza.

—Preferiría comer algo —respondió Bonnie—. ¿Me traerías un plato con viandas?

—¿No prefieres ir al comedor?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué quieres?

—No importa, cualquier cosa, pero que sea variado, por favor. Un poco de todo.

Jamie se inclinó ligeramente y se dirigió a la puerta que daba al comedor. Bonnie miró hacia el rincón en el que Ewan seguía observándola con fijeza y le hizo un gesto indicándole la puerta situada en el lado contrario. Tras asegurarse de que Duncan estaba distraído, salió de allí seguida por el McEntrie.

Ewan la alcanzó en el pasillo y la agarró por el brazo para detenerla.

—¿Qué vas a hacer con…?

—Aquí no —lo cortó tajante.

Miró a su alrededor y luego lo cogió de la mano y echó a correr tirando de él. La sala donde se había producido el concierto estaba vacía y Bonnie cerró la puerta antes de volverse a mirarlo.

—¿Qué te ha dicho mi padre?

—Que vas a casarte con Jamie.

Ella respiró hondo.

—Eso no va a pasar —dijo mirándolo a los ojos.

Él seguía con la misma abrumada expresión.

—Ewan, no voy a casarme con nadie que no seas tú.

El corazón del escocés latía con tanta violencia que casi podían escucharse sus golpes.

—Júramelo.

Bonnie se acercó a él y puso las manos en su pecho.

—No me casaré con nadie que no seas tú, te lo juro.

Ewan cerró los ojos un instante y ordenó a su corazón que se calmara. Cuando volvió a abrirlos había una firme resolución en ellos, pero antes de que él dijera nada, ella se le adelantó.

—Cuando Gabriel ejecute la deuda y mi padre pierda su poder y su fuerza, nos iremos juntos. Si tú quieres.

El escocés asintió emocionado y cogió su mano para llevársela a la boca.

—Iría al fin del mundo contigo.

—No creo que haga falta ir tan lejos —sonrió emocionada.

—Bonnie… —No quiso decirlo en voz alta, pero el miedo se reflejó en sus ojos.

—No importa lo que te haya dicho —musitó ella—. Sin dinero y estando lejos, no podrá hacernos nada.

La rodeó con uno de sus brazos mientras con la otra mano acariciaba su mejilla.

—Eres una mujer increíble, Bonnie y te amo con todo mi ser. Te juro que dedicaré cada día de mi vida a hacerte feliz.

Ella sonrió y sus mejillas se colorearon perceptiblemente.

—Si exageras tanto temo que voy a decepcionarte.

Siguió mirándola de aquel modo que le caldeaba los huesos y hacía que le temblasen las piernas.

—Eres fuerte y decidida, capaz de los mayores sacrificios y de la más elevada generosidad. Amas con pasión y te entregas en cuerpo y alma. Para mí eso es la definición de in-cre-í-ble.

La levantó del suelo como si no pesara más que una pluma y bailó con ella en los brazos.

—Eres tonto, suéltame —dijo riendo.

—Te haré feliz, aunque me cueste la vida.

—Si te cuesta la vida te aseguro que no seré feliz.

La bajó al suelo despacio, arrastrándola sobre su cuerpo y los dos se encendieron como una antorcha.

—Júrame que serás feliz. Siempre.

Ella asintió y lo miró con tanta pasión que le cortó la respiración.

—Hazme feliz, Ewan. Ahora —susurró—. Aquí.

Dudó un segundo, el tiempo que necesitó para que su cerebro comprendiese la orden dada. La besó con algo que se parecía mucho a la desesperación, pero que sabía

dulce como la miel y gruñó contenido cuando ella respondió a su caricia con la misma ansia. Un beso que no dejó hueco a nada más, ni a pensamientos, ni miedos… Un beso profundo y dominante sin que estuviese claro quién dominaba a quien. La empujó hasta chocar contra una pared y, sin pausa, sin abandonar su boca, buscó el modo de llegar hasta ella, mucho más cerca y mucho más profundo. La corriente de deseo la inundó y provocó un estallido en el centro de su ser. Lo quería y lo tendría allí mismo, en ese instante. Se libraron de los impedimentos buscando el camino hacia el otro.

—Te he deseado cada minuto de cada día… —musitó él con voz ronca.

—Y yo he soñado despierta con tenerte dentro de mí —afirmó sincera.

Lo besó entregada y él dejó que su deseo se manifestase arrollador y poderoso al sumergirse en ella. Profundo e intenso, casi doloroso, así fue sentirlo de nuevo.

—Amor mío —susurró Bonnie contra su oído—. Amor mío…

Llegaron a la cima juntos y con cada contracción su cuerpo absorbía una parte de él. La besó sin abandonarla, sujetándole la cabeza entre las manos, dulce y delicado, dejando que sus cuerpos retomasen la calma y que sus corazones recuperasen el ritmo normal antes de separarse lo justo para poder mirarla.

—Me vuelves loco —musitó antes de besar la punta de su nariz—. Completamente loco.

Ella sonrió con ojos brillantes y se arregló la ropa tratando de devolverlo todo a su sitio. Él hizo lo propio y bajó la mirada turbado como un niño que sabe que van a reprenderlo por su mala actitud.

—Lo siento —musitó sin levantar los ojos.

Bonnie lo abrazó pegándose a su cuerpo y él tardó unos segundos en ser capaz de devolverle el gesto.

—¿No estás… enfadada?

—Te amo con toda mi alma, Ewan —dijo mirándolo, pero sin soltarlo—. Eres mi esposo, ¿cómo voy a enfadarme?

Él asintió apartándole un rizo que se había escapado de su peinado.

—¿Me amas? —preguntó desvalido.

—¿No te lo he demostrado bastante?

Él sonrió.

—Nunca será bastante. Bastante está muy lejos de acercarse a lo que necesito. ¿Todos los días varias veces? Eso podría tolerarlo, no como bastante, pero sí como

aceptable.

—Estás loco —negó ella—. Eso no va a pasar.

—¿Por qué no?

—Moriría.

—No.

—Sí, moriría sin remedio. Mi corazón no podría con tanto, te lo aseguro.

La acunó entre sus brazos.

—Debo volver —dijo ella separándose.

Ewan volvió a atraerla y la apretó contra su cuerpo.

—No puedo estar sin ti.

—Ewan…

—De verdad que no puedo.

Se puso de puntillas y lo besó suavemente, después lo apartó y se sacudió la falda.

—¿Estoy presentable?

—Estás preciosa. Tus ojos brillan y tus labios están rojos y apetecibles.

Ella se los mordió con evidente preocupación.

—Iré a ponerme un poco de bálsamo —dijo pensativa.

—Bonnie…

—Debemos ser pacientes. Pronto acabará todo.

Ewan dejó escapar el aire de un bufido y se rindió.

—Esperaré. Pero si temes…

—Tranquilo —lo cortó sonriente—. Todo saldrá bien y pronto estaremos juntos.

—Para siempre —dijo él antes de que ella saliera de la sala.

Bonnie asintió desde la puerta y se marchó flotando como una ninfa.

Capítulo 30

Bhattair miraba a su esposa incrédulo.

—Te lo estás inventando.

Rosslyn negó lentamente.

—El mendigo al que tu hijo estuvo a punto de matar, es Gabriel Morrison y está aquí para cobrarse lo que le debes.

El MacDonald apretó los puños visiblemente furioso.

—Me estás provocando y vas a conseguir que pierda los nervios.

—¿No me crees? Vayamos a verlo, si quieres. Esta noche. Mañana si no, saldrás de dudas en cuanto lo tengas delante. Al principio cuesta reconocerlo, ha cambiado mucho, pero sus ojos… Tienen el mismo odio que la última vez que lo vi. ¿Te acuerdas?

Él atravesó el salón y la agarró por el pelo acercándose a su cara haciendo que su ácido aliento entrase por su nariz.

—¿Vas a pegarme aquí? ¿Delante de todos? No podrás decir que me caí por las escaleras porque soy muy torpe, o que me tropecé y me di contra una mesa. Nadie te creerá.

—¿Te piensas que me importa?

—Sé que no, pero no te hacen falta más enemigos y McPherson no te perdonará que le estropees la velada, ya sabes cómo es para estas cosas.

Bhattair respiró hondo varias veces y finalmente la soltó haciendo que se tambalease.

—Cuando lleguemos a casa te demostraré lo poco que me gustan las bromas.

—Mírame a los ojos y verás que no te miento. Gabriel está en Lanerburgh y harías bien en huir lo más lejos y lo más deprisa que te permitan tus pies si quieres, al menos, salvar la vida.

Bhattair sentía un intenso frío corriendo por sus venas.

—¿Crees que le tengo miedo? —se burló sincero—. Si lo que dices es cierto no huiré como un cobarde. Ya lo vencí una vez, ¿recuerdas? Le quité todo lo que tenía y volveré a hacerlo.

—No podrás —dijo serena—, esta vez no.

Él entornó los ojos y la miró buscando el resquicio por el que la abriría en canal y

haría salir el temor que se esforzaba tanto en ocultar.

—Él es ahora el dueño de todo, Bhattair. Tu deuda es con él y no podrás pagarla.

—¿De qué hablas?

—McLeod.

Bhattair empalideció y sus ojos se abrieron asustados.

—¿De qué hablas? —gritó esta vez.

—Gabriel compró tu deuda y va a ejecutarla.

—¡No! ¡Mientes!

Rosslyn negó con la cabeza.

—Te hará lo mismo que tú le hiciste a él, con una salvedad.

Su esposo respiraba agitado y la miraba con intensidad.

—¿Qué salvedad?

—Te lo quitará todo: el castillo que ha pertenecido a tu familia durante siglos y que ningún MacDonald perdió a pesar de las guerras y conflictos que tuvieron que enfrentar. Te quitará las granjas, las tierras, todo, Bhattair, te lo quitará todo. Excepto a mí.

Él torció una sonrisa perversa.

—¿A ti? ¿Para qué iba a querer a una vieja amargada y loca como tú?

Ella caminó hacia él y puso las manos en su pecho.

—Yo me quedaré contigo hasta el final. Pase lo que pase, soy tu esposa y permaneceré a tu lado.

El escocés la miraba fijamente, su corazón latía con fuerza y su respiración seguía alterada. Las manos de Rosslyn le quemaban en el pecho. Agarró sus muñecas y las apretó con fuerza.

—¿Por qué ibas a quedarte conmigo si van a destruirme?

—Eres mi castigo.

Bhattair percibía algo en ella que le ponía los pelos de punta, pero no podría doblegarla allí, en una casa ajena y con testigos que podían intervenir.

—Vayámonos a casa —dijo ella leyéndole el pensamiento.

Bhattair frunció el ceño.

—No sé cuánto tiempo vamos a poder disfrutar del que ha sido nuestro hogar los últimos treinta años. Regresemos ya —insistió sin apartar la mirada de los ojos de su esposo.

—No te creo, Rosslyn. No sé lo que tramas, pero no te creo.

—¿Qué es lo que no crees?

—Nada de lo que has dicho.

Su esposa dio un paso atrás y lo miró serena.

—Pregúntale a McLeod, está ahí al lado, en el salón de baile. Pregúntale, no te mentirá si lo haces. Ya no.

Bhattair sintió que se le tensaba la espalda. Parecía tan segura…

—No te muevas de aquí —ordenó—. Te juro que si vuelvo y no estás, te mato.

Salió de allí como una exhalación. Rosslyn se acercó al mueble de las bebidas y se sirvió un generoso vaso de whisky. Nunca le había gustado el whisky, pero notar su áspero contacto en la garganta y aquel desagradable sabor, la reconfortó. Suspiró con cansancio y se acercó a los ventanales, la luna dejaba ver sus destellos plateados y fríos. Tan fríos como aquel invierno que estaba siendo especialmente crudo.

Pensó en Gabriel y una brisa helada la envolvió como un manto. Tenía una mirada muy distinta a la que ella recordaba. Y arrugas en la piel que no estaban allí la última vez que se vieron. Entonces él era un joven destrozado y suplicante, no como ahora, que se había convertido en un hombre amargado. Quiso decirle que se arrepentía, que no había dejado de arrepentirse toda su vida. Pero no pudo. Le pareció casi perverso decírselo a la cara. A pesar de lo mucho que había sufrido a manos de Bhattair, no era suficiente.

La puerta se abrió y entró su esposo como una exhalación cerrando de un portazo. Rosslyn lo vio caminar hasta el mueble de las bebidas y servirse un whisky como había hecho ella. Bebió un largo trago antes de volverse a mirarla.

—Maldito hijo de perra, voy a matarlo. Esta vez no tendré compasión.

Lo haría y ella lo sabía. Bhattair era capaz de eso y de mucho más. Mataría a todo aquel que se interpusiera en su camino. A Gabriel, a Ewan… A Carlton.

—Volvamos a casa —pidió.

Él apoyó las manos en el mueble después de soltar el vaso y dejó caer la cabeza como si le pesara demasiado.

—No se saldrá con la suya —musitó—. No lo permitiré.

Dio un respingo cuando sintió la mano femenina en su espalda y la miró con ojos de loco.

—No te irás con él.

Rosslyn negó con la cabeza.

—Antes te mato.

Su esposa asintió.

—¿Que se han ido? —Bonnie miraba a su hermana con sorpresa—. ¿Adónde?

—A casa. Me lo acaba de decir el mayordomo. Hace media hora.

Bonnie mostró una evidente preocupación.

—¿Los has visto discutir?

Annabella negó con la cabeza, pero también parecía preocupada.

—¿No te parece que madre estaba muy rara esta noche? Demasiado tranquila.

Bonnie lo pensó un momento y reconoció que su hermana tenía razón. Incluso la había visto sonreír mientras hablaba con Greer McPherson.

—Tengo un mal presentimiento —musitó y sin más se alejó de su hermana.

—…no sufras, Kenneth, Gaoth se…

—Necesito tu ayuda.

Ewan se giró sorprendido al escuchar su apremiante voz.

—¿Qué ocurre, Bonnie?

—No lo sé —dijo angustiada—, pero creo que mi madre corre peligro. Se han marchado sin decir nada.

—Quizá tu madre no se sentía bien —dijo Elizabeth.

—No se iría sin decírmelo —aseguró retorciéndose las manos.

—He visto a tu padre hablar con McLeod esta noche —dijo Kenneth—. Y parecía alterado.

Bonnie miró a su alrededor buscando al banquero.

—Iré a preguntarle —dijo Ewan.

Elizabeth la cogió del brazo para retenerla y Bonnie vio cómo él se alejaba con una sensación angustiante.

—Tranquila —susurró su amiga—. No tiene por qué pasar nada.

—Lo siento aquí —dijo Bonnie poniendo una mano en su pecho—. Sé que algo malo va a pasar.

Cuando Ewan regresó todas las dudas quedaron zanjadas.

—Bhattair sabe lo de Gabriel.

—¿Qué? ¡No! —Bonnie trató de soltarse del agarre de su amiga, pero Elizabeth no

lo permitía.

Ewan miraba a sus hermanos y Dougal asintió.

—A caballo no tardaremos —dijo el mayor mirando a los demás.

—Quiero ir —pidió Bonnie.

Ewan asintió y la cogió de la mano. Elizabeth y las demás los vieron abandonar el salón con preocupación.

—Alguien debería avisar a Mungo —dijo Augusta.

Rowena se volvió hacia ellas.

—Iremos nosotras de regreso a *Slioscreige*.

Bhattair estaba fuera de sí y tenía cortes en las manos que se había hecho él mismo al romper varias botellas y objetos de cristal estampándolos contra la pared del salón. Rosslyn lo observaba en silencio, había intentado calmarlo, incluso le había propuesto subir al dormitorio, pero nada surtía efecto, su esposo estaba completamente fuera de sí.

—¿Qué más tengo que hacer? ¿Qué? —gritó cogiendo una pequeña mesa y lanzándola contra la chimenea—. Antes lo quemo todo que dejar que ese desgraciado se lo quede. Me gustará ver su cara cuando sepa que no hay nada que robar.

—Bhattair, los criados deben estar asustados…

—Me importan una mierda los criados. ¡Y tú! ¡Me importas una mierda tú! —Se fue hacia ella y la señaló con el dedo—. Todo es culpa tuya, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé.

—Eres una zorra y te entregaste a él sabiendo que yo te amaba.

Rosslyn lo miraba a los ojos.

—De eso hace ya mucho tiempo, Bhattair. Ahora soy…

—Eres la misma zorra de entonces —masculló arrinconándola contra la pared—. ¿Te has acostado con él? ¿Dime? ¿Has retozado con Gabriel en esa mugrosa granja?

—Sabes que no.

—¡No sé nada! —gritó él y dio un puñetazo en la pared—. ¡No sé nada!

—Bhattair… —susurró ella—. Por favor…

—¿Por favor, qué? ¿Qué quieres?

—Sosiégate. Así no arreglaremos nada.

—¿Qué vas a arreglar tú? —De pronto su rostro mudó de expresión y dio un paso

atrás mirándola de arriba abajo—. Ahora que lo pienso…

Rosslyn sintió cómo la brisa fría que emanaba de él la envolvía.

—Quizá si tú se lo pides… —Entornó los ojos.

Su esposa suspiró con cansancio.

—Estás vieja y no sé si aún le gustas, pero podrías intentarlo. Has aprendido mucho estos años gracias a mí, estoy seguro de que podrías volverlo loco si te lo propusieras.

Rosslyn lo miraba sin expresión alguna.

—¿Quieres que lo seduzca?

Una chispa de dolor atravesó los ojos de Bhattair, pero asintió.

—Si es el único modo de no perderlo todo, adelante.

Rosslyn dio un paso hacia él.

—¿No te importará que sea suya otra vez?

De nuevo aquella chispa, pero esta vez permaneció en su mirada lo bastante como para que no pudiera disimularla.

—Nunca serás suya —masculló—. No importa lo que haga, eres mía hasta que me muera.

Rosslyn asintió lentamente y caminó hasta la chimenea. El fuego crepitaba entre los troncos bien colocados. Había que reconocer que Sean sabía hacer un buen fuego. Cogió el atizador y removió las cenizas con cuidado de no estropearlo.

—Voy a matar a ese desgraciado —siguió hablando Bhattair ajeno a ella—. Esta noche mismo. Lo mataré mientras duerme.

—Tiene un perro —dijo ella sin dejar su tarea—. Ladrará.

—Lo mataré también.

—Ya no es el joven que recuerdas, Bhattair, ahora es un hombre fuerte y entrenado.

—Le pegaré un tiro y te aseguro que de nada le servirá su fuerza.

Rosslyn se volvió hacia él.

—¿Y luego?

—¿Qué pasa luego?

—¿Qué harás cuando esté muerto? La deuda seguirá siendo suya. Habrá dado instrucciones a alguien. Es un hombre rico y poderoso.

Bhattair se encogió de hombros.

—Lo pensaré cuando llegue el momento. Ahora, lo único que quiero es borrarlo del mapa.

Pensar en ello lo tranquilizó y dejó escapar el aire de un soplido antes de sonreír con las manos en la cintura.

—Bonnie se casará con Jamie y los McPherson acabarán con nuestro problema. No digo que vayan a pagar ellos la deuda, pero sí podrán ayudarme para que ese maldito McLeod me conceda otro préstamo y…

—Bonnie no puede casarse con Jamie McPherson, Bhattair —dijo su esposa sin moverse de donde estaba.

—Ya lo creo que se casará.

Rosslyn negó con la cabeza.

—No, no lo hará.

—¿Quieres enfurecerme de nuevo?

—Bonnie va a casarse con un McEntrie.

Bhattair abrió los ojos sin dar crédito.

—Te has vuelto completamente loca.

—Ya es suya y tienen un hijo. —Lo miró decidida y no había un ápice de temor en sus ojos.

El rostro de su esposo estaba rojo de ira y sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

—La mataré —masculló—. La mataré con mis propias manos. Y a ese niño, te doy mi palabra de que…

—¡Jamás lo tocarás! —gritó ella con tal furia que lo hizo enmudecer—. ¿Me has oído? ¡Jamás! No volverás a hacer daño a nadie, Bhattair.

Su esposo se fue hacia ella y Rosslyn levantó el atizador y se lo clavó en el cuello. La sangre manaba a borbotones y empapó su camisa antes de que su cerebro fuese capaz de asimilar lo que estaba pasando. Rosslyn no lo dudó y le asestó un segundo golpe, esta vez en la cabeza. Bhattair cayó al suelo mientras sus cuerdas vocales rotas emitían incomprensibles sonidos. Rosslyn dejó caer el atizador y durante unos segundos observó cómo la sangre empapaba la alfombra. Se preguntó si habría realmente un infierno para él.

—No hay nada después de la muerte —susurró—. Desaparecerá de la faz de la tierra y sus pecados quedarán perdonados. No hay justicia. No hay justicia…

Se paseó por el salón como si buscara algo que había perdido.

—No hay justicia. No hay justicia…

De pronto las llamas captaron su mirada. Devoraban los troncos sin clemencia y las astillas crujían al partirse con un crepitar relajante y familiar. Sonrió y caminó hasta la mesita que yacía hecha pedazos en el suelo. Cogió una de sus patas y la acercó al fuego.

—Irás al infierno, Bhattair —dijo riendo—. Yo te llevaré conmigo.

Capítulo 31

El fuego era visible a mucha distancia y la noche se llenó de humo y cenizas. Ewan sostuvo a Bonnie contra su cuerpo para impedirle bajar del caballo, pero ella forcejeaba gritando desesperada mientras lenguas ardientes se arrastraban sobre los muros del castillo de los MacDonald.

—¡Tienen que hacer algo! —gritó Fionna corriendo hacia ellos—. ¡Ella está dentro! ¡Rosslyn está dentro!

El sonido que provocaba el fuego era estremecedor, pero lo que ponía el vello de punta eran las melancólicas notas de un piano sobresaliendo por encima de él.

—Está en la sala de música —gimió Bonnie sin fuerzas para librarse de Ewan—. Es mi madre…

Tocaba una de las piezas de Chisholm que en mitad de aquel dantesco espectáculo sonaba como una melodía siniestra y aterradora que jamás podría olvidar. Ewan saltó del caballo y la ayudó a bajar.

—Mírame, Bonnie. —La sacudió—. ¡Mírame!

Ella trató de fijar la vista en él.

—Iré a por ella.

—¡No! —gritó aterrada mirando hacia el fuego.

—Quédate aquí, ¿me oyes? —Se giró hacia Lachlan—. Encárgate de ella.

—No puedes entrar ahí —dijo su hermano al tiempo que la rodeaba con su brazo para sujetarla.

—La sala de música está en el lado oeste —señaló—. La oímos tocar porque el fuego aún no ha llegado hasta esa parte. La sacaré.

Kenneth corrió tras él y Caillen y Dougal los siguieron. Bonnie se revolvía entre los brazos de Lachlan y el escocés tuvo que emplearse a fondo para retenerla.

Ewan puso a Rosslyn en los brazos de Dougal y su hermano la alejó del castillo en llamas lo más deprisa que pudo. El pequeño de los McEntrie cayó de rodillas, sus pulmones ansiaban aire limpio, pero por más que aspiraba no conseguía que entrase en ellos. La tos lo atacó inmisericorde y cuanto más tosía más desesperado estaba. Bonnie corrió hacia él en cuanto Lachlan la soltó.

—Amor mío… —sollozó abrazándolo—. Amor mío…

—Tu… madre…

Antes de acabar la frase se desplomó inconsciente. Lachlan lo levantó del suelo y se lo echó al hombro corriendo hacia su caballo con Bonnie pegada a sus talones.

—Solo necesita aire fresco y descansar. Se recuperará en un par de días. —El médico cerró su maletín y se dirigió a la puerta seguido por Augusta que lo acompañó hasta la salida.

Bonnie, sentada junto a la cama de su madre, sostenía su mano entre las suyas. Tenía el rostro demacrado y unas profundas ojeras alrededor de sus ojos daban muestra de la tensión que soportaba.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana a través de los cristales, pero el frío era intenso fuera.

—¿Cuándo vendrá el alguacil? —preguntó Rosslyn mirando a Elizabeth.

—¿De qué hablas, madre?

—Vendrán a arrestarme, supongo.

—¿Arrestarte? ¿Por qué iban a…? —Bonnie la miraba confusa pues no entendía por qué su madre la hizo callar levantando la mano.

—Me gustaría quedarme un momento a solas con la señora McEntrie, por favor —dijo señalando a Elizabeth.

La mencionada hizo un gesto a todos los presentes para que abandonaran el cuarto.

—Bonnie —pidió Rosslyn mirándola con cariño—. Déjanos solas.

—¿Por qué tengo que irme?

—Por favor.

La joven suspiró impotente y salió del cuarto. Elizabeth ocupó su lugar en la silla.

—Fui yo —dijo Rosslyn sin preámbulos—. Yo maté a mi esposo.

—Ha sido un accidente.

—No. Lo golpeé con el atizador y vi cómo se desangraba ante mis ojos —insistió Rosslyn—. Iba a esperar hasta que muriera, pero entonces… ¿Usted cree en el infierno, Elizabeth? ¿Cree que las almas podridas como la de Bhattair o la mía arderán en él por toda la eternidad? Yo no. Él iba a morir en paz. No parecía que sintiese ningún dolor y era tanto el que había causado en este mundo, que me parecía una broma de muy mal

gusto dejar que se fuera sin más.

—Rosslyn —la llamó por su nombre dejando a un lado los formulismos—. Su esposo ha muerto en un incendio causado por un desafortunado accidente y eso es lo que contaremos.

La mujer abrió los ojos asombrada.

—Pero no es cierto.

—La única verdad que nos importa ahora a las dos es que Bhattair McDonald no hará daño a nadie más, y que Bonnie podrá al fin ser feliz. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Pero yo no merezco su compasión. Todo esto es culpa mía. —Rosslyn tenía los ojos llenos de lágrimas—. Mis hijos… Carlton… No hice nada por él. Ni por Chisholm cuando lo maltrataba. Ni por Duncan, a pesar de ver lo mucho que lo temía cuando era niño. —Se tapó la cara con las manos—. Claro que merezco el peor de los castigos, he sido una mala madre y no los he sabido proteger. Mi pobre niña, mi Bonnie es mucho más fuerte y valiente que yo. Ella jamás habría permitido que su padre le hiciera daño a su pequeño. Ese niño merecía estar con sus padres. No podía permitir que él los separase. No podía.

Elizabeth abrió los ojos como platos y ahogó una exclamación cubriéndose la boca con la mano.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó Bonnie atravesando el cuarto con paso decidido para llegar hasta él y obligarlo a volver de nuevo a la cama.

—Esta no es forma de tratar a un héroe como yo —dijo burlón.

Lo tapó convenientemente y ahuecó los almohadones para acomodarlo.

—Si intentas levantarte de nuevo, verás lo severa que puedo ser cuando me enfado.

Ewan entornó los ojos conteniendo la risa.

—Eres un auténtico ogro. —La agarró de la muñeca y tiró de ella—. Voy a tener que esforzarme mucho para que no se me note el miedo que me das.

Lo miró con tal ternura que el McEntrie sintió que se volvía de gelatina.

—Si llega a pasarte algo… —dijo apoyando la cabeza en su pecho.

—Te dije que todo iba a salir bien. —Le acarició el pelo con suavidad—. Deberías

creer siempre todo lo que te diga.

Bonnie levantó la cabeza y lo miró con fijeza.

—Sabes que no eres inmortal, ¿verdad?

—¿Quién lo dice? —respondió frunciendo el ceño.

—Ewan…

Él sonrió divertido y cogió su mano.

—¿Cuánto hay que esperar?

—¿Para qué?

—Para ponerte el anillo.

—Estoy de luto.

—No pienso esperar un año —advirtió rotundo.

Bonnie se puso seria de repente y lo miró de un modo tan intenso que lo hizo estremecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tengo algo que decirte. —Bonnie no podía desprenderse del temor que había aflorado a sus ojos.

Le apartó el pelo y levantó la cabeza para besarle la frente y ella se incorporó hasta sentarse con los pies en el suelo. Ewan estudió su perfil como si tuviese la intención de esculpir cada detalle.

—Tengo que decirte algo —musitó Bonnie con voz insegura—. Y vas a enfadarte mucho conmigo.

Ewan dejó las manos sobre su regazo y la miró relajado.

—Necesito que entiendas que…

La voz de Bonnie se quebró sin que pudiese contener la emoción que la embargaba a oleadas, mientras su mano se agarraba a la cinta que llevaba atada a la muñeca con dedos temblorosos.

—No podía decírtelo… Debía pensar solo en él y… No me odies, por favor, no podría soportarlo.

—Bonnie…

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos un instante antes de mirarlo con el corazón en ellos.

—Fue una decisión muy difícil. La más difícil que puede tomar una…

—Bonnie… —la cortó—. Lo sé.

—Tenía que… ¿Qué? —Se limpió las lágrimas que no la dejaban ver y lo miró confusa—. ¿Qué?

—Sé lo de Adam.

—¿Qué? —Se puso de pie de golpe y lo miró asustada—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho? Yo… ¡No!

—Siéntate. —Golpeó el colchón con suaves palmaditas.

Bonnie obedeció sin apartar la mirada.

—Estuve allí —dijo él con la mirada fija en sus ojos—. El día que nació nuestro hijo, estaba en Kylescross.

—No —susurró ella.

Ewan asintió.

—Tu madre me escribió cuando supo que estabas embarazada.

Los ojos de Bonnie lo miraban asustados mientras su mente volvía a aquellos días buscando las pistas.

—Se reunió conmigo en la posada y hablamos mucho. Le dije que no iba a renunciar ni a ti ni a nuestro hijo. —Sonrió satisfecho—. Ya sabes lo irresistible que soy, la conquisté enseguida.

Bonnie no sonreía, estaba pálida como una muerta y sus ojos se veían más azules que nunca.

—¿Lo sabías?

Ewan asintió.

—¿Lo has visto? ¿Conoces a… Adam?

Volvió a asentir.

—Cuando nació lo sostuve en mis brazos mientras tú dormías.

Los ojos de Bonnie se anegaron en lágrimas.

—Fue un sueño —sollozó.

Ewan negó con la cabeza.

—No, amor mío. —Se colocó de rodillas detrás de ella y la rodeó con sus brazos—. Estuve allí. Te di las gracias por ser tan valiente y tan fuerte. Y me aseguré de que nuestro hijo supiera lo mucho que te amo.

La tumbó sobre su brazo como a una niña y la miró a los ojos con inmenso amor, pero Bonnie apenas podía ver a través de las lágrimas.

—Lo mucho que os amo a los dos.

Ella se incorporó y se limpió las lágrimas mirándolo incrédula.

—¿Cómo pudiste no decírmelo? ¿Cómo…?

La expresión del rostro de Ewan la hizo enmudecer y sus mejillas se tiñeron de rojo. Recriminarle algo que ella misma había hecho era demasiado injusto.

—Sabía que nos estabas protegiendo —dijo él para tranquilizar su espíritu.

—¿Cómo…? ¿Mi tía…?

Ewan asintió sonriendo.

—Todos me ayudaron. Tus primas las que más. No sé cómo no te diste cuenta, siempre se estaban riendo y cuchicheando.

Bonnie pensó en ello. Ahora todos sus recuerdos tomaban un nuevo cariz.

—A menudo tuve que esconderme o salir corriendo —siguió él y bajó de la cama cuando ella se puso de pie—. ¿Sabes que eres muy difícil de esquivar? Menudos sustos nos diste más de una vez. Tuve que meterme en un arcón. ¿Has visto lo grande que soy? ¡En un arcón, Bonnie!

—Oh, Dios mío… —gimió ella sin poder disimular sus emociones.

Ewan la abrazó y la meció con él.

—Pronto nuestro hijo estará con nosotros, amor mío —susurró con la barbilla apoyada en su pelo—. El nombre lo escogí yo, por cierto.

Bonnie se apartó mirándolo sorprendida y Ewan soltó una carcajada.

—¿De verdad creíste la historia que te contó tu madre sobre ese antepasado suyo? —Se puso serio de golpe—. Adam era el nombre de mi abuelo materno.

—Lo sé, en realidad por eso acepté ponérselo, lo de la historia que contó mi madre me pareció una tontería —sonrió—, quería que nuestro hijo tuviese un vínculo contigo sin que nadie lo supiera.

Ewan volvió a mecerse con ella en los brazos.

—¿Verdad que es igualito a mí? —preguntó emocionado—. Esa naricita es igualita que la mía. Y no hablemos ya de sus ojos y de su boca. Incluso las manos…

Lo miró enarcando las cejas y él se rio a carcajadas de nuevo y la apretó contra su cuerpo sin dejar de reír. Enseguida Bonnie se contagió de su alegría y su risa se mezcló con las lágrimas que aún no se habían secado y lo abrazó con tanto sentimiento que al escocés le crujieron los huesos.

Capítulo 32

Todos miraban a Ewan que sostenía a Adam en sus brazos con total maestría.

—Lo coge mejor que yo —musitó Dougal ceñudo mirando a la pequeña Nuna.

La dulce niña, que contaba solo tres meses, parecía contradecirlo pues estaba la mar de a gusto en los enormes brazos de su padre.

—Cada día se parece más a mí —dijo Ewan sin disimular un ápice lo mucho que eso lo enorgullecía.

—Iluso —dijo Enid negando con la cabeza—. Es igualito que Bonnie.

—Desde luego —afirmó Rowena—. Idéntico.

—¿Qué decís? —Ewan las miraba severo—. No es cierto. Mirad la nariz. Y la boca, ¿qué me decís de la boca?

Kenneth le pasó un brazo por encima de los hombros y le susurró algo al oído.

—¿Qué le has dicho? —exigió Rowena cuando su esposo se separó de su hermano.

—Nada que os interese a las mujeres.

—¿Cómo? —Su esposa se puso de pie con las manos en jarras—. Ahora quiero saberlo.

—Y antes también —se burló él.

—¡Kenneth McEntrie!

Su esposo se acercó a ella para saciar su curiosidad y su mujer abrió la boca y los ojos y le dio un manotazo.

—Serás cochino…

—¿No estás de acuerdo conmigo? —Sin esperar respuesta fue a sentarse en una butaca.

—Déjame coger a mi nieto. —Craig le hizo un gesto a su hijo pequeño para que se lo entregara.

—¿De verdad os vais a casar sin invitados? —Enid arrugó los labios—. Deberíais tener una boda como Dios manda.

Bonnie lo cogió de la cintura cuando él la rodeó con su brazo y sonrió satisfecha.

—Lo único que queremos es casarnos —dijo Bonnie—. No necesitamos nada especial, una comida en familia y nada más.

Rosslyn miraba a su hija con sentimientos encontrados. Se alegraba de su

felicidad, por supuesto, pero al mismo tiempo la sentía lejana, como si ella hubiese acabado ya con su tarea allí. Salió del salón sin que nadie se percatara de ello y se dirigió a las escaleras para subir a su cuarto.

Los McEntrie se habían portado maravillosamente con ella. Al principio no se atrevía a salir de la habitación que le habían asignado, temía encontrarse con cualquiera de ellos en un pasillo y vivía prácticamente enclaustrada. Elizabeth tuvo a la pequeña Nuna a finales de enero, dos semanas antes de que se cumpliera el plazo. Quizá los terribles acontecimientos tuvieron algo que ver, pero lo importante era que la niña había nacido perfectamente sana.

Aun teniendo que ocuparse de la niña recién nacida y de su hijo Daniel, Elizabeth encontraba siempre tiempo para pasar un rato con ella y había conseguido hacerla partícipe de las comidas y de algunos momentos familiares.

Rosslyn tenía la costumbre de desaparecer sin decir nada y entonces regresaba a su habitación y miraba por la ventana durante horas las ruinas del castillo que había sido su hogar los últimos treinta años.

Annabella y Finlay se habían marchado a vivir con sus suegros y Duncan y Alice habían alquilado una casa en el pueblo a la espera de que se aclarasen las cosas con Gabriel. Estaban en abril y aún no había hecho efectivo el cobro de la deuda y las finanzas de los MacDonald estaban en suspenso. Ver a Chisholm en enero fue un shock para ella, pero pudo tener aquella conversación tan difícil en la que le confesó la verdad de lo sucedido. Su hijo reaccionó de un modo que aún le ponía el vello de punta. No recordaba cuándo había sido la última vez que la había abrazado. Probablemente nunca hasta ese día. Por fin pudo darle las gracias por todas las veces que se interpuso entre ella y su padre y recibió por ello los golpes que le estaban destinados. Aunque no se había casado, parecía feliz, así que no mencionó el tema consciente, en lo más profundo, de que no quería saber la verdad sobre ello. Y tampoco hacía falta.

—Madre, ¿qué hace aquí sola? —preguntó Bonnie entrando en el cuarto—. Vamos a cenar.

—¿Ya? —La miró desconcertada—. Creía que acababa de subir. Ahora que lo dices, me duelen las piernas, llevo mucho rato aquí de pie…

Bonnie se acercó a ella y miró por la ventana. La luna llena creaba reflejos fantasmagóricos colándose entre los huecos de las antiguas ventanas y daba la impresión de que las luces estuviesen encendidas.

—A veces me imagino que veo a tu padre asomado a la ventana de la sala de música.

—Él nunca iba allí —dijo Bonnie y dejó escapar un suspiro antes de girarse a mirarla—. Se ha ido para siempre.

Rosslyn asintió.

—Treinta años —musitó—. Fueron treinta años juntos.

Su hija la agarró del brazo y la atrajo hacia sí con ternura.

—Vamos a cenar, madre. Mañana será otro día.

Rosslyn sonrió.

—Mañana te casas, hija.

Bonnie asintió y sus ojos brillaron de un modo especial.

—Vas a ser muy feliz. —Su madre puso una mano en la que enlazaba su brazo y le dio unas palmaditas cariñosas—. Y eso es lo único que importa.

—Tú también mereces ser feliz, madre. Pero, venga, vamos al comedor que ya deben estar todos esperándonos.

—Menuda elegancia.

Ewan se giró al escuchar la voz de Brodie.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pero bueno, ¿qué manera es esa de recibir a tu hermano?

Se unieron en un apretado abrazo y Brodie le palmeó la espalda con ganas.

—No iba a perderme la boda de mi hermano pequeño. Hablando de eso, ¿cómo te atreves a casarte antes que yo?

Ewan lo miró burlón.

—Me alegra que hayas venido, pero deberías haber avisado, no sé si te habrán guardado un sitio —se burló.

—¿Temes que sea más elegante y más guapo que tú? Ya tendrías que estar acostumbrado, llevas sufriéndolo desde que naciste.

Ewan lo señaló.

—¿No vas a cambiarte?

—Por supuesto, no voy a ser tu padrino vestido así.

—¿Mi padrino?

—Ya he hablado con Lachlan, está todo arreglado.

Ewan sonrió sin poder disimular su alegría mientras Brodie se dirigía a la puerta.

—Estaré listo antes que tú. Ese chaleco no te pega, ponte el gris perla, el que llevaste en la boda de Dougal.

—No me vale, he crecido bastante desde entonces.

—Pues cógele uno a Kenneth.

—¿Y por qué no me dejas uno tuyo? —preguntó siguiéndolo.

—Estás preciosa, hija mía.

—¿Otra vez vas a llorar, madre? —Le dio su pañuelo moviendo la cabeza.

—Es que soy muy feliz —dijo Rosslyn enjugándose las lágrimas.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —gritó Bonnie, y Fionna asomó la cabeza.

—Señora MacDonald, hay alguien que quiere verla.

—¿Ahora? —preguntó ceñuda—. No estoy para ver a nadie, se casa mi hija.

—Es… él.

Bonnie miró a su madre con preocupación al ver que empalidecía.

—No tienes que verlo si no quieres.

Rosslyn suspiró y después asintió decidida.

—Aún tenemos media hora y yo ya estoy lista —dijo—. ¿Tú me necesitas?

Bonnie negó con la cabeza.

—Te acompañaré.

—No. Iré sola. Tú eres la novia, Ewan no debe verte, así que no te muevas de aquí. —Se volvió hacia Fionna—. Y tú no dejes que se acerque a Adam o acabará con el vestido lleno de babas.

—Tranquila, el niño está con sus primos y no creo que su tía Elizabeth deje que nadie se lo lleve a ninguna parte.

Bonnie sonrió divertida y Rosslyn abandonó la habitación. Se cruzó con Ewan en las escaleras.

—¿Todavía no estás vestido? —preguntó al verlo solo con la camisa.

—Ha llegado Brodie —dijo risueño.

—Ya veo. Pero no es Brodie el que va a casarse con mi hija, así que arréglate y ni se te ocurra llegar tarde a tu boda.

—No se preocupe, estaré listo a tiempo. ¿Adónde va?

—Tengo algo que hacer —dijo y bajó las escaleras con paso tranquilo.

Entró en el salón después de varias respiraciones profundas, pero en cuanto lo vio su corazón comenzó a latir acelerado. No había ni rastro del hombre con el que se topó hacía ya más de año y medio. Se había afeitado la barba, tenía el pelo perfectamente cortado y su ropa era visiblemente cara. También su porte y sus andares eran distintos cuando se acercó hasta ella y le besó la mano con gran elegancia.

—Siento haber venido en un momento tan importante, espero no molestar demasiado.

Rosslyn carraspeó segura de que no le saldría la voz si intentaba hablar sin hacerlo.

—Me marcho a Inglaterra y no quería irme sin ver… la.

Ella le señaló el sofá para que se sentara.

—¿Cómo está? —preguntó él cuando se hubieron acomodado uno frente al otro.

—Bien.

Gabriel estaba muy nervioso y no podía disimularlo.

—Me alegra ver que se ha recuperado por completo del accidente.

Una chispa brilló en los ojos de Rosslyn.

—Siempre he sido una persona débil y cobarde y por eso valoro mucho a las personas valientes. Soy afortunada de que mi hija se enamorase de un joven con tantas agallas como para entrar en un castillo en llamas para rescatarme. Eso me hace estar más tranquila en cuanto a su seguridad.

Gabriel imitó su sonrisa y su respiración se hizo más calmada.

—En nuestro último encuentro no fui muy… amable con usted. Quiero pedirle disculpas por ello.

—No tiene nada de lo que disculparse, todas las cosas que dijo me las merecía y me ayudaron a abrir los ojos… al final.

—Supe de su… enfermedad. —Desvió la mirada con expresión mortificada—. Lo siento.

—¿A qué ha venido, señor Morrison? Mi hija va a casarse y no quisiera llegar tarde a la ceremonia.

Gabriel metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un documento para

entregárselo. Rosslyn lo cogió con el ceño fruncido y lo desdobló para leerlo.

—¿Qué…?

—Es el título de propiedad de la casa y de las tierras de su padre, en Auchencrow.

—¿Qué? —Lo miró anonadada—. Mi marido vendió esas tierras hace mucho tiempo.

—Las malvendió, en realidad —aclaró Gabriel—. Al no querer deshacerse de la casa, las tierras fueron parceladas. Me ha costado bastante recuperarlas.

—Pero… ¿por qué me lo da? Yo no puedo permitirme, no tengo…

—Son suyas. Es lo que su padre habría querido. Rosslyn… ¿me permite llamarla por su nombre? —Su voz tembló y sus ojos la miraron con tal ansia que aceleró los latidos de su corazón.

—Solo si yo puedo llamarte Gabriel.

Él sonrió levemente y asintió.

—Nunca quise hacerte daño —musitó él.

—Lo sé.

Sus miradas se engarzaron y durante unos segundos ninguno tuvo que decir nada más.

—He visitado a… tu hijo —dijo Gabriel sin desviar la mirada—. Le he ofrecido trabajo y es posible que acepte venir a Inglaterra conmigo.

—Se lo conté todo —afirmó ella.

—Lo sé. No me recibió muy bien.

—Tenía que hacerlo. Me pareció que era justo que supiera que él… no era su padre.

Él asintió.

—Entonces, te marchas.

—Ya no tiene sentido que me quede. —Sonrió—. Curiosamente, he vivido bastante bien los últimos años, mucho mejor de lo que había vivido los treinta anteriores. Pero mi vida está en Londres.

Rosslyn asintió sin disimular su turbación. Fijó la vista en el documento y poco a poco sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No sabía qué hacer, vivir aquí con los McEntrie me parecía… demasiado. —Levantó la mirada—. Gracias, Gabriel, no hay mejor regalo que este. He soñado tantas veces con mi antigua casa. Con mi padre…

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su boca seguía sonriendo.

—He pagado cara mi cobardía —siguió—. Durante años viví un infierno con él, pero lo aceptaba porque me sentía culpable. Culpable por papá, por ti, por mis hijos… ¡He cargado con tanta culpa…!

Gabriel le cogió una mano y se la llevó a los labios. La mantuvo allí y sus ojos cerrados lo llevaron de vuelta a días mucho más felices. Con la otra mano ella se limpió las lágrimas que se deslizaban imparables por sus mejillas.

—Todos van a ver que he llorado —se lamentó.

Gabriel abrió los ojos y la miró de un modo que ella tenía guardado en sus recuerdos y que volvió como una enorme ola capaz de sepultarla por completo.

—Rosslyn, cásate conmigo. Llevo toda la vida esperándote.

Ella lo soltó con suavidad, pero no dejó de mirarlo y fue como si los años se desprendieran de su cuerpo como hojas que se lleva el viento.

—¿Nunca te casaste?

Gabriel negó con la cabeza.

—¿Por mí?

Ahora asintió. No podía hablar, tenía un nudo en la garganta y un ansia en los dedos que querían tocarla y abrazarla como entonces.

—No puedo casarme contigo —dijo ella negando suavemente—. No porque no lo desee. Todavía estoy rota.

—Rosslyn… —gimió él.

Ella sonrió con tristeza y respiró hondo para calmar su congoja.

—Hice algo espantoso. No sé si podré superarlo alguna vez. —Dio unos golpecitos sobre el papel que permanecía en su regazo—. Esto me ayudará.

—Puedo esperar, soy un maestro en eso.

Rosslyn se limpió la cara con cuidado y se puso de pie.

—No me esperes, Gabriel, ya has malgastado bastante tu vida por mi causa. Viviré sola y tranquila, aprenderé a quererme de nuevo y quizá, algún día, pueda perdonarme.

Caminó hacia la puerta y a mitad de camino se volvió.

—¿Qué haces? Tenemos una boda que celebrar.

—¿Tenemos? —preguntó él con evidente turbación.

—No pensarías perderte la boda de Bonnie y Ewan. Eres un buen amigo y estoy segura de que te alegras por ellos.

—Rosslyn…

—Vamos —lo interrumpió—. No lleguemos tarde.

—¡Pero bueno, si pareces un *dandy*! —Se burló Kenneth al verlo entrar en la capilla.

Brodie metió los pulgares por las mangas del chaleco y se pavoneó frente a sus hermanos que esperaban ya junto al reverendo Campbell. Después de los saludos acostumbrados que incluyeron abrazos y algún que otro puñetazo, los McEntrie se aseguraron de que Brodie acabara despeinado.

—Casi había olvidado lo idiotas que sois —dijo tratando de arreglar el estropicio.

—Míralo como se acicala —se burló Dougal—. ¿No quieres ir al tocador de las damas a empolvarte la nariz?

Brodie se rio sin poder disimular más, había echado de menos a esos zoquetes y se abrazó a ellos de nuevo.

—Joseph te manda recuerdos.

—Menudo amigo, no mueve su culo de Londres por más que lo invite.

—Con la empresa y los niños no es que tenga muchas oportunidades de viajar.

—¿Al final que pasó con Weis? —preguntó Dougal poniéndose serio.

—Ahí anda la cosa, no es que acabara muy bien, pero la sangre no llegó al río. Yo creo que volverá a dar problemas, pero al menos no se le ha visto más por Isla Refugio.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó Lachlan mirando hacia la puerta.

—Una semana.

—¿Tan poco? —Caillen apoyó el trasero en el reclinatorio y este se tambaleó lo que provocó una severa mirada de su padre.

—Una semana es suficiente para ver lo que habéis hecho con los caballos y soportar vuestra compañía. Lo único de lo que no voy a cansarme es de mis sobrinos. Pero vosotros ¿qué hacéis aparte de traer hijos al mundo? Tampoco he estado tanto tiempo fuera y me encuentro con *Slioscreige* lleno de criaturas por todas partes —se rio —. Hay que buscarle otro nombre a Craig, por cierto, me resulta imposible llamarlo como a padre.

—Ya se lo he dicho a Caillen —dijo Kenneth señalándolo—, pero no me hace caso.

—¿Cai? —le espetó su hermano—, tampoco es que tú hayas sido muy creativo.

—Al menos no tenemos que añadir el «pequeño» cada vez que nos referimos a él.

—Dejadme en paz —pidió Caillen y se dirigió a la puerta para ver si llegaban de una vez.

—¿Estás nervioso, muchacho? —preguntó el reverendo viendo que Ewan no participaba en las pullas de sus hermanos.

—Un poco.

—Yo diría que entre un poco y tu estado hay unos cuantos grados de diferencia —se burló Campbell.

—Llevo mucho tiempo esperando —musitó—. Todavía no me creo que…

La puerta se abrió y aparecieron las mujeres McEntrie con Elizabeth a la cabeza. Detrás de ella Augusta, Enid y Rowena, todas con vestidos blancos. Pero Ewan no tuvo ojos más que para Bonnie, que entró del brazo de su madre y lo miró con una radiante sonrisa. Tan radiante como su vestido rosa que hacía resaltar, aún más, el azul de sus ojos. Llevaba el cabello suelto y sus rizos cayendo libremente lo dejaron sin aliento. Nunca una novia se había atrevido a tanto y Ewan se maravilló de ser tan afortunado.

—Se ha olvidado de peinarse —se burló Brodie a su lado, pero su voz delató que también estaba muy emocionado.

—¿Van a dejar de bailar en algún momento? —Brodie elevó el tono para que pudiera escucharlo.

Mientras las mujeres bailaban como si se hubieran propuesto caer rendidas al llegar a la cama esa noche, los hombres jugaban a los dados en un rincón del salón arrodillados en el suelo como críos. Hacía ya mucho rato que los niños se habían ido a la cama y ya no tenían que comportarse como padres responsables y adultos.

—Menuda boda —se burló Ewan moviendo la cabeza mientras observaba el panorama.

—No te he visto bailar con tu mujer —dijo Brodie metiendo el dedo en la llaga.

—Mírala, está feliz, ¿cómo voy a estropeárselo?

Bonnie apuró el contenido de su copa y siguió bailando con ella en la mano.

—Creo que no está acostumbrada a beber —opinó Brodie sin dejar de sonreír. Nunca había visto a Bonnie así.

—Está borracha, puedes decirlo.

—Menos mal que no va a ser vuestra primera noche —susurró el otro junto a su oído.

Ewan lo empujó mirándolo con una advertencia en los ojos y Brodie se encogió de hombros y se unió al resto de sus hermanos en el juego. Ewan se apoyó en la pared sin dejar de observar a su ya esposa con una mezcla de ternura y felicidad en el rostro.

—Enhorabuena de nuevo, muchacho —dijo Gabriel acercándose a él.

—Gracias. —Sonrió—. ¿Es verdad que te marchas?

Gabriel asintió y sus ojos se cruzaron con los de Rosslyn.

—Pero volveré.

Ewan lo miró un momento, pero no dijo nada y levantó su copa a modo de brindis a lo que el otro respondió con el mismo gesto.

Permanecieron en silencio observando a las mujeres que se lo estaban pasando realmente bien. Bonnie trataba de que su madre bailara con ella y Rosslyn se resistía sin demasiado interés mientras las demás la animaban. Rowena aceleró el ritmo de la música al piano y el baile se hizo cada vez más difícil de seguir. Bonnie tropezó y acabó tendida en el sofá riendo a carcajadas mientras su madre se abanicaba visiblemente acalorada por el esfuerzo de seguir a su hija.

—Duncan no será un problema, ¿verdad? —Ewan miró a Gabriel expectante.

—No lo creo —negó el otro—. Voy a llevármelo a Inglaterra. Le daré responsabilidades y trataré de que se implique en los negocios. No tengo más hijos y está claro que todo lo que tengo será suyo algún día.

—Espero que lo mantengas vigilado. No me fío de él.

Gabriel asintió y se llevó la copa a los labios para beber un largo trago.

—No ha tenido una vida fácil.

—Lo sé, pero no voy a compadecerlo. Desde que tengo uso de razón lo he visto hacer cosas espantosas. A los caballos especialmente, pero no solo a ellos.

Gabriel suspiró y puso una mano en su hombro.

—Haré lo que esté en mi mano para darle una vida digna, pero si no lo consigo, al menos controlaré sus impulsos.

Ewan asintió. Gabriel dejó su copa vacía sobre una mesilla y caminó hacia Rosslyn.

—Me marcho ya —dijo cuando estuvo frente a ella.

—¿Cuándo partes hacia Londres?

—Mañana temprano.

Ella asintió y le ofreció la mano que él besó demorándose más de lo necesario. Cuando la soltó sus ojos se cruzaron y sin decir nada más se dio la vuelta para salir del salón. Rosslyn no se dio cuenta de que las mujeres habían dejado de bailar y que todas la miraban expectantes, hasta que su hija comenzó a hipar haciendo ruiditos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rosslyn—. ¿Por qué me miráis todas así?

—Madreeeeee —sollozó Bonnie mirándola desde el otro lado del respaldo del sofá en el que estaba sentada—. ¿Vas a dejar que se vaya? ¡Él te quiere!

—¡Hija! —Su rostro se encendió por la vergüenza—. Pero qué cosas dices…

—Es la verdad. —Bonnie se había levantado para correr hasta ella, no sin algunas dificultades—. Te quiere y va a marcharse a Londres. ¿Sabes a qué distancia está Londres? Está lejísimos. No lo verás en mucho tiempo.

Se abrazó a su madre sollozando.

—Y se llevará a Rufus. Lo voy a echar mucho de menos. —Se apartó para mirarla de nuevo—. ¿Quién le dará dulces en Inglaterra? Todo el mundo sabe que los ingleses no tienen dulces tan buenos como los nuestros.

—No me digas, hija —se rio su madre dándole palmaditas en el brazo—. Vamos, Bonnie, hoy es el día de tu boda, deberías estar bailando con tu esposo.

—¿Mi boda? ¡Es cierto! ¿Dónde está…? ¡Ewan! —corrió a abrazarlo—. ¿Dónde te has metido? Me tienes abandonada. ¿Has visto a Mungo? Se ha marchado para siempre.

—No, tranquila, volverá.

—¿Te lo ha dicho? Ni siquiera se ha despedido de mí. Debe odiarme por lo mal que lo traté. ¡Le ha dado la casa a mi madre! ¿Te acuerdas de la casa de mi abuelo? Ahora ella vivirá allí. —Lo miraba con ojos brillantes—. ¿De verdad estamos casados?

Ewan amplió su sonrisa y le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—Te lo prometo.

Ella sonrió feliz.

—No has bailado conmigo.

—Pero tú no has parado de bailar.

—Quiero bailar contigo —dijo cogiéndolo de la mano para arrastrarlo con ella—. Rowena, toca un vals para que pueda bailar con mi marido.

Una hora más tarde Ewan subía las escaleras con su esposa en los brazos

completamente dormida. La llevó a su dormitorio y la desvistió sin que ella colaborase en absoluto. Salvó algún «Oh» y algún «Au», Bonnie no dijo nada. Se acurrucó bajo las mantas en cuanto la dejó y él se sentó a su lado y le acarició el pelo observando cada facción de su rostro como si quisiera memorizarlas. Recordó el día en que nació su hijo y él tuvo que escuchar sus gritos de dolor aferrado al respaldo de una silla, con los nudillos blancos y el rostro aún más pálido. Se moría por entrar en aquel cuarto y sostenerla en sus brazos mientras pasaba aquel duro trance, pero Rosslyn se lo había dejado muy claro, ella no lo aceptaría a su lado y perdería la oportunidad de conocer a su hijo. Tuvo que esperar a que estuviera dormida, como en ese instante, para llorar junto a su cama, agradecido por el enorme regalo que le había hecho, mientras Adam lo miraba inocente en sus brazos.

Suspiró con el corazón henchido de amor y unas incomprensibles ganas de llorar. Se sentía tan feliz que apenas podía filtrar sus emociones. Se levantó y salió del cuarto.

—¿Ocurre algo? —Fiona se despertó sobresaltada y se restregó los ojos—. Me he dormido un momento.

Ewan sostenía a Adam en sus brazos y la miró sonriente.

—Váyase a la cama, yo me quedaré con ellos —dijo señalando la habitación en la que habían acostado a todos los niños.

—De ninguna manera, Bonnie me ha…

—Señora Burns —la cortó—, váyase a dormir. Mañana tiene que viajar y su señora la necesitará en plena forma. Váyase a dormir, ya sabe que sé manejarme.

La criada sonrió al tiempo que asentía, ya lo creo que lo sabía. La había obligado a enseñarle cosas que ningún hombre habría querido hacer. No parecía que le molestasen los pañales sucios, los llantos o cualquier otra cosa que tuviera que ver con ese niño.

—Está bien, pero si quiere irse a dormir…

—Vaya tranquila. Bonnie ha bebido más de la cuenta y no despertará hasta mañana.

La señora Burns se dirigió a la puerta, pero se volvió un momento antes de salir. Lo miró mientras acunaba a su criatura y asintió satisfecha.

Bonnie se tapó la cabeza con las sábanas con un largo y correoso gemido

arrastrándose desde lo más profundo de su garganta.

—¡Esa luz! ¡Qué dolor de cabeza!

Edith, la doncella, la miró con los brazos en jarras.

—Así que es cierto que se emborrachó.

—¿Qué? —Salió un momento de debajo de las sábanas, pero enseguida volvió a esconderse—. ¡No!

—Ya lo creo que sí, eso que tiene es una jaqueca como un templo.

—¿Y se quita? —preguntó sin asomarse.

—Le pediré a Gavin que le prepare algo, seguro que sabe algún remedio.

—Edith, por favor, te lo suplico, me duele horrores la cabeza.

—¿A quién le duele la cabeza?

La voz de Ewan la hizo gemir de nuevo. Se sentía avergonzada, mortificada y la peor esposa del mundo. Él se tumbó en la cama en cuanto Edith salió del cuarto y la aplastó con su peso.

—¿Resaca?

—Shsssssss —suplicó ella aún tapada completamente—. ¿Podrías hablar más bajito? ¿Y quitarte de encima mío?

Él se rio, pero hizo lo que le pedía. Cerró las cortinas y luego volvió hasta la cama y la destapó.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor —agradeció sentándose muy despacio y sujetándose la cabeza—. ¿Por qué duele tanto?

—Porque si no, todo el mundo se emborracharía a diario —dijo él comenzando a desvestirse.

—¿Qué haces? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Cambiarme de ropa. Esta es la que usé ayer para casarme, ¿te acuerdas? Creo que estabas por allí, eras la que no dejaba de bailar encima de los muebles.

Bonnie se dejó caer en la cama y se tapó la cabeza de nuevo.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo nadie me lo impidió? Se supone que eres mi marido y debes protegerme.

—¿Y perderme el espectáculo? Ni que estuviera loco.

—Soy una esposa horrible. —Asomó la cabeza—. ¿Dónde has pasado la noche?

—En el cuarto de nuestro hijo.

Bonnie volvió a sentarse de golpe y el estómago se dio la vuelta con amenazadoras intenciones.

—¿Necesitas…?

Por suerte había un orinal bajo la cama y, a fin de cuentas, era un recipiente…

—¿Estás mejor, hija? ¿Seguro que puedo irme? No pasa nada si lo retraso…

—Estoy perfectamente, madre. —La animó a subir al carruaje—. Ese remedio de Gavin ha hecho milagros. Ya no me duele nada la cabeza y creo que incluso podría comer algo.

—¿Vendrás a verme pronto? —preguntó Rosslyn tras acomodarse.

Bonnie cerró la portezuela.

—La semana que viene, así te doy tiempo para instalarte.

—Walter lo tendrá ya todo listo —dijo su madre—. Todos los miembros del servicio se alegraron mucho al saber que volvía a contratarlos.

—Dale recuerdos al señor Reid y pídele disculpas en nuestro nombre por haberlo engañado.

Ewan la cogió de la cintura.

—Puede decirle que ahora estamos casados —añadió él.

—Voy a echar mucho de menos a mi nieto —dijo Rosslyn mirando a Fionna que estaba sentada a su lado—. Y tú también, ¿verdad?

La vieja criada se enjugó las lágrimas y asintió.

—Lo llevaremos con nosotros la semana que viene. Que tengáis buen viaje.

—Adiós, hija.

Bonnie no dejó de agitar la mano hasta que el carruaje desapareció de su vista. Ewan la envolvió entonces en un cálido abrazo.

—¿De verdad está mejor, señora McEntrie?

Ella apoyó las manos en su pecho y asintió.

—¿Y eres feliz?

Bonnie se mordió el labio y asintió de nuevo.

—¿Te has quedado sin habla?

—Es que…

—¡Hey! No llores —dijo inclinándose para capturar su esquiva mirada—. ¿Qué

ocurre?

—Fuiste tú —dijo sensible—. Me lo ha dicho mi madre antes. Que eras tú el que dejaba un libro en mi mesita.

Ewan sonrió.

—¿Y eso te hace llorar?

—No entendía qué pasaba. Por más que preguntaba a todos quién había sido decían no saberlo.

—Eran buenos libros. El señor Kinkaid es de fiar en estos temas, ya lo sabes.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con tanto amor que al escocés le temblaron las piernas.

—Eran perfectos en cada momento. Como si supieras exactamente lo que necesitaba. Cuándo quería estar triste y llorar sin parar, cuándo ansiaba reírme, o si era aprender lo que me hacía falta… Perfectos.

Se inclinó para besarla, pero ella no había acabado de hablar.

—Lo pasarías muy mal escondiéndote todo el tiempo.

—Un poco. Pero al menos estaba cerca. Lo peor era verte llorar y no poder consolarte.

—¿Cuándo me viste llorar? —preguntó haciendo pucheros.

—En los acantilados, aquel sitio al que me llevaste cuando te encontré. Y frente a la posada, te vi desde la ventana de mi cuarto. Y…

—Vale, lloré mucho, pero todo el mundo sabe que las mujeres embarazadas lloran mucho.

—También te vi reír —dijo meciéndose con ella.

—Pues no me reía mucho.

—Cuando Adam ya había nacido.

—Pero ¿tú cuanto tiempo estuviste allí? Tu familia…

—Iba y venía.

—Te sentí —afirmó ella—. Entonces pensaba que lo había soñado todo, pero ahora sé que era de verdad. Estabas conmigo.

—Siempre, Bonnie, siempre estaré contigo.

Lo miró con picardía.

—Me debes una noche de bodas —musitó con la mirada fija en sus labios.

—¿Yo te debo…?

Lo besó con pasión, un beso cálido que era promesa y exigencia a la vez. Se apartó de golpe y lo miró interrogadora.

—Anoche no ocurrió nada, ¿verdad?

Ewan negó con la cabeza.

—Menos mal, no me gustaría habérmelo perdido. —Volvió a besarlo con la misma urgencia.

Y de nuevo, volvió a separarse.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió ceñudo—. ¿Querías que me aprovechara de que estabas borracha?

—No sería aprovecharse si yo estoy de acuerdo. ¿No te apetecía?

—¡Por supuesto que me apetecía! Llevo meses…

Volvió a besarlo y esta vez su esposo colocó una mano en su nuca y se acabó la charla.

Ya en el dormitorio, la asedió con su boca sin descanso. Su lengua, sus manos la recorrieron inclementes hasta hacerla enloquecer. Bonnie se vio a sí misma exigente y atrevida, pidiendo sus caricias sin recato. Nada era suficiente y Ewan descubrió que podía arder en llamas solo con que lo tocara con la yema de sus dedos. Sus besos eran como una lucha sin cuartel, ahora era ella la que lo devoraba y luego era él el que la asediaba con tal ímpetu que la hacía gemir con desesperación.

Los besos de Ewan abarcaron cada porción de piel deteniéndose en cada latido que percibía bajo la aterciopelada superficie. No hubo prisa ni tampoco recato, dos cuerpos libres y vivos buscándose y disfrutando plenamente del otro. Se miraron, se acariciaron, Bonnie deslizó su lengua sin temor ni vergüenza, lo mordió suave y peligrosamente excitada al escuchar su agónica súplica.

Se conocían bien, era como si ya lo supieran todo del otro. Cuándo apretar, cuándo soltar, cuándo empujar… El placer era tan intenso que no podían salir de él. Bonnie se olvidó varias veces de respirar y él apenas podía pensar en hacerlo. Antes de penetrarla se quedaron inmóviles mirándose con intensidad, disfrutando de la belleza del momento.

No hubo palabras, ninguno de los dos habría podido expresar lo que sentían en ese momento, así que dejaron que fueran sus cuerpos los que hablasen por ellos. Ewan se deslizó dentro de ella y la sintió fuerte y poderosa tomándolo sin resquicio alguno. El

nudo de placer los ató sin fisuras, uniéndolos para siempre. Un placer que aceleró los movimientos de ambos y también sus jadeos. Bonnie se apretó contra su cuerpo y él llegó aún más profundo cuando creía que era imposible. Los dos ardían por dentro, se necesitaban, y no parecía que aquel ansia pudiera colmarse jamás. El la llenaba por completo y luego se alejaba amenazador, el momento final se acercaba y quería verla explotar antes de hacerlo él mismo. Volvió a ralentizar sus movimientos y Bonnie se quejó clavándole las uñas. El escocés sonrió perverso y sus movimientos se aceleraron sin pausas ya. Se incorporó sobre sus rodillas llevándosela con él y usó sus dedos para acariciarla mientras seguía embistiéndola.

—¿Así?

—Sí —gimió ella—. ¡Así!

Siguió moviéndose con maestría salvaje y cuando ella se arqueó frenética, mientras sus manos se agarraban desesperadas a las arrugadas sábanas, él dejó escapar el aire en un áspero gemido y se exprimió llenándola por completo.

Epílogo

Entró en la cocina y no se sorprendió al ver a Brodie untando mantequilla en una rebanada de pan.

—¿Quieres una? —preguntó su hermano—. Debes tener hambre, no habéis bajado a cenar.

Ewan no respondió, vertió agua en un vaso y se la bebió de un trago.

—Te ha dejado seco —siguió Brodie antes de dar un buen mordisco a su pan—. Mmmm, echaba de menos la mantequilla salada de Gavin. Nadie la hace como él.

Ewan se sentó en otra silla y se preparó una rebanada. Brodie lo miraba sonriente.

—¿Qué? —le espetó el pequeño.

—¿Teníamos razón?

Sabía perfectamente de lo que hablaba, pero no iba a darle el gusto.

—Te debe doler si habéis estado toda la tarde y la…

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no? Después de tanto tiempo me tenías preocupado. Deja que disfrute un poco.

—Qué penoso que tengas que disfrutar de lo que hago yo, ¿no sería mejor que lo experimentaras personalmente?

—¿Te crees que no lo hago? En Londres he conocido a unas cuantas damas muy generosas.

—¿Alguna digna de mencionarse?

Brodie lo pensó un momento mientras seguía disfrutando de su manjar.

—Lo cierto es que no. —Bebió un poco de vino de su vaso y miró a su hermano sin impostura—. No me quejo, pero me temo que mi atractivo escocés les parece… algo exótico. *Waverley*, del señor Scott, tiene parte de culpa.

—Lo dices apenado.

—Llevo más de un año en Londres y me gustaría que me viesen como algo más que un montañés de las tierras altas. —Negó con la cabeza.

—¿Creíste que las inglesas caerían rendidas por tu elegancia?

—Lo que no esperaba es que fueran mis otros atributos lo que más las atrajera.

—¿Otros atributos? —se burló.

—La verdad es que las mujeres inglesas no se diferencian tanto de las escocesas.

Ewan amplió su sonrisa y la aderezó con una mueca burlona.

—¿Harriet no te ha buscado esposa aún? —Mordió el pan y exclamó de gusto.

—Pues, lo ha intentado con ahínco, pero sin éxito.

—¿Ninguna?

Brodie negó con la cabeza y se puso serio.

—Pensaba que me enamoraría en cuanto pudiese entablar una conversación interesante, pero lo cierto es que… no ha sucedido. Estoy un poco desencantado.

—Demasiadas expectativas —dijo el otro.

—Es probable.

—Padre se pondrá contento al saber que ninguna ha conseguido cazarte. Ya te hacía convertido en un londinense de la cabeza a los pies.

—La verdad es que este tiempo entre ellos me ha servido para darme cuenta de lo escocés que me siento.

—¡Brodie! —exclamó el otro y le dio una sonora palmada en el hombro—. ¡Por fin te das cuenta!

Brodie asintió mientras Ewan daba un buen mordisco a su pan.

—Entonces, ¿cuándo vuelves? —preguntó sacudiéndose las migas de la camisa que se había puesto para bajar.

—Joseph me necesita.

Ewan frunció el ceño.

—No puedes quedarte indefinidamente. Tendrá que buscarse a otro.

Brodie no respondió enseguida y su expresión reflexiva denotaba que había un conflicto en sus certezas.

—Me gusta mucho el trabajo. Joseph es un gran empresario y siempre me escucha. Tiene muy en cuenta mi opinión y mis consejos.

—¿Y te sorprende? Siempre has tenido muy buenas ideas.

—Pero yo solo sabía de caballos y sin embargo él se mostró así conmigo desde el principio. Ahora entiendo por qué Dougal lo aprecia tanto. Y los Wharton me tratan como si fuera de la familia. Son maravillosos conmigo. Si no los visito a menudo estoy en problemas —sonrió—. Elinor se presentó una vez en los muelles porque no pude asistir a una comida en su casa. Quería asegurarse de que no me había metido en ningún lío. Su marido, Henry, es un santo el hombre. Pocos podrían lidiar con una mujer como ella.

—¿Peor que Harriet?

—¡Mucho peor! Harriet, a su lado, es como una niña a la que le gusta jugar. Elinor se mete en problemas gordos y Henry no puede perderla de vista. Lleva las fábricas con mano dura, pero ha cambiado por completo la vida de sus trabajadores. Y ya sabes cómo es la gente, cuanto más les das…

—…más quieren.

Brodie sonrió.

—Tenéis que ir a visitarme, no puede ser que tenga que venir yo siempre.

—¿Siempre? Solo has venido una vez desde que te fuiste.

—Cuando me enteré de lo de Bhattair… —Brodie negó con la cabeza—. Siempre supe que moriría de forma violenta, pero que fuese Rosslyn…

—Lo hablamos muchas veces…

—Pero son cosas que se dicen, no piensas que vaya a pasar. Además, cuando alguien muere violentamente en un matrimonio suele ser él el asesino, no la esposa.

—Como la familia esa que conocía Elizabeth. ¿La conoces? ¿Cómo se llamaba? ¿Virginia?

—Lavinia Wainwright —corrigió—. No, no la conozco.

—¿Aún está encerrada en un manicomio? —Ewan se levantó para coger la jarra de vino y rellenar los vasos.

—No seas burro, no está en un manicomio —dijo el otro con un gesto de indiferencia.

—¿Y Cecilia? ¿Ella tampoco va a volver?

—Yo voy a volver —dijo Brodie y bebió un trago antes de continuar—. Lo que no sé es cuando, pero ¿cómo no voy a volver? Esta es mi tierra.

—Ya.

—A Cecilia la veo de vez en cuando. La llevo a una chocolatería que la vuelve loca y dejo que coma todos los dulces que quiera.

—Ten cuidado con ella, ya sabes lo mucho que le gusta meterse en líos.

—Descuida. —Miró a su hermano con fijeza—. Pero ahora, cuéntame cómo fue exactamente lo de Bhattair. No me habéis dado los detalles.

Ewan negó con la cabeza.

—Mira que eres cotilla.

—¿Cotilla yo? Vuestras cartas son de lo más escuetas.

—¿Te piensas que tengo tiempo para ponerme a escribir cartas? Aquí hay mucho trabajo, ¿es que ya se te ha olvidado?

—No me puedo creer que seas padre —dijo Brodie sonriendo afable—, y encima de un niño tan precioso.

—Se parece a mí, ¿verdad? Es igualito que yo.

Nota de la autora



Menuda tarde hace. Sé que estamos en primavera, pero no me digáis que no parece verano. Acabo de prepararme un café y ya estoy despierta para hablar con vosotras. Ya sabéis que me levanto todos los días a las seis y media de la mañana y a esta hora de la tarde (16:15h) necesito el café para activarme del todo. Estoy escuchando Locked up, de Sam Hunt, por si os apetece.

Vale, hablemos de Ewan. ¡Wow! El muchacho es un amor, ¿a que sí? Madre mía, me lo imaginaba junto a la cama de Bonnie sosteniendo a Adam y ella pensando que era un sueño… El corazón me hacía chiribitas. Esos dos estaban hechos el uno para el otro, no podía dejar que nada ni nadie los separase.

¿Os he dado la conversación que estabais esperando entre Kenneth y Caillen? Espero haber cumplido con vuestras expectativas, yo le he puesto mucho amor a esas confesiones. Al final Alana no se salió con la suya y con eso me doy por satisfecha.

¿Qué me decís de las mujeres McEntrie? Son una piña y están ahí siempre las unas para las otras. Las adoro y van a ser unas madres extraordinarias que criarán hijos muy especiales. ¿Quién sabe?, quizá en el futuro conozcamos sus historias. Hay algo que me dice que así va a ser. Espero que esta noticia os haga más llevadero saber que la serie se acaba.

Y el último McEntrie en salir a escena será Brodie, nuestro gentleman por excelencia.

No voy a adelantaros nada de su historia, no me lo tengáis en cuenta, solo os diré que va a ser A-P-O-T-E-Ó-S-I-C-A.

¿Fecha de publicación? 27 de julio.

¿Y qué viene después de «Los McEntrie»? Pues la historia de Meredith y Frederick, los padres de «Las Wharton».

Y una librería muy especial con libros «mágicos», uno de los cuales será un inédito de Jane Austen…

Y los siguientes de «Las chicas Tebbutt», que empezó con «Una isla para Leah».

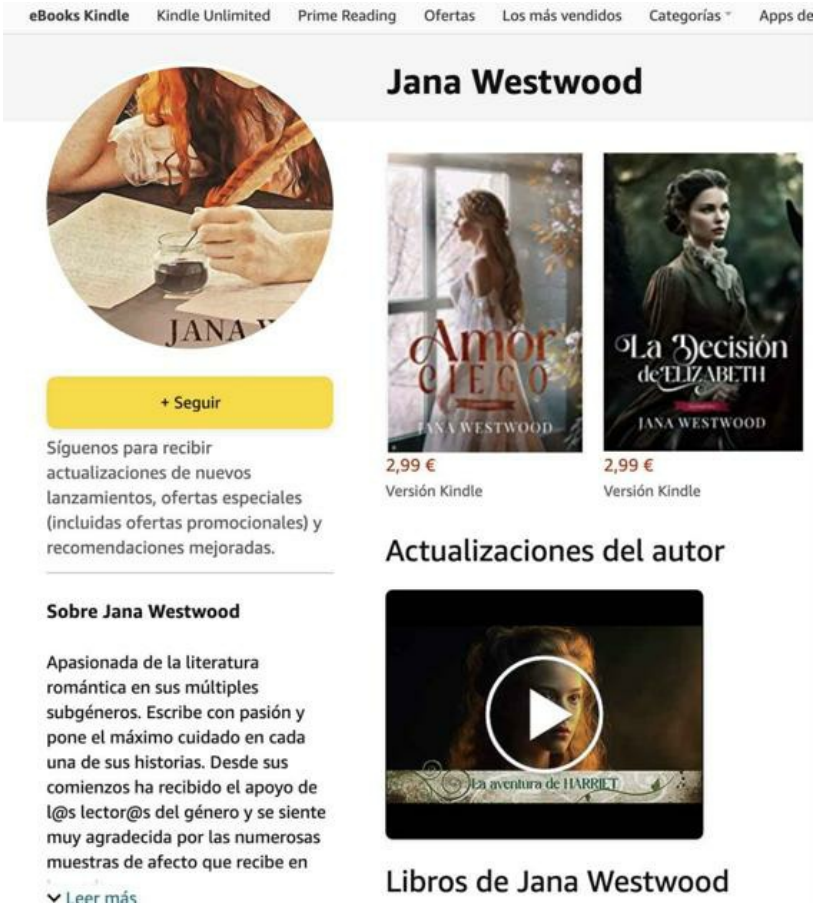
Seguidme en las redes, sobre todo en Instagram que es donde más interactúo.

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

Facebook: https://www.facebook.com/WestwoodJana

También en Amazon, para estar al día de las novedades:

https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB



Tengo muchas novelas, tanto históricas como contemporáneas, seguro que encuentras algo para entretenerte hasta que llegue el último de Los McEntrie.

También puedes visitar mi Web: https://janawestwood.com/ Allí podéis apuntaros para recibir mi *newsletter* el día que me decida a hacerla.

Sin más me despido dándoos las gracias por todo el amor que dais a mis novelas.

Nos vemos pronto.

Gracias.

De corazón.

Besos, Jana.